
STUPID
Cuidarlo es su *obligación*.
Desearlo,
su mayor *pecado*.
Una Niñera para el Milionario
KEL COSTA

Una Niñera para el Milionario

KEL COSTA

Copyright © 2026 Kel Costa

Título original: **Uma Babá Para o Milionário**

Traduccíon
Mariana Moreira e Ruth Dias

Diagramación
Kel Costa

Portada
Designer Tenório

1ª edición - 2026
Todos los derechos reservados.

INDICE

Sinopsis
Capítulo 1 – Actriz de Reparto del Año
Capítulo 2 – El Dueño del Mundo (y de Nada Más)
Capítulo 3 – Rehabilitación de una Adicta al Trabajo
Capítulo 4 – El Efecto Dominó
Capítulo 5 – El Retorno de la Reina
Capítulo 6 – El Puerto Seguro
Capítulo 7 – Fuera del Horario Comercial
Capítulo 8 - Grasa, Sal y Malas Decisiones
Capítulo 9 – Maletas, Looks y una Tarjeta de Visita
Capítulo 10 – Clase Económica y Otras Torturas
Capítulo 11 – Lujo, Arena y una Lumbar Arruinada
Capítulo 12 – El Eclipse de Esmeralda
Capítulo 13 – Orquídeas y Otras Guerras Civiles
Capítulo 14 – Jardín de Flores
Capítulo 15 – El Espejismo en el Desierto
Capítulo 16 – Sin Retorno
Capítulo 17 – El Predador en Jaque
Capítulo 18 – Altitud de Crucero
Capítulo 19 – De vuelta al juego
Capítulo 20 – El Rescate
Capítulo 21 – Sin Vuelta
Capítulo 22 – El Peso del Vacío
Capítulo 23 – Fuera del guion
Capítulo 24 – Saldo Deudor en la Cama
Capítulo 25 – Cálculo de Riesgo

Capítulo 26 – Cinco Milímetros de Humildad
Capítulo 27 – Efectos Colaterales
Capítulo 28 – El Peso del Afecto
Capítulo 29 – El fin de la era de la sopa y del Tramadol
Capítulo 30 – Un CEO, una asistente y un perro en el retrovisor
Capítulo 31 – Upgrade para el Paraíso
Capítulo 32 – Entre Flores y Renos
Capítulo 33 – El peso de los sueños realizados
Capítulo 34 – La Cima del Mundo
Epílogo – Aumentando la Familia
Agradecimiento
Feedback del Lector
Una Pequeña Charla
Más Títulos Disponibles en Español

Sinopsis

Maria Clara no es solo la asistente de Leonardo Montenegro.

Ella es la alarma, la agenda y el extintor de incendios emocional de uno de los inversores más ricos —y más irresponsables — de São Paulo.

Desde hace ocho años, ella organiza contratos millonarios, evita escándalos públicos y, ocasionalmente, necesita fingir ser la esposa traicionada para ahuyentar a mujeres inconvenientes. Todo esto mientras reprime sentimientos demasiado peligrosos para ser confesados.

Leonardo Montenegro, por su parte, es brillante en los negocios… y completamente inútil en su propia vida personal. Rico, arrogante y absurdamente encantador, no se da cuenta de que depende de Maria Clara para absolutamente todo, incluso para no arruinar su propia reputación.

El problema comienza cuando ella decide detenerse. Un descanso fuera de la agenda, un hombre interesante en el parque y un simple "no" son suficientes para sacudir el imperio de Leonardo y poner la relación de ambos de cabeza.

Entre provocaciones afiladas, tensión fuera del horario comercial y deseos que ya han pasado el punto de seguridad, *Una Niñera para el Millonario* es una comedia romántica sensual sobre límites, poder, dependencia emocional y el momento exacto en que cuidar demasiado deja de ser amor… y se convierte en prisión.



Capítulo 1 – Actriz de Reparto del Año

Maria Clara



El sonido de mis tacones contra el suelo de mármol del restaurante resonaba como una cuenta regresiva para mi propio colapso nervioso. Debería estar en casa, con un pijama de franela ridículo y una copa de vino barato, viendo cualquier porquería en streaming, pero en lugar de eso, estaba allí, ajustando el escote de mi vestido negro y respirando hondo para entrar en el personaje.

Leonardo Montenegro era un inversor brillante, un hombre capaz de olfatear ganancias a kilómetros de distancia, pero era un

cobarde emocional de primera que no podía decir adiós a una mujer con pechos de silicona sin mi ayuda.

Divisé la mesa al fondo, cerca de la ventana que daba a la iluminación caótica de São Paulo. Él estaba allí, guapo de una manera que me daba odio, con esa sonrisa de medio lado que usaba para convencer a las personas de entregar millones en sus manos o, en el caso de la mujer sentada frente a él, de entregar su ropa interior.

Me aproximé con pasos decididos, sintiendo el peso de la mirada de algunos clientes, y me detuve bruscamente al lado de su silla, ignorando el perfume amaderado que insistía en intentar desarmarme cada vez que me acercaba demasiado.

—¿Así que aquí es donde te metiste, Leonardo? —Mi voz salió en un tono agudo, cargado de una indignación que ni siquiera necesité fingir tanto, ya que la rabia era real—. ¿Y yo en casa, pensando que estabas en una reunión de cierre de mercado, cuidando de nuestro futuro, mientras estás aquí gastando el dinero de nuestro ajuar con esta zorra?

La mujer, que ostentaba un relleno labial que parecía a punto de explotar, abrió grandes sus ojos azules comprados en Shopee y miró de Leonardo a mí, totalmente perdida. Él, el desgraciado, tuvo la audacia de llevarse la mano al pecho, fingiendo un impacto que casi me hace reír si no tuviera ganas de estrangularlo.

Leonardo no dijo una palabra, solo bajó la mirada como un perrito que sabe que hizo una mierda, lo que me dio luz verde para continuar el show.

—No hace falta que digas nada, tu silencio ya es la prueba de tu falta de carácter —volví mi atención hacia la rubia, que ya estaba tomando su bolso de diseño comprado en la 25 de marzo con manos temblorosas—. Sinceramente, querida, puedes quedarte con él. Solo te aviso que la pensión alimenticia de nuestra hija tiene tres meses de retraso y él tiene una colección de hongos en los pies que es una delicia tratar.

No pasaron diez segundos antes de que su silla se arrastrara por el suelo y la mujer saliera prácticamente corriendo, sus tacones golpeando apresurados en dirección a la puerta.

El silencio que siguió en la mesa fue llenado solo por el sonido suave de la música ambiental y por mi respiración pesada. Tiré de la silla que antes ocupaba la modelo de Paraguay y me senté frente a mi jefe, cruzando los brazos y mirando aquel par de ojos color avellana que ahora brillaban con una diversión insoportable. Leonardo relajó los hombros, tomó su copa de vino blanco y dio un trago lento, como si no acabara de ser acusado de ser un padre moroso con mal olor de pies.

—Creo que fuiste un poco demasiado específica en la parte de los hongos, Clara —comentó él, con esa voz grave y aterciopelada golpeándome en lugares que intentaba mantener bloqueados hace años—. Pero confieso que la parte del ajuar fue un toque maestro. ¿Dónde aprendiste a ser tan dramática?

—No lo aprendí, me vi obligada a desarrollar esa habilidad debido a tu completa incapacidad de ser un adulto funcional —apoyé los codos en la mesa, acercando mi rostro al suyo lo suficiente para que viera que no estaba bromeando—. Son las diez de la noche de un viernes. Cancelé mi encuentro con mis amigas y vine hasta aquí a hacer el papel de loca porque no puedes decirle no a una mujer. Esto no es ser tu asistente, es ser tu niñera.

El hijo de madre dio una sonrisa corta, esa que guardaba para cuando pensaba que tenía la situación bajo control, y estiró la mano sobre la mesa, tocando levemente la punta de mis dedos. El calor de su piel me hizo querer retirar la mano, pero mi cuerpo, traidor como siempre, permaneció estático, saboreando aquel milímetro de contacto que Leonardo ofrecía con tanta casualidad. Para él, era solo un gesto de agradecimiento; para mí, era el recordatorio constante de que estaba perdiendo mi vida cuidando a alguien que nunca me vería como nada más que una pieza necesaria en su tablero de ajedrez de lujo.

—Sabes que no funciono sin ti, Clara —dijo él, y por un momento la diversión desapareció, dando lugar a una sinceridad que me desarmó más que cualquier broma—. Eres la única persona en este mundo en quien confío para salvarme de mí mismo. Ahora, pide lo que quieras de este menú, por mi cuenta. Te mereces algo más que un vino barato de mercado esta noche.

Miré el menú sin ver las letras y sentía el peso de su mirada sobre mí, esa atención que él dedicaba a las cosas que consideraba valiosas, aunque yo supiera que, para él, yo era un valor utilitario, como un seguro de coche premium o un fondo de inversión sólido.

La rabia que antes quemaba de forma aguda, ahora se transformaba en un agotamiento melancólico y me pregunté, por milésima vez en aquel año, hasta cuándo conseguiría sostener la máscara de eficiencia inquebrantable mientras mi interior parecía un edificio condenado a punto de derrumbarse.

—Estás muy silenciosa —comentó él, apoyando la barbilla en la mano y observándome con una curiosidad que me dio ganas de lanzarle la servilleta a su rostro perfecto—. Normalmente, después de una de estas libranzas mías, pasas al menos veinte minutos dándome un sermón sobre responsabilidad emocional y sobre cómo debería contratar a una agencia de acompañantes en lugar de usarte como escudo humano.

—Tal vez esté cansada de escuchar mi propia voz repitiendo las mismas cosas a alguien que tiene la capacidad auditiva de una puerta, jefecito —respondí, cerrando el menú con un chasquido y encarando su expresión divertida—. El sermón gasta energía y prefiero usar la poca que me queda para masticar algo que cueste la mitad de mi sueldo e intentar olvidar que tengo una planilla de gastos de tu reforma pendiente para revisar mañana temprano.

—Eso puede esperar y sabes que no me importa si te tomas el sábado libre —replicó Leonardo, inclinándose un poco más en mi dirección y dejando que su perfume llenara el pequeño espacio que nos separaba—. Te exiges demasiado, MC, y olvidas que yo soy tu jefe y te estoy dando permiso para desacelerar un poco.

—El problema es que si yo me detengo, tu mundo se rompe, y ambos sabemos que no sabrías ni cómo encender la cafetera sin mi tutorial impreso y pegado en la pared —retruqué, sintiendo un placer amargo al ver el brillo de reconocimiento en sus ojos—. Confundes mi dedicación con una especie de extensión de tu voluntad y eso es lo que más me irrita porque nunca te detienes a pensar que tengo una vida fuera de tu rutina. O mejor dicho, que debería tenerla.

Soltó una risa baja, un sonido vibrante que reverberó en mi pecho de una manera que yo detestaba, y bebió el resto de su vino antes de girar la copa vacía sobre el mantel blanco.

Leonardo parecía genuinamente entretenido con mi indignación y yo odiaba el hecho de que, para él, mis arrebatos eran solo una parte pintoresca de nuestra rutina, una diversión extra que recibía sin pagar bonos. Él no veía el dolor que yo camuflaba con sarcasmo y mucho menos percibía que cada vez que me llamaba "hermana" o "ángel", una parte de mí moría por algo que él nunca estaría dispuesto a ofrecer.

—Eres muy dramática cuando tienes hambre —se burló, haciendo una señal al camarero para que se acercara e ignorando completamente la profundidad de lo que acababa de decir—. Pero hablando en serio, ¿qué sería de mí sin esa lengua afilada tuya? Aquella mujer me habría arrastrado a un compromiso de fin de semana en Angra y habría tenido que fingir interés en marcas de maquillaje por cuarenta y ocho horas seguidas. Me salvaste de un destino peor que la muerte.

—Te salvé de tu propia falta de pantalones, Leonardo, vamos a llamar a las cosas por su nombre —corregí, permitiendo que el camarero me sirviera una copa de vino blanco—. Y la próxima vez, voy a cobrar tasa de urgencia y adicional nocturno por insalubridad, porque tener que mirar tu cara de lástima mientras inventaba una hija imaginaria fue el colmo de lo ridículo.

Él dio una sonrisa amplia, exhibiendo dientes perfectos que parecían brillar bajo la luz tenue de la lámpara de cristal, y por un

segundo el silencio entre nosotros no fue llenado por pullas, sino por una conciencia súbita de lo aislados que estábamos en aquel rincón del restaurante.

Leonardo me estudió por un tiempo demasiado largo, sus ojos recorriendo mis labios y bajando por mi cuello hasta el escote del vestido, un movimiento que hacía con tanta naturalidad que casi creí que había algún interés allí que no fuera puramente estético. Pero entonces desvió la mirada hacia la entrada del restaurante y la máscara de CEO inquebrantable volvió a su lugar, borrando cualquier vestigio de humanidad que pudiera haber escapado por entre las grietas de su arrogancia.

—Estás hermosa hoy, por cierto —soltó mi jefe idiota, como si estuviera comentando sobre el clima o sobre el precio de las acciones de Vale—. El negro te favorece y realza ese aire de villana de telenovela mexicana que incorporaste hace un momento.

—Guarda tus elogios para tus modelos, porque conmigo no tienen valor de mercado y sé exactamente a dónde quieres llegar con esa adulación barata —respondí, aunque mi corazón había dado un vuelco estúpido dentro de las costillas—. Quieres que me sienta halagada y olvide que me debes una disculpa decente y un aumento real, pero no soy tan fácil de manipular como tus conquistas de discoteca.

—Yo nunca dije que fueras fácil, MC, de hecho, eres la persona más difícil que he conocido y es exactamente por eso que te mantengo cerca —murmuró, la voz bajando una octava y adquiriendo un tono de confidencia que me dejó en alerta máxima —. Las otras personas son demasiado previsibles y quieren algo de mí, mi nombre, mi dinero o mi tiempo, pero tú... tú solo pareces querer que crezca y me convierta en un hombre de verdad, lo cual es un proyecto mucho más ambicioso.

—Es un proyecto imposible y no me pagan lo suficiente para realizar milagros de carácter —finalicé, bebiendo un trago generoso de vino y sintiendo que el alcohol comenzaba a entumecer mis defensas—. Ahora, vamos a comer en silencio antes de que decida

que la historia de la hija abandonada no haya sido suficiente y resuelva llamar a tu madre contándole que aún no has aprendido a lavar tu propia vajilla.

Él río nuevamente y la cena prosiguió con esa familiaridad peligrosa, donde las palabras eran usadas como escudos y espadas en un duelo que ninguno de los dos estaba dispuesto a ganar.

Yo observaba sus gestos, la forma en que Leonardo sostenía el cubierto con elegancia y la manera en que inclinaba la cabeza para escuchar el sonido del ambiente, y sentía el peso de los ocho años que nos ataban el uno al otro. Lo conocía desde la época en que aún creía que el amor era algo que se conquistaba con servicio y lealtad, y ahora, a los veintisiete años, estaba atrapada en una órbita que yo misma ayudé a crear.

Leonardo Montenegro era el sol, brillante y destructivo, y yo era solo el planeta que se negaba a alejarse, temiendo el frío del espacio abierto que vendría con mi partida. Pero mientras él terminaba su langosta y me sonreía con esa confianza de quien posee el mundo, supe que la cuerda estaba al límite y que, pronto, algo tendría que romperse para que yo no terminara asfixiada por el propio cuidado que le dedicaba.

Mientras fingía prestar atención a la textura del risotto de espárragos, mi mente traidora me arrastró de vuelta al día en que puse los pies en la oficina de Leonardo por primera vez. Tenía diecinueve años y usaba un blazer prestado de mi madre que me quedaba ligeramente grande en los hombros y me hacía parecer una niña jugando a ser adulta. En aquella época, salía con Thiago, uno de los mejores amigos de mi actual jefe, y fue él quien sugirió que ocupara la vacante de asistente junior en la recién abierta firma de inversiones de Leonardo. Necesitaba el empleo para ayudar en casa después de que mi padre falleciera y el proyecto de millonario necesitaba a alguien que no fuera un completo imbécil para organizar su vida, que ya empezaba a desbordarse en cifras y reuniones interminables.

Recuerdo cómo me miró aquel primer día, por encima de la montura de metal de sus gafas de lectura, con una mezcla de desdén y benevolencia que hoy reconocía como su marca registrada. Para él, yo era solo la noviecita de Thiago, una chica esforzada a la que estaba ayudando por consideración al amigo, y yo acepté la etiqueta con una sonrisa agradecida y unas ganas inmensas de demostrar que era capaz. Lo que comenzó como una función de organizar carpetas y atender llamadas evolucionó hacia una gestión completa de daños y mi cargo de asistente se transformó, en la práctica, en una curaduría de la existencia de Leonardo Montenegro.

Yo no solo cuidaba la agenda profesional y los cierres de contratos, sino que también pasé a ser la responsable de garantizar que la nevera de su apartamento estuviera siempre abastecida con los yogures orgánicos que le gustaban y que su personal trainer recibiera los pagos al día. Con el paso de los años, los límites entre el horario comercial y mi vida privada fueron devorados por su dependencia silenciosa y me vi comprando regalos de cumpleaños para su madre y eligiendo las flores que enviaría a las mujeres que quería llevar a la cama.

Mi noviazgo con Thiago terminó de forma natural, un desgaste que no dejó resentimientos, pero que solidificó mi posición al lado de Leonardo, y él nunca actualizó la imagen que tenía de mí, manteniéndome congelada en ese estante de "alguien de la familia" a quien podía recurrir a cualquier hora de la madrugada.

—Estás suspirando de nuevo, y eso generalmente significa que estás enumerando mentalmente todas las razones por las que soy una carga en tu vida —dijo él, interrumpiendo mi flujo de recuerdos mientras se limpiaba la comisura de la boca con la servilleta de lino —. ¿En qué estabas pensando con esa cara de quien carga el mundo sobre sus hombros?

—Estaba pensando en el día en que Thiago me presentó a ti y en lo tonta que fui al pensar que trabajar para un millonario sería la cima de mi vida —respondí, apoyando la barbilla en la palma de la mano y sintiendo que el alcohol del vino dejaba mis palabras más afiladas de lo habitual—. Era una chica de diecinueve años con el

sueño de ser independiente y ahora soy una mujer de veintisiete que sabe el número de identificación de todas tus exnovias, pero que olvida pedir su propia cita con el dentista.

—Thiago estaría orgulloso de ver cuánto has crecido y te has vuelto indispensable para el buen funcionamiento de este país, ya que sin ti probablemente estaría preso.

—Thiago está demasiado ocupado viviendo su vida en Canadá para preocuparse por mi estancamiento emocional —retruqué—. Ser indispensable para ti significa que no existo para nadie más y eso es un precio demasiado alto para pagar por un bono de fin de año y una cena cara de vez en cuando.

El hijo de madre pagó la cuenta sin siquiera mirar el valor y se levantó, ajustándose los puños de la camisa con una arrogancia natural que siempre me hacía querer patearlo y besarlo en la misma proporción.

Caminamos hacia la salida del restaurante y el aire frío de la noche de São Paulo nos golpeó con fuerza, haciéndome encoger un poco dentro de mi vestido mientras esperábamos a que el aparcacoches trajera el Jaguar. Leonardo se detuvo a mi lado y puso la mano en mi cintura, un gesto de protección casual que hacía sin pensar, pero que para mí parecía un incendio comenzando sobre mi piel.

—Te llevaré a casa y mañana no hace falta que vengas —murmuró cerca de mi oído, su aliento con olor a vino y menta causándome un escalofrío que intenté disfrazar como frío—. Tómate el sábado para ti, compra ropa nueva con mi tarjeta o haz cualquier cosa que las mujeres normales hacen para sentirse mejor. Prometo que no te llamaré, a menos que sea una emergencia real de vida o muerte.

—Para ti todo es una emergencia de vida o muerte y ya olvidé lo que hacen las mujeres normales —respondí, caminando hacia el coche en cuanto el aparcacoches se detuvo frente a nosotros—. Pero aceptaré el descanso y si me llamas, te juro que bloqueo tu número

y huyo a una isla donde no haya señal de internet ni millonarios que necesiten niñera.

Leonardo rio mientras tomaba el volante y el trayecto hasta mi apartamento estuvo lleno de un silencio común y confortable. Yo miraba por la ventana las luces de la ciudad pasando deprisa y sentía el peso de su dependencia como un ancla que me impedía nadar hacia la superficie. Lo amaba en secreto hace demasiado tiempo, cuidando cada detalle de su rutina mientras descuidaba mi propia felicidad, y allí, en la oscuridad del SUV de casi un millón de reales, supe que el teatro del restaurante había sido solo un acto más de una obra que ya no aguantaba más representar.

Leonardo estacionó frente a mi edificio y me miró con una intensidad que casi me hace confesarlo todo, pero él solo sonrió y tocó mi rostro con el dorso de la mano, un gesto cariñoso y terriblemente fraternal.

—Buenas noches, MC. Intenta descansar esa cabecita llena de problemas —dijo él, volviendo su atención al panel del coche y terminando nuestro momento antes siquiera de que pudiera transformarse en algo real.

Bajé del automóvil sin mirar atrás y caminé hacia la entrada de mi edificio con el corazón latiendo de una manera errática y dolorosa. Yo era su base, el ángel en su vida, su casi hermana, la mujer que sostenía su mundo mientras el mío se deshacía en polvo. Y mientras subía en el ascensor sola, la única certeza que tenía era que, si continuaba siendo la niñera de Leonardo, acabaría perdiendo la única cosa que aún me quedaba y que él nunca sería capaz de devolver: mi propia vida.

Capítulo 2 – El Dueño del Mundo (y de Nada Más)

Leonardo



El silencio en mi ático en Itaim Bibi era casi ofensivo aquella mañana y tardé algunos segundos en despertar. Me giré hacia un lado en mi cama tamaño extra grande, sintiendo las sábanas de mil hilos de algodón egipcio contra mi piel, y me quedé mirando el techo con una pereza que solo un hombre con la cuenta bancaria llena puede permitirse el lujo de sentir en un sábado nublado.

Generalmente, a esta hora, ya habría recibido un resumen de las noticias del mercado financiero y un *shake* de proteína con sabor a hierba que Maria Clara insistía en que era bueno para mi hígado, pero hoy el único ser vivo en mi cuarto era Brahma, mi American Bully Pocket, que roncaba tan fuerte que parecía un tractor a los pies de mi cama.

Me desperecé con ganas, sintiendo cada músculo crujir, y tanteé la mesa de noche en busca de mi móvil para comprobar si el mundo se había acabado mientras yo dormía el sueño de los justos. El recuerdo de Clara fingiendo ser la mujer traicionada e inventando una hija me trajo una sonrisa involuntaria a los labios y perdí algunos minutos riendo solo por la cara de pavor de la rubia huyendo de la mesa.

Mi asistente personal era un fenómeno, una fuerza de la naturaleza que había tenido la suerte de conocer hace ocho años y que, por algún motivo que no me atrevía a cuestionar, aún no había renunciado después de todas las mierdas por las que la hice pasar. Ella era mi base, la mujer que impedía que mi imperio ardiera y me encantaba la forma en que intentaba mantener esa postura profesional mientras sus ojos brillaban de odio cada vez que la llamaba hermanita.

Me levanté finalmente, vistiendo solo unos calzoncillos tipo *boxer* de seda, y caminé hacia la cocina integrada. La cocina estaba impecable como siempre, porque tenía una empleada que venía todos los días de la semana, pero era extraño no tener a Clara allí en una mañana de sábado. Eso me hizo darme cuenta, con un cierto desespero, de que no tenía la menor idea de dónde guardaba las cápsulas de café especial que tanto me gustaban. Abrí tres armarios diferentes, encontrando solo vajilla y recipientes organizados con etiquetas que parecían reírse en mi cara, y solté una palabrota baja que hizo que Brahma me mirara con ese juicio silencioso que solo los perros logran expresar.

—Te juro que ella deja el café en algún lugar por aquí y yo solo estoy un poco desorientado por culpa del vino de ayer —murmuré

para mi perro, que soltó un bostezo y volvió a apoyar la cabeza sobre sus patas regordetas.

Desistí del café por un momento y decidí que una ducha fría me ayudaría a razonar mejor, pero al entrar al baño de la *suite* principal, me di cuenta de que mi toalla favorita no estaba en el soporte térmico. Yo era el dueño de una de las mayores empresas de estrategia de inversiones del país, operaba mercados que harían llorar de miedo a hombres comunes, pero estaba parado en medio de mi baño sintiéndome un completo idiota porque no sabía dónde estaba el stock de toallas limpias de mi propia casa.

Abrí la ducha y dejé caer el agua, intentando enfocarme en los negocios de la próxima semana, pero la imagen de Maria Clara en el restaurante no salía de mi cabeza, especialmente la forma en que aquel vestido negro abrazaba las curvas que yo, por puro instinto de preservación, intenté ignorar. La conocía desde que era una chica de diecinueve años y salía con mi amigo, y con el paso del tiempo la vi transformarse en una mujer afilada e indispensable que me conocía mejor que mi propia madre.

La hija de madre, desafortunadamente, era muy guapa —y yo, muy canalla—. Por eso, necesité crear la etiqueta de hermana para ella, y la adopté como una zona de seguridad. Era el muro que había construido para garantizar que nunca la perdería, porque si las cosas se complicaban entre nosotros, yo me quedaría desamparado y lo último que quería era tener que contratar a otra persona que no entendería mi humor o que intentaría seducirme en la primera cena de negocios.

Salí de la ducha y usé una toalla cualquiera que encontré al fondo del armario, sintiendo que Brahma me seguía por el apartamento como si también estuviera esperando que Maria Clara apareciera en cualquier momento para salvar nuestro sábado. Me senté en el sofá de terciopelo azul marino y tomé el iPad para revisar algunos contratos, pero mi dedo vaciló sobre el icono de WhatsApp y sentí un deseo absurdo de enviarle un mensaje preguntándole por el café.

Cierto, sé que había prometido que no la molestaría, pero el vacío del ático parecía amplificar mi incompetencia doméstica y me vi navegando por el *feed* de Instagram solo para ver si Clara había publicado algo.

Fue entonces cuando vi un *post* de hace diez minutos, con una foto de una mesa de desayuno en un lugar que parecía ser una panadería artesanal encantadora, con una ración de pan de queso que parecía deliciosa. Ella estaba disfrutando del descanso y comiendo cosas ricas, mientras yo ni siquiera había encontrado la maldita cápsula de café.

Me pasé la mano por la cara y tiré el iPad a un lado. Brahma continuaba mirándome, alternando la mirada entre mí y la cocina, donde estaba su cuenco de comida vacío. Me levanté con un suspiro pesado y caminé hacia la despensa, abriendo la puerta con la esperanza de que la comida del perro estuviera en algún lugar obvio, pero lo que encontré fue un ejército de botes de vidrio perfectamente alineados, cada uno con una etiqueta escrita a mano por la letra redondeada de Marlene, mi empleada.

—Brahma, amigo mío, estamos jodidos —murmuré mientras buscaba el saco de pienso con sabor a salmón—. Si ella no dejó esto en un lugar que esté a la altura de mis ojos, voy a tener que pedir un servicio a domicilio de picaña para ti y Clara luego me dará un sermón de dos horas sobre tu colesterol.

Por suerte, encontré el paquete escondido detrás de un fardo de agua mineral y, al verter los granos en el cuenco, el sonido pareció llenar el vacío del ático de una forma melancólica.

El teléfono sonó y respondí sin mirar la pantalla, esperando que fuera mi asistente rindiéndose y preguntando si necesitaba algo, pero la voz animada y ligeramente afectada de Rafael Cunha llenó el ambiente.

Él era mi socio en algunos emprendimientos y el tipo que más conocía mis trapos sucios, lo que significaba que no tenía filtro ninguno cuando el asunto era mi vida personal, especialmente en lo que respecta a la mujer que organizaba mis días.

—¡Y ahí, semental de Itaim! —exclamó Rafael y casi podía ver su sonrisa canalla—. *¿Cómo fue el teatro ayer? ¿Clara te dio muchas bofetadas o lograste convencerla de que eres un santo incomprendido?*

—Me causó un perjuicio de casi dos mil reales en la cuenta y un sermón sobre mi falta de madurez —respondí, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá y cerrando los ojos—. Y ahora estoy aquí, intentando descubrir dónde guarda mis cosas y viéndola publicar fotos de desayuno toda feliz.

—¡No tienes remedio! —Rafael soltó una carcajada—. *Un día de estos se cansará de cambiarte los pañales e irá a trabajar para alguien que sepa la diferencia entre una asistente y una niñera. Eso si no encuentra un novio que te saque del camino...*

—No delires, Rafael, Clara es como si fuera de mi familia —usé el argumento de siempre, aunque sonó más frágil de lo normal aquella mañana—. Ella solo está disfrutando del descanso y me alegra que esté saliendo.

—Eres un pésimo jefe. Cualquier día te la robaré para mí.

—Vete a la mierda —retruqué, pero su frase se quedó reverberando en mi cabeza como un zumbido molesto—. Soy un jefe excelente, ¿vale? Doy bonos, doy regalos, la llevo a los mejores lugares...

—La llamas en medio de la madrugada, haces que aguante tus juergas... —continuó él, cambiando de tema poco después para hablar sobre la apertura del mercado en Asia, pero yo ya no lo escuchaba.

Colgué el teléfono y tiré el aparato sobre el sofá, sintiendo una inquietud que no combinaba con mi estilo de vida sin complicaciones. Necesitaba una distracción, algo que me hiciera recordar que yo era Leonardo Montenegro y que mi felicidad no dependía de una asistente personal, por muy eficiente que fuera.

Capítulo 3 – Rehabilitación de una Adicta al Trabajo

Maria Clara



Por primera vez en meses, no tenía un itinerario de viaje que revisar, una factura de condominio de lujo que disputar o una exnovia insistente a la que bloquear en el móvil de Leonardo Montenegro. Me giré en la cama, sintiendo las sábanas de algodón común —muy lejos de los mil hilos que elegía para la cama de mi jefe— rozar mi piel y me quedé mirando el techo de mi cuarto,

intentando ignorar el impulso casi patológico de tomar el móvil y ver si él me necesitaba.

Sabía que Marlene lo había dejado todo limpio y organizado antes de irse el viernes, pero Leonardo tenía el don de transformar una cocina impecable en un escenario de guerra con solo intentar freír un huevo. La idea de que pudiera estar pasando hambre por pura pereza me causó una punzada de culpa que me encargué de aplastar de inmediato.

Me levanté con una lentitud deliberada y caminé hacia la cocina de mi apartamento, que era lo suficientemente pequeña como para caber dentro del *closet* de él, para beber mi agua con limón en ayunas. Hoy no habría prisas hacia Itaim Bibi, lo que significaba que podría ser solo Maria Clara por unas horas. El problema era que ya no sabía quién era esa mujer y cada movimiento mío parecía hacer eco de un vacío que llenaba con el trabajo desde hacía ocho años.

Me eché un poco de agua fría en el cuerpo y me puse un conjunto de entrenamiento para ir a desayunar a una cafetería que siempre había querido conocer y, después, intentaría ir hasta Ibirapuera para caminar un poco.

Antes siquiera de tocar la taza bonita, saqué una foto muy buena con el sol golpeando la mesa, y escribí una leyenda sencilla, sintiendo un placer infantil al imaginar a Leonardo viendo aquello y dándose cuenta de que el sol seguía saliendo incluso sin mis orientaciones por escrito.

—Deja de ser idiota, Clara —murmuré para mis adentros, bebiendo un sorbo de café antes de que se enfriara—. Probablemente ni siquiera vio la foto y está demasiado ocupado intentando descubrir cómo funciona su propia vida.

Intenté concentrarme en el libro que llevé, pero las palabras parecían flotar en la página sin sentido y mi mente insistía en revisitar la escena del restaurante la noche anterior. Pero no me rendiría tan fácilmente; por eso, me forcé a concentrarme en la lectura, poniéndome un capítulo entero como meta. Poco a poco, me

fui desconectando de mi jefe y entrando en la historia, hasta que pasó casi una hora entera.

Después de pagar la cuenta y salir del establecimiento, me di cuenta de que había sido atraída como un imán cerca de Leonardo. No tenía sentido ir hasta Ibirapuera si estaba más cerca del Parque do Povo, un lugar donde también podría distraerme y relajarme un poco.

El lugar estaba lleno de familias, corredores y parejas que parecían perfectamente sintonizadas, lo que solo sirvió para destacar mi propia soledad de asistente personal en rehabilitación. Encontré un banco bajo un árbol e intenté sumergirme de nuevo en la lectura, pero fui interrumpida por una sombra que se proyectó sobre mi libro. Miré hacia arriba, esperando ver a alguien pidiendo información, pero encontré a un hombre de unos treinta años, con una sonrisa amable y una postura relajada que me pareció extrañamente refrescante.

—Siento molestarte, pero no he podido evitar notar que intentas leer la misma página desde hace diez minutos —dijo él, con una voz tranquila que no tenía nada de la prepotencia a la que estaba acostumbrada.

—¿Tan obvio es? —respondí, cerrando el libro y sintiendo que mi rostro se calentaba un poco por haber sido pillada en el acto de mi propia distracción—. Solo intento apagar el cerebro, pero parece que el botón de *off* está averiado.

—El mío también suele dar problemas el fin de semana, pero un helado suele ayudar en el mantenimiento —sugirió el hombre, señalando el carrito de polos que pasaba cerca—. Soy Rodrigo, por cierto. Y tú pareces ser alguien que necesita urgentemente una distracción que no involucre letras en una página.

Parpadeé algunas veces, procesando la oferta inusual y la sonrisa fácil de aquel extraño. Una parte de mí quiso agradecer educadamente y volver a fingir que el libro era lo más interesante del mundo. Por un segundo, me sentí vulnerable, demasiado

expuesta con mi ropa de gimnasia, como cualquier mujer se sentiría al ser abordada por un hombre que no conoce.

La vacilación debió de quedar grabada en mi rostro, porque ese tal Rodrigo no dio ni un paso adelante, manteniendo una distancia respetuosa que me hizo soltar el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—No suelo aceptar polos de extraños en el parque —respondí y mi voz salió un poco más temblorosa de lo que me gustaría—. Mi madre me dio avisos muy específicos sobre esto hace unos veinte y tantos años.

Rodrigo soltó una risa leve, un sonido limpio que no tenía el sarcasmo característico de Leonardo.

—Justo —sonrió el hombre—. Tu madre es una mujer sabia, pero si sirve de consuelo, soy arquitecto, vivo aquí cerca y el heladero es el señor Geraldo, que puede dar fe de que soy inofensivo y que siempre estoy por aquí.

Había algo genuino en su manera de ser, una educación que no parecía ensayada. Aceptar aquella invitación era mi pequeño acto de rebeldía, una prueba para mí misma de que mi vida no era un satélite que solo orbitaba el planeta Leonardo.

—Está bien, Rodrigo Arquitecto. Acepto el polo —dije, levantándome del banco y ajustando la correa del bolso en el hombro—. Pero si empiezas a decir cosas extrañas, salgo corriendo.

—Hecho. Prefiero hablar sobre cómo la iluminación de este parque está subestimada o sobre cómo el limón siciliano es el único sabor de helado que realmente debería existir —bromeó él, haciendo una señal al heladero.

Caminamos lado a lado y la sensación era extrañamente refrescante. Rodrigo hablaba sobre diseño urbano y sobre cómo le gustaba observar las texturas de los edificios, y me vi escuchando con una atención real, sin necesidad de anotar nada en un bloc de notas mental.

Por unos minutos, el peso de ser la base de alguien desapareció. No era la asistente indispensable, era solo Clara, tomando un polo con un hombre al que probablemente nunca volvería a ver.

Pero, como si el universo tuviera un sentido del humor sádico, mi móvil vibró en el bolsillo y cuando lo tomé para ver de qué se trataba, el polo dulce y frío de repente me pareció amargo.

Miré al hombre a mi lado, que estaba a mitad de una frase sobre la revitalización del centro, y sentí una punzada de tristeza al darme cuenta de que no lograba entregarme a esa interacción sencilla porque una parte de mí seguía estacionada en el ático de Itaim.

—Estás lejos de nuevo —comentó Rodrigo, dejando de caminar y mirándome con una expresión de quien ya había entendido el juego—. Hay alguien ocupando mucho espacio en ese botón de *off* tuyo, ¿verdad?

—Es complicado. Trabajo para un hombre que no conoce la diferencia entre un empleado y una propiedad privada —respondí, intentando dar una sonrisa que sonara menos cansada de lo que me sentía.

El arquitecto sonrió de forma complaciente y no dijo nada sobre aquel asunto. Imaginé que en una mañana de sábado, la persona estaba interesada en relajarse y conversar sobre cosas amenas, no entrar en una discusión profunda sobre los problemas profesionales de alguien que acababa de conocer.

Caminamos aún por unos minutos más, hasta que Rodrigo me pidió que anotara su número de teléfono y le llamara cuando deseara hacer algo diferente. Con seguridad no lo buscaría, pero hice lo que pidió, por educación, y me despedí con una sonrisa en el rostro.

No llegué a dar diez pasos antes de que llegara la nueva notificación y necesitara desbloquear la pantalla del teléfono.

Leonardo: *La bodega envió las cosechas equivocadas para la cena de hoy. Necesito que les llames y pidas que hagan el cambio inmediatamente.*

Solté un suspiro pesado, sintiendo mis hombros tensarse de nuevo, como si estuviera vistiendo una armadura que odiaba. Él no preguntó si estaba bien o si mi sábado estaba siendo productivo. Solo necesitaba la maldita llave porque, en su cabeza, el mundo deja de girar si no tiene lo que quiere en el exacto segundo en que chasquea los dedos.

Empecé a escribir una respuesta corta, pero me detuve. Miré hacia el banco donde Rodrigo me había encontrado y sentí una ola de irritación subir por mi garganta.

Borré la respuesta corta que mi cerebro entrenado ya había formulado automáticamente. Mis dedos sobrevolaron el teclado, mientras la frase de Leonardo sobre la bodega parecía quemarme la vista. Siempre era así: una sucesión de órdenes disfrazadas de urgencia que hacían que mi vida pareciera un anexo sin importancia de la suya. La irritación, que antes era solo una punzada en el fondo de la mente, subió por mi pecho como un trago de bebida fuerte, caliente y amarga.

Guardé el aparato en el bolsillo sin responder y me obligué a mantener el paso, ignorando la voluntad casi instintiva de resolver el problema de las cosechas antes incluso de llegar a la acera. Miré los árboles a mi alrededor, a las personas que caminaban sin preocupación, y respiré hondo, sintiendo el aire frío llenar mis pulmones.

La paz duró poco menos de tres minutos. Cuando el teléfono sonó, el sonido cortó el ruido del parque con una agresividad que me hizo cerrar los ojos con fuerza por un segundo. El nombre de mi jefe brillaba en la pantalla con una insistencia dominante, como si pudiera olfatear mi insubordinación a través de la señal de satélite.

Miré el aparato vibrando en mi palma, sintiendo la pulsación acelerada en la punta de los dedos. Responder significaba ser

succionada de vuelta a esa órbita donde no pasaba de ser una herramienta de gestión. Ignorar significaba declarar una guerra silenciosa que aún no estaba segura de si estaba lista para ganar.

Respondí y me llevé el móvil al oído, pero no dije nada. El silencio por mi parte era la única barrera que lograba levantar en aquel momento.

—*¿Maria Clara?* —Su voz salió baja, con esa nota de extrañeza de quien no está acostumbrado a esperar—. *No respondiste mi mensaje en* WhatsApp*.*

—Lo leí, Leonardo —respondí, sintiendo el peso del bolso en el hombro y un deseo súbito de arrojar el móvil al lago—. Pero, por si lo has olvidado, me diste el día libre. Estoy en medio del parque, intentando tener una vida que no involucre el inventario de tu bodega.

El silencio al otro lado de la línea duró un segundo más de lo normal, y casi pude oír los engranajes de su cabeza encallándose. Leonardo no lidiaba bien con las negativas, principalmente cuando venían de la persona que él consideraba la extensión de su propio brazo derecho.

Oí el sonido de algo golpeando y el ruido sordo de un suspiro impaciente que me hizo apretar el paso en dirección a la salida del parque.

—No hace falta que uses ese tono de profesora de primaria conmigo —replicó con la voz en una cadencia de quien intenta ser razonable mientras muere de irritación por dentro—. *Pero la cena de hoy es importante. La gente de la correduría viene hacia aquí y no puedo servir un vino que no armonice con el menú que se servirá. Es una llamada de dos minutos, Clara. ¿Qué te cuesta?*

—Cuesta mi descanso, mi paciencia y el hecho de que tienes dos brazos, una boca y el número de la empresa en tu propio teléfono —disparé, deteniéndome cerca de un parterre y sintiendo la sangre pulsar en mis sienes.

—¿Cuál es tu problema hoy? —Su pregunta vino cargada de una perplejidad genuina, lo cual era casi más ofensivo que si

estuviera gritando—. *¿Es por esa escena en el restaurante? Ya te dije que estuviste brillante, ya te di el día libre...*

—No me has dado nada, por lo visto —interrumpí, la voz subiendo una octava y atrayendo la mirada de una señora que paseaba con un Lulú de Pomerania—. El descanso fue solo un engaño. Y mi problema es que acabo de conocer a un hombre interesante, estaba tomando un polo y conversando sobre arquitectura, y tú has aparecido para estropearme la vida.

Esta vez, su silencio fue cortante. El ruido del tráfico de la ciudad a mi alrededor pareció aumentar, llenando el vacío que la mención a Rodrigo dejó en la línea.

Sabía que había tocado un punto sensible, no porque Leonardo tuviera celos de mí —lo cual sería un delirio por mi parte—, sino porque la idea de que yo tenía una vida social, o peor, un interés romántico que pudiera competir con su agenda, era una amenaza directa a su comodidad.

—¿Un hombre interesante? —repitió él y el tono de burla volvió, pero con una punta de algo que no supe identificar—. *¿En el parque? Déjame adivinar: uno de esos hombres que usan zapatos de tela y piensan que leer poesía en voz alta es un rasgo de personalidad. Menos mal que te he rescatado, aunque sea de forma indirecta.*

—Su charla fue mucho mejor que la tuya sobre cosechas de vino, te lo aseguro —rebatí, sintiendo un placer amargo al oír el chasquido de la lengua de Leonardo—. Ahora, si me permites, voy a terminar mi sábado. No me llames más, a menos que tu ático se esté quemando y Brahma necesite ser rescatado.

Colgué en su cara sin esperar la respuesta, con el corazón martilleando contra las costillas de una manera que me dejó aturdida. Mis dedos temblaban levemente mientras bloqueaba la pantalla y guardaba el aparato en el bolsillo, sintiendo una mezcla de triunfo y pavor. Nunca le había hablado a Leonardo de esa manera, nunca había dado un golpe sobre la mesa con tanta fuerza.

Caminé hacia mi apartamento, ignorando las nuevas notificaciones que hacían que el móvil vibrara frenéticamente. El sol aún brillaba, la gente aún sonreía, pero el polo de limón siciliano ahora parecía un recuerdo lejano y agrio.

Capítulo 4 – El Efecto Dominó

Leonardo



Me quedé mirando el móvil mudo en mi mano como si el aparato acabara de cobrar vida y me hubiera escupido en la cara. Maria Clara raramente me colgaba. Ella casi siempre era constante como una línea recta en un gráfico lleno de oscilaciones, y oírla hablar de esa manera, con una agresividad que no cuadraba con la dulzura que intentaba esconder bajo su profesionalismo, me dejó en estado de *shock*.

—¿Hombre interesante en el parque? ¿En serio? —gruñí a la sala vacía, sintiendo una punzada de irritación que no tenía nada que ver con los vinos cambiados y todo que ver con la imagen mental de algún idiota con zapatos de tela ofreciéndole un polo a mi asistente.

Brahma soltó un gemido bajo, pidiendo atención, pero yo estaba demasiado ocupado sintiendo que la sangre me hervía. La idea de que ella estuviera allá afuera, siendo toda sonrisas para un extraño, mientras me llamaba incompetente entre líneas, era intragable. Tiré el móvil al sofá y empecé a caminar de un lado a otro, con los pies descalzos hundiéndose en la alfombra que ella misma había elegido para dar calidez al ambiente.

—¿Sabes qué? ¡Al carajo! Soy un inversor estratégico y resuelvo crisis de miles de millones. Claro que puedo cambiar el maldito vino —decreté, decidido a demostrarme a mí mismo que mi dependencia era puramente organizacional, no vital.

Entorné los ojos y me enfoqué en lo que importaba. Tomé el móvil de nuevo y entré en el sitio web de la bodega, busqué su número de contacto y envié un mensaje por WhatsApp. Odiaba hablar por teléfono, tenía verdadero horror a usar ese aparato para cosas que no involucraran redes sociales o correos electrónicos. Así que, primero intentaría resolverlo de esa manera.

—¿Ves, Brahma? —Apunté el iPhone hacia mi perro, que ahora me observaba con la cabeza ladeada—. Solo no hago esto siempre porque mi tiempo cuesta demasiado caro como para gastarlo en problemas tan pequeños. Pero sé hacerlo.

Caminé hacia la cocina, decidido a resolver también el problema del café. Dejé la pereza de lado y abrí la despensa con una mirada más atenta. Aparté un bote de galletas importadas y, allá al fondo, en un estante perfectamente organizado, encontré la caja de madera oscura con el logotipo de la marca que me gustaba.

—Te encontré, desgraciada —murmuré, sintiendo que una pequeña victoria inflaba mi pecho.

Preparé el café con movimientos precisos, el olor fuerte invadiendo el ambiente y devolviéndome a mi eje. No era un inválido. Lo que pasaba entre Maria Clara y yo era una simbiosis de conveniencia. Yo pagaba muy bien y ella me entregaba una vida sin ruidos. El hecho de que ella estuviera en el parque con un tal Rodrigo era solo una nota al pie en su sábado. El problema no era el tipo, sino el tono de voz usado al teléfono, esa chispa de independencia que sonó como un aviso de huelga. Clara estaba cansada, y yo, como un buen gestor, necesitaba saber cuándo dar cuerda y cuándo tirar del freno.

Me senté a la mesa con mi taza, encendí el iPad y empecé a revisar los informes de cierre de Asia. El mercado no esperaba a que nadie tuviera descanso, y yo mucho menos. La cena de esta noche sería impecable, con los vinos correctos y la charla afilada de siempre. Tomé un sorbo de café, sintiendo el calor bajar quemando. Estaba bajo control, la casa estaba en orden, y ese sentimiento extraño bajo mis costillas era solo hambre con un poquito de ansiedad.

Después de dos horas sumergido en planillas, el silencio del ático empezó a pesar de una manera que el café ya no lograba resolver. Mi perro se había echado debajo de la mesa del comedor, cansado de esperar una interacción humana real, soltando suspiros que parecían hacer eco de mi propia inquietud. Me levanté para estirar las piernas y acabé deteniéndome ante el balcón cerrado con cortina de cristal. Observé el movimiento frenético de las calles, la gente viviendo sus vidas y muy ocupada con sus propios problemas.

Caminé hasta el área de entrenamiento integrada, un espacio que diseñé para ser mi santuario de *performance*. Brahma me siguió, sentándose en un rincón como si fuera mi juez personal, mientras yo comenzaba un levantamiento sintiendo la barra de acero fría contra mis palmas. En la primera serie, la frustración salió con el esfuerzo. En la segunda, la imagen de Clara riendo para un extraño me hizo aumentar la carga. No era un hombre celoso, pero era posesivo con lo que era mío. Y la lealtad de mi asistente era mi activo más precioso.

Levanté ciento cuarenta kilos del suelo, sintiendo las venas de mi cuello saltar y el sudor empezar a brotar en mi frente. Hice cuatro series hasta que mis brazos temblaron, después pasé al *press* de banca, enfocándome en la cadencia, en el control del movimiento, exactamente como me enfocaba en mis inversiones.

El entrenamiento duró casi una hora. Al final, estaba empapado, el pecho subiendo y bajando con fuerza, pero mi mente estaba limpia. O casi.

Después de una ducha fría y necesaria, un paseo por la pantalla de servicio a domicilio para elegir mi almuerzo y una sesión de caricias a Brahma sobre el sofá, mi móvil sonó y respondí sin mirar la pantalla. En el fondo de mi corazón, esperaba que fuera mi asistente rindiéndose y preguntando si necesitaba algo, pero la voz animada de Rafael Cunha golpeó mi oído. Estuve algunos minutos al teléfono con él, escuchando a mi amigo contar los últimos acontecimientos caóticos de su día, pero colgué cuando llegó la comida que pedí.

Fue un sábado bastante positivo, considerando que todo salió bien. Los vinos fueron cambiados sin ningún dolor de cabeza e incluso saqué una foto con ellos sobre la encimera para enviársela a Maria Clara.

Más tarde, movido por un ímpetu de autosuficiencia, decidí que yo mismo organizaría la mesa. No necesitaba esperar a que Heloísa llegara o enviar otro mensaje desesperado a mi asistente. Sabía dónde estaban los manteles individuales de lino. O creía saberlo. Abrí el bufet del comedor y me encontré con una organización que rozaba el TOC. Pilas de servilletas de tela, anillos de plata, juegos de cubiertos... todo dividido por colores y ocasiones. Tenía un gusto bastante exigente y elegante, así que monté todo como me vino a la mente y, por más que no hubiera quedado perfecto, serviría estupendamente.

Una hora después, Heloísa llegó con sus ayudantes, pues siempre contrataba a la *chef* para servir cenas en ocasiones específicas como esta. Confieso que sentí un gran alivio al oír el

sonido de sus pasos por el ático y saber que había alguien más para llenar aquel vacío.

—¿Quién montó esta mesa? —preguntó la profesional, frunciendo el ceño.

—¡Yo! —Sonreí—. Decidí adelantar las cosas para ti.

Heloísa me miró como si acabara de sugerirle que sirviera el risotto en platos de cartón. La mujer, de unos cuarenta años, caminó hasta la mesa con las manos en la cintura, analizando cada detalle de mi obra maestra con un silencio que empezó a hacerme sentir incómodo. La sonrisa que yo ostentaba, orgulloso de mi proeza doméstica, se fue marchitando conforme ella negaba con la cabeza.

—Con todo respeto... usted es un genio cuando el asunto es dinero, pero para arreglar una mesa, es un desastre —sentenció Heloísa, empezando ya a recoger los cubiertos que me habían tomado casi veinte minutos alinear.

—¿Cómo que un desastre? Seguí la lógica de todo, estoy seguro.

—La lógica de quien tiene prisa por comer un plato combinado en la esquina, tal vez. —Ella soltó una risa corta, sin una gota de ceremonia porque ya había trabajado muchas veces conmigo—. Usted puso el tenedor de pescado en el lugar del de carne, el cuchillo está hacia el lado equivocado y esa servilleta... santo Dios, parece que intentó hacer un origami y desistió a la mitad.

—Solo quería ayudar —refunfuñé, sintiéndome como un niño de diez años al que regañaron por no hacer bien la cama.

—No hace falta —rebatió Heloísa, haciendo una señal a uno de los ayudantes—. Usted me contrató para esto, ¿no? Usted debería ir a su despacho, tomar un whisky y fingir que nunca tocó esta mesa. Si sus invitados ven esto aquí, van a pensar que perdió todo su sentido común en una mala inversión.

Me pasé la mano por el cabello mientras mi rostro se calentaba. La autosuficiencia que sentí hace minutos había sido atropellada por la competencia brutal de Heloísa.

—Tú ganas. —Me encogí de hombros, haciendo más drama del necesario—. Voy a dejar el campo de batalla para los profesionales.

Salí del comedor oyendo el tintineo de los cubiertos siendo retirados y la voz baja de la mujer dando instrucciones sobre cómo debían ser las cosas de verdad. Entré en mi despacho y me dejé caer en el sillón, el silencio ahora acompañado de un amargor de derrota. Me quedé allí, rumiando esa sensación de incompetencia mientras el sonido del equipo trabajando en el ático servía de banda sonora para mi fracaso. Estaba a punto de tomar el móvil para revisar las cotizaciones de la bolsa cuando el aparato vibró sobre la mesa.

El nombre de mi asistente rebelde brilló en la pantalla y conté hasta tres antes de responder, para no parecer demasiado ansioso.

—Habla, pequeña leona brava —solté, recostándome en el sillón y girando un bolígrafo entre los dedos.

—Leona será su señora madre —su voz sonó suave a pesar de las palabras, sin ese hilo de irritación de hace horas. Había un ruido de fondo que parecía el sonido de un manojo de llaves—. *Estoy llegando a casa ahora. Solo llamé para... bueno, para verificar si todo está en orden por ahí. ¿Ya apareció Heloísa? ¿Lograste cambiar los vinos?*

Era increíble cómo Maria Clara lograba, con dos preguntas, mapear todas mis vulnerabilidades del día. Me pasé la mano por la cara, sintiendo el peso de mi ego peleando con las ganas de confesar que el mundo era un lugar mucho más difícil sin ella.

—¡Todo se resolvió! Yo mismo envié un mensaje a la bodega y resolví el cambio —respondí, omitiendo el hecho de que tardé un tiempo en encontrar el contacto—. Y Heloísa ya llegó, sí, destruyendo mi intento de ser un anfitrión servicial y mandándome al despacho para no estropear la estética de la cena.

Oí una risita baja al otro lado de la línea, un sonido que hizo que el nudo en mi estómago se aflojara un milímetro.

—¿Intentaste montar la mesa solo? —preguntó ella y podría jurar que estaba sonriendo con ese aire de quien conoce todos mis

trapos sucios.

—Seguí una lógica funcional, ¿vale? —refunfuñé, pero sin rabia —. Pero Heloísa parece tener reglas de etiqueta diferentes a las mías. En fin, está todo bajo control. Tú... ¿lograste descansar? ¿O el tipo del polo te tuvo ocupada hasta ahora?

El silencio de Maria Clara duró un segundo más, y me arrepentí de la pregunta en el instante en que las palabras salieron. No debería darle importancia, no debería mostrar que ese detalle se me había quedado atravesado en la garganta.

—Rodrigo fue un caballero y la charla fue estupenda —dijo ella, con un tono de voz que trajo de vuelta la barrera profesional impecable—. *Pero ya estoy en casa. Si realmente no necesitas nada urgente para la cena, voy a aprovechar para darme un baño y desaparecer del mapa hasta el lunes. ¿Estás seguro de que no olvidaste ningún detalle? El checklist está en la primera página de la carpeta negra, por si entras en pánico.*

—Yo no entro en pánico, MC. Yo invierto —bromeé, aunque sabía que la carpeta negra sería mi mejor amiga en los próximos minutos—. Puedes descansar. Gracias por la... preocupación.

—De nada, Boss —murmuró ella.

—¿Quieres venir? —pregunté antes de que mi asistente colgara, aun sabiendo la respuesta que recibiría.

—No. —Puse los ojos en blanco—. *A menos que eso sea una orden.*

—Es.... bueno... no, no lo es.

Estaba seguro de que la pícara estaba sonriendo al otro lado de la línea.

—Entonces, buena cena para ti —declaró ella—. *Nos vemos el lunes.*

Maria Clara colgó antes de que pudiera replicar, y me quedé allí, mirando el móvil. Al menos, ella había llamado y vuelto a mi órbita, aunque solo fuera por una llamada de cortesía. No podía querer más que eso, sabía que exigía mucho y pasaba el límite.

Dejé el móvil a un lado y me levanté, pues tenía una cena que comandar y socios a los que impresionar. Caminé hasta el mueble donde estaba el pequeño bar del despacho y me serví una dosis generosa de whisky, solo para lubricar mi garganta.

Después del primer trago, fui a dar una vuelta por el ático y comprobar qué se estaba haciendo, notando que el comedor ya se había transformado en pocos minutos. El equipo de Heloísa había hecho un milagro: los vinos descansaban en los soportes y el aroma que venía de la cocina era una promesa de que mi prestigio como anfitrión se mantendría.

Los manteles individuales de lino crudo estaban perfectamente extendidos sobre la mesa de laca negra, sirviendo de base para los platos de porcelana con bordes de oro. Heloísa no solo corrigió la posición de los cubiertos de plata con una precisión quirúrgica, sino que también dio vida al centro de la mesa. Se había montado un arreglo bajo con orquídeas blancas y follaje de eucalipto, garantizando que la visión de mis invitados no fuera obstruida.

Las copas y vasos de cristal estaban dispuestos en una diagonal impecable: el de agua, el de vino tinto y el de blanco, cada uno esperando su función. En el centro de cada plato, la servilleta de tela estaba doblada en un rectángulo simple y elegante, sujeta por un anillo que Maria Clara había comprado en un viaje nuestro a Londres el año pasado. Todo lo que se estaba usando, a excepción de las flores, me pertenecía y, aun así, yo jamás lograría hacer una decoración tan bonita como aquella.

Me acordé de agradecer mentalmente por tener el contacto de Heloísa para momentos como este y me fui a mi cuarto. Aún faltaban algunas horas para que la cena comenzara, así que aprovecharía para poner una película y relajarme un poco en la cama. Antes de que me acostara, Brahma saltó sobre el colchón y ocupó el espacio cerca de mi almohada, mirándome con la lengua fuera y ojos atentos.

—¿Te diste cuenta de que Maria Clara ni siquiera preguntó por ti? —Mi perro movió una de las orejas—. Si nos descuidamos, el tal

Rodrigo tiene alguna mascota más atractiva y ella también te cambiará por él.

Brahma gimió bajito y se lamió el hocico.

—Sí, amigo... Ya no se hacen asistentes como las de antes —declaré, acostándome a su lado y encendiendo la TV—. Ella ni parece que te esté echando de menos y tú te pones todo mimoso con ella... Quiero ver si vas a mover la cola el lunes cuando MC llegue.

Brahma se estiró todo en el colchón y se puso boca arriba, dejando bien claro que le importaban muy poco mis desvaríos. A nadie le importaba, en realidad; yo debía de ser el único que le estaba dando vueltas al asunto.

Le di al *play* a un episodio de *Round 6* que aún no había visto y terminé de tomar el whisky antes de dejar el vaso sobre la mesa de noche. Mi American Bully, fiel a su puesto, roncaba como un motor viejo, ignorando completamente las muertes coloridas en la pantalla de la TV. La casa estaba silenciosa y el sonido del equipo de Heloísa trabajando en el comedor era solo un ruido de fondo que indicaba que las cosas estaban bajo control.

Acabé durmiéndome y solo me desperté con la alarma del móvil que me avisaba que era hora de ducharme y empezar a prepararme. Brahma, como no tenía ninguna responsabilidad para aquella noche más allá de lamerse sus propias bolas, continuó roncando acurrucado en el edredón suave y dejando bien claro quién era el rico en aquel lugar.

Capítulo 5 – El Retorno de la Reina

Maria Clara



El lunes en São Paulo tenía el olor característico a café quemado. Ajusté la radio de mi coche, intentando ignorar la leve ansiedad que me picaba en la base del cuello mientras me enfrentaba al tráfico de la Faria Lima.

El domingo había sido extrañamente silencioso después de mi llamada a Leonardo. Me obligué a no revisar el móvil cada cinco minutos y pasé el día enfocada en cosas que no tuvieran el apellido

Montenegro involucrado. El problema es que, después de ocho años, mi cerebro parecía programado para operar en una frecuencia específica, y esa frecuencia tenía el timbre de su voz.

Estacioné en mi plaza fija en el garaje del edificio y respiré hondo antes de subir. Llevaba unos vaqueros oscuros de corte impecable, una camisa de seda y bailarinas —el uniforme de quien manda sobre el dueño de un imperio sin necesidad de una acreditación—.

Las puertas se abrieron directamente en el hall del ático, porque el edificio solo poseía un apartamento por planta, y el primer sonido que escuché fue el de las patas de Brahma golpeando el suelo pulido. El perro marrón claro con manchas blancas, retaco y de cabeza ancha, vino a mi encuentro como si hubiera pasado años fuera y no solo dos días.

—¡Hola, chico! ¿Echaste de menos a quien realmente manda aquí? —murmuré, haciéndole una caricia rápida en las orejas antes de enfocarme en el ambiente.

El lugar estaba limpio, pero había un desorden casi invisible que solo yo lograba detectar. Caminé hacia la cocina integrada y, como un ritual, comencé a preparar el desayuno de Leonardo. No necesité preguntar nada, pues sabía que le gustaba tomar el *shake* de proteína con sabor a hierba y comer tostadas integrales con aguacate y huevo.

Mientras la máquina de café trabajaba, mi jefe apareció vistiendo solo un pantalón de chándal gris, con el cabello alborotado y ese aire de quien se había quedado despierto toda la noche. Se detuvo en el umbral de la cocina, cruzando los brazos y observándome con una intensidad que me hizo apretar el mango del cuchillo con más fuerza.

—Buenos días, MC —murmuró con la voz aún ronca de sueño —. No te oí llegar.

—Nunca oyes —retruqué sin mirarlo mucho, colocando las tostadas en un plato—. ¿Cómo fue la cena?

Leonardo caminó hasta la encimera y se sentó en uno de los taburetes, quedando peligrosamente cerca de mí, de forma que podía sentir la fragancia de la pasta de dientes recién usada en esa boca.

—Fue un éxito —anunció mi jefe, tomando la taza que le extendí—. Pero me sentí humillado cuando Heloísa criticó mi decoración.

—Debió de ser amable, tú eres el que es demasiado dramático —bromeé, finalmente encarándolo—. Recuerda que tienes una reunión por vídeo a las diez. Es decir, tienes menos de quince minutos para comer y ponerte algo de ropa.

Con su aire de exhibicionista, Leonardo se alisó el pecho con una mano, poniendo una sonrisa canalla en el rostro y chasqueando la lengua.

—Tal vez si aparezco así, la reunión sea más interesante. ¿Qué te parece?

—Me parece que te diste un golpe en la cabeza el fin de semana.

Soltó una risa corta y vibrante que sentí más en el estómago que en los oídos, y dio un mordisco generoso a la tostada mientras me seguía con la mirada. Leonardo tenía la manía de observarme como si fuera un gráfico de rendimiento intrigante, pero hoy había una nota de provocación diferente, un residuo de aquella ruptura de protocolo que iniciamos el sábado.

—Estás muy ácida para una mañana de lunes, Maria Clara. ¿El polo de limón siciliano te dejó el paladar estropeado? —preguntó, apoyando los codos en la encimera e inclinándose en mi dirección.

—El polo estaba estupendo, ya te lo dije. Lo que está ácido es tu sentido del profesionalismo —respondí, tomando su iPad sobre la encimera para revisar sus correos, mientras intentaba ignorar el hecho de que ese abdomen perfecto estaba a pocos centímetros de mí y era una distracción que no necesitaba—. Ahora, ve a vestirte. La gente de Miami no es conocida por su paciencia y no quiero tener

que inventar que se te cayó el internet porque decidiste hacer un desfile de ropa interior en la sala.

Mi jefe se levantó con una lentitud deliberada y me lanzó una mirada de soslayo antes de caminar hacia la habitación, con el pantalón de chándal gris colgando bajo en las caderas.

—Eres una dictadora, ¿lo sabías? —Me miró por encima del hombro—. Pero confieso que eché de menos ese aire mandón tuyo. El fin de semana fue demasiado silencioso.

Me quedé parada en la cocina, oyendo el sonido de los pasos de Leonardo perdiéndose en el pasillo, y me obligué a respirar hondo. Brahma se acercó, tocando mi pierna con su hocico húmedo, y me agaché para besarlo y usarlo como ancla para no flotar en aquellos comentarios ambiguos de su dueño.

Después de poner la vajilla sucia en el fregadero y llenar una taza con café, caminé hasta el despacho de Leo y encendí el portátil que era suyo, pero yo era la persona que más lo usaba. Conecté la aplicación de reuniones *online*, preparé los archivos que necesitaría usar y tener a su disposición, y ya estaba lista para ir a llamarlo cuando el empresario de treinta y siete años surgió mucho más alineado que antes.

A pesar de saber que solo se mostraría de la cintura para arriba, mi jefe se había puesto un pantalón azul marino que combinaba con la camisa azul claro y le daba la apariencia esperada para un hombre de negocios que movía millones de reales. Antes de sentarse, el presumido dio una vueltecita y abrió los brazos como si yo fuera a elogiar su desempeño por cambiarse de ropa y hacer lo básico. Mientras Leonardo se acomodaba frente al ordenador, yo me senté en el sillón más alejado de la mesa y empecé a despachar la avalancha de correos que se acumuló el fin de semana, pero cada vez que lo veía gesticular durante la videoconferencia o escuchaba su voz grave dictando términos en inglés, acababa desconcentrándome y prestándole demasiada atención.

El problema de trabajar tan cerca era que, en algún momento, el ruido de los negocios se volvía solo sonido de fondo y la imagen

de Leonardo pasaba a ocupar todo el espectro de mi visión. Hablaba sobre proyecciones de riesgo y asignación de activos con una seguridad que rozaba la arrogancia, pero era justamente esa autoridad la que me atrapaba. Lo observaba por encima de la pantalla del iPad, fingiendo que leía una planilla de costes, cuando en realidad estaba mapeando la forma en que el tejido de la camisa se tensaba en sus hombros con cada movimiento. El hijo de madre tenía manos expresivas, dedos largos que tamborileaban en la mesa o ajustaban las gafas de lectura con una elegancia que él ni siquiera notaba tener.

No era solo la belleza obvia, ese rostro que parecía esculpido por encargo y los ojos que cambiaban de tono según la luz de la sala; era la energía que el empresario emanaba. Era vibrante, enfocado y tenía una inteligencia que me atraía desde los diecinueve años. Me gustaba el modo en que se mordía el labio inferior cuando recibía un dato inesperado, o cómo su voz se volvía aún más grave cuando necesitaba imponer un punto de vista.

Era un vicio silencioso. Me alimentaba de esas migajas hace casi una década, convencida de que ser la persona en la que él más confiaba era el premio de consolación perfecto. Conocía su olor, el ritmo de su respiración cuando estaba estresado e incluso el sonido exacto de sus risas sinceras, que eran raras, pero valían el esfuerzo.

Fue una reunión larga de casi una hora y media que ya me estaba dejando el trasero cuadrado y pegado al asiento. Finalmente, Leonardo terminó la llamada con un agradecimiento cortés y cerró el portátil con un chasquido seco. El silencio volvió a reinar en el despacho por unos segundos, roto solo por el sonido bajo del aire acondicionado. Acto seguido, mi jefe se quitó las gafas, se masajeó el puente de la nariz y se recostó en la silla, suspirando de una forma que indicaba que la reunión había consumido gran parte de su paciencia.

—Son tercos —murmuró, aún con los ojos cerrados—. Creen que el mercado va a esperar a su buena voluntad para que decidan el aporte.

—Tal vez solo no tengan tu sangre fría —respondí, volviendo mi atención a los correos e intentando controlar el ritmo de mi corazón, que insistía en latir más fuerte solo porque él había vuelto a hablarme—. ¿Quieres que pida el almuerzo ahora o vas a querer hacer esa pausa para el entrenamiento?

Él abrió los ojos y me miró, y por un segundo, el inversor implacable desapareció, dando lugar al hombre que parecía leer cada uno de mis pensamientos.

—¿Qué vamos a almorzar? —preguntó, frunciendo los labios—. El entrenamiento tendrá que quedar para más tarde, porque Charles decidió que quiere revisar los contratos de Miami personalmente —se levantó y empezó a desabrocharse la camisa—. Pide en ese restaurante tailandés que te gusta. Creo que ambos nos merecemos algo con un poco más de sabor hoy.

Yo solo asentí, sintiendo ese calor familiar subir por mi cuello. Era así como él me mantenía allí: con pequeños gestos que mostraban que, incluso en medio del caos, aún prestaba atención a mis gustos, alimentando una esperanza que sabía que debería haber enterrado hace mucho tiempo.

—Descuida, pediré lo de siempre —respondí, tomando ya el móvil para abrir la aplicación.

Sentí la mirada de Leo aún sobre mí mientras terminaba de deshacerse de la camisa social, revelando los hombros anchos y la musculatura definida que trabajaba duro en el gimnasio. Generalmente, Marlene preparaba algo ligero y equilibrado siguiendo su plan nutricional, pero no era habitual que cocinara todos los días, solo cuando sobraba tiempo.

Aunque Leonardo pudiera pagar a un *chef* de cocina exclusivo, detestaba tener a mucha gente circulando por el ático. El empresario valoraba la privacidad casi tanto como el beneficio, y tener un equipo constante era un precio que solo aceptaba pagar para ocasiones especiales. En el día a día, si Marlene no preparaba nada o incluso si yo no inventaba algo rápido para nosotros, apelaba a la gastronomía de los mejores restaurantes de la ciudad.

—Creo que el curry tailandés será una distracción mejor que el pollo a la plancha que pensé en hacer —comenté, intentando mantener el tono profesional mientras él tiraba la camisa sobre el sillón.

—Me conoces demasiado bien, MC. Es asustador —murmuró, estirando los brazos y soltando un suspiro de alivio—. Pollo a la plancha hoy sería el colmo.

Leonardo dejó el despacho y yo aproveché el momento para hacer el pedido y organizar la mesa que en poco más de una hora él había desordenado. Comencé por lo básico, pero que para él parecía física cuántica: la organización del ambiente. Mi jefe tenía el hábito de esparcir papeles, abrir bolígrafos y dejar carpetas como si existieran duendes responsables de recogerlo todo en cuanto él daba la espalda. Recolocó cada bolígrafo en su soporte de cuero, cerré las grapadoras y alineé los blocs de notas. Después, fui hasta su *closet*. Como acababa de cambiarse de ropa y tirar la camisa de cualquier manera, necesitaba garantizar que el caos no se instalara allí.

De vuelta en la sala, el interfono sonó y la portería anunció una entrega. Bajé para recibirla personalmente, ya que los repartidores no subían hasta el ático por cuestiones de seguridad. Cuando volví, cargaba una caja de madera robusta, con el logo de una microcervecería belga que sabía que era una de sus favoritas.

—Una más para la colección —murmuré, posando la caja en la encimera de la cocina.

El empresario perfumado surgió de repente a mi lado y empezó a abrir el embalaje sin mucho cuidado, hasta exponer seis botellas de una edición limitada, enviadas por uno de los directores de la constructora con quien había cerrado trato la semana anterior. Como Leonardo era un entusiasta de las cervezas artesanales, las personas que sabían de ese *hobby* aprovechaban para regalárselas.

Fui hasta la nevera específica de bebidas, que estaba empotrada en el armario de la cocina, y comencé el reordenamiento. Puse las botellas más antiguas delante y posicioné las nuevas al

fondo, garantizando que la etiqueta quedara hacia fuera, facilitando su elección cuando decidiera relajarse al final del día. Aproveché que ya estaba manos a la obra e hice una ronda rápida por el área de servicio para ver a Brahma. El perro estaba estirado al sol que daba en el lavadero, pareciendo una alfombra de músculos. Verifiqué si el cuenco de agua estaba limpio y lleno de agua fresca y le di el premio de higiene bucal que el veterinario recomendaba.

—Comportado hoy, ¿eh? —murmuré, obteniendo un lametazo perezoso en la mano como respuesta.

Antes de volver al iPad, pasé por la despensa para reponer los pañuelos de papel de su despacho y comprobar si el stock de cápsulas de café aún era suficiente para la semana de reuniones que tendríamos. Era un trabajo invisible, constante y, a veces, ingrato, pero era lo que mantenía su vida en un carril perfecto. Sin mí para cuidar de la logística de las toallas, de la reposición de las cervezas o de la organización de los cajones, Leonardo Montenegro sería solo un genio de los negocios vistiendo camisas arrugadas y bebiendo café frío.

El interfono sonó antes incluso de que cerrara la puerta de la despensa, con la recepción del edificio avisando que el *courier* de una joyería internacional estaba en el vestíbulo. Sentí un escalofrío, pues Leonardo había ganado un reloj rarísimo en una subasta en Ginebra y la entrega estaba programada para hoy. ¿El problema? Olvidó firmar la liberación de la aduana que yo había dejado en su mesa el viernes.

—Doña Maria Clara, el repartidor dice que solo puede liberar el bulto con la firma física del titular o un poder notarial que no consta en su sistema —informó el portero.

Respiré hondo. Si aquel reloj volvía al centro de distribución, serían diez días más de burocracia y un Leonardo Montenegro de pésimo humor quejándose de la ineficiencia del sistema, cuando él mismo era el ineficiente.

—Pídele que espere dos minutos, Paulo. Estoy bajando.

Tomé la carpeta de documentos urgentes y, en lugar de interrumpir a mi jefe —a quien oía hablar alto en la habitación sobre tipos de interés—, usé el poder de representación total que mantenía para emergencias. El problema era que el sistema del *courier* era nuevo y exigía un sello de autenticidad que aún no había recibido por correo. Llamé al contacto directo de la joyería en Nueva York y, en un inglés impecable y autoritario, hice que el gerente enviara un correo de liberación extraordinaria a la central de distribución de Brasil en tiempo real. Mientras bajaba por el ascensor, ya tenía la confirmación en la pantalla del móvil. Convencí al repartidor de que aceptara mi firma combinada con el correo de seguridad, garantizando que el capricho de doscientos mil dólares fuera entregado sin que Leonardo tuviera que mover un dedo.

Apenas entré en el ascensor de vuelta, mi móvil vibró y respondí aunque no reconociera el número que llamaba.

—¿Diga?

—¡Buen día! Me llamo Mariana y hablo de Le Monde Clinique — anunció la mujer en la línea—. *Estoy con doña Estela Montenegro aquí y me pidió que contactara con usted para resolver el problema con su tarjeta.*

—Disculpe... —pedí, poniendo los ojos en blanco porque la madre de Leonardo me daba tanto dolor de cabeza como el hijo—. ¿Puede explicarme de qué se trata?

—Está intentando pagar el tratamiento que se hizo, pero la tarjeta no autoriza —respondió la empleada con una voz muy paciente—. *Y doña Estela está muy nerviosa.*

Estela Montenegro era una mujer adorable, pero tenía el equilibrio emocional de un castillo de naipes cuando algo no salía exactamente como planeaba. Si sentía la menor señal de bochorno, Leonardo recibiría una llamada dramática que duraría horas.

—Lo resuelvo en dos minutos. Pídale que se siente y ofrézcale un té —instruí, saliendo del ascensor y caminando hacia mi iPad en la encimera de la cocina.

Entré en la aplicación del banco de una de las tarjetas adicionales que gestionaba para la familia y, como sospechaba, el sistema de seguridad había bloqueado la transacción por sospecha de fraude debido a que se tecleó la contraseña mal. Llamé al gerente de cuentas premium y autoricé el desbloqueo inmediato antes de que la madre de Leonardo brotara en público. Llamé de nuevo al número de la clínica y avisé que ya podía hacer un nuevo intento, teniendo cuidado de no errar la contraseña nuevamente.

Finalmente, me dejé caer en el sofá y puse los pies sobre la mesa de centro, dando palmaditas en el asiento a mi lado y dejando que Brahma se uniera a mí. Su hocico presionó mi mano y le alisé la frente arrugada, sintiendo la textura suave de su pelo entre mis dedos mientras miraba al techo por unos segundos, intentando convencer a mi cerebro de que dejara de rodar a alta velocidad.

Mi trabajo no exigía mucho esfuerzo físico, tenía que admitir que era una vida muy buena disfrutar de aquel ático, jugar con el perro y comer cosas ricas. En cambio, mi cerebro se calentaba en pocas horas de tanto que necesitaba ser usado para dar abasto a todas las demandas que aquella rutina exigía.

La aplicación de servicio a domicilio avisó que el motorista estaba llegando y me senté más erguida, arreglando la postura por instinto, como si la vida fuera a exigirme elegancia incluso para recibir curry tailandés. Era gracioso notar cómo solo lograba relajarme de verdad cuando nada dependía de mí, lo cual en la práctica significaba nunca, porque hasta la contraseña errónea de su madre se volvía mi responsabilidad.

No sabía exactamente dónde estaba Leonardo, pero podía oír ecos de su voz por el ático. Venía de lejos, atravesando el aire con esa mezcla de inglés técnico e impaciencia que reservaba para cualquier persona que existiera en el mundo y no hubiera sido entrenada por mí para entender sus necesidades.

Cuando apareció en la sala de estar, estaba con el móvil en la oreja y la expresión seria, caminando de un lado a otro descalzo y vistiendo un *short* viejo. Su mirada pasó por mí, por Brahma, por la

carpeta de documentos que había dejado en el brazo del sofá, y acto seguido abrió una sonrisa espontánea. Era el tipo de cosa que me hipnotizaba por algunos segundos y me hacía perder un poco la noción y el sentido común.

El interfono sonó y eso me recordó al motorista, así que me levanté con agilidad y tomé mi tarjeta de acceso antes de oír a Leonardo terminar la llamada en un tono seco.

—Deja que yo recoja la comida —anunció mi jefe y me detuve medio segundo, mirándolo como si estuviera viendo a un alienígena.

—Sabes que el repartidor no va a subir.

—Sí, voy a bajar —se encogió de hombros y sonrió—. Te parecerá sorprendente, pero te aseguro que sé usar el ascensor.

Su iniciativa habría sido tierna si no fuera chocante y no pude evitar la risa que se me escapó.

—Solo no intentes pagar al motorista en euros —dije antes de que la puerta se cerrara.

Leo me lanzó una mirada atravesada, pero tenía un aire de quien necesitaba demostrarse algo a sí mismo. Incluso Brahma lo encontró extraño y soltó un gemido en el sofá, pero sin tomarse la molestia de levantarse y comprobar si su dueño había sido cambiado por otra persona. Minutos después, mi jefe reapareció con dos bolsas en la mano y una expresión victoriosa.

—¡Lo logré! —anunció, colocando todo sobre la mesa del comedor y empezando a sacar los envases.

—Felicidades —levanté mis pulgares mientras me acercaba y tiraba de una de las sillas—. ¿Quieres un certificado por eso?

—Quiero que admitas que soy eficiente.

Las palabras salieron cargadas de provocación y me encogí de hombros, abriendo uno de los envases y verificando rápidamente si el pedido era correcto. El olor del curry subió hasta mi nariz, junto con la promesa de que tendría cinco minutos de placer antes de que alguien recordara que tenía una vida que administrar.

—Eres eficiente en tareas muy específicas —respondí—. Tipo levantar peso y firmar contratos.

—Y alimentarte —concluyó Leonardo con una sonrisilla ladeada.

—Eso también.

El hijo de madre me lanzó una mirada que indicaba que había ganado una discusión importante, y mi estómago se apretó con una incomodidad que intentaba negar siempre que veía esa sonrisa dirigida a mí. Pero era solo una sonrisa. Solo un hombre guapo. Y lo más importante: solamente mi jefe.

Capítulo 6 – El Puerto Seguro

Leonardo



El curry tailandés tenía un olor agresivamente bueno, del tipo que te hace olvidar compromisos, dramas existenciales y cualquier intento de disciplina alimentaria. Empujé la tapa del recipiente hacia un lado y miré la comida con respeto, sintiendo mi estómago rugir lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de Maria Clara, que estaba sentada frente a mí con el iPad apoyado en la mesa y

una expresión concentrada de quien ya había organizado mentalmente mi vida entera antes del primer bocado.

—Si esto está demasiado picante, la culpa es tuya —avisé, pinchando un trozo de pollo sin ceremonia—. Tienes un placer medio sádico en ponerme a prueba con la comida.

—Tú pediste sabor —respondió sin levantar la vista de la pantalla—. Ahora aguanta las consecuencias.

Di el primer bocado y necesité cerrar los ojos por un segundo, no por dolor, sino porque aquello estaba demasiado bueno. Solté un sonido satisfecho, completamente innecesario, y vi a Maria Clara poner los ojos en blanco.

—Esto casi podría causar un orgasmo —comenté y me recosté en la silla, observándola por encima del plato.

Ella tenía una forma diferente incluso para masticar, sin prisa, sin exageración, siempre con un ojo en el plato y otro en el trabajo. Era casi reconfortante saber que su presencia dejaba todo en su eje, incluso cuando yo me empeñaba en salir de él.

—¿Viste que Rafael está convencido de que voy a ser tema de una intervención? —pregunté, limpiándome la boca con la servilleta —. Dijo que si aparezco con una mujer diferente más en la próxima cena, llamará a mi madre para una reunión de emergencia.

—No está del todo equivocado —retrucó ella—. Tu vida amorosa parece una planilla mal organizada.

—Discrepo. Está todo muy bien compartimentado —rebatí—. Cenas buenas, sexo decente, cero drama. Un sistema funcional.

Maria Clara arqueó una ceja, finalmente mirándome por encima del iPad.

—Parece que estás describiendo un electrodoméstico, no una relación.

—Exactamente —respondí, satisfecho—. Quiero distancia de las relaciones porque las personas dan demasiado trabajo.

Observé mientras la chica negaba con la cabeza y soltaba un suspiro corto, del tipo que usaba cuando desistía de educarme.

—A propósito —continué, porque quedarme quieto nunca fue mi fuerte—, deberías salir más.

Maria Clara levantó los ojos de nuevo, ahora con una expresión desconfiada.

—Salgo.

—Muy poco. —Apunté el tenedor en su dirección—. Trabajas demasiado y te quejas de estar siempre cansada. Eso es incoherente incluso para tus estándares.

La dueña de los ojos castaños levemente verdosos bufó, cruzando los brazos y mirándome con una mirada que podría quemarme si se volviera un poquito más intensa.

—¿Y qué sugieres tú, oh maestro de la vida equilibrada? —cuestionó—. ¿Por qué será que estoy siempre cansada, eh?

Pensé por medio segundo, lo suficiente para elegir la respuesta más idiota posible.

—No estoy diciendo que te cases ni nada, solo... salir a beber con las amigas y tal. —Maria Clara entrecerró los ojos y yo sonreí en defensa—. Tal vez follar un poco, pero sin estar con personas complicadas. Solo diversión, ¿entiendes?

—Esa es básicamente tu manera de llevar la vida.

—¡Claro! Doy excelentes consejos porque suelo experimentarlos —concluí, guiñándole un ojo—. Al fin y al cabo, soy un jefe estupendo y un amigo excelente.

Maria Clara negó con la cabeza despacio, intentando mantener la seriedad, pero había algo allí, en la comisura de la boca, que delataba el esfuerzo. Una sonrisa pequeña, contenida, de ese tipo que usaba cuando me consideraba un idiota, pero uno que aun así valía la pena tolerar.

Aquello siempre me daba la misma sensación confortable y casi infantil de haber cumplido mi misión. Hacerla reír, aunque fuera poco, siempre fue uno de los raros indicadores de éxito que no lograba transformar en dinero. Era un dato demasiado subjetivo para mi cerebro, y tal vez por eso me gustaba tanto.

—En serio —continué, más relajado, tocando el plato con el tenedor—. Deberías permitirte un poco más. Viajar sin itinerario, salir sin hora para volver, conocer gente que no necesite de ti para funcionar.

Ella no respondió de inmediato, solo me miró por algunos segundos demasiado largos para una conversación de almuerzo sin pretensiones. Su mirada no tenía juicio, pero había un peso que no cuadraba con bromas y me hizo tener la extraña sensación de estar siendo evaluado en silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Dije alguna estupidez?

Ella inclinó un poco la cabeza, apoyando la barbilla en la mano, sin desviar los ojos de mí.

—Dices eso con tanta facilidad —dijo por fin, en un tono demasiado calmado—. Porque nunca has tenido que mantener a nadie más que a ti mismo.

Por un segundo, busqué una respuesta rápida, alguna broma para devolver el equilibrio a la conversación, y no la encontré. No porque ella estuviera equivocada, sino porque yo nunca me había detenido a pensarlo de esa forma.

—Bueno… —murmuré, encogiéndome de hombros acto seguido—. Eso se llama independencia, ¿no?

Ella respiró hondo, como quien decide no avanzar más de lo necesario.

—Se llama privilegio también.

Hice una mueca vaga, más por incomodidad que por desacuerdo, y volví a apoyar los codos en la mesa.

—Hablas como si yo hubiera elegido nacer sin facturas —rebatí, intentando mantener el tono ligero—. Solo organicé mi vida para no cargar peso innecesario.

—Y te entiendo, pero... algunas personas no tienen esa opción —respondió, simple, sin acusación.

Maria Clara dio un pequeño sorbo a su agua antes de volver su mirada hacia mí, poniendo en su rostro la expresión profesional que

siempre surgía cuando decidía cerrar un asunto antes de que se volviera demasiado personal.

—Pero relájate —completó, suavizando el tono de voz—. No estás equivocado. Solo hablas desde un lugar muy tuyo.

Aquello sonó como un cierre elegante y lo acepté sin cuestionar. No era un debate en el que quisiera profundizar en ese momento. Almuerzo, lunes, agenda llena. Existían límites prácticos incluso para las conversaciones profundas.

—Justo —concordé—. Aun así, deberías salir más.

Ella arqueó una ceja.

—Mira el bucle.

—La persistencia es una cualidad mía —respondí, sonriendo.

La chica volvió a sonreír también y el clima se reacomodó lentamente. Yo terminé de comer, ella regresó al iPad, y la sensación incómoda en algún lugar dentro de mí se disolvió lo suficiente como para no preocuparme.

Terminé el último trozo de pollo y empujé el plato lejos, sintiendo esa flojera post-almuerzo que yo, obviamente, no tenía tiempo de cultivar. Maria Clara ya estaba de pie, recogiendo los envases con una agilidad que siempre me hacía sentir un poco lento, como si su batería nunca bajara del noventa por ciento.

—¿El café será en la sala o vas directo a la caverna? —preguntó, indicando mi despacho con un movimiento de cabeza.

—En la sala. Necesito cinco minutos de luz natural antes de sumergirme en planillas de nuevo —respondí, levantándome y estirando los brazos hasta oír mis huesos crujir—. Y trae ese chocolate amargo que escondes en la despensa. Sé que existe, MC. No intentes engañarme.

Ella soltó una risa nasal, perdiéndose en la cocina mientras yo caminaba hacia el balcón acristalado. Itaim Bibi visto desde arriba parecía un hormiguero de lujo, de coches importados y personas apresuradas intentando llegar a lugares que pocos podían costear.

Yo tenía todo aquello, pero, por algún motivo, la conversación de hace pocos minutos aún resonaba en mi mente.

Privilegio.

La palabra tenía un gusto metálico. Nunca me había sentido culpable por mi cuenta bancaria, pero la forma en que ella habló me dejó inquieto. Miré el reflejo de Maria Clara en el vidrio del balcón mientras preparaba el café. La chica hacía que todo pareciera tan fácil que olvidaba que, detrás de su eficiencia, existía una persona con facturas, cansancio y, posiblemente, una vida de la que yo no conocía ni la mitad.

—Aquí —dijo algunos minutos después, apareciendo a mi lado con dos tazas de porcelana y, para mi sorpresa, dos cuadraditos del tal chocolate prohibido—. Aprovecha, porque es el último.

—Eres un ángel, MC. Un ángel con un stock secreto de dulces, pero aun así un ángel.

Bebimos el café en silencio, observando el horizonte. El sol golpeaba su rostro, destacando las pequeñas pecas que ella intentaba esconder con maquillaje, y dejaba sus ojos aún más claros.

—Sabes —murmuré, rompiendo el silencio y volviendo a mi tono provocativo habitual—, si quieres seguir mi consejo y aprovechar más la vida, puedo incluso dejarte salir una hora antes el viernes. Como incentivo para tu nueva fase.

Maria Clara dio un sorbo al café y me miró de soslayo, con la ceja arqueada en una expresión clásica de escepticismo.

—¿Una hora entera? —La burlona abrió mucho los ojos—. Vaya, Leonardo, ¡qué generosidad la tuya! Casi siento que debería agradecerte por ser el jefe del año.

—No hace falta eso, pues tu sonrisa de gratitud ya será suficiente —respondí, riendo y sintiendo que el equilibrio ácido entre nosotros estaba debidamente restaurado.

No sabía qué había hecho ella el sábado, o con quién se había tomado aquel polo, pero la idea de Maria Clara descubriendo que

podía ser feliz lejos de mis órdenes me daba una sensación extraña de urgencia. Quería que se divirtiera, claro. Pero, en el fondo, solo quería tener la certeza de que, no importa a dónde fuera, su órbita continuaría siendo alrededor de la mía.

—Basta de charlas inútiles —sentenció ella, golpeando levemente la taza vacía contra la palma de su mano—. Charles envió los términos revisados de Miami. Tienes una hora para leer todo y ponerte al día antes de que él llegue aquí.

—Sí, señora —murmuré, siguiéndola de vuelta hacia dentro.

El almuerzo había terminado, el tono relajado se guardó en el cajón y el Leonardo Montenegro "máquina de hacer dinero" asumió el mando. Pero, mientras caminaba hacia el despacho, no pude evitar notar el balanceo decidido de sus caderas y pensar que la próxima vez que la incentivara a salir, debería sugerir que el destino fuera algún lugar donde yo también estuviera invitado.

Capítulo 7 – Fuera del Horario Comercial

Maria Clara



Debería estar en casa, con un pijama viejo y un maratón de cualquier serie de investigación criminal, pero el destino —también conocido como la agenda social de Leonardo Montenegro— tenía otros planes para mi noche de jueves. Estábamos en la terraza de un hotel boutique en los Jardines, en un evento de lanzamiento de un nuevo fondo de inversión inmobiliario que, en la práctica, era solo

una excusa para que hombres con trajes caros bebieran whisky de doce años y midieran quién tenía el ego más grande de la sala.

—Si tengo que escuchar una frase más sobre yates, voy a tener un colapso —murmuró Leonardo cerca de mi oído, su voz grave enviando un escalofrío involuntario por mi columna.

Él tenía pavor al océano y jamás ponía los pies dentro de cualquier embarcación. El máximo contacto que mi jefe tenía con el mar era ir a la playa y sumergirse en lo llano, aun sabiendo nadar perfectamente. Por eso, los asuntos sobre yates, lanchas y motos de agua no le interesaban lo más mínimo.

Yo sostenía una copa de espumoso que apenas había tocado, manteniendo mi mirada atenta en todo, mientras mi jefe fingía escuchar a un inversor aburrido. Él estaba impecable con una camisa polo gris carbón que se ajustaba a sus bíceps y el pantalón blanco de sastrería que marcaba su buen trasero.

La iluminación tenue de la terraza acentuaba las líneas de su rostro, haciendo difícil la tarea de enfocarme solo en su agenda y no en lo irritantemente guapo que se veía bajo esa luz.

—Sonríe y saluda, Leo —respondí en un susurro, sin deshacer mi expresión pulcra—. Tú mismo dijiste que necesitabas cautivar al grupo Siqueira. Considéralo un ejercicio de paciencia.

—Mi paciencia se acabó tras media hora escuchando al viejo hablar de su colección de yates —rebatió, pero siguió mi consejo y mostró una sonrisa encantadora al siguiente empresario que se acercó.

Era fascinante observar su desempeño. Leonardo tenía el don de hacer que cada persona en la sala se sintiera la más importante del mundo por exactos treinta segundos, antes de descartarla mentalmente y pasar a la siguiente. Intercambió saludos, hizo comentarios inteligentes en el tiempo exacto y encajó risas en los momentos precisos, mientras yo funcionaba como un radar silencioso, anticipando movimientos, reconociendo nombres, salvándolo de conversaciones demasiado largas con un simple toque discreto en su antebrazo. Leonardo decía que yo tenía un talento

casi sobrenatural para eso, pero la verdad era menos glamurosa. Ocho años observando patrones transforman a cualquiera en especialista.

Cuando el inversor finalmente se alejó, él inclinó su cuerpo hacia mí e invadió mi espacio seguro una vez más.

—Si sobrevivo a esta noche sin cometer un crimen, lo consideraré un milagro —murmuró.

—Lo estás haciendo muy bien —aseguré—. Ya has convencido al menos a tres personas de que eres un visionario accesible y a una de que eres profundamente incomprendido.

—¿Esa última fuiste tú? —preguntó, con una media sonrisa.

—No. Yo ya sé exactamente lo que eres.

Él río bajo, relajando los hombros, y estiró la mano para tomar un vaso de una bandeja y dejar que el camarero le sirviera whisky. Bebió un trago generoso y me lanzó una sonrisa satisfecha.

—¿Quieres huir de aquí cinco minutos? —sugirió—. Solo para respirar.

Sin esperar mi respuesta, Leonardo se abrió paso entre la gente con facilidad, guiándome hasta el lateral de la terraza donde el sonido de la música y de las conversaciones se diluía un poco. La vista de la ciudad se abría ante nosotros con edificios iluminados mostrando que São Paulo estaba muy viva.

—Mejor —murmuró, apoyando los codos en el antepecho—. Aquí se puede fingir que vinimos por el *skyline* y no por el trabajo.

Me apoyé al lado de él, sintiendo el viento despeinar mi cabello e intentando domar algunos mechones rebeldes que se empeñaban en pegarse a mi labial. Por algunos segundos, nos quedamos en silencio, observando la ciudad, algo raro para dos personas acostumbradas a llenar cada espacio vacío con palabras o tareas.

—Odias este tipo de eventos —comenté.

—Sí —confirmó sin dudar—. Pero si estuviera solo, ya me habría ido hace una hora.

Mi jefe recorrió mi cuerpo con la mirada, no de una forma vulgar, sino de la manera familiar que dirigía a sus propios amigos.

—Estás guapa esta noche —comentó, señalándome con la mano que sostenía el vaso—. Deberías arreglarte así más a menudo.

—Me arreglo todos los días —respondí—. Solo que normalmente nadie se fija porque estoy ocupada resolviendo tus problemas.

—Yo me fijo —dijo, demasiado simple para sonar ensayado.

Antes de que pudiera responder, alguien se acercó llamándolo por su nombre y Leonardo cerró los ojos por un segundo, pareciendo muy resignado por haber sido encontrado.

—Vuelvo en dos minutos, pero si no vuelvo, rescátame.

—Siempre —respondí sin pensar.

Él se alejó mientras yo lo observaba retomar su personaje seguro, confiado, ligeramente arrogante que el mundo conocía tan bien. Me quedé apoyada en el mármol frío del antepecho, observando su espalda ancha alejarse. Era curioso cómo, incluso en un ambiente lleno de hombres poderosos, Leonardo lograba destacar sin el menor esfuerzo. Tal vez fuera la postura o el modo en que nunca parecía realmente impresionado por nada. Tal vez fuera solo mi humillante idolatría.

—Si hubiera sabido que eventos como este tendrían a personas interesantes como tú, aceptaría más invitaciones —sonó una voz tras de mí, sacándome del trance.

Me giré despacio, encontrando a un hombre que aparentaba ser un poco mayor que mi jefe, vistiendo un traje azul marino y con una sonrisa que cargaba la confianza de quien sabía que no pasaría desapercibido. No tenía el aura de tiburón de Leonardo, pero poseía un encanto más accesible.

—¿Interesante? —repetí, arqueando una ceja e intentando retomar mi postura de mujer de negocios imperturbable—. Generalmente la gente usa adjetivos como eficiente u ocupada cuando hablan conmigo en noches como esta.

—Eso es lo que dicen aquellos que no saben apreciar una belleza rara —rebatió el hombre, acercándose y extendiendo una de sus manos hacia mí al disminuir la distancia—. Soy Gustavo. Y tú pareces ser la única persona aquí que no está intentando vender su propia alma a cambio de una inversión.

—Maria Clara —lo saludé de forma muy breve—. Y yo no vendo mi alma porque mi jefe ya posee el usufructo de ella todos los días.

Gustavo soltó una carcajada que me hizo sonreír también.

—Un jefe exigente, imagino. Montenegro, ¿verdad? Vi cuando llegaron. —Dio un sorbo a su bebida, manteniendo los ojos en mí—. Debe de ser un trabajo agotador.

—Me gusta —respondí, encogiéndome de hombros—. Creo que soy adicta al trabajo.

Conversamos por algunos minutos sobre asuntos aleatorios y Gustavo estaba a mitad de una historia sobre un desastre gastronómico en París cuando sentí un cambio súbito en la temperatura tras de mí. No necesité girarme para saber que mi jefe había vuelto. Su perfume llegó antes que cualquier palabra y yo reconocería ese aroma en cualquier ambiente.

—¿Clara? —Su voz sonó baja justo detrás de mi nuca.

Me giré y encontré a Leo con un nuevo vaso de whisky en una mano y la otra metida en el bolsillo del pantalón. Sus ojos barrieron a Gustavo de arriba abajo con una indiferencia que rozaba la hostilidad.

—He terminado con Siqueira —anunció, ignorando completamente la presencia del otro hombre—. Tenemos que irnos. La conferencia con la gente de Londres se ha adelantado.

—Ah, claro —respondí, volviendo instantáneamente al modo asistente, aunque sabía perfectamente que no había conferencia ninguna marcada para esa noche... ni para la próxima.

—Fue un placer, Maria Clara —dijo Gustavo, extendiéndome la mano con una sonrisa que no vaciló ante el mal humor evidente de

mi jefe—. Espero que tu rutina incluya una pausa para un café cualquier día de estos.

Estaba a punto de decir que sí cuando el hombre me extendió su tarjeta de visita y quien la tomó fue Leonardo.

—Ella se pondrá en contacto si hay algún hueco en la agenda —declaró el hijo de madre entrometido, con una voz tan fría que podría congelar el whisky de su vaso.

Se guardó la tarjeta en el bolsillo de su propio pantalón sin siquiera mirar el nombre impreso en el papel, un gesto de pura audacia que dejó a Gustavo momentáneamente sin palabras. Yo parpadeé, atónita, sintiendo que la sangre me subía a las mejillas. Gustavo, sin embargo, solo soltó una risa y no pareció tan ofendido por la demostración territorial de mi jefe.

—Buenas noches, Maria Clara —se despidió el hombre con un gesto elegante, ignorando la postura defensiva de Leonardo antes de mezclarse de nuevo entre la multitud.

En cuanto se alejó, me giré hacia el empresario, sintiendo que mi indignación empezaba a burbujear.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté—. ¡Acabas de robarme su tarjeta de la mano!

—Te he ahorrado el trabajo de tener que tirarla a la basura después —rebatió, empezando ya a caminar hacia la salida con pasos decididos—. Vamos, no tenemos toda la noche.

—¿Londres, Leonardo? ¿En serio? —ironicé, apresurando el paso para alcanzarlo mientras atravesábamos el salón—. La última vez que lo comprobé, Londres estaba durmiendo y no tenías ninguna conferencia programada con nadie de allí esta semana.

Entramos en el ascensor y, en cuanto las puertas se cerraron, el silencio se llenó de la tensión que emanaba de él, que se apoyó en la pared de espejo y soltó un suspiro.

—Te dije que te divirtieras, pero con personas divertidas —murmuró, encogiéndose de hombros—. Conozco a ese Gustavo y es un cuarentón aburrido de cojones.

—Dijo el joven de treinta y siete años —me mofé.

—Exacto, aún estoy lejos de los cuarenta. Tres años son una eternidad en el mercado financiero, Clara. —El idiota me guiñó un ojo—. Yo aún estoy en mi apogeo, él ya está en la fase de coleccionar vinos y hablar de reflujo.

Quise reír en la misma medida en que quería darle un puñetazo en la nariz.

—¿Y eso, por casualidad, te da autoridad para decidir quién es lo bastante aburrido para hablar conmigo? —retruqué, cruzando los brazos mientras el ascensor empezaba a bajar.

Leonardo echó la cabeza hacia atrás, mirando el techo de espejo como si pidiera paciencia al universo.

—No es sobre autoridad —respondió—. Es sobre sentido común.

—Tu sentido común suele ser bastante selectivo —observé—. Especialmente cuando involucra a cualquier hombre que no seas tú o algún amigo tuyo igualmente insoportable.

—Estás exagerando.

—¿Ah, sí? —Incliné mi cuerpo un poco hacia él—. Porque desde mi punto de vista, has mentido, me has interrumpido y además has confiscado una tarjeta que ni siquiera era tuya.

—No la he confiscado —corrigió—. Solo… he agilizado el cierre.

Leonardo se llevó la mano al bolsillo del pantalón y, por un segundo, creí que se resistiría, pero sacó el rectángulo de papel texturizado y lo extendió hacia mí, sujetándolo entre el dedo índice y el medio.

—Tómala, pero no te quejes cuando te lleve a una vernissage insoportable llena de gente vieja y estirada —se burló, con una sonrisa de lado que indicaba que se estaba divirtiendo con mi irritación.

Tomé la tarjeta y la guardé cuidadosamente en mi bolso pequeño.

—Sé cuidarme, Boss. Ocho años lidiando contigo me han dado inmunidad contra cualquier tipo de aburrimiento —provoqué, viendo que el ascensor llegaba a la planta baja.

Las puertas se abrieron y el aire fresco de la noche de São Paulo nos golpeó en cuanto salimos a la acera del hotel. El aparcacoches ya estaba posicionado con el Jaguar F-Pace azul, que relucía bajo las luces de la entrada.

—Genial, ya que eres tan inmune, debes de estar muriéndote de hambre —comentó él, caminando hacia la puerta del pasajero y, para mi sorpresa, abriéndomela antes de que el empleado del hotel pudiera hacerlo—. No pienso dormir con el estómago vacío porque esos canapés no llenan la tripa.

—¿A dónde vamos? —pregunté, sentada en el asiento de cuero beige cuando él tomó el volante.

—A algún lugar donde nadie hable de arte contemporáneo y donde pueda comerme una hamburguesa decente.

Capítulo 8 - Grasa, Sal y Malas Decisiones

Leonardo



Yo siempre decía que sabía separar el trabajo de la vida personal, pero la verdad es que mi concepto de ocio pasaba por comer porquerías después de eventos aburridos y quejarme de la humanidad en el asiento del conductor.

No debería estar conduciendo casi a medianoche en busca de grasa y carbohidratos, pero la idea de dejar a Maria Clara en su casa justo después de que ella hubiera guardado la tarjeta de ese tal

Gustavo en su bolso me parecía un error estratégico. Necesitaba una distracción y, aparentemente, mi distracción favorita era poner a prueba los límites de la paciencia de la mujer sentada a mi lado.

El coche se deslizaba por las calles casi vacías de los Jardines cuando la miré de reojo. El tapizado claro del asiento parecía resaltar aún más el tono de su cabello y la chica estaba muy atractiva esa noche.

—Todavía estás pensando en el café con el cuarentón, ¿no? —pregunté, rompiendo el silencio mientras pasábamos por un cruce.

—En realidad, estaba pensando en cómo logras ser tan territorialista con algo que no te pertenece —respondió ella, sin desviar la mirada de la ventana—. Mi agenda personal no forma parte de tu cartera de inversiones.

—Todo lo que afecta el rendimiento de mi mejor empleada es de mi interés —rebatí, con el cinismo habitual—. Solo estoy protegiendo mi patrimonio.

Ella soltó una risa más seca de lo normal y noté el leve balanceo de su cabeza. Puse el intermitente en cuanto divisé el *valet* de una hamburguesería famosa de la zona, de esas que no tenían pretensiones, pero servían el mejor sándwich de la ciudad. No era la primera vez que frecuentábamos el local, así que sabíamos bien qué esperar en relación a la satisfacción que la comida allí nos proporcionaría.

Maria Clara estaba demasiado arreglada, con un vestido azul de tela fina y sandalias de tacón muy alto, pero no pareció importarle ser el centro de atención mientras caminábamos hacia una mesa libre.

—¿Vas a pedir lo de siempre o te sientes osado?

—Lo de siempre, porque algunas cosas necesitan ser confiables en esta vida —respondí, ajustando el reloj en mi muñeca de forma metódica, que no era más que una manía mía—. A diferencia de las invitaciones para tomar café hechas por extraños.

—No vas a olvidar eso pronto, ¿verdad? —Maria Clara abrió el menú, escondiendo una sonrisa tras el papel plastificado.

—No hasta tener la certeza de que perdiste esa tarjeta —confesé, encarando su expresión con una intensidad que me pilló por sorpresa.

El camarero se acercó y hice el pedido sin necesidad de consultar nada: dos hamburguesas clásicas, una ración generosa de patatas fritas y dos cervezas muy frías. Clara solo asintió, confirmando que todavía sabía de memoria sus preferencias.

Cuando el chico se alejó, el silencio entre nosotros cambió. Observé la forma en que la chica soltó un suspiro largo y relajó los hombros, dejando a un lado la fachada de asistente de hierro por un momento.

—Sabes que no lo voy a llamar —dijo ella de repente, apoyando los brazos sobre la mesa y mirándome fijamente.

—Lo sé —respondí, sintiendo un alivio inmediato que jamás admitiría en voz alta—. Pero necesitaba asegurarme.

—Eres insoportable, Leonardo. —Ella sacudió la cabeza, pero sus ojos brillaban con una diversión contenida que siempre me vencía—. A veces, me pregunto cómo llegamos a este punto. Ocho años y discutimos como si estuviéramos en el primer mes.

—La diferencia es que en aquella época todavía me tenías miedo. Ahora, crees que mandas en la mitad de mi vida —provoqué, inclinándome hacia adelante.

—Es que mando —retrucó la lengua afilada, con un guiño atrevido—. La diferencia entre yo y tu madre es que yo cobro por hacer exactamente eso.

Solté una carcajada justo cuando nuestras patatas llegaron, impidiendo que la provocación continuara. Cogí una, sumergiéndola en el tarro de mayonesa condimentada, y la señalé a ella.

—Come, Clara —ordené—. Lo último que necesito es ser acusado de obligarte a hacer horas extras y no alimentarte debidamente.

—Realmente me compras mucha comida —dijo Maria Clara, cogiendo una patata y masticándola con mucha satisfacción—. Pero solo porque sabes que necesitas compensarme por todo el trabajo que me das.

Ella me lanzó una mirada de quien tiene la última palabra y yo acepté porque no siempre era inteligente contrariar a esa mujer. Compartimos la ración grasienta en mitad de la madrugada, rodeados por el sonido de cubiertos golpeando sin cuidado y conversaciones cruzadas, mientras esperábamos nuestros sándwiches.

—No olvidaste el recado que te pasé sobre la llamada de la gente de Dubái, ¿verdad? —preguntó Maria Clara, limpiándose los dedos en la servilleta mientras mantenía los ojos en mí—. Quieren que vayas personalmente para la inauguración de la *startup*.

—Sí, en medio de su verano —bufé, sacudiendo la cabeza—. Es una invitación bastante indigesta.

—¡Deja de ser flojo! —Maria Clara rebatió y puso los ojos en blanco—. Parecen tener mucho interés en tu presencia... Y yo nunca he estado en Dubái.

Solté una carcajada al entender por qué me estaba presionando levemente para viajar.

—¿Entonces ya te estás incluyendo en esta excursión al desierto?

—Alguien tiene que garantizar que no firmes nada bajo el efecto de una insolación. —Maria Clara se encogió de hombros y el brillo divertido bailó en sus ojos—. Y, sinceramente, me merezco un poco de compras en un centro comercial lleno de oro.

—Quieres ir a Dubái para ir de compras con mi tarjeta, ¿no es así?

—Técnicamente, serían gastos profesionales. Estaría viajando por trabajo.

—Sabes que detesto el calor —comenté—. Tendrás que aguantar mi mal humor.

—Te aguanto en São Paulo, Leonardo. En Dubái, puedo considerar eso parte del paquete turístico.

El camarero llegó con nuestros sándwiches, interrumpiendo la conversación por algunos segundos. El olor a carne a la parrilla y queso fundido se apoderó de la mesa e hizo que Dubái y los inversores árabes parecieran problemas muy distantes.

El primer bocado que di me trajo una sensación familiar de confort inmediato, simple, casi primitiva. A mi lado, Maria Clara soltó un gemido mientras masticaba, ensuciándose inmediatamente los dedos con la salsa que desbordaba del pan. Era una escena que contrastaba bastante con el maquillaje perfecto y el vestido elegante.

—No me mires así —avisó ella al notar que estaba siendo observada—. Puedo ser sofisticada y comer como un salvaje al mismo tiempo.

—Es una habilidad rara —comenté—. Deberías ponerla en el currículum.

La chica puso los ojos en blanco, pero me lanzó una sonrisa a la que estaba muy acostumbrado.

—En realidad, si pusiera la mitad de mis habilidades reales en juego, no podrías pagar mi sueldo —retrucó ella, cogiendo una servilleta para intentar, sin mucho éxito, limpiar el rastro de salsa en la comisura de la boca.

Extendí la mano instintivamente, cogiendo la servilleta de sus dedos antes de que hiciera más lío. Acerqué mi mano a su rostro y Maria Clara dejó de masticar inmediatamente, conteniendo la respiración por una fracción de segundo. Fue un gesto rápido, casi clínico, pero ella pronto dio un golpe a mis dedos y se limpió con el dorso de la mano.

—Quita allá —murmuró, chasqueando la lengua—. En fin, ¿puedo agendar el viaje?

—Si digo que no, vas a seguir intentando convencerme, ¿verdad? —Ella asintió, dando un sorbo a su cerveza—. Me lo

imaginaba.

Terminamos de comer entre bromas internas y la lista mental de pendientes que parecía no disminuir nunca. Cuando finalmente pedí la cuenta y nos levantamos, el cansancio empezó a pesar de verdad.

Maria Clara parecía exhausta cuando ocupó el asiento del pasajero en mi automóvil, pero todavía mantenía la postura que me hacía admirar su resiliencia.

—Mañana, llega después del almuerzo —declaré, mientras conducía hacia su dirección.

Cuando la hacía acompañarme en algún compromiso nocturno, siempre dejaba que Maria Clara durmiera hasta más tarde y ella nunca rechazaba la sugerencia. Me lanzó una sonrisa cariñosa y asintió, al mismo tiempo que estiraba el brazo y me apretaba la mejilla como si tuviera diez años.

—Eres un jefe legal la mayoría de las veces.

—¿Debería considerar eso un cumplido?

—No lo sé —respondió, haciéndome reír—. Hazme de nuevo esa pregunta después de pagar mi billete en primera clase.

—Me explotas, MC —bromeé, soltando un suspiro—. ¿Tienes idea de cuánto cuesta un asiento así?

—La tengo, sí —retrucó ella—. Casi el valor de las últimas zapatillas Nike de edición limitada de la NBA que compraste. ¿Sabes cuáles? Esas que limpié meticulosamente con un cepillito cuando hundiste el pie en la mierda de Brahma.

Ahogué una risa y decidí cerrar la boca para no dar más motivos a mi asistente de restregarme verdades en la cara.

Capítulo 9 – Maletas, Looks y una Tarjeta de Visita

Maria Clara



Mi sala parecía haber sido alcanzada por una explosión de telas. Había sedas, linos y vestidos de fiesta esparcidos por el sofá, mientras una de mis maletas esperaba abierta en el centro de la alfombra.

Separar la ropa para aquel viaje no era una tarea fácil, sino una estrategia de guerra. Necesitaba looks que gritaran "ejecutiva de alto nivel" durante los eventos profesionales y "turista sofisticada"

para los momentos de paseo. Y, por supuesto, necesitaba algo lo suficientemente cómodo para aguantar más de doce horas de vuelo sin parecer que acababa de salir de una licuadora.

—Este de aquí va a ser perfecto para la cena en el Burj Al Arab —murmuré, sosteniendo un vestido largo verde esmeralda contra mi cuerpo mientras me miraba en el espejo del pasillo—. ¿O será demasiado?

Tiré el vestido sobre la cama y suspiré. Mi mente estaba un poco aérea y no era por el alcohol que estaba ingiriendo mientras organizaba todo. Mi bebida era hasta inofensiva, pues me gustaba mezclar gin con Sprite y Yakult, algo que agradaba mucho a mi paladar y hacía que personas como Leonardo torcieran la cara.

Me senté por un segundo y mordí un trozo de la pizza que se estaba enfriando. Sentí que mi barbilla se ensució con salsa y al llevar mis dedos hacia la zona para limpiarme, recordé inmediatamente lo que había pasado en la hamburguesería días antes.

Mi jefe parecía tener placer en sacarme de quicio y jugar con mi cabeza. La forma en que sus dedos rozaron mi piel aquella noche causó un impacto en mí que duró mucho más de lo necesario. Él era un idiota territorialista. Un consentido que creía que podía controlar mi vida personal como si fuera una de sus empresas. Pero, cuando sonreía de esa manera en medio de una cafetería a las dos de la mañana, se hacía difícil mantener la lista de quejas actualizada.

Enterré aquel pensamiento bien lejos de mí y fui a buscar mi bolso para empezar a organizar lo que llevaría dentro. Mientras sacaba el contenido y lo esparcía sobre el sofá, encontré la tarjeta de visita de ese tal Gustavo. El papel era bonito y tenía cara de cosa sofisticada, con relieve y un diseño minimalista. Giré el objeto entre los dedos y recordé la corta conversación que tuvimos.

—Si llamo, a Leo le da un aneurisma —pensé en voz alta, soltando una risa corta—. Lo cual, honestamente, sería un motivo más para hacerlo.

Pero la verdad era que estaba cansada. Ocho años viviendo en su órbita me habían dejado adicta. Comparado con el caos electrizante que era trabajar y convivir con Montenegro, un café con un hombre normal parecía casi... aburrido.

Dejé la tarjeta sobre la mesa, aún sin una decisión tomada, y volví a la maleta. Necesitaba terminar la que sería facturada y empezar a organizar la que llevaría a bordo. Podría tomar la decisión de qué hacer respecto a Gustavo después de que volviera a Brasil.

De cualquier forma, mi móvil sonó y acabó interrumpiendo mi misión. Era Laura, mi mejor amiga, y no dejaría de atender su llamada porque ella estaba viajando por Asia desde hacía más de cuarenta días y hacía tiempo que no hablábamos bien por culpa del huso horario. Respondí a la llamada antes de que el móvil vibrara de nuevo, dejándolo entre el hombro y la oreja mientras apartaba la pizza con la caja.

—Ya era hora —dije antes de que ella tuviera la oportunidad de decir nada—. Pensé que nunca más estaríamos en el mismo huso horario.

—Hm, en realidad, aún no lo estamos —respondió la hija de madre—. No estoy en Brasil, sino en París.

—¿Qué? —Solté una risa en *shock*—. ¿Cómo que en París? La última vez que hablamos por mensaje dijiste que volarías de Yakarta directo para acá.

—Y estaba diciendo la verdad, pero entonces acabé conociendo a un tipo.

Puse los ojos en blanco, pero esbocé una sonrisa porque conocía muy bien a mi amiga y sabía que ella era ese espíritu libre que tomaba decisiones en el último momento.

—Cuéntame —pedí, estirando mis piernas sobre el sofá.

—Entonces, ¿te puedes creer que nos conocimos en un bar durante mi último día en Indonesia? —Asentí aunque Laura no pudiera verme—. Amiga, la química entre nosotros fue instantánea,

pasé las últimas cuarenta y ocho horas follando como nunca en la vida...

—Pero sexo fue lo que más hiciste durante ese viaje, así que no es nada sorprendente.

—Sí, sí, lo sé —murmuró ella—. Pero él es "el hombre", ¿entiendes? El mejor.

—Ya veo.

Laura era mi amiga que más novios tuvo en sus veinticinco años de vida. Cuando terminaba con uno, no pasaba una semana sola y ya declaraba amor al siguiente.

—Entonces acabó invitándome a venir a París —declaró como si fuera simple—. Estoy en su casa, ¿te lo puedes creer?

—Eres muy loca y valiente —comenté y me reí—. Pero si estás feliz y disfrutando la vida, eso es lo que vale.

—¡Sí! Y lo pensé mucho antes de aceptar. Como él está pagando todo para mí aquí, no tenía motivos para no venir, ¿entiendes? Y como puedo contar con el seguro de desempleo por unos meses más...

—¿O sea, no tienes previsión de volver?

—Bueno, estoy desempleada, ¿no? Así que voy a dejar que la vida me lleve a donde tenga que ir.

—Sabes que te quiero y, si estás feliz, entonces yo también lo estoy —declaré—. Pero ten cuidado, ¿vale?

—¡Siempre! Ahora cuéntame de tu vida.

—¡Me voy a Dubái! —Oí un gritito del otro lado—. Nada extraordinario, voy con Leo.

—¿Con quién más ibas a ir, no? Eso ya era obvio —Laura chasqueó la lengua—. Ese fue un destino que no pude conocer porque solo hablan en el idioma de los ricos por allá.

Solté una carcajada y me sentí mucho más ligera por matar la nostalgia de mi mejor amiga. Nos conocimos en la infancia, cuando ella llegó al condominio como la vecina nueva que era dejada de

lado por los otros niños. Como siempre detesté la exclusión sin sentido, traté pronto de hacerme su amiga y después de eso, nunca más nos separamos. Seguimos profesiones diferentes —Laura trabajó años en banca mientras yo seguía a Leonardo de arriba abajo—, nos fuimos a vivir a barrios diferentes, pero la sintonía y el amor nunca disminuyeron.

Nos quedamos unos minutos más hablando sobre París y las locuras que ella pretendía hacer en Europa hasta que el tiempo pasó demasiado rápido y nos despedimos con la promesa de una videollamada en cuanto pisara los Emiratos.

Al colgar, el silencio de mi apartamento volvió a ser llenado solo por el sonido del ventilador. Miré mi maleta aún a la mitad y estaba a punto de guardar mi kit de maquillaje cuando el móvil volvió a vibrar. Esta vez, no era Laura. El nombre de Leonardo brillaba en la pantalla y, por algún motivo, mi estómago dio un leve vuelco.

—Hola —respondí deprisa.

—*Gatita* —su voz vino cargada de una frustración dramática—. *Estoy mirando mi closet hace veinte minutos y he llegado a la conclusión de que no tengo la menor idea de qué llevar en la maleta.*

—Leonardo, tienes un guardarropa del tamaño de mi apartamento.

—*Exactamente, son demasiadas opciones* —puse los ojos en blanco—. *Mi cuarto parece una zona de guerra y Brahma decidió que quiere dormir encima de mis camisas. Tienes que venir.*

—¿Ahora? —Miré el reloj—. Estoy haciendo mi propia maleta.

—*Lo sé, lo sé. Pero si hago esto solo, voy a terminar llevando tres bermudas y una pajarita. Termina tu maleta, pide un Uber y vente para acá. Es una emergencia de Estado.*

Solté un suspiro pesado y lo insulté mentalmente. Sabía que Leonardo no descansaría hasta que yo diera el visto bueno final a sus elecciones. Además, la idea de verlo intentando doblar una

camisa de vestir sin mi supervisión era algo que rozaba el crimen contra la moda.

—Eres increíble —refunfuñé—. Vas a tener que comprarme algo muy bonito y caro allá en Dubái.

—Ya estoy pagando tu billete en primera clase.

—Eso es tu obligación, no confundas las cosas.

Oí a Leonardo soltar una carcajada y, acto seguido, Brahma empezó a ladrar al fondo de la llamada. Acordamos que yo dormiría en el ático y colgamos para que pudiera terminar de hacer mis maletas.

Odiaba pasar la noche en casa de mi jefe porque era demasiado íntimo. Una cosa era convivir durante unas horas con él, otra muy diferente era dormir y despertar bajo el mismo techo.

•

El American Bully no vino a saludarme ni a hacerme su fiesta de siempre cuando crucé la puerta. Brahma ya estaba acostumbrado a relacionar las maletas de viaje con la ausencia de su dueño, por lo tanto, cuando me vio arrastrando las mías por la entrada, se echó bien lejos y solo se quedó mirándome.

—¿Qué pasa, chico? —le hablé con esa voz infantil que reservo para cualquier animal—. Estás triste, ¿verdad? —Me acerqué y masajeé su cabeza ancha—. No vamos a estar mucho tiempo fuera. No pongas esa cara de lástima.

Me había agachado frente al perro y estaba recibiendo algunos lametazos aunque él no demostrara muchas ganas.

—Como si no le encantase quedarse en casa de su abuela —dijo Leo al aparecer detrás de mí—. Ella le da toda la comida que yo no le doy.

Mi jefe se refería a su madre, que hacía el papel de abuela de mascota y, cuando su hijo viajaba, cuidaba del nieto en su casa. Aproveché para levantarme y pasé por delante de Leonardo,

volviendo a arrastrar mis maletas pasillo adelante hasta el cuarto de invitados que solía ocupar cuando pasaba la noche allí.

Después de dejar también mi bolso sobre la cama, fui directo a la *suite* de Leo y entré en su *closet*, observando las dos maletas abiertas en el suelo del espacioso ambiente y notando el desorden que había hecho.

—¿Entiendes ahora por qué te necesitaba? —cuestionó, llevándose las manos a las caderas y mirándome.

—Entiendo que eres un hombre de treinta y siete años que aún no ha aprendido a doblar una camisa de vestir —respondí, cruzando los brazos y analizando el escenario de guerra.

Había prendas de lino tiradas sobre el sillón de cuero, zapatos fuera de sus cajas y una pila de corbatas que parecía un nido de serpientes de seda. El responsable de eso estaba apoyado en el marco de la puerta con el semblante de quien se había rendido de luchar contra su propio desorden.

—No me juzgues. Soy un hombre de grandes ideas, Clara —comentó con cara de cachorro necesitado—. Detalles logísticos como el volumen de un pantalón vaquero en un compartimento pequeño como este son... irrelevantes para mi genialidad.

Me arrodillé cerca de las maletas abiertas y empecé a sacar lo que él había guardado de cualquier manera para, acto seguido, analizar lo que estaba sobre la alfombra. Camisetas tiradas de cualquier forma, pantalones que no combinaban con ninguna de ellas, *blazers* elegidos más por el humor que por cualquier coherencia. Era el retrato perfecto del cerebro de Leonardo cuando necesitaba lidiar con algo tan doméstico como hacer las maletas.

Él me dejó sola por algunos minutos y, cuando regresó, me entregó una copa de vino tinto y se sentó en el sillón, estirando las piernas y observándome trabajar. Era una dinámica que conocíamos bien: yo poniendo orden en el caos y él disfrutando del espectáculo.

—¿Separaste el traje azul marino para el encuentro con el jeque? —pregunté, sin mirarlo directamente, mientras enrollaba calcetines de forma milimétrica.

—¿El gris no es mejor? Da una imagen más... moderna.

—El azul marino transmite confianza y tradición. Guarda el gris para la cena de clausura, cuando ya tengas el contrato firmado y puedas parecer el visionario accesible que intentamos vender. —Me levanté para revisar los trajes que estaban colgados y guardar unas prendas que descartaría—. Y nada de llevar esa camisa polo roja. Pareces un empresario de casino con ella.

—Pero me queda genial el rojo.

—Te queda genial cualquier cosa —rebatí—. Pero eso no significa que sea apropiado.

—¿Qué haría yo sin ti, MC? —cuestionó al soltar una risa baja —. Probablemente sería solo un tipo mal vestido e incomprendido. Deberías cobrar por esto aparte.

—Ya cobro —respondí—. Solo que tú pagas con billetes de primera clase y promesas vagas de descanso.

—Un día lo cumpliré.

—Y ese día no será hoy —le devolví, sin levantar la vista.

Nos quedamos en silencio por algunos minutos. Yo doblaba, organizaba, separaba looks mentalmente mientras él obedecía mis instrucciones con la disciplina de quien sabe que discutir solo retrasaría el proceso. En algún momento, sentí su presencia más cerca y giré el rostro a tiempo de verlo agacharse a mi lado, sosteniendo un par de zapatos.

—¿Estos van? —preguntó.

—No —respondí de inmediato—. Son preciosos, pero siempre te quejas de que te hacen daño después de dos horas.

—Cierto —admitió, dejándolos de lado—. Tú recuerdas esas cosas mejor que yo.

—Alguien tiene que recordar —murmuré, sintiendo que esa frase pesaba más de lo que debería.

¿Mi excelente memoria se debía a mi profesionalismo o simplemente al hecho de que lo observaba más de lo que una empleada normal debería hacer? De cualquier forma, Leonardo no

comentó nada. Solo asintió y volvió a levantarse. Yo continué allí por unos cuarenta minutos más sin descanso, sin hacer ninguna pausa, pues cuanto antes terminara, antes podría descansar.

Cuando finalmente cerré las cremalleras de ambas maletas, me puse de pie y me desperecé, sintiendo la espalda dolorida por haber estado mucho tiempo en la misma posición. Pero antes de que lograra quejarme, las manos pesadas de mi jefe tocaron mis hombros y me obsequiaron con un masaje.

—Gracias —murmuró casi en mi oído—. Sé que soy un pesado a veces.

—"A veces" es un eufemismo generoso, Leo —respondí, sintiendo un calor extraño subir por mi columna—. El próximo rescate te va a costar una cena en ese restaurante japonés que me encanta.

—Sabes que odio la comida japonesa.

—Ese es problema tuyo, no mío.

Leonardo río y la vibración de su risa viajó de sus manos directamente a mis hombros, desarmando cualquier vestigio de cansancio. Continuó el masaje por algunos segundos más, los pulgares presionando los puntos de tensión con una precisión que me hizo cerrar los ojos por puro instinto.

El espacio en el *closet*, que antes parecía enorme, súbitamente se volvió minúsculo. Me giré despacio, quedando frente a él, y encontré su mirada fija en mi rostro con una expresión que no lograba descifrar.

—Ve a descansar, MC —ordenó bajito, pero el tono no era de autoridad, sino casi una petición.

—Me llevaré a Brahma conmigo esta noche —avisé, saliendo del *closet* y sintiendo sus ojos seguir cada uno de mis pasos hasta que crucé la puerta de la habitación.

La *suite* de invitados del ático era maravillosa, tenía una cama tamaño extra grande, sábanas de algodón extremadamente suaves y una vista de vértigo. Como el edificio en el que vivía Leo era muy

alto, me gustaba disfrutar de aquello cuando pasaba la noche allí y terminaba durmiendo con las cortinas abiertas.

Me di un baño largo y me puse un pijama de pantalón y manga larga para poner el aire al máximo, después hice mi *skincare* y fui a llamar a Brahma para dormir conmigo, pero estaba enroscado a los pies de su dueño.

—Ven a hacerme compañía, Brahmita —pedí con mi voz aguda y una sonrisa enorme—. ¡Ven!

El perro se desperezó sobre la manta, miró al rostro de Leonardo, después al mío, como si estuviera esperando otra orden.

—¿Me vas a traicionar, canalla? —preguntó su dueño—. ¿De verdad me vas a cambiar por una falda?

—¿No estás cansado de dormir sintiendo el olor a pies de Leo? —indagué, dando palmas—. ¡Ven con Clarinha, ven!

Gané la batalla cuando Brahma dio un salto de la cama y vino trotando en mi dirección, desfilando su contoneo y demostrando que no tenía prisa para nada. Sonreí con la sensación de victoria y le saqué la lengua a Leo, que puso los ojos en blanco, pero soltó una risada.

—Creo que me voy a unir a vosotros.

—En tus sueños —rebatí, dando la vuelta y saliendo de su habitación para volver a la de invitados—. Vamos, Brahmita. Eres el único macho Montenegro con el que acepto compartir la cama.

Una mentira que me contaba diariamente a mí misma, por supuesto.

Capítulo 10 – Clase Económica y Otras Torturas

Leonardo

LEONARDO



LEONARDO

El *check-in* en el área VIP del aeropuerto había sido impecable, el whisky del *lounge* estaba a la temperatura correcta y Maria Clara estaba particularmente eficiente —y atractiva— en un conjunto de *aerolook* que lograba ser cómodo y elegante al mismo tiempo. Sin embargo, la paz que sentía por estar a punto de iniciar un viaje agradable duró exactamente hasta que llegamos a la puerta de embarque.

—¿Cómo dice? —pregunté, sintiendo la vena de mi sien empezar a pulsar—. Repita, por favor. Creo que el ruido ambiental afectó mi audición.

La empleada de la compañía aérea, que parecía a punto de sufrir un colapso nervioso ante mi mirada, tragó saliva.

—Hubo un fallo técnico en el sistema de reclinación de la poltrona 3A y el asiento no bloquea en posición vertical para el despegue y aterrizaje. Es una cuestión de seguridad. Y como la primera clase está llena...

—¿Y la solución de ustedes es mandar a la pasajera a clase económica? —Mi voz subió dos octavas, atrayendo miradas de otros pasajeros—. ¿Tiene idea de cuánto costó este billete? Llame al supervisor de este antro.

—Leo, para —Maria Clara intervino, poniendo la mano en mi antebrazo, pero su toque me irritó aún más—. Es un problema técnico, pasa.

—¡No "pasa", Clara! No puede pasar en un billete que cuesta más de treinta mil.

—Señor, haremos el reembolso íntegro de la diferencia y ofreceremos un bono... —la chica intentó continuar.

Necesité respirar hondo para no mandar a nadie a meterse el dichoso bono por donde no le da el sol.

—Está bien, aceptaremos —dijo Maria Clara, sonriendo a la empleada y estirando la mano para tomar el nuevo billete—. Vamos a esperar que no ocurra de nuevo, ¿verdad?

Sentí que la sangre me hervía.

—¿Está bien? —repetí, incrédulo, mientras mi asistente me arrastraba lejos del mostrador—. Clara, "está bien" sería si el avión estuviera retrasado diez minutos. Ser rebajada de primera clase al equivalente a una lata de sardinas alada no está nada bien.

—Leonardo, la gente está mirando —susurró ella, manteniendo esa sonrisa educada que yo sabía que era una máscara para no darme un puñetazo—. Es un vuelo nocturno. Solo tengo que tomar

mi medicina, ponerme los auriculares y despertar en Dubái. No es el fin del mundo.

—Para mí, lo es. —Crucé los brazos, deteniéndome en medio del pasillo del aeropuerto—. Yo no pago billetes de cinco dígitos para que seas reubicada.

—Pero vas a recibir el reembolso, así que deja de quejarte —murmuró—. ¿Estoy feliz? No. Pero tampoco puedo dejar que montes un escándalo y acabes haciendo que nos expulsen del vuelo.

Miré el billete en su mano: asiento 42C. El número parecía una ofensa personal. Miré el mío: 2A. Una poltrona que se hacía cama, *champagne* libre, ducha para bañarse y un kit de amenidades de *Bvlgari*. La injusticia de aquella imagen me golpeó y, sin pensar mucho en lo que estaba haciendo para no tener tiempo de arrepentirme, le arrebaté la tarjeta de embarque de la mano.

—Dame esto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, confundida, mientras yo regresaba al mostrador.

—Cambie nuestros asientos, ¿vale? —avisé a la empleada que ya me miraba con expresión agria—. Yo me quedaré en económica, ella puede quedarse con mi asiento.

—Señor, yo... —Creo que mi mirada le dio el miedo suficiente, pues suspiró y asintió—. Voy a avisar al equipo de a bordo para que les ayuden con el cambio.

—Leo, no seas ridículo —reclamó Maria Clara—. Mides un metro noventa, tus piernas apenas caben en el asiento trasero de los coches, imagínate en económica.

—Soy el jefe, así que yo decido dónde me siento —respondí, con mi mejor cara de mártir—. Y prefiero sufrir de trombosis a saber que te están sirviendo con cubiertos de plástico.

Para dar por cerrada la discusión, salí arrastrando nuestras maletas por el túnel que nos llevaría a la aeronave y fingí que no escuchaba sus rezongos detrás de mí.

Confieso que no recordaba cuál había sido la última vez que tuve el displacer de volar en clase económica y no estaba ansioso por revivir la experiencia. Sin embargo, actué según sentí la necesidad porque sabía que Maria Clara pasó los últimos días ansiosa por disfrutar de la primera clase del avión.

El espacio era tan reducido que mis rodillas estaban prácticamente haciendo un *check-in* en la columna del pasajero de delante. A mi izquierda, un señor roncaba antes incluso de que el avión carreteara. A mi derecha, al otro lado del pasillo, un niño intentaba meterse una cera de colores en la nariz.

Saqué mi móvil y envié un mensaje a mi querida asistente, que probablemente ya estaría saboreando algún cóctel y estirando las piernas en una poltrona que se hacía cama.

Yo: *Si muero de embolia pulmonar o intoxicación por comida procesada, quiero que sepas que la culpa es toda de tu timidez que no me dejó montar un lío ahí fuera.*

Clara: *Deja de quejarte, fuiste tú quien inventó esta historia de cambiar de asiento. Disfruta el viaje, Boss. Te ves guapo siendo humilde.*

Bufé, intentando ajustar mi cuello en una almohada inútil más fina que un *carpaccio* y me di cuenta de que Dubái nunca había parecido tan lejos. El avión ni siquiera había despegado y ya sentía que mi columna estaba siendo triturada. El pasajero de delante decidió reclinar su asiento, lo que redujo mi espacio vital casi a cero, y mis piernas quedaron tan comprimidas que empecé a preguntarme si, al llegar al destino, aún tendría sensibilidad en los dedos de los pies.

Miré la pantalla individual frente a mí —minúscula y con una resolución que me recordaba a un aparato de los años noventa— e intenté concentrarme en la lista de películas, pero la tos ruidosa del

vecino de la izquierda alcanzó un decibelio comparable al motor de la aeronave.

—¿El señor acepta auriculares? —preguntó la azafata, extendiendo un paquetito de plástico.

—Obviamente —respondí, impresionado al ver que en económica aquel objeto que debía costar cinco reales era un artículo opcional—. Y si tiene un calmante para caballos o un billete de vuelta al 2A, se lo agradecería aún más —murmuré, pero ella solo me lanzó una sonrisa profesional y siguió adelante.

Intenté abrir mi portátil, tratando de ser productivo, pero el ángulo de la pantalla contra el asiento reclinado de delante lo hacía imposible. Parecía un tiranosaurio con esas patitas cortas intentando teclear. Resignado, cerré el aparato y tomé mi móvil nuevamente. Estábamos a punto de despegar y entrar en modo avión, pero necesitaba decir una última palabra a Maria Clara.

Yo: *Disfruta el caviar por mí. Si no sobrevivo, mi testamento está en la caja fuerte y la contraseña es la fecha de cumpleaños de Brahma. Por cierto, lo dejaré a tu cuidado.*

La respuesta vino en segundos.

Clara: *¿Sabías que el asiento tiene un ajuste increíble para la zona lumbar? Siento mucho lo de tus piernas, pero piensa que estás forjando el carácter. ¡Hasta Dubái!*

Apagué el aparato con una envidia que no admitiría ante nadie. El despegue fue un evento aparte. Mientras el avión subía, sentí cada vibración de la estructura metálica. El bebé tres filas atrás comenzó un solo de ópera que duraría, según decía mi intuición, las próximas catorce horas.

Cerré los ojos por unos minutos, intentando ignorar el olor a flatulencia que empezaba a flotar por el pasillo. Yo era el hombre

que había cerrado un negocio de nueve dígitos la semana pasada, pero allí, en el asiento 42C, era solo un infeliz intentando no rozar el hombro con el vecino sudado.

Le iba a demostrar a Maria Clara lo que era la humildad en cuanto aterrizáramos. Exigiría que cargara mis maletas, pidiera mi café y me diera un masaje en los pies. Intenté mentalizar las dunas de arena y el lujo que me esperaba al otro lado del océano. Pero, en el fondo, entre un golpe en mi asiento y otro, sabía que lo haría todo de nuevo porque ver su sonrisa de alivio al sentarse en primera clase había valido casi todo mi sufrimiento.

Casi.

Capítulo 11 – Lujo, Arena y una Lumbar Arruinada

Maria Clara



Nunca me había sentido tan revitalizada tras un vuelo internacional. Dormir horas seguidas con el cuerpo en horizontal a treinta mil pies de altitud, con derecho a pijama de seda, debería ser considerado un derecho humano básico. No es que nunca hubiera viajado en primera clase, pero aquella había sido la primera vez en un vuelo tan largo.

Desembarqué en Dubái sintiendo que podría enfrentar a un ejército de inversores o, como mínimo, una maratón de reuniones bajo el sol de cuarenta grados. En cuanto a Leonardo... bueno, parecía haber sido doblado como un origami durante todo ese tiempo.

—Mi L5... siento que se quedó en algún lugar sobre el Océano Índico —rezongó mi jefe por décima vez mientras esperábamos nuestras maletas.

—Deja de ser dramático, Leo —respondí, ajustando mis gafas de sol y comprobando el brillo de mi labial en el reflejo del móvil—. Fuiste un héroe. El mártir del asiento 42C. La clase económica erigirá una estatua en tu honor.

—No te burles, porque fui testigo de cosas que ningún ser humano debería presenciar —murmuró mientras se estiraba—. El hombre a mi lado intentó convencerme de que la Tierra es plana durante seis horas. ¡Seis horas, MC! ¡Y no podía huir!

Solté una risita, incapaz de contener mi diversión. Leonardo continuó quejándose de todo lo que sufrió durante todo el tiempo que pasamos esperando nuestro equipaje y en la fila de inmigración.

Tardamos casi una hora en llegar finalmente al exterior del aeropuerto y encontrar el coche que nos llevaría al hotel. En cuanto entramos en el lujoso Atlantis, mi jefe apenas miró las fuentes de fuego y agua que decoraban el vestíbulo. Caminaba con una rigidez cómica, sujetándose la zona lumbar con una mano y el móvil con la otra, como si cualquier movimiento brusco pudiera desmontar su esqueleto.

Subimos en un ascensor que se desplazaba con tanta suavidad que apenas se notaba lo alto que estábamos. Cuando las puertas se abrieron, el pasillo exhalaba un perfume sutil de sándalo, transportándonos a una realidad donde el hormigón y el ruido de la ciudad ya no existían.

—Ahora podrás descansar y dormir el sueño de los merecedores —bromeé, entregándole la tarjeta de su *suite*—. Solo por dos horitas, después te despierto.

—Pensaba que eras una persona más evolucionada —rezongó, arrastrándose hasta la puerta.

Tras dejar a Leonardo atrás, entré en mi habitación y, por un momento, olvidé incluso cómo se respiraba. Ya me había alojado en hoteles exquisitos en compañía de mi jefe, pero el estándar de Dubái era un insulto a la modesta noción de lujo del resto del mundo.

La sala de estar era inmensa y tenía ventanales que iban del suelo al techo, enmarcando el azul infinito del Golfo Pérsico y la silueta de la Palm Jumeirah. El suelo era de mármol blanco pulido con vetas doradas, parcialmente cubierto por alfombras de seda tan suaves que daban ganas de quitarse los zapatos y no volver a ponérselos nunca.

Caminé hacia la cama, que era más grande que una tamaño extra grande y estaba preparada con sábanas de algodón de mil hilos, impecablemente estiradas. Para impresionarme aún más, había un menú de almohadas sobre la mesita de noche, que mostraba una lista desde opciones con infusión de lavanda hasta plumas de ganso recolectadas a mano. En el centro de la habitación, una lámpara de cristal colgaba como una joya, reflejando la luz del sol que golpeaba el agua afuera.

—Dios mío... —murmuré a la nada.

Estaba en la cima del mundo, literalmente. Y, aunque mi jefe estuviera gimiendo de dolor en la *suite* de al lado, yo me sentía demasiado feliz.

Me quité las zapatillas y caminé descalza por el mármol, sintiendo la textura fría bajo mis pies. Sabía que Leo probablemente ya se habría lanzado a la cama y se habría quedado frito, o estaba sometiendo a algún masajista del hotel a un interrogatorio sobre técnicas de quiropráctica. De cualquier forma, estaría fuera de combate por al menos dos horas.

Era mi oportunidad.

Me di una ducha rápida para sentirme renovada y me puse un vestido de lino blanco, ligero y fresco, combinándolo con mis

sandalias de tiras finas. Ni siquiera sentí que necesitara maquillaje, pues el brillo de quien ha dormido en primera clase era mi mejor cosmético.

Salí de la habitación en silencio, como si estuviera huyendo de un compromiso, y bajé a explorar el hotel. Era un laberinto y cada pasillo parecía una galería de arte contemporáneo. Pasé por las piscinas de borde infinito que parecían flotar sobre la ciudad, donde el agua era de un azul tan cristalino que se mezclaba con el cielo. El sonido ambiente era una mezcla suave de música *lounge* y el ruido rítmico de las fuentes.

Caminé hasta el área de la fuente que mezcla agua y fuego, y me quedé allí, simplemente observando el espectáculo mientras sentía el viento cálido del desierto despeinar los mechones sueltos de mi cabello. Había algo de surrealista en estar allí. Dubái no era una ciudad, era un delirio arquitectónico, y yo estaba justo en el centro.

Sin perder el ritmo, aproveché para pasar por el área de las tiendas de marca que estaban dentro del hotel. Miré los escaparates de *Hermès* y *Valentino* con la tranquilidad de quien no tiene la menor posibilidad de cruzar esas puertas, y seguí hasta detenerme en una cafetería. Pedí un café helado con infusión de dátiles y elegí una mesa con vistas a la marina.

Por un momento, no era la asistente de Leonardo Montenegro. No era la mujer que gestionaba la lavandería, sacaba al perro a pasear, limpiaba zapatillas de miles de dólares o elegía la ropa que él se pondría. Era solo una turista disfrutando de lo más caro que la vida podía ofrecer.

Siempre que estaba a punto de viajar a algún país, hacía una breve investigación sobre el lugar para poder disfrutar mejor del viaje, así que no veía la hora de que sobrara un poco de tiempo en la agenda para visitar algunos puntos turísticos que anoté.

Por ahora, tomé mi móvil y saqué una foto del paisaje, pero no la publiqué en ningún lado. Era un registro solo mío, para guardarlo en mi memoria. El reloj seguía corriendo y necesitaba volver para

despertar a Leonardo, pero antes de que me levantara para irme, vi la llegada de una notificación anunciando un mensaje de texto.

Leo: *Creo que mi pierna izquierda ha dejado de responder a mis órdenes.*

Solté una carcajada alta, atrayendo la mirada de una pareja en la mesa de al lado. El deber me llamaba y tenía la apariencia de un hombre de un metro noventa con el cuerpo totalmente bloqueado.

Bebí el último sorbo de mi café, sintiendo el azúcar de los dátiles en la lengua, y me levanté. La exploración había sido corta, pero lo suficiente para recargar mis baterías.

Subí a mi planta sintiéndome ligera y muy entusiasmada, pero sabiendo que la Maria Clara Turista estaba a punto de dejar paso a la Maria Clara Gestora de Crisis. Me detuve ante la puerta de la *suite* de Leonardo y, antes incluso de llamar, oí un sonido amortiguado que parecía un rezongo.

Usé la llave extra y entré esperando encontrar a mi jefe al teléfono insultando a alguien, pero la escena que encontré era digna de una comedia de enredo. Estaba despatarrado en medio de la alfombra persa, en una posición que recordaba a una estrella de mar con calambres.

—No. Digas. Ni. Una. Palabra —siseó, con el rostro presionado contra la alfombra.

—¿Qué diablos estás haciendo? —pregunté, observando el cuerpo cubierto solo por un pantalón de pijama.

—El colchón es demasiado blando para arreglar lo que aquel asiento me causó. —Leo giró el rostro hacia mí e hizo una mueca—. ¿Ves cómo te valoro, MC?

—Veo a un hombre en el suelo de un hotel de siete estrellas pareciendo un muñeco de gasolinera desinflado —respondí, cruzando los brazos e intentando, sin éxito, contener la risa—. Si los

inversores te vieran ahora, se lo pensarían dos veces antes de confiar en tu poder.

—Puedes reírte, ¿sabes? El karma es lento, pero llega —rezongó, intentando apoyarse en los codos y soltando un sonido que parecía el de una puerta vieja chirriando—. Intenté hacer un estiramiento que vi en YouTube, pero creo que acabo de descubrir la existencia de un nuevo músculo. Uno que duele mucho.

Dejé mi bolso sobre el sillón de terciopelo y me acerqué, agachándome a su lado. La *suite* principal de Leonardo era, si cabe, aún más opulenta que la mía, pero el foco ahora era el desastre humano extendido en la alfombra.

—Dame la mano, mi héroe de pacotilla —pedí, extendiendo mi brazo—. Vamos a intentar ponerte en posición vertical antes de que tu cuerpo entienda que ahora eres una alfombra decorativa.

Con un esfuerzo coordinado, me tomó la mano y lo ayudé a sentarse. Leo soltó un suspiro pesado, cerrando los ojos mientras estabilizaba la columna.

—Los ricos son una especie muy graciosa, ¿verdad? Miles de personas viajan todos los días en clase económica y no sienten nada —me mofé—. Sois muy sensibles.

—Fueron catorce horas.

—¿Quieres que intente programar un masaje de emergencia? ¿O preparo un baño de inmersión?

—El baño —respondió prontamente, aún con los ojos cerrados y la expresión de quien estaba siendo torturado por una inquisición invisible—. El masaje exigiría que me moviera a una camilla, y no confío en que mis miembros respondan al llamado.

—Cierto. El mártir necesita agua caliente.

—Puedes pedir que el mayordomo lo prepare...

—No se me van a caer las manos si lo hago yo misma, Boss —avisé, yendo al baño para tomar la espuma de baño de *Hermès* que era cortesía del hotel—. Mientras disfrutas del confort, puedo

separar tu ropa para la cena y aprovecho para confirmar el almuerzo de mañana.

—¿Dormiste en algún momento desde que llegamos? —preguntó él, ya en la puerta del baño.

—Claro que no. Dormiré más tarde para no estropear lo del huso horario.

Me sorprendió un brazo de Leonardo rodeando mi cintura y obligándome a ponerme frente a él. Entonces, el hombre me abrazó fuerte, balanceando nuestros cuerpos de un lado a otro y, por último, depositando un beso en la coronilla de mi cabeza. Como yo estaba descalza, mi altura era perfecta para encajar en sus brazos.

—Realmente no sabría vivir sin ti, MC —murmuró antes de soltarme—. Puedes elegir el regalo que quieras de esta ciudad.

—Cuidado con lo que prometes —respondí, esbozando una sonrisa para disfrazar mi nerviosismo—. Puedo pedir algo muy caro, realmente caro, luego vender el regalo y pedir la dimisión tras invertir el dinero.

Leo soltó una carcajada como si supiera que yo era incapaz de hacer algo tan absurdo y pasó de largo, caminando en dirección al hidromasaje mientras yo me retiraba del baño.

Me quedé parada un segundo en el centro de la sala de estar, sintiendo el lugar donde su mano había presionado mi cintura todavía hormiguear bajo la tela del vestido.

—Foco, Maria Clara. Foco —susurré para mis adentros, sacudiendo la cabeza para alejar la sensación del abrazo.

Necesitaba confirmar el almuerzo con el jeque Al-Mansouri, pero mientras mis dedos se deslizaban por la pantalla del móvil, mis oídos estaban atentos a los sonidos que venían del baño. Era una coreografía que repetíamos hace años, un equilibrio delicado entre el profesionalismo y esos momentos de intimidad que borraban las fronteras de lo que éramos el uno para el otro.

Dijo que no sabría vivir sin mí. Y, aunque yo sabía que se refería a la logística de su vida, al café a la temperatura adecuada y

a los contratos firmados en plazo, una parte pequeña y obstinada de mí quería creer que había algo más profundo en esa frase.

Terminé de organizar todo: ropa, reloj, perfume e incluso los zapatos. Dubái brillaba al otro lado de los ventanales inmensos, una promesa de oro y negocios multimillonarios, pero allí dentro, en el silencio de aquella *suite* monumental, me di cuenta de que el regalo más caro que podría recibir de Leonardo Montenegro ya era mío.

El problema era que ese regalo no podía venderse. Solo me mantenía exactamente donde estaba, esperando la próxima orden, el próximo abrazo y la próxima vez en que me demostraría que, de hecho, ninguno de los dos sabía ya cómo vivir sin el otro.

Capítulo 12 – El Eclipse de Esmeralda

Leonardo



Dubái de noche parecía un delirio arquitectónico creado por alguien que nunca escuchó la palabra límite. Todo brillaba. Edificios de cristal reflejaban luces doradas, fuentes danzaban sincronizadas y yo estaba acomodado en el asiento trasero de un Rolls-Royce como si aquel fuera un día cualquiera de la semana.

Maria Clara estaba a mi lado, con las piernas cruzadas con elegancia y vistiendo un vestido que parecía haber sido cosido

directamente sobre su cuerpo. Era una seda verde esmeralda con un escote discreto, pero que dejaba la espalda al descubierto y exhibía una abertura estratégica en el muslo derecho, transformando a mi asistente en una mujer... peligrosa. Su cabello estaba recogido en un moño que dejaba algunos mechones sueltos a propósito, manteniendo el cuello a la vista y permitiendo que los pendientes reflejaran la luz con cada mínimo movimiento que hacía.

Me aclaré la garganta, intentando desviar la mirada hacia otro lugar. El tapizado de cuero del coche era suave, el silencio en la cabina era absoluto, pero el aire parecía súbitamente escaso.

—Estás... impecable, Clara —comenté, manteniendo el tono de voz lo más estable posible—. Espero que seas consciente de que tu apariencia hoy va a distraer a todo el mundo.

Ella giró el rostro hacia mí, y una sonrisa de lado, casi imperceptible, surgió en sus labios pintados con un labial marrón.

—Esa es la estrategia, ¿no? —retrucó con esa autoconfianza que me desarmaba—. Yo distraigo, tú etiquetas. Pensé que estábamos en sintonía sobre el plan de acción.

—Lo estamos, pero no sabía que la distracción sería un ataque directo a mi propia concentración —murmuré, casi para mis adentros.

Maria Clara abrió la boca para responderme, pero el coche ya se había detenido ante la entrada del restaurante y el aparcacoches abrió la puerta de golpe. Salí deprisa y, antes de que ella pudiera moverse, le ofrecí mi mano. Cuando sus dedos tocaron los míos, sentí una descarga eléctrica extraña golpearme.

Entramos al restaurante y fuimos guiados hasta la mesa más exclusiva, en una terraza privada que parecía flotar sobre las luces de la ciudad. Nuestros anfitriones ya nos esperaban, pero sus ojos, como preví, se demoraron un segundo más de lo protocolario sobre Maria Clara antes de volverse hacia mí.

Nuestros anfitriones eran hermanos y directores de la principal *holding* de logística de la región. Omar, el mayor, se levantó con una sonrisa que no llegaba a sus ojos vidriosos, que parecían no haber

visto nunca a una mujer. En cuanto al menor, Zaid, debió de olvidar cómo se parpadeaba al fijar la mirada en el escote de la espalda de mi asistente.

—Es un honor finalmente recibirlo aquí —dijo el primero, estrechando mi mano con firmeza mientras yo sentía el perfume fuerte que exhalaba—. Y veo que su reputación de rodearse solo de lo mejor es absolutamente cierta.

—Maria Clara es mi mano derecha en todo lo que hago —respondí, retirando su silla con una posesividad que no me esmeré en ocultar—. Sin ella, los engranajes de mi vida probablemente dejarían de girar.

Zaid, que aún no había dicho una palabra, se inclinó ligeramente hacia Clara mientras nos sentábamos.

—Si su trabajo es la mitad de impresionante que su elección de vestuario para esta noche, señorita, temo que mi hermano tendrá dificultades para enfocarse en los términos logísticos —galanteó él, con la voz cargada de un acento profundo.

No me gustó aquel abordaje. Nada. Maria Clara hablaba inglés muy bien, pero no era fluida como yo y no estaba seguro de si había logrado comprender el piropo barato en aquel acento tan cerrado. De cualquier forma, mi asistente lanzó una sonrisa educada, del tipo que usaba para desarmar a hombres idiotas sin que se dieran cuenta de que estaban siendo puestos en su lugar.

—Agradezco el cumplido, Sr. Al-Fahim —respondió con educación—. Pero le aseguro que mi jefe es lo suficientemente exigente como para que mi trabajo y mi eficiencia no se limiten a mi guardarropa.

Omar soltó una carcajada y golpeó levemente la mesa.

—¡Una respuesta a la altura! —declaró él, lanzando una mirada de advertencia a su hermano menor—. Veo que los brasileños son tan afilados como dicen las noticias.

Zaid, sin embargo, no parecía ni un poco intimidado. Giró la copa de cristal entre los dedos, manteniendo los ojos fijos en Maria

Clara, ignorando por completo la incomodidad de los demás.

—La eficiencia es algo que se encuentra en cualquier oficina de Dubái, hermano —murmuró, volviéndose hacia mi asistente—. Pero una presencia que ilumina el ambiente de esa forma... eso es una rareza que merece ser apreciada con calma. —El idiota sonrió y me irritó—. ¿Es su primera vez en el Medio Oriente?

—Lo es —respondió ella, manteniendo la postura impecable—. Y debo decir que su arquitectura es impresionante.

—La arquitectura es solo un marco —insistió Zaid, inclinándose un poco más hacia su espacio personal—. El verdadero valor de Dubái está en aquello que el oro no puede comprar. Si el Sr. Montenegro le permite tener algunas horas de libertad mañana, me encantaría mostrarle un lado diferente de la ciudad.

No podía creer lo que estaba oyendo y necesité girar mi cuerpo totalmente hacia aquel hombre, manteniendo una expresión seria y de alerta. ¿Realmente pretendía hacer negocios conmigo mientras coqueteaba con mi asistente?

—Me temo que la agenda de Maria Clara está vinculada a la mía durante toda nuestra estancia aquí —intervine, notando mi voz más fría que nunca—. Tenemos reuniones estratégicas que exigen su presencia a tiempo completo.

—¿Todo el tiempo? —Zaid arqueó una ceja, desafiante.

El clima en la mesa se volvió pesado instantáneamente. Omar carraspeó, intentando retomar el control de la situación, mientras Maria Clara, sintiendo la tensión subir a niveles peligrosos, estiró la mano bajo la mesa y, como quien no quiere la cosa, tocó mi rodilla por un segundo. Fue un toque rápido, pero cargado de significado. *Contrólate*, me estaba diciendo.

—El Sr. Montenegro se enfoca en resultados, Sr. Al-Fahim —dijo ella, suavizando el ambiente con una maestría que solo ella poseía —. Y es exactamente por eso que nuestra sociedad funciona tan bien hace tantos años. Pero ahora, ¿por qué no hablamos de negocios de verdad? He oído que su expansión superó las expectativas del último trimestre.

Cambió de tema con la elegancia de una esgrimista, obligando a los hermanos a volver al campo profesional. Zaid retrocedió, pero la sonrisa presuntuosa no desapareció de su rostro. Él sabía que me había sacado de quicio, y yo sabía que la noche sería mucho más larga de lo que había planeado.

La cena siguió con la opulencia típica de Dubái, pero para mí, cada plato servido parecía tener gusto a serrín. Estaba enfocado en Omar y en los números del Puerto de Jebel Ali, pero mis sentidos estaban en alerta máxima ante cualquier movimiento de su hermano menor.

—Debe de parecerle que Brasil es muy caótico comparado con nuestro orden, Maria Clara —comentó Zaid, mientras un camarero servía una langosta a la parrilla con infusión de azafrán. El árabe estiró la mano para servirle el vino, pero sus dedos rozaron intencionadamente los de ella por un segundo de más—. Aquí, valoramos la protección y el cuidado con mujeres como usted.

Sentí la sangre latir en mi sien. Iba a abrir la boca para dar una respuesta definitiva, pero Clara fue más rápida. No retiró la mano bruscamente; en cambio, inclinó la copa con una delicadeza gélida, obligándolo a completar el servicio y retroceder.

—La protección se agradece, Sr. Al-Fahim, pero la autonomía es lo que realmente valoro —respondió, con la voz tan suave como el terciopelo, pero firme como el acero—. En Brasil, el caos nos enseña a ser arquitectas de nuestro propio orden. Yo no solo gestiono la logística del Sr. Montenegro, yo anticipo crisis que hombres menos preparados ni siquiera sabrían que están ocurriendo. Y con seguridad no necesito que me cuiden como usted imagina.

Zaid arqueó una ceja, claramente sorprendido por la respuesta directa.

—Una mujer de negocios feroz bajo una apariencia de ángel —murmuró él, volviendo a inclinarse—. ¿Y qué pasa cuando esa arquitecta decide que quiere cambiar el proyecto? Por ejemplo, ¿aceptar una invitación para ver la puesta de sol en el desierto?

—Pasa que tiene en cuenta su propio interés y ya ha montado un cronograma exclusivo que no tiene espacio para invitaciones de terceros —retrucó Clara, sin vacilar.

No pude evitar una sonrisa de lado. El rechazo fue tan profesional que no dio margen para que el idiota se ofendiera, pero fue lo suficientemente definitivo para demostrar que ella no estaba allí para ser un adorno de mesa.

—Vamos, Zaid, deja a la chica trabajar —intervino Omar, dándose cuenta de que su hermano estaba perdiendo la batalla.

El hombre se encogió de hombros, pero no desistió totalmente. Pasó el resto de la cena intentando impresionarla con historias de sus victorias profesionales y sus coches de colección. Cada vez que Maria Clara reía educadamente de un chiste suyo, yo apretaba el mango de mi tenedor como si fuera el cuello de Zaid Al-Fahim. Lo que más me irritaba no era el flirteo, sino el hecho de que ella lo estaba manejando con una calma irritante, mientras yo parecía un volcán a punto de entrar en erupción.

Cuando la cena finalmente terminó, el árabe se levantó y, antes de que pudiera impedirlo, tomó la mano de mi asistente para un beso de despedida.

—Fue un placer, Maria Clara —murmuró todo empalagoso—. Espero que tenga un motivo para buscar... nuevos horizontes.

—Tenga una excelente noche —respondió ella, retirando la mano con una elegancia que me dio ganas de aplaudir.

Caminamos hasta el Rolls-Royce que nos esperaba y, en cuanto entramos al coche, empecé a desabrochar los primeros botones de mi camisa porque me sentía sofocado, tanto por el clima de la cena como por el calor absurdo de aquella ciudad.

—Qué hombrecito más insoportable —comenté, sacudiendo la cabeza—. ¡Estaba coqueteando contigo delante de mí! Hijo de puta irrespetuoso.

—Nada que no pudiera resolver.

—Lo resolviste como siempre —refunfuñé, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento y cerrando los ojos por un segundo—. Pero la audacia de ese tipo me sacó de quicio. Actuó como si yo fuera un detalle en la mesa y tú fueras el plato principal.

—Tal vez sea porque soy mucho más agradable de ver que tú cuando estás con esa cara de quien quiere declarar la guerra a un país entero —bromeó ella, pero había un tono diferente en su voz.

Abrí los ojos y la encontré observándome. El Rolls-Royce se deslizaba por las avenidas iluminadas de Dubái con un silencio casi sobrenatural, y la luz de las farolas pasaba rítmicamente por el rostro de Clara, creando sombras que acentuaban sus ojos y la curva de sus labios.

—No tengo cara de guerra —mentí, aunque sentía cada músculo de mi cuerpo tenso.

—La tienes, sí. —Sin que lo esperara, sentí sus dedos en mi frente—. Se te queda ese surco entre las cejas y empiezas a hacer sonar los dedos.

De forma automática, tomé su mano y tiré de ella para fingir que la mordería, pero una curva muy cerrada hizo que el cuerpo de Maria Clara se deslizara por el asiento sobre mí. Necesité sostenerla y su perfume impregnó mi olfato antes de que lográramos acomodarnos de nuevo.

—Sé que soy irresistible, pero no hace falta que me agarres así —me burlé, viéndola poner los ojos en blanco y darme un golpe en la frente.

—Cómo te lo crees.

—Digamos que mi autoestima es proporcional a mi saldo bancario, es decir, inquebrantable —respondí.

—E igualmente arrogante —completó ella, ajustando el vestido con movimientos rápidos, intentando recuperar la compostura mientras se alejaba algunos centímetros—. No puedes hablar mucho de Zaid.

—La diferencia es que el idiota no logra entender que es mejor no tentar a la suerte con lo que ya tiene dueño. —La frase salió antes de que pudiera filtrarla y me hizo trabar la lengua.

El silencio que siguió dentro del coche fue cortante. Maria Clara dejó de tocarse el vestido y me miró con una ceja arqueada, esa mirada desafiante que siempre me decía que estaba cruzando un límite peligroso.

—¿Lo que ya tiene dueño? —repitió ella con la voz baja y cargada de ironía—. ¿Por casualidad estás hablando de mí, Montenegro? Porque, que yo sepa, la última vez que comprobé mi contrato de trabajo, no había una cláusula de propiedad exclusiva.

—Estoy hablando de tu lealtad profesional —encogí mis hombros—. Eres mi asistente e invierto en tu currículum desde hace ocho años. No voy a dejar que un heredero de Dubái estropee mi mejor activo con promesas de puesta de sol en el desierto.

—Qué alivio. —Maria Clara bufó, soltando una risa seca y volviendo a mirar por la ventana—. Por un momento, pensé que estabas siendo posesivo de verdad, pero es solo tu lado capitalista hablando más fuerte.

El Rolls-Royce maniobró con perfección ante la entrada monumental de nuestro hotel y el aparcacoches abrió la puerta para que el aire cálido de la noche nos envolviera nuevamente. Salimos del coche y caminamos por el vestíbulo en silencio, y en el ascensor nos quedamos mirándonos por el espejo. Ella tenía una expresión afilada de quien adoraría cortarme la lengua, por lo que sonreí y le guiñé un ojo rápidamente.

—Intenta no soñar con paseos en camello con Zaid —comenté cuando la puerta se abrió en nuestra planta—. No quiero tener que rescatar a una asistente perdida en el desierto.

—Buenas noches, Leonardo.

Los ojos de Maria Clara se entrecerraron y se giró para salir, tirando del pasador y dejando que el cabello se soltara del moño y se balanceara mientras caminaba hacia su habitación sin mirar atrás.

Capítulo 13 – Orquídeas y Otras Guerras Civiles

Maria Clara



Desperté con el sol de Dubái invadiendo la *suite* a través de las persianas automatizadas, haciendo que la habitación pareciera bañada en oro desde temprano.

Me sentía maravillosa, a pesar de la tensión residual de la noche anterior. El recuerdo de las pullas intercambiadas con Leo dentro del coche aún me causaba un cosquilleo en el estómago que

intentaba, sin éxito, atribuir al *jet lag*, pero mis pensamientos fueron interrumpidos por unos golpes en la puerta.

Me levanté para abrir, pensando que era mi jefe listo para fastidiarme el juicio esa mañana, pero me topé con dos empleados que entraron cargando un arreglo de orquídeas blancas tan imponente que se necesitaban cuatro manos para manejarlo.

—¿Qué es esto? —pregunté, en *shock*.

—Hay una tarjeta en el regalo, señorita —dijo uno de ellos en un inglés confuso, antes de saludarme y salir junto con el otro.

Me quedé de pie, parada ante el arreglo que estaba sujeto en un soporte de suelo casi de mi altura. En el centro de las flores había una caja preciosa de la marca *Ladurée* en letras doradas, que yo sabía que era una famosa marca de repostería francesa.

Tomé la tarjeta sujeta con una cinta elegante y leí el mensaje sin poder creer que Zaid hubiera enviado aquel regalo tan extravagante. No tenía la costumbre de recibir flores, por eso me sentía tan impactada. Sin embargo, no cambiaba en nada el hecho de que el hombre era insoportable y podría gastar el dinero que quisiera, que no lograría llevarme a una cita.

Acababa de tomar mi móvil para sacar una foto del regalo cuando sonó el timbre y fui a abrir, viendo a Leonardo vestido con una bermuda azul y una camisa blanca de tela muy fina.

—Buen día —murmuró, entrando en la habitación—. Vamos a desayunar y de... ¿Qué es eso?

—Son flores —respondí lo obvio—. De Zaid.

Mi jefe pareció incrédulo al girar el rostro hacia mí y, acto seguido, volver a mirar el arreglo.

—¡Pero qué atrevido es!

—Tal vez, pero tenemos que estar de acuerdo en que tiene buen gusto.

—¿Buen gusto? —rebotó él, acercándose al arreglo como si estuviera analizando la escena de un crimen—. ¿Orquídeas? Qué elección más obvia. Probablemente llamó al *concierge* del hotel y le

dijo que enviara lo más caro que tuviera para la mujer a la que intentó importunar anoche.

Leonardo tomó la caja de *Ladurée* y la sopesó en la mano, con una expresión de puro desdén.

—¿Y macarons? ¡Por favor! —Puso los ojos en blanco—. Eso es lo que se le da a una sobrina de diez años.

—Deja de ser tan pesado —le pedí, conteniendo la risa mientras le quitaba la caja de la mano—. Son flores preciosas y dulces caros. No hace falta que transformes todo en una guerrita de celos.

—Yo no estoy transformando nada. Él es quien está invadiendo mi territorio —soltó Leo, antes de corregirse rápidamente—: Mi territorio... de negocios. Eres mi asistente. Está intentando sobornarte con azúcar y pétalos para conseguir información privilegiada, solo puede ser eso.

—¿Qué información privilegiada?

—¡No lo sé! —Mi jefe empezó a caminar de un lado a otro en la sala, con su ropa dándole un aire de heredero en vacaciones, mientras su postura era de puro combate—. Voy a mandar al mayordomo a sacar esto de aquí ahora mismo. Estas flores pueden causarte alergia. ¿Te imaginas si tienes un *shock* anafiláctico en medio del almuerzo con el jeque?

—¡Yo no tengo alergia a las flores, Leonardo! Y no vas a mandar al mayordomo a sacar nada.

Se detuvo y me miró fijamente.

—¿De verdad vas a mantener el regalo de ese pavo real aquí en tu habitación?

—¡Claro! —respondí, queriendo reír—. Y si sigues quejándote, voy a sacar una foto, publicarla en Instagram y etiquetar a Zaid mientras le agradezco la gentileza.

Vi su mandíbula tensarse con tanta fuerza que pensé que se rompería. Leonardo respiró hondo, visiblemente trastornado e intentando controlarse para no patear el soporte de las flores.

—Estupendo. Maravilloso. Disfruta de tus flores de soborno —dijo, caminando hacia la puerta—. Voy a bajar a desayunar. Intenta no perderte en medio de esa selva particular hasta entonces.

El irritadito salió y cerró la puerta con un poco más de fuerza de lo necesario. Miré las orquídeas y después el lugar por donde se había ido, soltando un suspiro largo y sintiéndome increíble.

—Celoso... —murmuré a las flores con una sonrisa obstinada en el rostro.

Sabía que Leo estaba siendo imposible, pero ver al gran Montenegro perder los estribos por culpa de un ramo enviado por otro hombre era, como mínimo, lo más divertido que me había pasado en los últimos años. Tomé el móvil y, en lugar de sacar foto de las flores, solo le envié un mensaje:

Yo: *El surco entre tus cejas es enorme, Boss. Relájate.*

No esperé su respuesta y fui a arreglarme porque aún llevaba el pijama con el que pasé la noche. Me daría una ducha fría y me pondría algo muy fresco y ligero para el día soleado.

•

Dubái por la mañana era un espectáculo, pero el trayecto hasta el *Museum of the Future* estuvo punteado por Leonardo mirando mal a mi móvil cada vez que llegaba una notificación. No verbalizó nada, pero algo me decía que mi jefe sospechaba que Zaid había conseguido mi contacto.

Yo jamás le daría mi número al árabe, pero no iba a admitirlo ante Leo porque estaba siendo muy divertido verlo casi arrancarse los pelos de lo incómodo que estaba con la situación.

Cuando llegamos al museo, dejé todo eso de lado y activé mi modo turista. Leonardo había sugerido que saliéramos a conocer la

ciudad por la mañana y acepté de inmediato, enumerando mis prioridades.

El *Museum of the Future* era todo lo que imaginé: una construcción impresionante en forma de anillo plateado, cubierta por caligrafía árabe que parecía flotar contra el cielo azul.

—Es magnífico —susurré, caminando por el atrio futurista—. Mira esta estructura, Leo. No hay pilares internos.

—Es interesante —admitió él, aunque estaba más ocupado vigilando el perímetro que mirando al techo—. Pero sigo prefiriendo el diseño clásico. Esto parece el escenario de una película muy futurista.

—Eres tan resistente a lo nuevo... —bromeé, deteniéndome ante una exhibición tecnológica y mirándolo—. A veces, el futuro exige que simplemente aceptes que las cosas están cambiando.

Leonardo dio un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros. Por un momento, el bullicio de los turistas y las luces de neón del museo desaparecieron.

—No tengo problemas con el futuro, Clara —dijo con un tono de voz ronco que siempre me desarmaba—. Solo me gusta garantizar que lo que es importante para mí permanezca exactamente donde debe estar.

—Entendido, pero te has puesto muy filosófico —me mofé mientras tomaba mi móvil para sacar algunas fotos.

De repente, Leo tomó el aparato de mi mano y señaló en una dirección.

—Quédate ahí, que voy a sacarte una foto.

—Bien de turista, ¿no? —comenté, riendo y posicionándome de forma que la construcción impresionante quedara al fondo—. ¿Debo fingir naturalidad?

Ni siquiera respondió, solo empezó a moverse a mi alrededor, capturando varios ángulos sin dejarme descubrir si estaba quedando bien.

—¡Eh! ¡Déjame ver! —pedí, intentando acercarme, pero Leonardo levantó el brazo, aprovechándose de su altura para mantener el móvil fuera de mi alcance.

—Nada de eso —dijo él, con un brillo divertido en los ojos que yo raramente veía—. Los fotógrafos no muestran el trabajo incompleto.

Era lo que me faltaba. Acabé riendo y enseñándole el dedo corazón, pero mi jefe pronto me devolvió el teléfono y comprobé las imágenes antes de volver a concentrarme en el paseo.

Leonardo hizo bromas sobre las tecnologías que consideraba inútiles, comentó que el diseño de un robot parecía una aspiradora con crisis de identidad y, por varios minutos, ni siquiera mencionó nada relacionado con el trabajo. Parecía otra persona, mucho más ligera y divertida, simplemente disfrutando de un momento de ocio.

En cierto momento, nos detuvimos en un área que proyectaba el cielo estrellado de forma tan realista que parecía que el techo había desaparecido.

—Sabes, Clara —empezó él, con la voz volviendo al tono bajo y calmado de antes, pero sin la rigidez profesional—. A veces olvido que podemos simplemente... estar en algún lugar. Sin cronograma, sin metas.

—Yo nunca lo olvido —respondí, mirando las estrellas artificiales sobre nosotros—. Pero tú vives en una frecuencia que no permite muchas pausas, Leo. Es difícil seguirte el ritmo cuando siempre vas diez pasos por delante de todo el mundo.

—Tal vez solo necesite a alguien que tire de mí hacia atrás de vez en cuando —murmuró.

Sentí su brazo rozar el mío, un contacto leve que envió un hormigueo por todo mi cuerpo. Nos quedamos allí un tiempo, solo dos brasileños en Dubái, rodeados por un futuro que aún no existía, pero sintiendo un presente que parecía demasiado real para ser ignorado.

—Mejor nos vamos —dije finalmente, recordando el próximo compromiso, aunque una parte de mí quería quedarse allí para siempre—. Tenemos un almuerzo dentro de dos horas. Si llegas tarde, el jeque se sentirá respetado.

—Que espere —bromeó, pero terminó soltando un suspiro y alejándose lo suficiente para que el aire frío del museo volviera a circular entre nosotros—. Pero tienes razón. Al-Mansouri es el tipo de hombre que considera cinco minutos de retraso un error de carácter. Y no pretendo darle ningún motivo para dudar del mío.

Caminamos hacia la salida, dejando atrás la tecnología y las estrellas artificiales. En el trayecto de vuelta al hotel, el interior del coche parecía un capullo de silencio en medio del tráfico frenético. Leonardo, que pasó toda la mañana siendo simplemente un tipo común, empezó a transformarse ante mis ojos. Vi el momento exacto en que enderezó los hombros, su mirada perdió el brillo de diversión y asumió esa frialdad analítica que yo conocía bien.

—Clara —me llamó, sin desviar los ojos de la ventana—. El almuerzo de hoy... es donde el juego cambia. Si empiezo a sonar demasiado agresivo en la negociación y siento que el jeque está retrocediendo, tú me cortas. Usa ese aire diplomático tuyo que hace que la gente acepte lo imposible sin darse cuenta de que han sido convencidos.

—Siempre lo hago.

—Lo sé, pero hoy necesito que estés aún más atenta.

Asentí, entendiendo que no podía dejar que Leo se entusiasmara demasiado. Aproveché el resto del recorrido para releer los puntos más importantes que serían discutidos por los hombres en el almuerzo. Cuando llegamos a nuestro hotel y el ascensor se detuvo en nuestra planta, la atmósfera entre nosotros ya era otra. La pausa del museo se había quedado guardada en la galería de fotos de mi móvil, y el modo de combate estaba debidamente activado.

Entré en mi *suite* y lo primero que vi fue el arreglo de Zaid. Las orquídeas seguían impecables, pero ahora parecían solo... flores. Ya

no había el encanto de hace horas porque, quiera o no, bastaban unos minutos al lado de Leonardo para que yo fuera nuevamente atraída hacia él.

Capítulo 14 – Jardín de Flores

Leonardo



El *Majlis* del jeque Al-Mansouri no era solo una sala de reuniones, era un campo de pruebas. Culturalmente, es el lugar donde se forjan las alianzas y se decide el destino de miles de millones lejos del ruido de los restaurantes turísticos. Ser invitado al *Majlis* privado de un hombre como nuestro anfitrión era una señal de prestigio que pocos occidentales alcanzaban. El aire allí dentro

estaba cargado con el olor a incienso caro y el peso de decisiones que movían el PIB de países enteros.

Yo estaba sentado en el sofá de terciopelo, manteniendo la espalda recta y la expresión de quien tiene el control total de la situación, pero la verdad era que mi concentración estaba siendo puesta a prueba como nunca. Y la causa de ello estaba sentada a mi lado, pues Maria Clara parecía haber sido esculpida para estar en aquel palacio. El conjunto que había elegido era lo suficientemente sobrio para los estándares árabes, pero el corte moderno realzaba su postura, confiriéndole una autoridad que rivalizaba con la de los consejeros del jeque. La observaba por el rabillo del ojo, notando cómo mi asistente mantenía la barbilla alta y los ojos atentos, sin dejarse intimidar por la opulencia o por el peso del momento.

—Sr. Montenegro, su propuesta es audaz —comentó Al-Mansouri, observándome tras el ritual del café—. Pero la audacia, en Dubái, es algo que encontramos en cada esquina. Lo que yo busco es la sustancia detrás del brillo.

—La sustancia está en los números —respondí, inclinándome levemente hacia adelante—. Y la ejecución está en la estructura que he construido a lo largo de quince años.

Estaba listo para empezar a detallar las proyecciones de ROI y las cláusulas de escala, que eran mi territorio seguro, pero sentí el toque leve de la mano de Clara en mi muñeca. Fue un gesto rápido, casi imperceptible para otros, pero para mí fue una señal clara de que ella había percibido algo que yo, en mi ímpetu por cerrar el negocio, estaba a punto de ignorar.

—Con permiso —intervino Maria Clara, con la voz tranquila y firme, sin un ápice de vacilación—. Lo que el Sr. Montenegro quiere decir es que estamos aquí para garantizar que su visión de expansión hacia Occidente tenga un puerto seguro, gestionado por quien trata cada contrato como una cuestión de honor personal.

La observé mientras hablaba y vi que no me miró en busca de aprobación. Simplemente asumió el mando del *Majlis*, y Al-Mansouri se inclinó hacia atrás, visiblemente impresionado por la audacia de

una mujer que, aun no siendo parte de la plantilla de mi empresa, hablaba con la propiedad de quien conocía cada engranaje de mi imperio.

—La señorita habla con mucha convicción —observó el jeque, con un brillo de curiosidad en la mirada.

—Hablo de lo que veo todos los días —respondió Maria Clara con una sonrisa educada, antes de volver a su silencio discreto.

Recuperé la voz, sintiendo el peso de aquella intervención simple, pero quirúrgica.

—Ella tiene razón —concluí—. Yo invierto en lo que es real. Y lo que construyo, lo protejo con todo lo que tengo. —Hice una pausa, sintiendo el calor del toque de Clara todavía en mi muñeca, recordándome que, aunque ella estuviera allí solo como mi asistente, su presencia era lo que me hacía humano ante hombres que solo veían máquinas de beneficios—. Yo no arriesgo lo que es mío —finalicé, fijando mis ojos en los de ella por un segundo antes de volverme al árabe—. Y la confianza de ella en mi trabajo es mi aval más valioso.

Al-Mansouri permaneció en silencio por algunos segundos, alternando la mirada entre Maria Clara y yo.

—Es raro —dijo finalmente, con una sonrisa que relajó la tensión del ambiente—. Es raro encontrar a un hombre de negocios que no tenga miedo de mostrar que su fuerza viene de aquellos que lo rodean.

El clima más serio pronto dio paso a una conversación más fluida mientras terminábamos el café post-almuerzo. Clara, como siempre, volvió a su papel discreto, pero yo sentía su presencia como un ancla que me impedía flotar en mi propia arrogancia.

Cuando finalmente nos despedimos con las debidas reverencias y caminamos hacia fuera del palacio, el calor de la ciudad nos golpeó con fuerza, pero la sensación de victoria era refrescante.

—Lo logramos, Boss —murmuró ella en cuanto el aislamiento acústico del coche nos separó del resto del mundo, relajando los

hombros y apoyando la cabeza en el respaldo del asiento.

La observé por un momento. El sol se reflejaba en su rostro y ella parecía radiante porque todo había salido bien en el encuentro.

—¿Sabes qué creo? —pregunté, mirando mi reloj y viendo que aún teníamos algunas horas antes de que llegara la noche—. Creo que nos merecemos un tiempo fuera del hotel.

Maria Clara arqueó una ceja, sorprendida por mi sugerencia.

—¿Leonardo Montenegro queriendo turistear un poco más?

—Lo más importante ya está hecho, ¿no? —respondí, encogiéndome de hombros—. Estoy seguro de que hiciste una lista de lugares interesantes para visitar en Dubái.

—¡El jardín de flores gigantes! —Abrió mucho los ojos—. He leído sobre él, debe de ser increíble.

—¿Las de Zaid no fueron suficientes?

Clara soltó una carcajada ante mi burla y me dio un golpecito en el brazo.

—No vas a olvidar eso pronto, ¿verdad?

—Jamás —respondí, recostándome en el asiento con una sonrisa de victoria—. Pero está bien. Vamos a ver algunas flores que no tengan la tarjeta de visita de otro hombre adjunta.

—Llévenos al *Dubai Miracle Garden* —pidió ella al inclinarse hacia adelante y hablar con el conductor—. Espero que no esté muy lejos de aquí.

•

El lugar era una explosión de colores que rozaba lo surrealista. Ver millones de flores brotando en pleno desierto era el tipo de ostentación que solo Dubái lograba sostener, y la reacción de Maria Clara al bajar del coche valió cada minuto del desvío de ruta.

—Leo... esto es increíble —susurró ella, con los ojos recorriendo los arcos en forma de corazón que se extendían por

metros, creando un túnel de pétalos vibrantes que parecían sacados de un sueño.

—Es realmente bonito de cojones —admití, soltando un suspiro y mirando alrededor—. Y mira que ni siquiera me gustan las flores.

Para ser sincero, mi relación con ellas se resumía a encargar arreglos estandarizados para celebrar alianzas comerciales o eventos de lanzamiento de alguna *holding*. Clara caminaba despacio, deteniéndose a observar los detalles de una réplica de avión enteramente hecha de flores. Era una estructura gigantesca y me sorprendí analizando la ingeniería detrás de aquello.

—Mira la escala de esto, Leo —comentó mi asistente, acercándose a una de las alas.

—Es una obra de ingeniería ambiciosa —respondí, deteniéndome a su lado—. Creo que todo aquí en Dubái es impresionante. Confieso que me estoy viendo sorprendido todo el tiempo.

—Entonces... —Clara murmuró, deteniéndose ante un pasillo de paraguas coloridos que daban sombra al camino—. Creo que deberías hacer esto más a menudo.

—¿Qué? ¿Visitar jardines botánicos?

—Parar. —Se giró hacia mí con la expresión relajada, pero los ojos fijos en los míos—. Sé que el trabajo es importante, pero hace bien relajarse de vez en cuando. O sea, si tienes que viajar por negocios, ¿qué te cuesta tomarte unos días más para disfrutar del destino, entiendes?

—No siempre el viaje es interesante.

—Lo sé, solo se vuelve genial cuando yo estoy —dijo la pícara, esbozando una sonrisa y guiñándome un ojo—. Significa que tienes que incluirme más veces.

—Ah, ¿entonces el secreto es tu compañía? —Arqué una ceja, sintiendo que aquella sonrisa desarmaba mis defensas—. Te lo tienes muy creído, ¿sabías?

—No me lo tengo creído, soy eficiente —Maria Clara retrucó, volviendo a caminar y obligándome a seguirla por entre los senderos perfumados—. Y parte de mi eficiencia es garantizar que mi jefe no tenga un colapso nervioso antes de los cuarenta porque olvidó que el mundo sigue girando fuera de una sala de reuniones.

Seguimos hacia un área más apartada, donde el jardín se volvía menos estructurado y más denso. El sol de Dubái estaba en esa fase final donde todo lo que es dorado brilla el doble y las sombras se vuelven largas y suaves.

—Tienes razón en una cosa —declaré, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. El viaje es diferente cuando estás tú.

—¿Y eso es malo? —La chica se detuvo ante una escultura de una pareja de cisnes gigantes, cuyas plumas estaban hechas de orquídeas blancas y rosas—. Mira esto, Leo. Miles de personas trabajaron aquí para crear algo que no tiene otra función más que... ser bonito. Es simplemente... arte.

Me quedé parado a su lado, observando los cisnes, pero mi mirada inevitablemente siguió el perfil de Clara. El sol golpeaba sus ojos, revelando matices de color que nunca había notado en São Paulo.

—En mi mundo, las cosas bonitas suelen ser un desperdicio de recursos —murmuré—. Pero aquí, con lo que estás diciendo... empiezo a entender por qué alguien gastaría millones para irrigar este lugar.

Maria Clara me analizó durante demasiado tiempo, con su habilidad para leer entre líneas lo que yo decía, lo cual era al mismo tiempo fascinante e irritante.

—Eres un hombre difícil, Leonardo Montenegro —dijo con la voz más baja—. Valoras el control y sabes que, de todas las cosas que posees, yo soy la única que no logras controlar totalmente. Por eso me quieres cerca, porque soy tu desafío constante.

Debería haber retrocedido. Debería haber hecho una broma sobre su ego o mencionado que teníamos que volver al hotel, pero me quedé momentáneamente hipnotizado por el olor de las flores,

por la luz anaranjada y por la audacia de aquella mujer que me enfrentaba sin miedo.

—Te crees muy importante, MC —provoqué, sintiendo que me picaba la mano por tocar su rostro.

—No lo creo, estoy segura. —La chica sonrió de una forma tierna y juguetona—. Y ahora, basta de hablar de esto. Sácame una foto en aquel castillo de allí porque quiero enviársela a mi madre y demostrarle que mi jefe no me hace trabajar a tiempo completo en los viajes.

Me resigné a mi papel de fotógrafo, pero cada clic era un registro que sabía que se quedaría grabado en mi mente mucho más que en la memoria del móvil. Pasamos una hora más explorando los rincones del *Miracle Garden* y Clara me hizo entrar en una casa hecha de girasoles, además de convencerme de tomar un helado de pistacho de un carrito callejero que parecía sacado de un parque de atracciones.

Por un momento, olvidé quién era. No estaba en Dubái para agregar millones de dólares a mi patrimonio; era solo un hombre acompañando a una mujer increíble en un lugar que desafiaba la realidad.

—¡Leo, mira las mariposas!

Maria Clara señaló el domo de al lado, pero el jardín principal ya estaba empezando a encender sus luces nocturnas. Pequeños puntos de LED empezaron a brillar entre las flores, transformándolo todo en una constelación terrestre.

—Tenemos que irnos —dije finalmente, aunque una parte de mi quería que el conductor se perdiera y nos dejara allí por unas horas más—. Puede que el jeque haya firmado el protocolo, pero todavía necesito revisar los términos finales antes de celebrar el acuerdo.

—El trabajo nunca termina, ¿verdad? —Clara suspiró, pero no parecía molesta.

—No, pero prometo que todavía te vas a divertir bastante antes de que volvamos a Brasil.

Estiré mi mano y tomé la suya, levantándola para hacer que la chica girara rápidamente antes de empezar a caminar hacia la salida.

Capítulo 15 – El Espejismo en el Desierto

Maria Clara



Intentaba concentrarme mirando por la ventana, observando cómo los edificios de Dubái se iluminaban, pero mi mente estaba atrapada en el calor de la mano de Leonardo, que aunque estaba distante de la mía en ese momento, todavía parecía sostenerme.

Cuando llegamos al hotel, en lugar de esperar a que el empleado hiciera su trabajo, él mismo abrió mi puerta como un perfecto caballero en aquel escenario de película.

—Ve a cambiarte —murmuró cuando nos detuvimos ante los ascensores—. Saldremos en dos horas.

—¿A dónde? —pregunté, sorprendida por el cambio de planes.

—A cualquier lugar donde no necesite pensar en el trabajo y tú no tengas que llevar un *tablet* —respondió él con un brillo desafiante en los ojos—. ¿Qué te parece?

—No hace falta ni que me convenzas, estaré lista en media hora si es necesario —avisé, saliendo del ascensor y apresurando mis pasos por el pasillo.

Entré en mi *suite* y cerré la puerta, apoyando la espalda en la madera y soltando el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. Corrí al baño, dejando que el agua caliente relajara mis músculos, mientras mi mente trabajaba a mil por hora. ¿Qué estaba pasando? Leonardo no era el tipo de persona que hacía las cosas por impulso. Le gustaban los cronogramas, la planificación y la antelación. Pero de cualquier forma, no iba a perder mi tiempo juzgándolo ni intentando entender por qué actuaba diferente. Tal vez fuera el clima de los Emiratos lo que lo había dejado así.

Salí de la ducha y me paré ante el guardarropa pensando en qué me pondría. Necesitaba algo que dijera que yo no era su asistente esa noche; por lo tanto, elegí un vestido de crepe azul marino que solo había usado una vez en la vida y que costó una fortuna. Era bastante corto, tenía tirantes finos y un corte que abrazaba mis curvas sin ser demasiado obvio. Me maquillé destacando mucho los ojos con delineador, porque había notado que en Dubái esa era la región del rostro que más atención ganaba en el *make-up*, y exactamente dos horas después, el timbre de la habitación sonó.

—¡Joder! —Leonardo me miró de arriba abajo, todo un bombón vestido íntegramente de negro. Parecía que iba a decir algo más, pero cerró la boca mientras su mirada recorría mi rostro y se detenía en mis labios.

—Aceptaré eso como un cumplido —comenté.

Él solo asintió.

—¿Podemos irnos? —preguntó, extendiéndome su brazo.

Lo acepté y me aferré a él deprisa, sintiendo el músculo firme bajo la tela de la camisa negra. Nuestro contacto físico, que antes era estrictamente funcional, ahora parecía cargar una tensión peligrosa en aquel ambiente tan mágico. Caminamos por el pasillo en un silencio incómodo porque parecía que ninguno de los dos sabía qué decir. Podía sentir la mirada de Leo quemando mi perfil y quería arrancar algunas palabras de su boca, pero me contuve.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, el espacio súbitamente pareció demasiado pequeño. El espejo reflejaba a un hombre y una mujer que quedarían preciosos como pareja, pero que no eran nada más que jefe y empleada —y necesitaba recordarlo constantemente—. Cada vez que los números digitales cambiaban en el panel, mi presión parecía aumentar. Leonardo no me tocaba, pero sentía el calor que emanaba de él con un magnetismo que volvía el aire pesado. Me mantuve firme, sujetando la correa de mi bolso con fuerza, luchando contra el impulso de mirar al espejo y comprobar si él estaba tan afectado como yo.

El coche nos esperaba en la puerta del hotel, pero no era el Rolls-Royce formal de siempre, sino un Lamborghini negro, mate, cuya puerta se abrió hacia arriba de forma muy futurista cuando nos acercamos.

—No vamos con chófer —dijo Leonardo cuando comprendí que el automóvil no poseía asientos traseros—. Conduciré yo.

Asentí, un poco perpleja, pero me senté en el asiento del pasajero y dejé que el perfume dentro del coche me envolviera. Mientras admiraba todo a mi alrededor, me di cuenta de que no era la única encantada, pues mi jefe tomó el volante con sus manos grandes deslizándose suavemente por el cuero como si acariciara a alguien que acababa de conocer. Cuando terminé de ponerme el cinturón de seguridad, Leo me lanzó una sonrisilla y pisó el acelerador con fuerza, haciendo que mi espalda se pegara al asiento conforme el motor potente respondía a la orden.

—No quiero vomitar con el estómago vacío —avisé, apretando su muslo por puro reflejo—. ¡Ni quiero volver a Brasil dentro de un ataúd!

Oí su risa a medida que desaceleraba y pasaba a conducir como una persona normal.

—Puedes tranquilizarte, que vamos a llegar muy vivos a nuestro destino —comentó Leo, ahogando una risita y dándome un golpecito en la mano.

Fue solo entonces cuando me di cuenta de que ella todavía estaba apoyada en su pierna y acabé retirándola deprisa.

—¿Ya puedo saber a dónde me llevas? —pregunté para mantenerme ocupada.

—Hice algunas investigaciones y reservé una mesa en el *Aura Skypool* —respondió él, sin desviar los ojos de la carretera—. Por lo que vi en las fotos, la vista es simplemente espectacular.

No conocía el lugar, así que decidí buscar el perfil en Instagram y me emocioné al ver algunos registros. Leonardo no había escatimado esfuerzos para disfrutar de aquella noche y me sentí afortunada por tener la oportunidad de vivir cada día de aquel viaje sorprendente.

—¡Guau! —solté, con el móvil todavía pegado al rostro, pasando las fotos del *feed*.— ¡Este lugar está en el piso cincuenta y tiene una piscina de borde infinito que rodea todo el edificio!

—Cierto, leí algo sobre que son trescientos sesenta grados. Pensé que te gustaría la altura —respondió él, manteniendo ese tono de quien sabe que ha acertado de lleno, pero finge que fue solo un detalle básico.

—¿Gustarme? Lo que tengo es miedo de que el viento me lleve volando de allá arriba con este vestido que me costó un riñón y un trozo de hígado —bromeé, ajustando el tirante finito—. Si me caigo, tienes prohibido contratar a otra asistente antes de mi entierro, ¿entendido?

Él soltó una carcajada de esas que raramente escuchaba cuando estaba atiborrado de trabajo.

—Descuida, MC. —Chasqueó la lengua.— Si sales volando, salto detrás para garantizar que la agenda de mañana siga en orden. Prioridades, ¿sabes?

—¡Ridículo! —Le di un golpe leve en el hombro, riendo con él.— Eres el peor jefe del mundo, ¿lo sabías? Cero empatía con mi integridad física, solo piensas en tu propio beneficio.

—Eso es mentira —retrucó el bombón.— Y convenzamos de que estás demasiado buena como para salir volando por ahí. La pérdida sería grande.

Sentí que mi rostro se calentaba al instante. El cumplido vino así, suelto, sin aviso previo, muy diferente al modo rígido que solía tener.

—Vaya, Leonardo Montenegro ha aprendido a hacer cumplidos —provoqué, intentando disimular que mi corazón acababa de dar un salto triple mortal.— Dubái está haciendo milagros.

—No abuses, porque sigo siendo tu jefe —rebatió, pero la sonrisilla de lado delataba que le estaba encantando todo el juego.— Y a ver si guardas ese móvil, porque hemos llegado.

Leo detuvo el coche en la entrada imponente de *The Palm Tower* y el *valet* apareció deprisa. Cuando el empresario dio la vuelta y me abrió la puerta, me extendió la mano como si fuéramos una pareja saliendo a una cita de verdad, y no solo el patrón y la asistente celebrando un contrato.

—¿Lista para ver el mundo desde arriba o vas a tener miedo a las alturas? —preguntó cerca de mi oído mientras caminábamos hacia el ascensor.

—¡Obvio que sí!

Cuando las puertas se abrieron en el *lounge*, me quedé sin aliento. Estábamos a unos doscientos metros de altura y la vista era surrealista. La *Palm Jumeirah* se extendía bajo nosotros, dibujada por luces doradas y azules, rodeada por el oscuro infinito del Golfo

Pérsico. El viento soplaba muy fuerte, balanceando los tirantes de mi vestido y, aun así, no refrescaba lo suficiente en aquel verano del desierto. El cielo estaba teñido de un azul marino profundo, pero la ciudad allá abajo brillaba tanto que parecía que alguien hubiera volcado un cubo de *glitter* sobre ella. Dubái era simplemente... apasionante.

—¡Dios mío, Leo! Mira el tamaño de aquella noria allá al fondo —señalé, acercándome a un lado del guardacuerpo de vidrio con una mezcla de fascinación y pánico.— Esto es seguro de verdad, ¿no?

—Deja de ser dramática, MC —Él se rio, parándose justo detrás de mí, lo suficientemente cerca para que sintiera el calor de su cuerpo bloqueando el viento en mi espalda.— Puedes incluso apoyarte.

—Apenas puedo respirar de miedo, imagina apoyarme aquí. Nunca he estado en un lugar tan alto. —Me giré hacia él, riendo de mi propio desespero.— Y tú ahí, todo sereno, ni un pelo fuera de su sitio. ¿Cómo logras ser tan... robótico?

—¿Robótico? —Leonardo arqueó una ceja, esa sonrisilla de lado que me daba un vuelco en el estómago apareciendo de nuevo. — Solo intento entender cómo logras ser tan ruidosa incluso cuando estás maravillada con algo.

—Es mi encanto, Boss. Me pagas para ser eficiente, no para estar en silencio.

Di un paso a un lado y miré alrededor con más atención. El lugar estaba a tope. Había de todo: desde modelos delgadísimas posando para fotos, hasta grupos de ricachones que probablemente discutían el precio del petróleo entre trago y trago. Pero, extrañamente, Leonardo no parecía ni un poco interesado en el resto de la fauna local. Estaba enfocado en mí, de una manera que me dejaba más mareada que la propia altura del edificio.

Nos sentamos en una mesa cerca de la piscina y una empleada trajo un cubo de hielo con copas y *champagne*. Mi jefe agradeció

con un inglés perfecto que me dejaba encantada y me miró mientras brindábamos.

—Por el contrato firmado y por nuestro momento de ocio —murmuró con una sonrisa.

—Un brindis por tu paciencia, que sé que es corta, y por mi competencia, que es gigante. —Choqué mi copa con la suya y el sonido del cristal hizo eco entre nosotros.— Gracias por traerme a este viaje, Boss.

—Fuiste tú la que insistió en que tratara el acuerdo personalmente, ¿no? —comentó y se encogió de hombros.— No tenía forma de no traerte. Y me gusta tu compañía, por más que me des dolores de cabeza con esa cabezonería tuya.

—Me quieres, admítelo ya —bromeé, intentando disimular que estaba derretida.— Puedes decirlo, no se lo contaré a nadie.

—Claro que te quiero.

La frase no tenía el significado que yo deseaba, pero tenía que conformarme con eso. El camarero trajo una ración de aperitivos que parecían pequeñas obras de arte, pero yo estaba más interesada en observar a las personas presentes y descubrir si había algún hombre más guapo que el que me acompañaba. Ese rápido análisis me hizo notar a una o dos mujeres atentas a nuestra mesa y con los ojos puestos en Leonardo.

—¡Joder! ¡Qué cosa más rica! —Casi me mete un bocado a la fuerza en la boca y necesité sujetar su mano.— ¡Prueba esto!

Mordí un trozo pequeño y mastiqué despacio mientras el empresario me miraba con expectación.

—Está bueno.

—¿En serio? —Él sacudió la cabeza.— Bueno es comerse un bocadillo en la Paulista, esto es otro nivel.

—Es que prácticamente me has metido la comida en la boca —retruqué, usando el dedo para limpiar la comisura de los labios.— Ni me diste tiempo a procesar qué estaba pasando.

—Exagerada. —El hijo de madre se encogió de hombros y miró hacia los lados.— Apuesto a que encuentro a alguien aquí que quiera que le meta cosas en la boca...

—¡Qué comentario más ridículo, Leonardo! —Bufé, sintiendo que mi rostro se calentaba mientras le daba un golpe en el brazo.— No tienes filtro, ¿verdad? Pareces un adolescente con las hormonas dando volteretas.

—Soy un hombre de negocios, Clara. El tiempo es dinero y no me gusta desperdiciar ninguno de los dos —retrucó, lanzándome una mirada de sobrado que me daba un odio mortal.— Y mira, parece que mi club de fans de aquella mesa está de acuerdo conmigo. La rubia del vestido dorado tiene mucho interés.

Miré de reojo y, desafortunadamente, tenía razón. La mujer parecía un animal carnívoro mirando un filete jugoso, pero volví mi atención a Leonardo, intentando concentrarme en servirme un poco más de *champagne*.

—Si ella supiera las idioteces que dices, huiría lo más rápido posible.

—No necesita saber lo que digo, solo lo que puedo proporcionar —provocó el infeliz, inclinándose hacia mí y dejando que su perfume invadiera todo mi espacio personal.— Pero, ¿y tú, MC? ¿Encontraste a alguien más interesante que yo o la competencia está floja?

—La competencia está estupenda, pero tengo un estándar de exigencia muy alto para quien está a doscientos metros del suelo —respondí, intentando sonar desinteresada mientras mi corazón latía con fuerza.— Además, voy a querer un aumento si tengo que aguantar ese ego tuyo tan inflado toda la noche.

—¿Un aumento? —Soltó una risa corta y el sonido vibró cerca de mi oreja.— ¡Eres la empleada más cara y atrevida que tengo en nómina!

—Soy una inversión de alto riesgo, Boss. Tú mismo te pasas el día diciéndolo por ahí. —Le guiñé un ojo, sintiendo que el alcohol empezaba a darme valor.

Leonardo Montenegro estaba sonriendo de oreja a oreja. Tal vez solo estaba muy feliz y relajado, y no podía juzgarlo; al fin y al cabo, aquel viaje estaba siendo increíble. De cualquier manera, no quería que estuviéramos lanzándonos pullas toda la noche. El *rooftop* era maravilloso y me había arreglado para disfrutar cada minuto; por eso, me levanté, me arreglé el cabello y avisé que iba a buscar el baño para retocar mi labial.

—A ver si no te pierdes por el camino —bromeó mi jefe.— El lugar es grande y tu sentido de la orientación no es de los mejores.

—Sé apañármelas muy bien sola. —Le saqué la lengua, en un gesto nada profesional, y salí desfilando con mi vestido azul, sintiendo su mirada quemándome la espalda.

Pasé por grupos de árabes perfumados, por mujeres que parecían haber salido de un catálogo de moda y turistas que probablemente gastaron el PIB de un país pequeño para estar allí. Tras usar el baño y verificar que mi delineador seguía intacto, salí sintiéndome nuevamente poderosa. Fue cuando, al doblar el pasillo que daba a la terraza principal, un hombre alto, con una barba perfectamente recortada y un traje que gritaba lo rico que era, apareció justo frente a mí y me obligó a detenerme.

—Con permiso, señorita —murmuró en inglés con un acento que parecía australiano.— No he podido evitar fijarme en usted desde que llegó. Es latina, ¿verdad?

—¿Cómo lo adivinó? —pregunté, cruzando mis brazos e intentando no parecer muy impresionada con su belleza.

—Son las más guapas, siempre —el hombre susurró al inclinarse hacia mí con una sonrisa galanteadora.— Perdone si estoy siendo inconveniente, pero es usted bellísima.

Él también lo era, pero no iba a hacerle ese cumplido para que se lo creyera. Simplemente puse una sonrisa y asentí, educada, extendiendo mi mano para aceptar su saludo.

—Soy Nathan.

—Maria Clara —respondí.

—¿Soltera? —preguntó, ladeando la cabeza.— Vi que llegó acompañada...

—De mi jefe. —Sus ojos azules se iluminaron.— No estoy comprometida.

—¿De verdad? Él no debería correr ese riesgo —comentó Nathan mientras me miraba de una forma que decía que quería devorarme.— Porque si yo fuera su jefe, lo último que haría sería dejarla sola ni unos segundos. Este lugar es peligroso para mujeres como usted.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué sería? —Arqué una ceja, entrando en su juego.

—Porque Dubái está llena de coleccionistas de arte, y usted es claramente una obra que no debería estar sin vigilancia —declaró con un descaro que me hizo reír.— ¿Qué le parece si salimos de aquí y disfrutamos de la noche de otra forma?

Abrí y cerré la boca, pensativa. Claramente me estaba proponiendo sexo y Laura diría que estaba loca por no aceptar, pues el hombre era un bombón de casi dos metros. Sin embargo, mi corazón blando pensó en Leonardo esperándome en la mesa. No podía simplemente dejar a mi jefe solo después de que se esforzara tanto por traerme a un lugar tan increíble.

—Mira, Nathan, la invitación es tentadora, pero voy a tener que rechazarla —respondí, sonriendo.

—Es una pena, pero está bien. —El hombre tomó mi mano y la besó.— Disfruta la noche, Maria Clara.

Agradecí, encontrando tierno el modo en que mi nombre sonaba en su voz, y volví por el camino interno hasta llegar a la mesa. Leo dejó el móvil y me miró fijamente, recorriendo mi cuerpo con los ojos antes de estirar la mano y ajustar el colgante de mi collar. El gesto me hizo estremecer porque fue muy inesperado, pero carraspeé y volví a la realidad.

—¿Encontraste a alguna mujer interesante mientras estuve fuera?

—¿Por qué haría eso? —preguntó él, pareciendo distraído mientras alisaba la etiqueta del *champagne*.

—Bueno... —empecé, pero me detuve.— ¿No estabas presumiendo de tu club de fans? Pensé que invertirías en eso.

Leo se preparó para responder, pero fue interrumpido por la llegada de un camarero que puso una copa bonita sobre la mesa y me sonrió.

—Yo no pedí nada —avisé, queriendo ya devolver la copa.

—Es una cortesía de aquel caballero de camisa verde —informó el hombre, señalando hacia donde estaba Nathan, que guiñó un ojo y levantó su propia copa.

—¿Ah, sí? ¡Gracias!

El camarero se retiró y yo miré la bebida roja translúcida con una aceituna dentro, pensando si debería beberla. Sería un desaire rechazar el cóctel mientras el australiano me observaba, así que decidí que no costaba nada probar un poquito. Antes de que lograra sujetar la copa, Leonardo la tomó con su propia mano y se bebió el líquido de un solo trago. Me miró al devolver la copa a la mesa y chasqueó la lengua.

—Un poco demasiado dulce para mi paladar —se burló sin importarle mi *shock*.

—¿Te has vuelto loco? —No tuve valor de mirar hacia Nathan. — ¿Por qué hiciste eso?

—¿Y si el cóctel estuviera adulterado? —cuestionó mi jefe, encogiéndose de hombros.— No puedo dejar que aceptes bebidas de extraños.

—En este momento, necesito controlarme mucho para no pegarte, Boss.

—¿Acabo de salvarte de una posible resaca por mezclar bebidas y me lo agradeces con violencia? —Se llevó la mano al pecho.— ¡Qué ingratitud!

—¡No me has salvado de nada, Leonardo! —Me acerqué mucho a él, sin romper el contacto visual.— Nathan es un caballero,

¿sabías?

—¿Nathan? —El hijo de madre se inclinó hasta que su rostro quedó a pocos centímetros del mío.— ¿Así que ya os habéis conocido? En mi diccionario, eso no es caballerosidad, es estrategia de caza.

—¿Y si quiero ser cazada?

Mi jefe parpadeó unas cuantas veces y parece que su cerebro no pudo procesar una respuesta, pues solo se enderezó en la silla y cruzó los brazos.

—Si el cóctel estuviera adulterado, estarías desmayándote ahora y tendría que cargarte hasta el coche yo sola —comenté.— ¿Has pensado en el bochorno?

—Tengo un metabolismo excelente, MC. Aguanto mucho más que una bebidita dulce —desdeñó él.— Y si me desmayara, bastaría con hacerme el boca a boca.

—Te dejaría en medio de la calle para que los de seguridad te tiraran a la basura, eso sí —murmuré, cruzando mis brazos y volviendo el rostro hacia la vista, intentando ignorar el hecho de que mi corazón todavía estaba latiendo en la garganta.

Nos quedamos en silencio por algunos minutos. El viento de Dubái seguía soplando y yo estaba furiosa, pero al mismo tiempo, una parte traidora de mí encontró toda la escena un absurdo deliciosamente excitante.

Capítulo 16 – Sin Retorno

Maria Clara



El reloj del salpicadero del Lamborghini marcaba casi la una de la mañana cuando el coche se detuvo ante la entrada del hotel. No sabía si era la altitud del *rooftop*, el exceso de *champagne* o las indirectas lanzadas toda la noche, pero mi cabeza daba mil vueltas desde que decidimos marcharnos.

Hice todo el trayecto con la ventanilla bajada, sintiendo el viento de Dubái despeinar mi cabello y el sonido del motor siendo lo

único que impedía que nos lanzáramos pullas allí dentro.

—¿De qué te ríes? —preguntó Leo, saliendo del coche y lanzando la llave al aparcacoches con esa displicencia de rico a la que ya debería estar acostumbrada, pero que aún me hacía poner los ojos en blanco.

—¡De ti! —respondí, sintiendo que el suelo temblaba levemente cuando mis tacones lo tocaron—. Tienes cara de que te vas a desmayar en cuanto entres en la habitación.

—Dijo la princesita que casi vomita dentro del coche —se mofó él.

—¡Qué exagerado, Leonardo! Solo dije que el motor era demasiado potente para mi estómago de princesa —retruqué, intentando caminar en línea recta hasta la imponente entrada del hotel—. Y si me ponía mal, la pérdida sería tuya. ¿Te imaginas el precio de la limpieza de ese asiento?

—Te lo cobraría a ti, lógicamente. Con intereses y ajustes —el hijo de madre retrucó, pero su voz se suavizo cuando notó que di un leve bandazo hacia la izquierda, perdiendo la batalla contra la gravedad y el exceso de *champagne*—. Ven aquí, antes de que beses el suelo del hotel.

Leo me sujetó por el codo, pero pronto deslizó la mano hacia mi cintura, pegándome a su cuerpo. Su calor era como un imán y no hice el menor esfuerzo por alejarme.

—Estás muy caballeroso hoy, Montenegro. ¿Qué pasó con el jefe insoportable que se queja hasta del ruido de mi tecleo? —provoqué, dejando que mi cabeza cayera levemente hacia su hombro mientras cruzábamos las puertas automáticas—. ¡Y estoy estupenda! —mentí, aunque acabé apoyándome en él mientras atravesábamos el vestíbulo monumental—. Es este mármol, que es demasiado liso. ¿Quién fue el arquitecto que tuvo esta idea? ¡Deberían demandarlo!

—El arquitecto es un genio, eres tú la que tiene el juicio alterado —murmuró Leo, pero no soltó mi brazo; al contrario, me pegó más a él y pude sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

Entramos en el ascensor y, por suerte, estaba vacío. Me apoyé en el espejo frío, sintiendo el leve balanceo de la subida mientras miraba a mi jefe. Él miraba fijamente los números digitales cambiando con una concentración digna de un cirujano en acción, pero yo conocía esa mirada: era el modo de control de daños activado. La iluminación indirecta del cubículo resaltaba la línea dura de su mandíbula y los labios que, aun en silencio, parecían listos para dictar una orden.

—Leo... —llamé, sintiendo mi voz salir arrastrada, típica de quien ya se ha pasado de la cuenta.

—Dime —respondió él, sin desviar los ojos del panel.

—¿Te bebiste el cóctel de Nathan porque tenías miedo de que me emborrachara o porque tenías miedo de que me fuera con él?

El empresario más guapo e irritante del mundo finalmente desvió los ojos del panel y me miró. La relajación que orbitaba entre nosotros cuando aún estábamos fuera del hotel se evaporó y lo que quedó fue una mirada más intensa de lo que esperaba.

—Me lo bebí porque quise —respondió, encogiéndose de hombros con una arrogancia que me dio ganas de patearlo o besarlo —. Y porque no me gusta compartir lo que he conquistado.

—¿Qué? —Solté una risa sarcástica, aunque mis piernas se hubieran quedado de gelatina—. No soy un territorio, Leonardo. Soy tu empleada, ¿recuerdas? Contrato, vacaciones, pagas extra...

Dio un paso al frente, invadiendo mi espacio personal hasta que el olor al whisky y el calor de su cuerpo me acorralaron contra el espejo. Acto seguido, apoyó una de sus manos al lado de mi cabeza y mantuvo los ojos fijos en los míos, sin parpadear.

—Eres mucho más que eso y lo sabes de sobra —murmuró con la voz vibrando de una forma que me hizo contener la respiración—. Y si ese idiota se acercaba cinco centímetros más a ti, lo siguiente que estaría sosteniendo no sería un cóctel, sino hielo para su nariz rota.

Yo no sabía nada, pero no iba a discutir con él porque mi cerebro no funcionaba perfectamente. Mi mente, nublada por el alcohol, intentaba procesar si aquella posesividad era absurda o terriblemente excitante. Por eso, preferí cerrar la boca y callarme, contando los segundos para llegar a nuestra planta y lanzarme dentro de la bañera.

Cuando el ascensor nos dejó en nuestro destino, salí primero y mantuve la postura mientras me equilibraba sobre los tacones, sintiendo que un leve mareo me dominaba y arrepentida por haber bebido tanto *champagne*. Al detenerme ante la puerta de mi habitación, tuve la genial idea de girarme para despedirme de Leonardo y desearle dulces sueños, pero mi jefe estaba tan cerca de mí que su cuerpo chocó contra el mío por mi parada súbita.

Sentí el impacto fuerte y el mundo giró por un segundo. Necesité agarrar la tela de su camisa para no derrumbarme, y las manos de Leo fueron rápidas, sujetando mi espalda con una firmeza que me pegó aún más a él, y el calor que emanaba de él atravesó mi vestido como si nada.

—¿Por qué apareces de la nada? —reclamé.

—Estaba justo detrás de ti, loca. Fuiste tú la que se detuvo como si hubiera visto un fantasma —murmuró, y la vibración de su voz en mi pecho me dejó aún más aturdida.

—¡Exactamente por eso! ¿No conoces el concepto de espacio personal?

Leo entornó los ojos antes de sonreír y sacudir la cabeza. Entonces, me soltó despacio, pero mis dedos continuaron enredados en la tela suave que vestía el hombre.

—Buenas noches, Boss.

Tomé la iniciativa de besar su mejilla ya que estábamos tan cerca, pero a Leonardo no le gustaba jugar sobre seguro. En el preciso momento en que mis labios tocaron su piel, él giró el rostro.

Los labios con los que siempre soñaba cubrieron los míos antes de que pudiera retirar el rostro. El beso fue rápido, pero devastador.

Su lengua hizo una breve y osada aparición, explorando el contorno de mi boca con una urgencia que me hizo soltar un suspiro corto y en *shock*. Me quedé paralizada mientras mi cerebro intentaba procesar el sabor al whisky y el toque eléctrico, sin lograr reaccionar a tiempo.

Cuando me soltó y necesité apoyarme en la puerta, carraspeó y se llevó una mano a la nuca, desviando la mirada por un segundo —un gesto de vacilación que nunca imaginé ver en el gran Leonardo Montenegro—. Parecía súbitamente humano, y eso era mucho más peligroso que el CEO arrogante.

—Si despiertas con resaca, avísame —dijo el loco, recuperando la voz, aunque todavía sonaba un poco más ronca de lo normal—. No tenemos prisa. No hace falta bajar muy temprano para el desayuno.

—Hm. Ajá.

LEONARDO MONTENEGRO ME HABÍA BESADO.

La frase resonaba en mi mente como un grito en el desierto. ¿Había creado el alcohol finalmente una realidad paralela? Parpadeé varias veces, pero la imagen de él alejándose era demasiado real. Como si nada hubiera pasado, Leo simplemente giró sobre sus talones y empezó a caminar hacia su propia *suite*, con las manos en los bolsillos y el paso decidido de quien acaba de cerrar un contrato de millones. Yo, por otro lado, seguía allí, estática, sintiendo aún el sabor al whisky y menta de su aliento y mi corazón intentando saltar fuera del pecho.

—¡Oye! —grité, antes de que mi cerebro pudiera filtrar mi audacia.

El idiota se detuvo y miró por encima del hombro, arqueando una ceja que me hacía querer insultarlo o volver a besarlo.

—No me digas que perdiste la tarjeta de la puerta...

—¡Me has besado! —dije lo obvio, sintiendo que mi rostro se calentaba—. ¿Y ahora te vas sin decir nada? ¿Qué clase de psicópata hace eso?

Dio media vuelta, caminando sin ninguna prisa hacia mí hasta detenerse a centímetros. El pasillo del hotel estaba silencioso, pero se oían los latidos de mi corazón haciendo un solo de batería.

—No soy un psicópata, solo soy práctico —murmuró Leo bajito de una manera que parecía hacerme una caricia prohibida—. Si me quedo aquí un segundo más... —Tensó la mandíbula, deslizando los ojos hacia mi escote antes de mirar sus propios pies—. En fin, estás borracha. Y yo también.

—¡No estoy borracha! —retruqué, cruzando mis brazos e intentando mantener la dignidad, lo cual era difícil ya que el pasillo se empeñaba en girar a mi alrededor—. ¡Usaste la lengua, Montenegro! La sentí.

Él soltó una risa corta, pero su mirada bajó hasta mis labios y se quedó allí por un tiempo demasiado peligroso.

—La usé, sí. Y si no estuviera viendo a dos como tú ahora, habría usado otras cosas —admitió el hijo de madre, y aquella honestidad cruda y desnuda me dio un golpe de realidad—. Entra en la habitación, Clara. Date una ducha fría e intenta no odiarme cuando despiertes.

—No te voy a odiar —confesé como la buena idiota que era—. Solo... quería entender qué mierda de juego es este. En un momento eres mi jefe pesado, al otro te bebes todo mi cóctel por celos y ¿luego me besas en la puerta de la habitación?

Leo suspiró, pasándose la mano por el pelo y alborotando los mechones perfectos, dejándolo aún más atractivo.

—No es un juego, es que... este vestido tuyo debería estar prohibido por ley. —Tragué saliva cuando dio un paso al frente y sujetó mi barbilla con su mano grande y cálida—. Mi cabeza está dando vueltas. Mañana hablamos como personas sobrias y normales. Si es que aún queda algo de normal entre nosotros.

Dejándome aún más sin palabras, simplemente me dio un "piquito" prolongado para cerrar la conversación, como una promesa que me dejó erizada desde la nuca hasta el dedo gordo del pie. Sus labios presionaron los míos con una decisión que decía que no

estaba bromeando, y cuando se alejó, el chasquido húmedo del contacto roto hizo eco en el pasillo vacío, sellando mi destino.

Sin mirar atrás, entró en la habitación de al lado y cerró la puerta, dejándome sola, con la tarjeta magnética entre mis dedos temblorosos y mis pulmones luchando por encontrar oxígeno.

Entré en mi *suite*, lancé mis sandalias hacia cualquier lado y me tiré en la cama inmensa sin siquiera encender la luz. El techo parecía girar, pero lo único en lo que podía pensar era en el peso de la mano de Leo en mi espalda y en el sabor del maldito beso.

Cada vez que cerraba los ojos, la sensación volvía con toda su fuerza: el peso de la mano de Leo en mi espalda, el calor de su pecho contra el mío y el sabor adictivo del maldito beso. Mi boca aún hormigueaba y su perfume masculino parecía haberse pegado a mi piel, infiltrándose en mis sábanas y en mis pensamientos.

Había pasado años intentando mantener la distancia, construyendo una barrera de formalidad. Pero, en una sola noche, Leonardo Montenegro había pasado por encima de todas mis defensas con la misma facilidad con que cerraba un negocio millonario.

Capítulo 17 – El Predador en Jaque

Leonardo



Desperté antes del despertador, lo cual no era novedad, pero por primera vez en años, lo primero que vino a mi mente no fue la cotización del dólar o mis compromisos del día. Fue el sabor horrible de la resaca y el recuerdo de haber besado a Maria Clara.

— ¡Puta madre! —rezongué solo, mirando el techo de la *suite*.

Me pasé las manos por el rostro, intentando organizar el desorden que aquella mujer había hecho en mi cabeza en menos de

veinticuatro horas. Yo era un hombre que vivía de la previsibilidad, el planeamiento y el control. Y mi asistente siempre tenía un sarcasmo listo en la punta de la lengua y una capacidad irritante para hacerme perder los estribos.

Pasé unos buenos minutos allí, estático, dejando que el aire acondicionado congelara mis pensamientos mientras las imágenes de la noche pasada volvían como flashes de un accidente de coche en cámara lenta. Podía sentir el fantasma de su toque en mi camisa, aunque hubiera sido muy rápido.

Lo que hice... no estaba en el cronograma. Besar a Maria Clara era como pegarme un tiro en mi propio pie y aún así pensar que lograría correr una maratón. Sabía los riesgos. Sabía que mezclar lo profesional con una atracción pasajera era pedir dolor de cabeza, pero cada vez más me irritaba cuando la veía coqueteando con alguien.

¿Cuántas mierdas había hecho, al fin y al cabo? Me bebí su cóctel, la besé en la puerta de la habitación y, peor: dejé a Clara sola y me despedí deprisa, porque sabía que si daba un paso más, la tragedia podría ser aún mayor.

—¿Por qué no te controlaste, Leonardo? —murmuré al vacío, sintiendo una punzada en la sien izquierda que no era solo por la resaca, sino por la frustración de haber caído tan fácil en la tentación.

Clara no era como las otras mujeres que conocía. No era sumisa, no era previsible y, definitivamente, no me tenía miedo. Era la única persona que tenía la audacia de llamarme jefe con un tono que rozaba el insulto y, al mismo tiempo, me daba ganas de oírlo de nuevo. Y ahora, era muy probable que hubiera estropeado nuestra excelente relación.

Necesitaba retomar mi postura. Necesitaba ser el Leonardo Montenegro práctico que todo el mundo conocía. Por eso, me levanté de la cama de golpe y fui a ducharme para lavar la sensación de que estaba perdiendo el mando de mi propia vida.

Salí de la ducha, me puse un polo marrón e intenté ignorar el hecho de que mi corazón se aceleró solo de pensar que ella estaba en la *suite* de al lado. Tomé mi móvil, revisé mis notificaciones y miré para ver si mi asistente había enviado algún mensaje, pero solo había silencio por su parte. Abrí WhatsApp y mi dedo vaciló por un segundo, pero tecleé un mensaje con la mayor frialdad que logré reunir, intentando ocultar que me moría de curiosidad por saber si me iba a recibir con una bofetada o con ese sarcasmo natural.

Yo: *Estoy bajando a desayunar. Si tu cerebro ya ha vuelto a tu cuerpo, encuéntrame allí abajo.*

Que Dios me ayudara y Maria Clara no estuviera planeando mi asesinato.

•

Cuando la vi entrar en el salón, mi estómago dio un vuelco que fingí que era hambre. Como la buena actriz que la hija de madre era, estaba impecable con un conjunto blanco y una postura de quien no había ingerido ni una sola gota de alcohol la noche anterior.

—Buen día, Boss —murmuró al sentarse con una naturalidad que casi me convenció—. ¡Me muero de hambre!

No pude contener la sonrisilla de lado. Maria Clara era buena disimulando, tenía que admitirlo. Su expresión neutra hacía parecer que nada interesante o diferente había ocurrido entre nosotros la noche anterior.

—Buen día, MC. ¿Dormiste bien o vomitaste todo el baño? —provoqué, solo para ver si perdía la compostura.

—Me quedé frita en cuanto entré en la habitación —respondió, encogiéndose de hombros y moviendo los cubiertos que ya estaban dispuestos—. Y la resaca se me pasó en cuanto me di cuenta de que tendría que aguantarte esta mañana.

—*Touché* —murmuré, volviendo mi atención al café solo, intentando desesperadamente no enfocarme en el brillo del labial que se había puesto en los labios. —Por lo visto, tu humor matinal sigue siendo tu mejor defensa.

Maria Clara no perdió el tiempo y se levantó para ir al bufet. Permanecí sentado, pero no dejé de girarme discretamente para observar a la chica montar un plato de frutas y *croissants* con una precisión que haría que cualquier ingeniero sintiera envidia. Cuando regresó a la mesa, no me miró directamente, pero sentía la tensión que emanaba de su cuerpo en ondas con cada movimiento.

Incluso quería entender si aquel beso había sido tan devastador para ella como lo fue para mí, pero mi lado más racional gritaba que estábamos en un lugar público y que necesitaba mantener la maldita cabeza en su sitio.

—Entonces... —murmuré, aclarándome la garganta—. Fuera de tus ganas de perderme de vista, ¿cómo estás de verdad?

Mi asistente se detuvo con el tenedor en el aire y me miró con ojos de una virgo lanzando chispas y que parecían leer hasta mis pensamientos más absurdos.

—¿De verdad, Leo? —Clara bajó el tono de voz y miró el plato —. Siento que mi cabeza va a explotar, mi estómago está dando volteretas y no recuerdo bien todo lo que pasó desde que llegamos al hotel.

Casi me atraganto con el café y la miré sin creer lo que oía.

—¿No... recuerdas?

Maria Clara estaba troceando un *croissant* con los dedos, sin ninguna gana de levantar los ojos hacia mí.

—Sé que me besaste, pero no recuerdo todos... los detalles — declaró como si hablara del clima.

Puta mierda. No esperaba que tocara el asunto de esa forma, arrancando la tirita sin darme tiempo a prepararme. No es que deseara que lo olvidara o no hablara de ello, solo que aún no sabía cómo reaccionar en ese momento.

—Fue un acto...

—¿Impulsivo? —concluyó sin mirarme.

—Tal vez —respondí—. ¿Estás cabreada conmigo?

—No —murmuró Clara, respiró hondo antes de mirarme—. Solo confundida. ¿Cómo debo actuar ahora?

—¿Cómo actuarías si te hubiera dado un aumento? —pregunté, intentando usar el sarcasmo como escudo, pero su expresión seguía demasiado seria para bromas.

—No recibí un aumento, Leonardo. Recibí un beso que no estaba planeado. —Maria Clara se inclinó hacia mí, cruzando los brazos sobre la mesa—. Soy tu asistente y paso la mayor parte de mi tiempo contigo, así que necesito saber qué haremos con este ambiente. ¿Enterramos la incomodidad en el desierto de Dubái o la llevamos en la maleta a Brasil?

Miré aquellos ojos atentos, sintiendo que mi racionalidad estaba siendo puesta a prueba como nunca. Mi lado empresario diría que lo mejor era olvidar, mantener el foco en los beneficios y fingir que nada pasó. Pero el otro lado, el que aún sentía el sabor del beso, no estaba dispuesto a mentir.

—¿Estás incómoda?

Abrió y cerró la boca; acto seguido, bajó la vista al plato de frutas y se quedó en silencio por algunos segundos. Me arrepentí de la pregunta, pero Maria Clara pronto volvió a hablar:

—No exactamente, yo solo... hm... no sé qué esperas de mí ahora —declaró, respirando hondo y suspirando—. Tenemos una relación profesional, pero también de amistad, además, eres un canalla y...

—¡Guau! ¡Gracias por el cumplido!

—¡Ah, cállate! —Me lanzó una mirada dura, pero sus mejillas se pusieron rojas.

Podía entender un poco el motivo de su preocupación; por eso, toqué su mano por encima de la mesa como una forma de transmitir

alguna sensación de confort o tranquilidad, pero no estoy seguro de que sonara de la manera que quería.

—No soy de enterrar nada, MC. Sabes que me gusta aprovechar cada oportunidad que aparece —respondí y la vi parpadear unas cuantas veces—. Pero tampoco soy idiota como para pensar que vamos a resolver esto entre un *croissant* y un zumo de naranja.

—¿Entonces vamos a quedarnos en este ambiente extraño hasta Brasil? —La chica arqueó la ceja antes de lanzar una mirada a nuestras manos.

—Vamos a actuar como los profesionales que somos. —Hice una pausa, midiendo las palabras y soltándolas—: Pero no voy a retirar lo que hice. No es una de esas situaciones en las que alguien comete una mierda y se arrepiente, porque probablemente lo haría de nuevo. —Me encogí de hombros y me reí con la expresión que puso Clara, como si quisiera pegarme—. Estabas muy buena con ese vestido.

Abrió la boca para replicar, pero pareció desistir, volviendo la atención al plato de frutas. No pude evitar notar que sus mejillas estaban aún más rojas y eso me pareció muy agradable.

—Eres increíble —refunfuñó, mordiendo una rodaja de sandía —. E insoportable también.

—Puedes insultarme de todo, MC, pero la verdad es que te encanta mi forma de ser —provoqué, tomando el último sorbo de mi café con la calma de quien acaba de ganar un debate presidencial—. Vamos a terminar de comer porque el conductor llegará en media hora.

—¿Cómo que en media hora, Leo? ¡Nuestro vuelo es recién por la noche! —Abrió mucho los ojos y soltó los cubiertos—. ¿Qué diablos planeaste y olvidaste avisarme?

—Nada demasiado extraordinario. —Me levanté para buscar más café—. Tenemos algunas horas antes de ir al aeropuerto y no pretendo pasarlas encerrado en el hotel.

Clara soltó un suspiro audible, recostándose en la silla y observándome con esa mirada analítica cuando regresé.

—¿Puedo, al menos, saber a dónde pretende llevarme el señor? —ironizó, pero vi que la comisura de su boca cedió levemente —. Espero que no involucre camellos. No tengo el vestuario apropiado para montar nada que no tenga cuatro ruedas y suspensión.

—Sin animales por hoy. —Sonreí, sintiendo una ligereza que no era común en mi rutina—. Pensé en algo más cultural, ¿entiendes?

Mi asistente, con cara de quien quería morderme, desvió la mirada hacia el jardín del hotel a través de las paredes acristaladas.

—Está bien —acordó finalmente, levantándose y enderezando la postura—. Solo voy a subir a por mis gafas de sol y mi bolso.

—Te esperaré en el vestíbulo.

Le guiñé un ojo, pero la hija de madre ni me hizo caso. Pasó por mi lado, dejando un rastro de su perfume que me hizo cerrar los ojos por un segundo demasiado corto. La observé caminar hacia el ascensor con las caderas balanceándose de forma calmada e hipnotizante.

Media hora después, estábamos dentro del coche. El trayecto fue silencioso, interrumpido solo por el sonido bajo de la radio y por las breves explicaciones del conductor. Dubái pasaba por la ventana como un borrón de lujo y arena, pero mi atención estaba volcada en una Maria Clara inquieta, que tocaba a cada momento el colgante de su collar y no me miraba de frente.

Cuando llegamos al distrito histórico, la atmósfera cambió. Las callejuelas de arena, la arquitectura de piedra y las torres de viento nos transportaban a otra época. El clima era seco, pero soportable bajo las sombras de las construcciones.

—Es... diferente a lo que imaginé —murmuró ella.

—Sí —concordé, deteniéndome al lado de Clara mientras observábamos los barcos tradicionales cruzando el canal—. Contrasta mucho con lo que conocemos de Dubái hasta ahora.

—Parece otra realidad, ¿verdad? Como si fuera... el viejo mundo y el futuro coexistiendo en la misma ciudad.

Caminamos lado a lado, sin prisa. La chica señalaba las lámparas de vidrio colorido y comentaba el olor intenso a incienso y especias que venía de los mercados. En un determinado momento, la calle se estrechó debido al flujo de turistas, e instintivamente apoyé la mano en su zona lumbar para guiarla. Sentí que el cuerpo de Maria Clara se tensaba bajo mi toque, pero no se alejó. Al contrario, pareció encajar allí, manteniendo el paso sincronizado con el mío.

Se detuvo ante una tienda que exhibía lámparas árabes de vidrio colorido que parecían sacadas del escenario de Aladdín. La luz del sol reflejaba colores en su rostro y, por un segundo, me quedé simplemente admirando aquella imagen y pensando que daría para una bella foto.

—¿Crees que esto quedaría bien en mi sala? —preguntó, tocando con la punta de los dedos una linterna azul turquesa—. Mi madre diría que es cursi, pero yo la encuentro... mística.

—Combina contigo, parece terca y brillante —provoqué, deteniéndome justo detrás de su cuerpo—. Si quieres, compro la tienda entera y mando que la entreguen en tu apartamento.

Clara se giró hacia mí y supe que estaba entornando los ojos, aunque las gafas de sol no me dejaran verlos.

—No quiero la tienda, Boss. —Su mano golpeó mi pecho con una bofetada floja—. ¿Has perdido la manía de apreciar las cosas sin querer ser el dueño de ellas?

—Es un vicio. —Me encogí de hombros, sintiendo el olor del incienso de sándalo mezclarse con el perfume de la chica frente a mí —. Pero tienes razón. Algunas cosas son más bellas cuando uno solo las observa.

Me lanzó una mirada confusa que me dejó igualmente perturbado y solo me encogí de hombros porque no sabía qué decir. El gesto se estaba volviendo una constante en mi vida de hombre que no sabe qué decir y necesitaba parar con eso.

Caminamos un poco más hasta llegar a la orilla del canal. El movimiento de los barcos de madera cruzando el agua creaba un ritmo relajante y me apoyé en el antepecho de piedra por un instante. La ciudad era realmente mágica y adictiva a pesar del calor intenso, y si no tuviera compromisos en Brasil, no me importaría pasar más tiempo allí.

—Leo... —Maria Clara murmuró, parándose frente al agua y quitándose las gafas de sol—. Sobre lo que dijiste en el desayuno...

El clima cambió y el ruido del mercado pareció quedar distante.

—Sabes que soy demasiado práctico para perder tiempo con mentiras o jueguitos de seducción baratos.

—Hum. —Suspiró y vi que apretaba la correa del bolso con fuerza—. Pero es que... no sé cómo encajar esto en nuestra rutina. Sé que preferirías que simplemente lo olvidara, pero...

—No dije eso porque sería la mayor mentira que he contado en mi vida —retruqué, manteniendo los ojos fijos en los suyos—. Lo que pasó ayer no fue un error de cálculo.

Tragó saliva y soltó un poco la correa del bolso, pero la confusión seguía allí, bailando en sus pupilas dilatadas.

—¿Qué significa eso? —preguntó, la voz casi desapareciendo junto con el viento cálido que soplaba del canal.

—Que somos dos adultos que se besaron. En realidad, yo besé porque sentí ganas, pero no quiere decir que lo que pasó necesite evolucionar. —Di un paso al frente, acortando la distancia entre nosotros hasta sentir el calor que emanaba de la chica—. Solo pasó, la vida sigue. Tuviste el placer de conocer mi beso. ¿Quién sabe si algún día vuelve a pasar?

—Eres un atrevido, ¿sabías? —Maria Clara soltó una risa nerviosa, pero no retrocedió—. Arrogante, prepotente y... —Cruzó los brazos y levantó la barbilla—. No te pienses que quiero un segundo *round*. Voy a patearte las bolas si intentas acercarte demasiado de nuevo.

—¿De verdad? —Estiré mi mano y, en un gesto impensado, toqué el colgante de su collar, sintiendo la punta de mis dedos rozar su piel—. Estás olvidando que te conozco muy bien y sé casi todo sobre tu rutina... Lo que quiere decir que también sé que no sales con nadie hace siglos y debes de tener telarañas entre las piernas...

Maria Clara abrió la boca y probablemente estaba lista para insultarme, cuando la sorprendí y la tiré de la cintura hasta pegar nuestros cuerpos y acercar nuestras bocas.

—Si yo fuera realmente el canalla que dices que soy —murmuré, soplando mi aliento hacia ella—, podría seducirte y llevarte a la cama solo para aprovecharme de esta situación.

Mi asistente parecía horrorizada, o era todo actuación, porque en dos segundos estaba agonizando de dolor mientras sus dedos apretaban mi polla de la manera más discreta que podía hacerlo en público.

—Avisé que perderías las bolas si te acercabas de nuevo —amenazó susurrando entre dientes—. ¿Debo apretar más, Boss?

—No... —respondí con la voz estrangulada y el rostro caliente —. Sabía que eras peligrosa, pero pensé que solo era con las palabras. Por amor de Dios, estamos en un distrito histórico, no en un octágono de MMA.

—Pero tu comportamiento es bastante salvaje, ¿no crees? —retrucó ella, manteniendo la presión por un segundo torturante más antes de abrir los dedos despacio—. Si crees que mi vida sexual, o la falta de ella, te da pase libre para actuar como un predador, estás muy equivocado, Boss.

Retrocedí un paso, respirando hondo e intentando recuperar la postura mientras mis latidos cardíacos hacían una protesta violenta.

—Vale, sé que me pasé —admití, sintiendo mi voz aún un poco inestable—. El comentario fue innecesario.

Se arregló el conjunto blanco con una calma impresionante, manteniendo una expresión neutra e impecable, como si no hubiera acabado de casi castrarme a pocos metros de una mezquita.

—Menos mal que lo sabes —sentenció, volviendo a caminar sin esperarme.

Me quedé parado un instante, observándola alejarse. Su silueta contra el sol de Dubái ya no parecía la de una asistente vulnerable o confundida, parecía la dueña de la situación. Yo había intentado usar la tensión sexual para desarmarla, para reafirmar mi control, y el tiro me había salido por la culata de una forma épica.

Capítulo 18 – Altitud de Crucero

Maria Clara



El interior de la clase ejecutiva de Emirates era el escenario perfecto para un sueño, pero para mí, parecía el epicentro de una crisis nerviosa. Los asientos de cuero crema con acabados en madera pulida estaban dispuestos de forma que cada pasajero tuviera su acceso directo al pasillo, pero la proximidad con el asiento de Leonardo parecía reducir el avión a un cubículo.

Todo allí gritaba exclusividad: el monitor *touchscreen* gigante, el minibar integrado en la consola lateral y los auriculares con cancelación de ruido que ya me había puesto, aunque no estuviera escuchando música alguna. Solo necesitaba una barrera.

Apreté el botón para reclinar el asiento, intentando encontrar una posición donde mi cuerpo pudiera relajarse, pero mi mente no paraba de trabajar ni un solo instante.

Leonardo me besó.

Las imágenes resonaban en mi mente en un bucle infinito, compitiendo con el ruido suave de las turbinas. No fue un delirio causado por la bebida, ni una alucinación bajo el sol del desierto. Fue real. El toque de su mano en mi nuca, el calor que emanaba de su cuerpo y la firmeza de un hombre que sabía exactamente lo que estaba reclamando, por más rápido que hubiera sido el contacto.

Estaba confundida, nerviosa y completamente conmocionada. Mi contraataque en el mercado de Dubái horas antes había sido puro instinto de supervivencia. Necesitaba alejarlo y necesitaba espacio, porque si Leo continuaba tratándome con aquella mezcla de posesión y deseo, acabaría desmoronándome.

Me incliné hacia adelante y fingí que buscaba algo dentro de mi bolso, pero en realidad solo pretendía observarlo en el asiento de al lado. El empresario estaba distraído con el móvil y no me notó, así que volví a mi sitio y cerré los ojos por unos segundos.

Era impresionante lo tranquilo que estaba Leonardo con la situación. Había logrado poner mi mundo patas arriba con un simple beso y no tenía ni idea.

Usé mis dedos para apretar mis párpados con fuerza, intentando expulsar la imagen del hijo de madre sujetándome por la cintura. Era injusto. Había pasado años construyendo una muralla de profesionalismo, siendo la asistente impecable que nunca daba un paso fuera de lugar, todo para que él me respetara. Y ahora, en menos de veinticuatro horas, las piedras de esa muralla estaban esparcidas por el suelo y quien las había derribado era el propio dueño del castillo.

Lo amaba. Era un sentimiento silencioso, que había crecido entre reuniones, viajes agotadores e incluso noches tontas charlando de cualquier cosa. Amaba la forma en que Leo tomaba decisiones difíciles sin dudar, la seguridad que transmitía y, secretamente, hasta la arrogancia que lo hacía ser quien era. Pero amarlo también era como mirar al sol: brillante, magnífico, pero capaz de dejarte ciega si te acercabas demasiado.

—¿Por qué tienes esa cara? —Su voz surgió, calmada y grave, cortando mi torbellino de pensamientos.

Abrí los ojos despacio y lo encontré observándome. Leonardo ya no estaba con el móvil, sino con el cuerpo levemente girado hacia mi lado, el brazo apoyado en la consola central, estudiándome con una curiosidad que me hacía sentir desnuda.

—Solo estaba dormitando —mentí, acomodando un mechón de pelo detrás de la oreja—. Necesito aprovechar las horas de vuelo para descansar.

Respiré hondo, contando mentalmente hasta cinco, como si eso fuera suficiente para reorganizar un cerebro que ya había decidido trabajar en mi contra. El problema no era el beso en sí, era lo que había despertado. Una parte de mí que venía manteniendo sedada hace años ahora estaba despierta, alerta y hambrienta.

Encendí el monitor frente a mí y elegí una película sin prestar realmente atención a lo que aparecía en pantalla. Alguna comedia genérica, demasiado colorida para encajar con el nudo en mi estómago. Acto seguido, me ajusté mejor los auriculares solo para justificar el aislamiento, creando la ilusión de que estaba demasiado ocupada para conversar, pensar o sentir cualquier cosa.

Mi cuerpo parecía no haber recibido el memorándum que decía que debía seguir adelante. Aún quedaba un resquicio de calor donde la mano de Leonardo había tocado cuando me atrajo hacia él, como si fuera una memoria física y traicionera que no respetaba ninguna lógica. Enderecé la postura y tiré de la manta suave y perfumada sobre mis piernas, más como escudo que por sentir realmente frío.

Estaba convencida de que, si me concentraba lo suficiente en los subtítulos de la película, lograría borrar el hecho de que el hombre que protagonizaba todos mis sueños prohibidos estaba a menos de medio metro de distancia. Pero su silencio era peor que cualquier exigencia. Era un silencio que pesaba, que observaba, que parecía saber exactamente que no me había enterado de ni una sola escena de aquella comedia hasta ahora.

•

La mañana gris de São Paulo nos recibió con esa llovizna fina y el horizonte tomado por edificios, un contraste absoluto con el dorado del desierto que habíamos dejado atrás. Pasamos por inmigración y por la aduana sin hablarnos mucho, y Leonardo caminaba a mi lado con la expresión impenetrable tras sus gafas de sol.

Comprobé en mi móvil el mensaje que el conductor había enviado, avisando que ya nos estaba esperando en la salida del aeropuerto, y abrí la aplicación de Uber para pedir un coche para mí. Cuando nos detuvimos en la acera y el equipaje de Leo fue colocado en el maletero, él se giró para tomar el mío, pero sujeté el asa de una de mis maletas con fuerza para impedir que la tomara.

—Pedí un Uber para ir directo a mi casa —expliqué e intenté mantener un tono de voz profesional, aunque mi cuerpo aún operaba en el huso horario del beso que nos habíamos dado la otra noche.

Mi jefe frunció el ceño por un segundo antes de llevarse las manos a las caderas e inclinar la cabeza hacia un lado.

—Tomamos un vuelo largo, MC —murmuró—. ¿De verdad crees que voy a dejarte aquí esperando por un coche de aplicación? Entra, nosotros te llevamos a casa.

—No hace falta.

—Sí que hace falta. —Apoyó su mano sobre la mía y yo, inmediatamente, retrocedí y permití que tomara mi maleta porque prefería eso a continuar sintiendo su tacto.— ¡Qué cabezonería a estas alturas del partido!

Suspiré hondo, sintiendo que la derrota se acomodaba en mis hombros. Entré en el asiento de atrás al lado de Leonardo y sentí que el aire acondicionado estaba demasiado fuerte, o tal vez era solo el cansancio acumulado cobrándose finalmente su precio.

Apoyé la frente en el cristal por unos segundos, observando São Paulo pasar en cámara lenta con sus viaductos, edificios espejados y personas demasiado apresuradas para notar su propio agotamiento. El vehículo avanzó por el tráfico de la Marginal sin prisa, mientras el silencio allí dentro empezaba a volverse un poco incómodo y vergonzoso. No podía dejar de pensar en si Leo se quedaba recordando y rumiando el beso igual que hacía yo, o si aquel era un asunto totalmente finalizado para él.

—Tómate el día libre mañana —declaró de repente, obligándome a girar el rostro en su dirección—. Yo también necesito descansar y recuperarme del *jet lag*.

—Mañana tienes dos reuniones.

—Sí, pero puedo con ellas solo. —Se encogió de hombros y se quitó las gafas de sol al mirarme.— Tú también necesitas un tiempo para no mirarme más con esa expresión como si fuera un alienígena.

—¡No estoy haciendo eso! —me defendí, pero lo vi poner los ojos en blanco.

—¿De verdad crees que no me doy cuenta, MC? —Leo deslizó el cuerpo sutilmente por el cuero del asiento hasta apoyar la cabeza en el respaldo y mirar el techo del coche.— Por más que intentes negarlo, estás actuando de forma extraña por culpa del beso. No te juzgo, pero quería que volviéramos a la normalidad.

—Difícil... —Mi voz casi desaparecía ante el ruido de las bocinas en el tráfico caótico a nuestro alrededor.

Leonardo desvió los ojos del techo y me miró con un cansancio genuino y una suavidad que raramente se permitía mostrar. Sacudió la cabeza despacio, pareciendo digerir algún pensamiento, luego observó mis labios durante demasiado tiempo antes de levantar la mirada.

—Lo siento. —El hijo de madre lanzó una media sonrisa que me desarmó.— Acepto que necesites un tiempo para recalibrarte y digerir lo que hice. No voy a molestarte en las próximas veinticuatro horas.

Estaba a punto de responder cuando el coche se detuvo y me di cuenta de que ya habíamos llegado a mi dirección. El conductor salió deprisa para abrir el maletero, ya que en mi calle no se podía aparcar bien y la parada frente a mi edificio terminaba entorpeciendo un poco el tráfico.

—Hablamos luego —dije de una vez por todas antes de tirar de la manilla de la puerta—. Gracias por el viaje, Boss.

Cuando bajé y sonreí al hombre que colocó mis dos maletas sobre la acera, Leonardo abrió el cristal de la ventana y se inclinó con la cabeza casi fuera del coche.

—No me estás odiando, ¿verdad?

—Jamás —respondí, sonriendo al idiota—. Me pagas muy bien.

Él entrecerró los ojos.

—¿Y si dejamos el dinero fuera de la ecuación? —preguntó.— ¿Me odiarías?

—No, Boss. No te odio en absoluto. —El idiota me guiñó un ojo.— Solo me irritas bastante la mayoría de las veces.

—Puedo lidiar con eso.

Fue mi turno de poner los ojos en blanco y entré en mi edificio tirando de mis maletas con un poco de dificultad. Era un edificio sencillo, no tenía portero ni ascensor, así que tendría que arrastrar las maletas por los dos tramos de escalera hasta mi apartamento en el primer piso. Sin embargo, antes de poner el pie en el escalón,

unos dedos tocaron los míos hasta que solté las asas y me las arrebataron.

—¿Qué...?

—Yo las llevo.

Observé a Leonardo tomar una maleta con cada mano y subir deprisa los escalones como si aquello no fuera nada para él. Corrí tras mi jefe por la escalera, deteniéndome ante la puerta de mi apartamento y viéndolo dejar el equipaje allí antes de girarse hacia mí.

—No hacía falta —dije, pero estaba feliz por dentro.— Ahora, vete de una vez antes de que te pongan una multa.

—¡De nada! —El hijo de madre acortó la distancia entre nosotros y me besó en la coronilla antes de alejarse y bajar deprisa.

Me quedé parada en el pasillo, con el corazón acelerado y las mejillas calientes por culpa de una micro acción tan tonta. Me sentía una adolescente cuando apoyé la frente en la puerta de casa y me quedé recordando cada una de las sonrisillas que mi jefe me había dirigido durante este viaje.

—Estás muy jodida, Maria Clara... —murmuré bajito antes de encajar la llave en la cerradura.— ¿Qué vas a hacer con tu vida?

Entré en el apartamento y el silencio del ambiente, antes tan acogedor, ahora parecía amplificar el ruido que Leonardo había dejado dentro de mí. Dejé las maletas en medio de la sala, sin la menor energía para los rituales de organización que generalmente me calmaban. Tiré las llaves sobre el aparador y me apoyé en la puerta cerrada, deslizando la espalda por la madera hasta sentarme en el suelo frío.

—¿En la coronilla? ¿En serio? —Bufé, escondiendo mi rostro entre las rodillas, pero sintiendo una sonrisa terca e involuntaria tirando de mis labios.

Era ridículo. Era una mujer de veintisiete años, pero estaba aquí, derretida por un gesto que solía ser tan despreocupado.

Me quedé allí un tiempo, escuchando el sonido distante del tráfico de la capital e intentando entender en qué momento la línea entre Leonardo y yo se había vuelto tan borrosa. Siempre supe que me gustaba, pero me sentía segura haciéndolo a distancia y en silencio. De esa forma, lograba mantener el control de mi vida y de las expectativas que ponía en esta relación. Ahora, con él lanzando todo su encanto a mi cara, el juego había cambiado. Mi jefe parecía haber abierto una nueva puerta entre nosotros y yo no sabía si cruzaba por ella o si corría muy lejos.

Capítulo 19 – De vuelta al juego

Leonardo



El ascensor se detuvo en el noveno piso y, en cuanto crucé la puerta, me topé con el logo de la empresa que, esa mañana, intentaría conquistarme para conseguir una inversión.

El edificio era nuevo, con un moderno suelo de cemento pulido y paredes de cristal, lleno de gente demasiado joven y demasiado guay con auriculares puestos y muchos vasos de café en las manos. Todos pareciam pertenecer a una generación posterior a la mía, lo

que me hacía sentir desplazado, principalmente por no tener la compañía de Maria Clara conmigo.

La propuesta era de una *fintech* enfocada en el crédito estudiantil. Nada revolucionario, pero el modelo de escalabilidad llamaba la atención. Querían transformar pequeños financiamientos en productos de inversión pulverizados, un tipo de *crowdfunding* regulado, con garantías flexibles e intereses atractivos. En teoría, tenía sentido. En la práctica, el riesgo era mayor de lo que estaban dispuestos a admitir.

Entré en la sala de reuniones principal, que más parecía una sala de espera de aeropuerto con pufs de colores y una mesa de roble rústico. El CEO de la *startup*, un chico de veinticinco años que vestía una camiseta con el estampado de un superhéroe, se levantó con una sonrisa amplia cuando me vio.

—Sr. Montenegro, ¡qué honor! —Extendió la mano.— Gracias por venir hasta aquí.

—Leonardo —corregí, apretando su mano con firmeza mientras me sentaba.— El tiempo es corto, Gustavo. Vamos directo a los números.

Generalmente, en este momento, Clara ya habría abierto el iPad, posicionado el gráfico de proyecciones en la pantalla compartida y me habría entregado una carpeta física con el informe de antecedentes de los fundadores. Pero hoy estaba solo. Miré la silla vacía a mi lado y sentí un vacío extraño. No era solo la falta de soporte técnico, sino la falta de aquella presencia que, con un simple arqueo de ceja, me decía si estaba siendo demasiado duro o si el interlocutor estaba mintiendo.

Gustavo empezó a hablar rápido, usando decenas de términos en inglés y métricas de vanidad. Yo escuchaba, pero mi mente me jugaba malas pasadas y me hacía imaginar si Clara estaba realmente descansando o si se había ido a conocer a otro "hombre del helado".

—... y como puede ver en la diapositiva cuatro, nuestra tasa de morosidad está controlada por un algoritmo de IA que... —Gustavo continuó, pero necesité interrumpirlo.

—La IA no paga facturas —disparé, cruzando los brazos.— Estás lidiando con crédito estudiantil en un país donde la economía es extremadamente inestable. Si la tasa de desempleo sube dos puntos porcentuales, tu algoritmo se vuelve humo. ¿Cuáles son las garantías reales detrás de este fondo?

El chico vaciló. Miró hacia un lado, instintivamente buscando el apoyo de su equipo, y fue allí donde me di cuenta de cuánto me hacía falta Maria Clara. Si estuviera allí, habría notado esa vacilación antes que yo y habría anotado el nombre del banco custodio para verificarlo después. Sin ella, yo tenía que ser el ejecutor y el analista al mismo tempo, y eso era agotador.

—Tenemos un fondo de reserva del diez por ciento —Gustavo empezó a explicar, pero mi paciencia estaba al límite.

Tomé mi propio móvil, algo que raramente hacía durante las reuniones, y vi que no había ningún mensaje de ella.

—El diez por ciento es poco para el volumen que pretenden operar —sentencié, levantándome antes incluso de que terminara la frase.— Quiero los balances auditados de los últimos dos trimestres para el final del día. Si los números son reales, volvemos a hablar.

—Pero la ronda de inversiones cierra el miércoles...

—Entonces es bueno que se den prisa si quieren mi aporte —respondí mientras me despedía de todos y salía de la sala de reuniones.

Dejé el edificio sintiendo el bochorno de São Paulo pesar sobre mis hombros y mi cabeza. El *valet* trajo mi SUV en pocos minutos y me acomodé al volante, sintiendo el cuello levemente dolorido y deseando un masaje. Conecté el móvil al sistema del coche y, mientras maniobraba para salir de aquella calle estrecha, su nombre ya estaba en la pantalla antes incluso de que procesara la decisión.

El tono sonó dos, tres veces. Sabía que respondería. Maria Clara no era del tipo que dejaba al jefe en visto, por mucho que estuviera en su día libre.

—¿Montenegro? —Su voz surgió por los altavoces, sonando limpia, despierta e irritantemente profesional.

—¿Volvemos a los apellidos ahora, MC? —provoqué, conduciendo mientras sentía un alivio ridículo solo por oír la voz de la hija de madre.— Pensé que, después de Dubái, habría subido de categoría en tu lista de contactos.

Hubo un breve silencio al otro lado. Casi podía imaginarla poniendo los ojos en blanco o enderezando la postura, como si pudiera verla a través del manos libres.

—Por la hora, asumo que ya saliste de la reunión, así que debes de estar volviendo a casa y conduciendo. Lo que significa que tienes que prestar atención al tráfico —retrucó ella, pero había una ligereza en aquellas palabras que parecían un tirón de orejas.— ¿Cómo fue con la *fintech*?

—Un desastre —mentí parcialmente, solo para atraer su atención.— Su CEO cree que el *storytelling* sustituye al margen de beneficio y el equipo es demasiado joven para saber lo que es una crisis de liquidez.

—¿Gustavo? —preguntó Clara y yo entrecerré los ojos hacia el panel.— Su modelo de crédito es audaz, pero el fondo de reserva es bajo.

—Eché de menos a alguien que reforzara lo obvio mientras intentaba no dormirme entre los pufs de colores de esa sala. —Suspiré, cambiando de carril y sintiendo la tensión en el cuello latir.— En realidad, la reunión fue un asco porque tú no estabas allí.

—¿Estás diciendo que extrañas mi eficiencia, Boss? —Su tono era de puro sarcasmo, pero capté la nota de satisfacción tras la pregunta.

—Estoy diciendo que mi mañana fue considerablemente más aburrida sin tus pullas —confesé, dejando el sarcasmo de lado por un segundo.— ¿Tu apartamento no está demasiado silencioso? ¿Ya reorganizaste el armario por colores solo para no tener que pensar en mí?

Esta vez el silencio duró más tiempo. El tráfico se detuvo y me quedé tamborileando en el volante, esperando su respuesta como si mi próxima inversión dependiera de ello.

—Mi armario está impecable —respondió Maria Clara finalmente.— Y no estoy intentando no pensar en ti, Leonardo. Solo estoy intentando disfrutar de las horas de paz que me prometiste. Faltan dieciséis, por si perdiste la cuenta.

—Nunca pierdo la cuenta, MC. —Sonreí de lado, visualizando su rostro.— Disfruta del resto de tu paz. Porque mañana, a las nueve, pretendo recuperar cada minuto que perdí hoy. Y puede que esté hablando de trabajo, o puede que no.

—Hasta mañana, Leonardo —murmuró la chica, colgando antes de que pudiera replicar.

Miré la pantalla del multimedia y sentí que el dolor en el cuello seguía ahí, pero mi humor había cambiado bastante. Clara no me había insultado, no había sido fría y, principalmente, no había negado que también estaba contando las horas. Apreté el volante con más fuerza, sintiendo una anticipación que ningún contrato en el mundo sería capaz de comprar. ¿Qué mierda me estaba pasando?

La verdad era que Dubái había roto algo en mí. O tal vez lo había arreglado. Durante años, me convencí de que la eficiencia de Maria Clara era lo que me mantenía unido a ella. Me decía a mí mismo que ella era un engranaje vital de mi vida, alguien insustituible por su competencia y su capacidad de anticipar mis humores. Pero haberla besado estaba estropeando demasiado mis pensamientos y convicciones.

El trayecto hasta mi apartamento fue un ejercicio de paciencia. El tráfico era denso, con un flujo lento de coches que reflejaba exactamente mi estado de ánimo. Miraba los edificios espejados y sentía una inquietud que no tenía nada que ver con el *jet lag*.

Llegué a casa y tiré las llaves sobre la encimera de la cocina antes de caminar hacia el balcón para observar la inmensidad gris de la ciudad. Le había prometido a Maria Clara un día de paz, y cumplir esa promesa estaba siendo el mayor desafío de mi semana. Quería

inventar una crisis profesional, un documento perdido, cualquier excusa barata que me diera el derecho a oír su voz o a pedirle que viniera. Pero sabía que, si lo hacía, estaría admitiendo la derrota, y un Montenegro no admite la derrota antes de garantizar la victoria final.

Pasé el resto del día en un estado de vigilia irritante. Intenté leer informes sobre la *fintech*, pero las letras parecían borrosas. Veía los números de morosidad y proyección de beneficios, pero mi cerebro solo proyectaba la imagen de Clara en el mercado de Al Seef, con esa barbilla alta y los ojos echando chispas. La audacia de enfrentarme, de callarme con aquel apretón en las bolas que aún me hacía sentir un eco de dolor y excitación, era lo que más me atrapaba.

Acabé pasando más tiempo del normal en el gimnasio en un intento de ocuparme y gastar toda la energía acumulada, pero tras ducharme, seguía sintiéndome ansioso. Pensé en llamar a alguna mujer de mis contactos para salir, pero me dio pereza elegir; por lo tanto, llamé a Rafael y lo invité a tomar una cerveza.

Mi amigo me encontró en la cima de uno de los edificios más icónicos de la ciudad. El *rooftop* estaba lleno y la música electrónica pulsaba a un ritmo que normalmente me agradaría, pero que esa noche parecía solo un ruido irritante. El viento frío de São Paulo cortaba la altura del piso veintinueve, trayendo la visión de aquel mar de luces que nunca dejaba de moverse.

—Tienes cara de haber perdido mucho dinero —dijo Rafael, dando un trago a su cerveza y apoyándose en el antepecho de cristal.— ¿Qué pasa? ¿Dubái fue tan malo?

—Al contrario. Dubái fue demasiado productivo —respondí, observando cómo bajaba la espuma de mi propia cerveza.— Y ese es exactamente el problema.

Él me conocía hace muchos años y era una de las pocas personas con libertad suficiente para leer entre mis líneas. Por eso, arqueó la ceja, soltando una risa corta.

—¿Estamos hablando de mujeres en general o solo de Maria Clara?

—¿Qué pasa con ella? —intenté sonar desinteresado, pero la rapidez con la que pregunté me delató.

—Tío, llevas diez minutos mirando el móvil como si esperaras una orden de desahucio. —Rafael sacudió la cabeza.— No la dejaste disfrutar del viaje, ¿verdad? Estuviste encima de ella o dándole más trabajo del normal.

—La besé.

Mi amigo se atragantó con la cerveza, tosiendo y limpiándose la boca con el dorso de la mano y los ojos como platos.

—¿Tú qué? —preguntó demasiado alto.— ¿La besaste en la boca?

—No, en la puntita de la nariz —respondí y puse los ojos en blanco.— ¿Qué mierda crees, Rafael? Claro que fue en la puta boca. Los dos bebimos demasiado esa noche y una cosa llevó a la otra...

—¿En serio? —Rafael se limpió la comisura de la boca con una servilleta, recuperando la compostura, pero manteniendo un brillo de burla en la mirada.— Te conozco, Leonardo. Puedes beberte tres botellas de whisky y aun así saber exactamente dónde guardaste las llaves de cada uno de tus coches. No culpes al alcohol. Le diste el "viaje" porque quisiste.

—No fue planeado ni nada —retruqué, sintiendo que el nudo de la corbata me apretaba el cuello, aunque no llevara ninguna.— Fue algo... del momento. Ella estaba allí, el ambiente estaba allí... y, maldita sea, Rafael, es Clara. Sabes lo irritante y magnética que puede llegar a ser esa mujer al mismo tiempo.

—Lo que sé es que finalmente rompiste la regla número uno de tu propio manual de conducta: no se consume lo que se contrata. — El desgraciado se rio, apoyándose en el antepecho.— ¿Y cómo fue? ¿Pidió la dimisión para vivir un romance contigo?

—Casi me castra —respondí tras tragar saliva.— Al día siguiente, intenté besarla de nuevo... y Clara literalmente me tuvo

las bolas en su mano.

—Es una genial —declaró Rafael, golpeando la copa de cerveza en la mesa.— Maria Clara acaba de convertirse en mi persona favorita en el mundo. Y convengamos que aún te tiene en sus manos, porque estamos en uno de los mejores lugares de la ciudad, rodeado de mujeres que darían un riñón por tener cinco minutos de tu atención, y tú estás obsesionado con tu asistente.

Rafael estaba exagerando y viendo cosas que no existían. No había ninguna obsesión involucrada, solo quise desahogarme con él y contarle todo lo que había pasado. Si no nos hubiéramos encontrado, no habría vuelto a ese tema, así de simple. Por lo tanto, decidí cambiar el foco y desvié mi mirada hacia la mesa que había detrás de mi amigo, observando a una mujer negra de cabello rizado que nos prestaba mucha atención. Estaba acompañada de una pareja y parecía interesada en no ser la única solitaria entre ellos.

—Esté obsesionado o no, como dices, lo que importa es que quien va a volver sin compañía a casa esta noche eres tú —declaré, y mi amigo siguió mi mirada de forma indiscreta.

Para mi asombro, la sonrisa de la mujer aumentó cuando se dio cuenta de que él la miraba. No podía creer que lo prefiriera a él antes que a mí, pero tal vez tuviera preferencia por los feos. Intenté ignorar la traición cuando Rafael se levantó y fue tras su presa en cuanto ella se dirigió hacia los baños. Desbloqueé la pantalla de mi móvil, solo para comprobar si había algún pendiente en los correos, pero mis dedos, como si tuvieran voluntad propia, abrieron Instagram. El círculo de colores alrededor de la foto de Maria Clara brillaba como una provocación; por lo tanto, hice clic antes de que mi cerebro pudiera protestar.

La imagen era oscura, iluminada solo por velas o luces bajas de algún bar con un aire más *cult*. Estaba preciosa, con el cabello levemente alborotado, una sonrisa de lado que conocía bien y los labios pintados de rojo. Pero lo que me hizo tensar la mandíbula fue el brazo masculino apoyado en la mesa, justo al lado de una copa de

vino. Como si la foto no fuera ya la ofensa misma, Clara había escrito: “Noche necesaria en buena compañía”.

¿Quién era el sujeto y por qué estaba al lado de ella? No había ninguna etiqueta, nada que me diera pistas sobre la persona. Por eso, hice lo único que era posible en el momento y abrí la aplicación del teléfono para llamarla.

—Hola, Leo. —Maria Clara respondió al tercer tono.

—¿Dónde estás?

—¿Qué? —Hizo una pausa antes de continuar:— Estoy en la calle, ¿algún problema?

Bueno, para ser sincero, no había nada que necesitara pedirle. Nada que justificara mi llamada. Fue por eso que me vi rascándome el cuello y mirando mi copa vacía, sin saber qué decir.

—No... ninguno. Solo quería saber a qué hora vas a llegar mañana.

—Hablamos luego, Boss.

—¿Dónde estás? —pregunté porque no quería dejar que colgara.

—En la calle.

—Eso ya lo entendí.

—En un barcito.

Respiré hondo, irritado porque la hija de madre no quería darme información.

—¿Sola? —insistí.

—No.

—¿Con quién?

—Voy a colgar, Leonardo —declaró ella, chasqueando la lengua.— Hasta mañana.

Antes de que lograra responder, colgó y me dejó más frustrado de lo que me sentía cuando salí de casa. Miré el móvil por largos segundos, procesando el sonido del "tú-tú-tú" que parecía hacer eco de mi derrota. Había colgado. En mi cara. Maria Clara, la mujer a la

que entrené para ser la extensión de mi vida, me acababa de dar un plantón definitivo ante una pregunta básica. La frustración burbujeaba en mi pecho con una mezcla de ego herido y una curiosidad mórbida que me daba ganas de estampar el aparato contra el suelo del *rooftop*.

—¿Cómo es posible que tu cara se amargue más de lo que ya estaba? —comentó Rafael al regresar a la mesa.— ¿Qué pasó en estos quince minutos que estuve ausente?

—Maria Clara me ha colgado en la cara —murmuré, todavía mirando la pantalla oscura del teléfono.

—¿Llamaste a la chica a esta hora?

—Sí —respondí, notando que tenía un poco de labial en la comisura de los labios.— Quise saber con quién estaba... y actuó como si yo fuera un *stalker*.

—Estoy casi seguro de que le diste motivos para actuar así.

—Deja de decir chorradas. Solo la llamé porque la vi publicar una foto acompañada y quería saber si estaba segura. —Me encogí de hombros, gesticulando para llamar a un camarero y pedir otra cerveza.

—Ya...

Rafael no me creyó, pero mi amigo también estaba ocupado con sus propios problemas, o mejor dicho, victorias, considerando que aparentaba haber besado a la mujer de la otra mesa y, probablemente, había conseguido su número. Me quedé en silencio, observando el movimiento del bar. La idea de pasar el resto de la noche imaginando qué estaba haciendo el dueño de aquel brazo con Maria Clara, o dónde estarían sus manos ahora, me estaba corroyendo. Necesitaba saberlo. Necesitaba comprobar si yo aún era su prioridad o si Dubái lo había estropeado todo entre nosotros.

—Préstame tu móvil —dije de repente.

—¿Para qué? —preguntó Rafael, frunciendo el ceño.— ¿Para que llames a tu asistente fuera del horario comercial?

—El que va a llamar eres tú —expliqué, sintiendo que un plan desesperado y levemente patético tomaba forma en mi mente.

Rafael me miró como si acabara de sugerirle que invirtiéramos en paños para secar hielo.

—¿Yo? —Se señaló el pecho.— ¿Debo decir que su jefe está aquí lloriqueando por culpa de un *story*?

—Vas a decir que salimos, que bebí de más y que me niego a subir a un taxi o dejar que el aparcacoches tome mi coche. —Los ojos de mi amigo se entrecerraron conforme yo iba planeando la mentira.— Di que estoy insoportable y que la estoy llamando a ella.

Tal vez no fuera tan absurdo, porque aunque estaba perfectamente lúcido, estaba emocionalmente inestable.

—¿Quieres que mienta diciendo que estás borracho para que Maria Clara venga a buscarte? —Rafael abrió mucho los ojos, incrédulo.— Eres increíble.

—Esto es estrategia de guerrilla, Rafael. —Tomé su móvil y marqué el número antes de devolver el aparato a su dueño y esperar, ansioso, por la llamada y por la actitud que tomaría la chica.

Mi amigo y cómplice soltó un suspiro pesado, sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación, pero el brillo de sus ojos delataba que no se perdería aquel espectáculo por nada. Se llevó el teléfono a la oreja mientras yo me recostaba en la silla, cruzando los brazos e intentando contener la expectativa que me revolvía el estómago.

—¿Maria Clara? Hola, soy Rafael. Siento llamarte a esta hora, pero la cosa aquí se complicó —empezó adoptando un tono de voz urgente que casi me convenció a mí mismo.— Leonardo bebió lo que no debía, mezcló cosas y ahora está aquí jurando que va a volver conduciendo a casa. No me deja tomar la llave del coche ni quiere aceptar que pida un Uber.

Me quedé inmóvil, observando a Rafael gesticular como si estuviera viviendo un drama teatral. Hizo un silencio dramático,

escuchando la respuesta de ella, y luego me lanzó una mirada que decía que estaba funcionando.

—¿Puedes venir? No me hace caso, Clara. Si sale de aquí con el coche, la va a liar en la primera curva. Te envío la ubicación de donde estamos.

Rafael colgó el móvil y me miró con una expresión que mezclaba diversión y juicio puro.

—La pobre viene de camino —declaró.— Eres un maestro de la manipulación, ¿lo sabías?

—No lo soy —retruqué, sintiendo una satisfacción sombría calentar mi pecho al saber que el brazo masculino de la foto ahora era solo un recuerdo dejado atrás.— Solo estoy garantizando que no termine la noche pasando a formar parte de las estadísticas por ahí.

—Eres un enfermo. —Rafael se rio y sacudió la cabeza.— Ahora, haz el favor de despeinarte ese cabello y abrirte el botón de la camisa para parecer mínimamente alterado. Si Maria Clara descubre que esto es una farsa, vas a tener que mudarte de país si quieres seguir respirando.

Me acomodé en la silla, sintiendo que mi corazón se aceleraba. El juego ahora era peligroso, pero la idea de tener a la chica cuidándome, enfocada solo en mí, era lo único que importaba en aquel final de noche.

Capítulo 20 – El Rescate

Maria Clara



Debería estar disfrutando del sabor del vino tinto y la conversación ligera de Rodrigo, el chico del helado —apodo que le puse mentalmente desde que lo conocí hace semanas—. Él era todo lo que Leonardo no era: interesado, paciente, descomplicado y, por encima de todo, no era mi jefe. Pero, mientras las velas se derretían lentamente sobre la mesa, me sentía una fraude. Mi cuerpo estaba

presente, pero mi mente seguía atrapada en el asiento de un SUV negro, sintiendo el rastro del perfume que conocía tan bien.

Cuando publiqué aquella foto en Instagram, hubo una pizca de malicia por mi parte. Quería que Leonardo la viera. Quería que entendiera que el mundo no se detenía cuando él salía de escena y que yo no pasaba mis noches en un altar de devoción a su imagen. Y la llamada del hijo de madre, minutos después, fue la confirmación de que había dado en el blanco.

Su voz, cargada de aquel tono autoritario que intentaba, sin éxito, enmascarar los celos, me causó un escalofrío que no tenía nada de profesional. Sabía que estaba irritado, conocía cada matiz del control que ejercía, y verlo perder los papeles por no saber con quién estaba me produjo una satisfacción inmediata.

Lo amaba, sí, pero era un amor cultivado en el silencio y en la distancia segura. Ahora, las barreras estaban cayendo demasiado rápido y me sentía como un castillo de naipes en medio de un vendaval. Cada gesto de Leonardo, cada provocación y mirada posesiva, arrancaba una de mis protecciones.

Y entonces, el teléfono sonó de nuevo, pero esta vez era Rafael. La urgencia en su voz cambió mi actitud instantáneamente. La imagen del hombre invencible fue sustituida por alguien vulnerable, borracho y fuera de sí. El pánico de que algo pudiera pasarle habló más alto que cualquier deseo de mantener mi cita.

Salí del bar casi corriendo tras pedirle mil disculpas a Rodrigo, sintiendo el aire frío de São Paulo golpear mi rostro y dispersar la poca niebla que el vino había dejado. En el Uber, mis manos no dejaban de temblar. Estaba irritada porque él no había cumplido la promesa de dejarme en paz y había bebido hasta el punto de perder el control —algo que nunca lo había visto hacer—. Pero, por encima de todo, estaba aterrorizada ante la constatación de que bastaba una señal de humo del infeliz para que yo lo abandonara todo y corriera en su socorro.

"Estás muy jodida, Maria Clara...", la frase que había dicho antes al entrar en mi apartamento volvió como un eco en mi mente.

Realmente estaba en manos de Leonardo y lo peor es que no sabía si estaba actuando así de forma inconsciente o si el beso en Dubái realmente había afectado sus sentimientos.

Cuando las puertas se abrieron al *rooftop*, la música electrónica y el murmullo de la gente me golpearon como una bofetada. Mis ojos barrieron el ambiente frenéticamente hasta que encontré la silueta familiar cerca de una de las mesas más distantes. Rafael estaba a su lado y aparentaba agotamiento por tener que cuidar de un hombre adulto. Mi jefe estaba con la camisa toda desaliñada y una expresión de quien quería vomitar. Parecía... derrotado.

Mi estómago se hizo un nudo. Atravesé el *lounge*, esquivando grupos de personas, enfocada solo en aquella figura que, incluso en su peor estado, seguía siendo el centro de gravedad de mi universo. El hijo de madre borracho esbozó una sonrisa perezosa cuando me detuve ante él, y necesité controlarme para no darle una bofetada por hacerme preocupar.

—¡Claraaaaa!

—¿Dónde está la llave de tu coche? —pregunté y enseguida extendí la mano—. Voy a conducir yo.

—Adivina... —respondió él, acercando su rostro al mío al susurrar.— En un lugar... interesante...

Tomé aire despacio por la nariz y lo solté de la misma forma antes de mirar a Rafael y verlo encogerse de hombros.

—Ya he pagado nuestra cuenta —dijo él.— Solo tienes que llevártelo.

—Sabes que no se ha tragado la llave, ¿verdad? —pregunté.— Bastaba con buscar en los bolsillos.

—Lo sé, pero no tengo talento para andar palpando bolsillos de tíos.

Leonardo aumentó su sonrisa mientras señalaba con el índice a su amigo. Los hombres con masculinidad frágil me irritaban demasiado, pero aquel no era tema para el momento. Sin titubear, metí la mano en uno de los bolsillos traseros del pantalón del

borracho, pero estaba vacío, así que busqué en el otro. Él estaba tambaleándose y acabó apoyándose en la mesa mientras yo registraba su ropa, pareciendo no importarle el ataque.

—Francamente, Leo —refunfuñé, llevando mis dedos al bolsillo delantero.— Prometiste que me dejarías en paz por hoy.

Claro que intenté no pensar mucho cuando sentí que estaba tanteando muy cerca de su ingle y haciéndole soltar una risa, pero por suerte, encontré la llave antes de tener que explorar aún más. Era de ese tipo que solo necesitaba ser presencial para arrancar el automóvil, no necesitaba ser insertada en ningún sitio. Sin embargo, tenía que tomarla para poder desbloquear las puertas y, por eso, me la guardé antes de tomar el móvil de mi jefe y meterlo en mi bolso.

—Podemos irnos —avisé, pasando su brazo por mi hombro y sintiendo el peso de su cuerpo contra el mío.

Pero el idiota no lo facilitó; al contrario, pareció entregarse totalmente e inclinó la cabeza hacia mi cuello, soltando un suspiro cálido que erizó hasta el último vello de mi nuca.

—Hueles a... vainilla —murmuró.

—Estás borracho y delirando —retruqué e intenté ignorar la descarga eléctrica que recorrió mi espalda.— Rafael, ayúdame antes de que me derribe por el camino.

El amigo de Leo sujetó su otro brazo, y juntos comenzamos la procesión hacia el ascensor. El trayecto fue una prueba de paciencia porque el borracho parecía tropezar a propósito, riendo de chistes que solo existían en su cabeza y haciendo comentarios aleatorios.

—¿Tú estás sobria? —preguntó Rafael mientras bajábamos.

—Tomé un poco de vino, pero estoy estupenda. —Él arqueó la ceja.— No fue ni media copa. Te garantizo que estoy en mejores condiciones que tu amigo aquí.

Salimos del ascensor y decidí entregar todo el peso de Leonardo a Rafael; al fin y al cabo, iba en tacones y no me había arreglado para cargar con un maromo aquella noche. El propio amigo lo metió dentro del coche y se despidió de mí antes de que

maniobrara para salir. Cuando nos quedamos a solas durante el trayecto, vi que mi jefe se deslizó un poco por el asiento y apoyó la cabeza de lado, observándome con los ojos atentos.

—A veces pienso que gano una miseria para lo que tengo que aguantar, ¿sabes? ¡Deberías pagarme el doble!

—Te pago lo que quieras, MC... —Abrió una sonrisa demasiado galante que me hizo poner los ojos en blanco.

—Eso lo dices ahora porque tienes el juicio sumergido en alcohol —retruqué, manteniendo los ojos fijos en el tráfico frente a mí.— Mañana, cuando llegue la resaca, te replantearás todas estas palabras.

—No soy tan tacaño —murmuró él.— Y estoy lo bastante lúcido para saber que te pones preciosa cuando estás enfadada. ¿Sabías que arrugas la nariz de una forma muy graciosa cuando estás irritada?

—Leonardo, por favor, ahórrate los cumplidos de bar.

—No es un cumplido de bar, es una observación técnica —insistió él, estirando la mano de forma vacilante hasta tocar mi hombro y que el calor de sus dedos atravesara la tela de mi blusa.— ¿Con quién estabas, al fin y al cabo?

—No lo conoces, así que no sirve de nada que lo diga. —Sentí sus ojos todavía sobre mí, por lo que solté un suspiro y me di por vencida.— Se llama Rodrigo. El chico del helado, ¿recuerdas?

—¿CÓMO?

Leonardo se incorporó tan rápido, con la postura recta, que hasta me asusté con el movimiento. Cruzó los brazos y me lanzó una mirada que me desarmó y me hizo soltar una risa.

—¿Qué pasa? —pregunté.— ¿No puedo salir con él?

—¿Tienes motivos para salir?

—Muchos. Es guapo, joven, aparenta ser financieramente estable, está soltero, es educado y le gustan los animales.

—Parece una versión mía.

Puse el intermitente para entrar en la calle donde vivía Leonardo y tuve que morderme el labio para no soltar una carcajada.

—Rodrigo no parece ser un canalla —señalé, chasqueando la lengua.— Pero claro, puedo estar equivocada.

—¿Y yo lo soy?

—¿De verdad quieres que responda?

—Quiero —dijo él, con una seriedad que rozaba la afrenta, aunque el cuerpo aún se ladeaba levemente.— Responde, MC.

Estacioné el coche en una de sus plazas, oyendo el sensor de marcha atrás pitar como si fuera una alarma para mi propio sentido común. Apagué el motor y el silencio que se instaló en la cabina fue instantáneo, mientras mi jefe permanecía inmóvil a mi lado. Seguía mirándome con una intensidad que me hacía sentir como si estuviera leyendo cada uno de mis secretos.

—Eres un hombre que destruye corazones, no respeta horarios, no respeta límites y, por lo visto, ni su propia sobriedad —respondí, intentando mantener el tono sarcástico, aunque mi mano aún apretaba el volante con fuerza.— Ahora, sal del coche porque el paseo se ha terminado. Y si me vomitas encima por el camino, juro que pido la dimisión mañana.

Soltó una risa nasal, pero finalmente abrió la puerta. El movimiento fue un poco demasiado torpe, y tuve que correr a su lado para evitar que se cayera de bruces al suelo. Cuando pasé mi brazo por su cintura para equilibrarlo, sentí que el cuerpo de Leonardo se tensaba. No estaba tan blando como imaginé que estaría un borracho. De hecho, parecía muy sólido bajo mi tacto.

—¿Sobre qué hablasteis? —preguntó contra mi oído mientras caminábamos hacia el ascensor.

—Como sigas dándome la lata, voy a apretarte las bolas otra vez.

Se rio bajito, pero no dijo nada más. Entramos en el ascensor y enseguida observé nuestros reflejos en el espejo. Estaba demasiado

guapa para terminar la noche cargando con un borracho a casa. Mi vestidito rojo con escote en "V" había sido elegido con la intención de hacer babear a Rodrigo, pero por lo visto, quien estaba a punto de derramar saliva en mis pechos era mi jefe.

Lo empujé por los hombros y hice que se apoyara en la pared, pero el hijo de madre me atrajo sutilmente del brazo, obligándome a quedar entre sus piernas mientras el visor marcaba los pisos.

—Él puede ser agradable, estable y educado —murmuró, y esta vez no había burla en su voz.— Pero no conoce tu expresión cuando estás concentrada, no sabe cuál es tu marca de café favorita o que te muerdes el labio cuando estás a punto de insultarme.

—¿Y eso añade algo a mi vida? —pregunté, intentando concentrarme y no perderme en la mirada intensa de Leo.

—Añade el hecho de que nadie te ve como te veo yo, MC —retrucó mi jefe, la voz bajando a un tono tan grave que podía sentir la vibración en mi propio pecho.— Tu querido Rodrigo ve el envoltorio. Ve ese vestido, que por cierto es un crimen, y ve a la mujer guapa a la que quiere impresionar. Yo veo a la mujer detrás de la apariencia y que, en el fondo, se muere de ganas de mandarme callar la boca con un beso.

Las puertas del ascensor se abrieron con un sonido discreto, pero yo no podía moverme. El visor indicaba el ático, el hall privado estaba silencioso y bañado por una luz ámbar, pero mi mundo estaba restringido a aquellos pocos centímetros entre mi cuerpo y el de Leonardo.

—Estás siendo presuntuoso —murmuré, pero mi voz salió sin ninguna autoridad.— Y estás borracho.

—No lo estoy.

—Y eso es exactamente lo que dice toda persona borracha.

Lo saqué del brazo y lo saqué del ascensor, empujándolo contra la pared mientras tecleaba la contraseña de la cerradura electrónica y desbloqueaba la puerta del ático. Sin embargo, antes de que lograra meter a Leonardo dentro de casa y librarme de él de

una vez por todas, el idiota tocó mi cintura y deslizó una de sus manos por mi espalda. Todo mi cuerpo se erizó y pasaron muchas cosas al mismo tiempo. Brahma empezó a ladrar y saltar sobre nosotros, la boca de mi jefe borracho tocó mi mejilla, mis pies tropezaron entre sí mientras intentaba entrar al apartamento y mi móvil empezó a sonar dentro del bolso.

—Qué desastre... —refunfuñé, intentando mantener el equilibrio mientras el American Bully nos recibía con el entusiasmo de quien no veía a su dueño en diez años.

Era el caos perfecto. La mano de Leonardo en mi espalda parecía una marca de hierro, quemando a través de la tela fina de mi vestido, mientras depositaba besos lentos y desordenados por mi cuello, ignorando por completo al perro que saltaba en sus piernas.

—¡Leo, para! ¡Brahma, para! —Intenté empujarlos, pero mi espalda golpeó la pared y mi jefe usó su propio peso para inmovilizarme.— Necesito coger el móvil.

—Deja que suene —susurró contra mi piel.— Debe de ser el del helado queriendo saber si estás bien.

Mi móvil seguía berreando dentro del bolso, pero la sensación de su mano subiendo por el lateral de mi muslo, levantando sutilmente el dobladillo del vestido, estaba apagando todos mis centros de mando. Debería estar enfadada. Debería estar preocupada por el estado de embriaguez de Leonardo. Pero cuando pegó su cuerpo al mío, sentí algo que me hizo contener la respiración. El hijo de madre no estaba actuando como alguien que apenas podía mantenerse en pie. La presión de su cuerpo contra el mío era firme, deliberada y... muy presente.

—Leo, Brahma va a acabar arañándome las piernas —dije, intentando recuperar un ápice de cordura mientras el perro continuaba su fiesta particular a nuestro alrededor.

—Él solo quiere atención. Igual que su dueño —murmuró, encontrando finalmente la curva de mi hombro con los labios.

Logré, con mucho esfuerzo, meter la mano en el bolso y sacar mi móvil. El visor brillaba con el nombre de Rodrigo, probablemente

para confirmar si estaba bien después de haber salido corriendo del bar. Cuando Leonardo vio a dónde miraba, me arrebató el aparato de la mano y lo lanzó sobre el sofá de cuero que estaba justo enfrente.

—Dije que no respondieras —sentenció, volviendo a acorralarme contra la pared.— Tu noche con él se terminó cuando aceptaste venir a buscarme. Ahora eres mía, MC.

—¡No soy un objeto de posesión, idiota! —retruqué, pero mi pecho subía y bajaba con fuerza, y ya no sabía si era de rabia o de expectativa.

—¿Entonces por qué viniste? —Sujetó mi rostro con las dos manos, obligándome a mirarlo.— ¿Por qué dejaste al tipo perfecto, estable y educado para venir a cuidar de un canalla borracho en medio de la noche?

No tuve respuesta que dar porque la verdad estaba estampada en mis ojos, en la forma en que me inclinaba para recibir su tacto aun intentando luchar contra él. Leo soltó una risa victoriosa, y antes de que pudiera formular cualquier protesta sobre ética profesional, acabó con la distancia y me calló la boca con un beso que no tenía nada de embriaguez.

Era un beso hambriento, posesivo, que decía claramente que su paciencia se había agotado hace tiempo. No parecía el acto impulsivo de un hombre alcoholizado, sino una embestida certera de quien sabía exactamente a dónde quería llegar. Mientras sus manos me apretaban con una urgencia que ignoraba cualquier jerarquía, comprendí, entre un suspiro y otro, que mi libertad había sido una ilusión mantenida solo por la voluntad de él.

Capítulo 21 – Sin Vuelta

Leonardo



El sabor de Maria Clara era exactamente como lo recordaba, pero antes de que pudiera profundizar el beso y arrancar aquel vestido rojo que me estaba torturando desde que la vi llegar al *rooftop* para rescatarme, sentí sus manos empujando con fuerza contra mi pecho, con una energía que no esperaba que la chica tuviera.

—¡Para! —rezongó con la respiración tan errática como la mía.— Leonardo, ¡mira lo que estamos haciendo! Estás borracho y yo estoy... —Sus ojos se desviaron de los míos, confusos y agitados.— Esto... no sé... Es una locura. ¡Es falta de ética, es acoso, es el fin de mi carrera en una sola noche!

—No me importa la ética —respondí, intentando mantenerme calmado y cuerdo, aunque el deseo pulsaba por cada nervio de mi cuerpo.— Pero no me di cuenta de que te estaba acosando.

Me tambaleé en *shock* hasta sentir el sofá detrás de mí y me dejé caer sobre el asiento, sin palabras ni reacción al encontrarme con la dimensión de lo que estaba haciendo. No me había percatado, hasta entonces, de que lo que estaba haciendo podía considerarse acoso, pero al reflexionar mejor sobre la manera en que actué con Clara desde que entramos en el coche, sentí que se me revolvía un poco el estómago. ¿Hasta dónde llegaría con aquella broma idiota?

—Lo siento —murmuré, con un nudo en la garganta.

—¡Eres tú quien está sufriendo el acoso, idiota! —Se llevó las manos a la cabeza y hizo una mueca.— ¡El borracho eres tú!

—No estoy tan borracho.

—No sabes lo que dices —retrucó la chica, dando un paso atrás y ajustándose el escote.— Mañana despertarás, tomarás un analgésico y me mirarás como si fuera solo la empleada con la que te liaste sin querer.

Ah, si ella supiera...

—Puede que tenga un poco de alcohol circulando por mi organismo, pero sé exactamente lo que quiero.

Clara dejó de moverse, con los ojos emanando un brillo de pánico, pero fijos en los míos, pareciendo intentar descifrar si decía la verdad o si era solo la bebida intentando conseguir un polvo. La sala cayó en un silencio tan profundo que incluso podía oír la respiración de Brahma, tumbado a pocos metros de nosotros. Clara caminó hasta donde yo estaba y se detuvo frente a mí, dejando que la única luz indirecta encendida en la sala se reflejara en la tela de

su vestido de una forma que hacía imposible desviar la mirada. Por un momento, pensé que me soltaría algún nuevo sermón y se despediría, pero su expresión cambió y la rigidez de su rostro fue desapareciendo para dar lugar al deseo puro y duro.

—¿Sabes qué? —Chasqueó la lengua antes de inclinarse hacia mí.— ¡A la mierda!

No esperó a que yo reaccionara; simplemente avanzó, montándose en mi regazo con una agilidad que me dejó sin aliento. Sus manos agarraron mi rostro con fuerza y sus labios se pegaron a los míos en un beso que no tenía nada de delicado ni vacilante. Era un ataque. Clara parecía reclamar algo que estaba acumulado, y la pasividad inicial que yo había intentado mantener para sostener la farsa de la embriaguez desapareció instantáneamente.

Sujeté a la chica con fuerza por la cintura, atrayéndola más hacia mí hasta que no hubo ni un milímetro de aire entre nosotros. El sofá de cuero crujió bajo nuestro peso, pero ninguno de los dos se importó por el ruido. Sus manos pequeñas y delicadas bajaron hasta mi camisa, abriendo los botones con prisa, mientras yo buscaba la cremallera de aquel vestido maldito. Necesitaba sentir la suavidad de la piel de Maria Clara y confirmar que todo aquello no era un delirio provocado por la cerveza que me tomé con Rafael.

Mi lengua exploraba cada rincón de su boca con una urgencia primitiva, mientras las manos de la chica lograban quitarme la camisa y ahora recorrían mi pecho y mis hombros. A medida que sus uñas arañaban mi piel, un sonido gutural vibraba poco a poco en mi garganta. La aparté lo justo para terminar de bajar la cremallera resistente, observando el brillo de su piel y la curva de su cintura. Clara cerró los ojos cuando deslicé mis manos por sus muslos y subí la tela hasta que mi palma derecha encontró el encaje fino de su braga. Ella ahogó un gemido, arqueando el cuerpo contra el mío, y aquella reacción fue el combustible que faltaba para que yo perdiera la poca cordura que aún intentaba mantener.

—Leo... —susurró mientras yo distribuía mordiscos leves por la línea de su mandíbula hasta alcanzar la curva de su pecho.

No tenía prisa, a pesar de sentir que mi sangre hervía y mi polla se endurecía. Quería saborear cada centímetro de la mujer en mi regazo y dejaba que mis manos exploraran su cuerpo sin ninguna prisa, mapeando cada curva y punto sensible que la hacía estremecer. Ella respondió a cada toque con una entrega absoluta, hasta que entrelazó sus piernas alrededor de mi cintura y me atrajo con más fuerza hacia el lugar donde necesitaba desesperadamente estar. La presión de mi miembro contra la tela del pantalón era casi dolorosa, latiendo con cada movimiento que Maria Clara hacía sobre mí. Estaba en un estado de excitación que rozaba el descontrol, sintiendo la sangre bombear con fuerza total, concentrando toda mi conciencia en aquel punto de contacto entre sus muslos. Cuando la chica se pegó aún más a mí, el roce de su braga contra mi erección fue como una descarga eléctrica que me hizo soltar un gruñido bajo, casi salvaje.

—No tienes idea de lo que me estás haciendo —siseé con la voz fallando contra su piel, mientras mis manos bajaban a la base de su columna, apretando su carne y encajándola aún más profundamente.

Clara no respondió con palabras; en cambio, arqueó la espalda, echando la cabeza hacia atrás y exponiendo la garganta. Sus manos subieron a mi cabello y sus dedos se enredaron en mis mechones, tirando de mí con una fuerza que me decía que estaba tan desesperada como yo. Su cuerpo delicado y perfumado temblaba bajo mi tacto, emitiendo una vibración constante de deseo que sentía en la palma de mis manos. Con un movimiento brusco e impaciente, bajé el escote de su ropa, liberando sus pechos hermosos de aquella prisión. Por primera vez, los veía totalmente expuestos, con las aureolas oscuras y los pezones ya erectos apuntando hacia mí como una invitación silenciosa. Eran perfectos. Más hermosos que cualquier fantasía que hubiera podido alimentar.

—Eres magnífica —murmuré con un gruñido mientras mis manos envolvían la carne suave.

Eran pechos pesados, tenían la piel cálida y firme, y usé mis pulgares para rozar los pezones de forma circular. Maria Clara soltó

un jadeo profundo, dejando caer la cabeza hacia atrás, mientras sus dedos se clavaban con fuerza en mis hombros. No podía dejar de mirar. La manera en que sus pechos subían y bajaban con su respiración acelerada, la forma en que se moldeaban entre mis dedos conforme los apretaba con una urgencia posesiva, todo eso me hizo enfocar la punta rígida de mi lengua y lamer cada pezón con ganas. Soltó un grito ahogado cuando los succioné, un sonido que vibró directamente en mi miembro, haciéndolo latir contra mi pantalón con un dolor delicioso.

—Leo... —Clara gimoteó y su cuerpo entero se contorsionó sobre el mío.

La sensación de tenerla así, desnuda de cintura para arriba, entregada y vulnerable bajo mi tacto, era un gran triunfo. Sus caderas buscaban desesperadamente el contacto con mi polla, dejando claro cuánto me deseaba. Quería marcar cada centímetro de aquel coño, quería que sintiera la fuerza de mi boca y de mis manos hasta que olvidara que alguna vez existió cualquier otro hombre en el mundo. Estaba embriagado, pero no de alcohol, sino del sentimiento de posesión, de su olor y de la constatación de que, después de aquella noche, no habría vuelta atrás para ninguno de los dos.

No había más espacio para la paciencia o cualquier vestigio de civilidad. Con una mano, sujeté su cintura con fuerza, manteniéndola presa a mí, mientras usaba la otra para terminar de quitarle el vestido. Levantó un poco el cuerpo con mi movimiento, lo suficiente para que yo también lograra bajar su braga de encaje, dejándola completamente expuesta bajo la luz de la sala. Ver a Maria Clara desnuda sobre mi regazo era la visión más abrumadora que había tenido jamás. Mi polla latía, casi rasgando la tela de mi pantalón, exigiendo liberación. En un movimiento más bruto, abrí mi cinturón y bajé la cremallera de golpe, librándome del pantalón y del bóxer para que mi erección saltara, rígida y pulsante, ante sus ojos hermosos de pupilas dilatadas.

No hubo tiempo para preliminares ni para buscar protección, pues la necesidad que pulsaba entre nosotros parecía algo

surrealista. Antes de que lograra razonar sobre el acto, la propia Maria Clara sujetó mi miembro y encajó su coño sobre él.

—¿Estás segura de qu...

—Si lo pienso mucho, no lo hago —dijo ella deprisa, entre gemido y gemido.

En el instante en que la penetré, un suspiro fuerte escapó de mi garganta. Clara estaba caliente, estrecha y tan húmeda que el encaje fue inmediato. La chica soltó un gritito ahogado contra mi cuello y clavó las uñas en mis brazos como garras afiladas. Ya nos conocíamos bien y ninguno de los dos necesitaba fingir ningún papel; por eso, embestí con fuerza, haciendo que con cada sacudida el sofá de cuero crujiera y su cuerpo se balanceara bajo mi mando.

—Qué rica estás —gruñí en su oído y apreté sus pechos voluminosos con posesividad.

La hija de madre respondió a la altura, apretando mi cintura con sus piernas suaves y buscando cada centímetro de mí, con el rostro transformado por el placer más crudo que jamás había visto. El ritmo con el que me la follaba era frenético y Clara cabalgaba desesperadamente sobre mi polla. Sentía el calor de su coño envolviéndome, apretándome con sus paredes internas y llevándome al límite en segundos. El sudor mezclaba nuestros olores mientras el sonido de las embestidas llenaba el silencio del ático.

No logré aguantar mucho tiempo. La sensación era demasiado intensa; el cúmulo de días sin sexo explotó en una secuencia de embestidas finales y profundas. Cuando el orgasmo me alcanzó, fue como recibir una descarga eléctrica que me dejó momentáneamente ciego. Me corrí dentro de ella con una fuerza que me hizo temblar entero, sintiendo su coño delicioso sufrir espasmos rítmicos alrededor de mi polla mientras ella también alcanzaba su límite. Nos desplomamos el uno sobre el otro en el sofá, jadeantes, con nuestros corazones martilleando en sincronía, mientras el silencio volvía a apoderarse de la sala y traía consigo el peso de lo que acabábamos de hacer.

Capítulo 22 – El Peso del Vacío

Maria Clara



Todavía estaba tumbada en el sofá y podía sentir el peso del cuerpo de Leonardo sobre el mío. Su piel permanecía caliente y su respiración ya había vuelto a la normalidad, aunque podía sentirla contra mi cuello. El techo del ático parecía súbitamente más alto, más distante, como si el mundo se hubiera expandido y me hubiera dejado flotando en un vacío donde la gravedad ya no funcionaba.

No sentía arrepentimiento. Si era honesta conmigo misma, no había una sola fibra en mi cuerpo que deseara volver atrás en el tiempo e impedir lo que pasó. Pero había una confusión densa, una niebla que se instalaba en mi pecho ahora que la adrenalina se había evaporado.

¿A dónde, exactamente, había ido a parar aquella Maria Clara responsable? ¿Quién era esta mujer que asumió el control, que lo atacó, que olvidó el profesionalismo, las barreras e incluso su propia seguridad básica en nombre del deseo? Aún sentía la humedad entre mis piernas, el recordatorio físico de que cruzamos la línea final incluso sin ninguna protección ni cautela. Y, extrañamente, lo que más me asustaba no era el riesgo biológico o profesional, sino el vacío del "después".

¿Qué debía hacer? ¿Levantarme, vestirme y pedir un Uber como si hubiera terminado mi jornada laboral? ¿O esperar a que Leo dijera algo que le diera sentido a este... naufragio? ¿Cuánto tiempo llevaba ya aquí tumbada, reflexionando sobre la locura que cometimos, mientras mi jefe parecía dormir un sueño profundo? ¿Sería su mirada sobre mí mañana de satisfacción, de indiferencia o, peor, de una extraña compasión por haber estropeado la buena relación que teníamos?

Sentí un miedo terrible de que este polvo hubiera sido el clímax de nuestra historia, cuando yo quería, desesperadamente, que fuera solo el prólogo. La incertidumbre me dejaba paralizada bajo su cuerpo, sin saber si debía pasar la mano por su cabello en un gesto de cariño o si debía huir antes de que saliera el sol y revelara la magnitud del problema.

—¿Por qué estás tan inquieta?

Mi cuerpo entero se tensó al oír la voz de Leonardo, arrastrada y perezosa, y tardé mucho tiempo en reaccionar y girar el rostro hacia él. Sus párpados temblaron sutilmente antes de abrir los ojos y mirarme.

—Pensé que estabas dormido —respondí, sintiéndome muy extraña con mi cuerpo atrapado bajo el suyo.

—Lo intenté, pero se nota tu tensión a kilómetros de distancia. —Leonardo se sentó en el sofá, sacando las piernas y desperezándose.— Mejor vamos a dormir a la cama. No quiero despertar dolorido.

Los hombres debían venir con una programación mental muy diferente a la nuestra. Solo eso explicaba el hecho de que el empresario estuviera totalmente desnudo ante mí, sin un ápice de vergüenza, ni siquiera demostrando confusión por lo que habíamos hecho. Quiero decir, el sexo es normal, lo entiendo. No debería considerarse algo del otro mundo entre personas que se gustan, que están en una relación o incluso entre extraños. Pero nuestro caso no era sencillo y yo esperaba que Leo estuviera ligeramente aprensivo como yo.

No lo estaba, era evidente. Simplemente se levantó, acariciando su abdomen y exhibiendo no solo su buen trasero, sino también su miembro dormido que, aun así, era bellísimo. Todo había pasado tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de fijarme en su cuerpo mientras lo hacíamos, lo cual era un absurdo considerando cuánto había fantaseado con ese hombre.

—¿No vienes? —preguntó él, deteniéndose en medio de la sala y mirando por encima del hombro con una naturalidad irritante.

—Yo... necesito un minuto —murmuré, sentándome en el sofá y tirando de lo que quedaba de mi vestido para cubrir mis pechos al sentirme demasiado expuesta.

Leonardo arqueó una ceja, un gesto tan característico de su arrogancia que me produjo un nudo en la garganta. Caminó de vuelta hacia mí, ignorando por completo el hecho de estar desnudo, y se paró entre mis piernas, obligándome a mirar hacia arriba. El contraste entre su imponencia y mi confusión era flagrante.

—Deja de procesar los hechos por un segundo —dijo él, sin rastro de embriaguez.— Lo que pasó aquí no fue un error de cálculo. Fue una... inversión necesaria.

—¿Una inversión? —repetí, sintiendo que una punta de irritación empezaba a sustituir mi incertidumbre.— Acabamos de

hacer algo que no tiene vuelta atrás. Sin protección, en el sofá de tu sala, y mañana a las nueve tengo que estar frente a ti con tu agenda y un café sin azúcar.

El hijo de madre atractivo se inclinó, apoyando las manos en el respaldo del sofá para no dejarme opción de escape. El olor a sexo y sudor aún emanaba de él y era una mezcla embriagadora que intentaba sabotear mi razonamiento lógico.

—Intenta ver el lado positivo: no llegarás tarde al trabajo si pasas la noche en él.

Mi rostro se encendió de inmediato, pero no solo de vergüenza, sino de rabia por su bromita en ese momento. Mi impulso fue vestirme deprisa e irme para dejar clara mi postura, pero en cuanto me levanté y miré el móvil de Leo sobre la mesita, me llevé un choque al darme cuenta de que ya pasaban de las dos de la mañana. No estaba tan loca como para pedir un Uber a esa hora y sola.

Usé un brazo para tapar mis pechos y con la mano libre me cubrí el pubis, consciente de que la imagen debía ser ridícula. Una mujer de veintisiete años con vergüenza del tipo con el que acababa de acostarse.

—Voy a... dormir en el cuarto de invitados —avisé, pasando por su lado y sintiéndome un poco mareada.

—¿Por qué? —Leo fue tras de mí y casi tropiezo cuando tocó mi cintura.— Clara...

Me giró con tanta facilidad que me sentí como una muñeca de trapo. Nuestros ojos se encontraron al instante, pero el hijo de madre los deslizó hasta mis pechos, que yo escondía con el brazo.

—¿He metido la pata? —preguntó, frunciendo el ceño.— ¿O simplemente te has arrepentido?

—¿Podemos hablar de esto cuando despertemos?

Pude ver la frustración en su mirada, pero Leo asintió en silencio, apretando los labios y retrocediendo lo suficiente para dejarme abrir la puerta. Entré en el cuarto de invitados y apoyé la

espalda en la madera, sintiendo mi pecho subir y bajar en un ritmo frenético que mi cerebro ya no podía ignorar. La oscuridad de la habitación solo era rota por la luz de la ciudad que se filtraba a través de una rendija de la persiana, dibujando líneas geométricas sobre la cama perfectamente preparada.

Estaba desnuda, desarmada y con el cuerpo aún vibrando por el tacto de Leo. Mis manos temblaban y mis rodillas parecían gelatina; además, mi corazón latía acelerado como nunca. Quizá fuera una crisis de ansiedad, no sabía decirlo, pero estaba nerviosa y sin saber qué hacer ahora. Conocía el ático casi tan bien como mi casa, pero nunca aquel espacio me pareció tan hostil como esa noche.

Me senté en el borde de la cama y me quedé rumiando la pregunta que Leo me hizo minutos atrás. ¿Estaba arrepentida? ¿Había hecho él algo malo?

La respuesta era un "no" para ambas opciones. No estaba arrepentida, estaba simplemente aterrorizada por la facilidad con la que él derribó todas mis defensas y la manera en que me sentí completa en sus brazos. Sin embargo, sabía que los cuentos de hadas no existían en la vida real y el sexo que tuvimos no significaba nada para Leonardo. Fui solo una mujer más con la que se acostó y tendría que enfrentarme a esa realidad si quería mantener nuestra amistad y mi empleo.

Decidí ducharme y fui al baño a echarme un poco de agua por el cuerpo. Después, me puse el albornoz que siempre estaba doblado en el armario y me tumbé en la sábana suave, tirando de la manta mullida e intentando sentirme arropada tras una noche de tantas emociones. El cuarto de invitados era demasiado impersonal, lo que debería ayudarme a concentrarme, pero el olor de Leonardo parecía haberse impregnado en mí. Incluso con los ojos cerrados e intentando limpiar mi mente, aún sentía el peso del vacío, esa sensación de haber saltado por un precipicio y no haber tocado fondo todavía.

—Maldita sea, Maria Clara —susurré a la almohada.

¿Dónde estaba la asistente que anticipaba crisis? ¿Dónde estaba la mujer que calculaba riesgos y tenía un plan de contingencia para todo? Se había quedado allí en el sofá, entre gemidos y embestidas salvajes. Ahora, lo que quedaba era solo una chica confundida, escondida en un cuarto de invitados, intentando desesperadamente entender si lo que pasó fue el comienzo de un sueño o el borrador de una carta de dimisión.

Me giré de un lado a otro, pero el sueño era un artículo de lujo que no podía comprar. Mis pensamientos volaban hacia el pasillo. ¿Estaría Leonardo durmiendo? ¿O estaría en su cuarto inmenso repasando la noche con la misma frialdad técnica con la que analizaba la adquisición de una empresa? Quería creer que él también estaba inquieto, pero su naturalidad al caminar desnudo por la sala sugería que, para él, el mundo seguía girando en el mismo eje. Para mí, ese eje se había roto y no tenía ni idea de cómo arreglarlo.

Capítulo 23 – Fuera del guion

Maria Clara



Tres golpes cortos y rítmicos en la puerta de madera fueron suficientes para arrancarme de un sueño pesado y sin sueños. Abrí los ojos de golpe al mismo tiempo que el techo blanco e impersonal del cuarto de invitados me situaba en un lugar que no era el mío. Por un segundo, la desorientación me hizo creer que aún estaba en Dubái, pero entonces, como un cubo de agua fría, la noche anterior se derrumbó sobre mi cabeza.

El sofá. La ropa tirada en el suelo. El toque posesivo de Leonardo. Su miembro dentro de mí.

—¡Puta madre! —murmuré, hundiendo el rostro en la almohada y sintiendo un calor insoportable subir por mis mejillas.

Ya no era solo la asistente eficiente. Era la mujer que había perdido el control en el sofá del jefe y, peor aún, la mujer que ahora estaba escondida bajo sus sábanas, muerta de miedo de abrir aquella puerta. Los golpes sonaron de nuevo, esta vez seguidos por la voz de Leonardo, que parecía peligrosamente despierta.

—¿MC? Son las ocho y media... —Hizo una pausa antes de continuar—: He hecho café y huevos revueltos solo para que no digas que no soy un caballero. Y también te estoy dejando ropa limpia colgada aquí en el pomo.

Esperé a que el sonido de sus pasos se alejara antes de armarme de valor para levantarme. Abrí la puerta con cuidado y cogí lo que Leo había dejado allí para mí. Un bóxer y una de sus camisetas viejas que él mismo usaba para dormir.

Tardé veinte minutos en arreglarme y reunir el coraje para salir de la habitación. Me sentía pequeña, insegura, como si caminara hacia mi propia ejecución. Pero al llegar a la cocina, el olor a café recién hecho y la visión de Leonardo con un delantal atado a la cintura me hicieron detenerme. Debajo de la prenda vestía solo un pantalón de chándal gris, y tenía el cabello levemente húmedo.

—Buen día —dijo, sin quitar los ojos del cuenco de comida de Brahma, lo que me dio un alivio momentáneo—: ¡Aquí tienes, grandullón!

Leo puso el recipiente en el suelo y el perro no tardó ni dos segundos en lanzarse sobre la comida. Aproveché para acariciarle la cabeza antes de sentarme y contemplar la mesa que mi jefe había servido. Digamos que había cortado un mango como nunca en mi vida lo había visto, haciendo un desastre absurdo porque estaba demasiado maduro.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté, controlándome para no burlarme.

—Ah... —Cruzó los brazos—: Nunca he cortado un mango, ¿sabes? Creo que el cuchillo no cortaba.

—Entiendo...

Me enfoqué en los huevos y serví un poco en el plato, sintiendo que Leonardo acercaba una silla y elegía sentarse justo a mi lado. Nuestros brazos se rozaron por un segundo con los movimientos apresurados y eso hizo imposible que no pensara en todo lo que pasó la noche anterior. Una vez más.

—¿Dormiste bien? —preguntó él.

—Sí, ¿y tú?

—Habría sido mejor si me hubieras hecho compañía.

El comentario hizo que casi me atragantara con el primer bocado de huevo. Sentí el calor subir por mi cuello, pero no tuve valor de desviar la mirada del plato. Leonardo no lo estaba poniendo fácil; parecía decidido a poner a prueba todos mis límites, incluso el de mi cordura.

—Leo... —murmuré, finalmente mirándolo—: Todavía estoy intentando procesar todo...

—No tenemos que convertir lo que pasó en un punto de inflexión, MC. Ambos tuvimos ganas y nos acostamos, eso es todo.

—No es así de sencillo para mí —retruqué mientras servía café en la taza—: No puedo ser tan desapegada como tú.

—¿Nunca has tenido un amigo que también sirviera para tener sexo cuando hay ganas? —Leo preguntó esto con los brazos apoyados sobre la mesa y el cuerpo inclinado hacia mí, demasiado cerca.

—¡No!

—Yo sí.

—Sí, lo sé muy bien —respondí, suspirando y girándome hacia él de una vez—: Pero somos diferentes, Leo. No sé cómo dejé que esto pasara, fue el calor del momento, tal vez el vino que tomé y...

Él soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás antes de volver a mirarme y mostrar una sonrisa muy canalla. Acto seguido, acercó sus labios a los míos lo suficiente como para que pudiera sentir su aliento.

—Habría pasado aunque estuvieras sobria, MC —declaró—: Lo planeé todo, ni siquiera estaba borracho, solo quería traerte aquí.

—¿Qué? —Tardé en entender sus palabras y lo vi sonreír aún más—: ¿Cómo que qué?

—Rafael y yo fingimos que estaba borracho solo para que vinieras a rescatarme. —El idiota se encogió de hombros—: Confieso que no sabía que llegaríamos tan lejos, pero conforme la cosa fluyó, me dejé llevar.

El choque recorrió mi espalda como una descarga eléctrica, transformando el calor de la vergüenza en una llama de puro odio. Solté el tenedor, que golpeó el plato de porcelana con un chasquido agudo, y aparté mi silla mientras sentía que mi sangre hervía.

—Tú... ¿qué? —Mi voz salió trémula con una indignación que apenas lograba contener.

—No me mires así. Fue una estrategia —dijo mi jefe con la cara más cínica del mundo—: Estabas con ese sujeto, publicando fotos de copas de vino... solo recuperé lo que es mío por derecho.

—¡Pero qué cojones, Leonardo! —Me levanté deprisa, sintiendo las lágrimas de rabia picarme los ojos—: No soy una empresa para que declares mi posesión. Crucé la ciudad desesperada, pensando que estabas en peligro, que podías tener un accidente... ¿y era todo un teatrito?

—Funcionó, ¿no? —Él también se levantó y levantó las manos con calma—: Viniste. Te preocupaste. Y, por lo que recuerdo, no parecías nada infeliz en el sofá anoche.

—Me pica la mano por estamparla en tu cara, ¿sabes?

—Pero ten en cuenta que también me gusta un poco de violencia, así que si me pegas, corres el riesgo de que me intereses más... —El idiota me guiñó un ojo y se fue acercando sigilosamente,

mientras yo retrocedía hasta sentir la pared en mi espalda—: Vale, perdona por la payasada de la borrachera. Sé que fue infantil, pero no pude resistirme. —Me tocó los hombros y deslizó las manos hacia mi cuello, dejándome erizada y nuevamente entregada—: ¿Podemos hablar de que el sexo estuvo de puta madre?

—¿De puta madre para quién? —Leo parpadeó ante mi pregunta y pareció confundido.

—¿No lo estuvo?

—Tal vez para ti —respondí, empujándolo para darme espacio —: Ya te he dicho que somos diferentes.

—Pero te corriste...

—Un vibrador también habría hecho el mismo servicio —retruqué, caminando de vuelta a la mesa y sentándome.

Lo correcto sería coger mis cosas e irme, porque necesitaba tiempo para recuperarme y sabía que Leonardo no me daría eso mientras estuviera cerca de mí. Sin embargo, también tenía que trabajar, no podía huir como una adolescente desesperada. Él parecía conmocionado por mi declaración cuando volvió a ocupar el lugar a mi lado y cogió la taza de café.

—Entonces... fue malo para ti. Vaya. Creo que nunca me habían dicho eso antes.

Observé su expresión por el rabillo del ojo y, por un segundo, sentí una satisfacción ácida al ver que su ego inquebrantable sufría una fisura. Miraba la taza de café como si acabara de anunciar la quiebra de una de sus empresas. La confianza había dado paso a un choque genuino y el silencio que siguió fue la primera victoria real que tuve aquella mañana.

—Pues sí. —Mantuve una expresión neutra mientras untaba mantequilla en una tostada con precisión quirúrgica—: Tal vez las mujeres con las que sales estén más interesadas en tu extracto bancario que en tu rendimiento, Leo. O tal vez solo quieran lo mismo que tú, es decir, satisfacción momentánea. —Estaba boquiabierto—:

Soy tu asistente, mi trabajo es ser honesta y señalar dónde fallan los procesos.

—¿Fallan? —El idiota repitió la palabra aún en *shock*—: Clara, tú estabas... me estabas clavando las uñas en la espalda. Gemiste mi nombre anoche.

—Reacción fisiológica —respondí, encogiéndome de hombros con una indiferencia que me enorgullecía poder fingir—: El cuerpo humano responde a estímulos, ya lo sabes. Pero si quieres saber si hubo una conexión real, si fue algo que cambió mi percepción sobre ti... la respuesta es no. Fue solo una forma de aliviar el estrés acumulado de Dubái.

Leo dejó la taza en la mesa con un golpe seco y el ambiente de "amigos con derechos" que intentó instaurar se había evaporado, sustituido por una tensión muy agradable. El empresario se inclinó hacia mí con la expresión más seria y los ojos entrecerrados como un buen depredador al que le han herido el orgullo.

—¿Así que soy solo un vibrador de lujo con piernas para ti?

—En este momento, eres mi jefe que está a punto de llegar tarde a una reunión por videoconferencia —retruqué, mirando el reloj del móvil—: Y que, además de mentir sobre su borrachera, parece tener una dificultad enorme para aceptar críticas constructivas.

Él rio sin pizca de humor.

—Vale. —Leonardo se levantó, quitándose el delantal y dejando que el pantalón de chándal marcara cada movimiento de sus caderas —: Pues que sepas, MC, que si el servicio fue insatisfactorio, soy un hombre que valora la garantía de calidad y no dejo a una cliente insatisfecha.

—No soy tu cliente.

—No. —Se detuvo frente a mí, apoyando ambas manos en la mesa e inclinándose hasta que nuestros rostros estuvieron a centímetros de distancia—: Somos mucho más que eso. Voy a

demostrarte que ningún vibrador se acerca a lo que puedo hacer cuando estoy enfocado en un objetivo.

Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo, pero le sostuve la mirada. El juego había subido de nivel. Su mentira había roto mi confianza, pero mi mentira sobre su rendimiento había destruido su paz.

Capítulo 24 – Saldo Deudor en la Cama

Leonardo



Nunca he sido un hombre que acepte derrotas, mucho menos en un terreno donde siempre me he considerado, modestia aparte, un maestro. Pero allí estaba yo, caminando por los pasillos impecables del Shopping Cidade Jardim, con el ego más herido que el de un heredero que acaba de ser desheredado. Incluso después de horas de trabajo, el desdén de Maria Clara seguía ocupando mi

mente, golpeando como un martillo insistente en mi orgullo que, antes, estaba intacto.

Inaceptable. Difamatorio. Y, por encima de todo, un desafío que no dejaría pasar por alto.

Por eso, después de salir a almorzar y resolver algunos pendientes en la calle, hice lo que cualquier hombre maduro y enfocado en el control de daños haría: arrastré a mi asistente a una tarde de compras estratégicas. Si ella quería una atención de calidad, empezaría mostrándole lo que significaba el estándar de excelencia Montenegro, desde el corte de un traje hasta la atención a los mínimos detalles.

—Leonardo, tenemos una reunión programada para el final de la tarde —dijo MC, caminando dos pasos detrás de mí, con ese tono de voz profesional que ahora me irritaba profundamente.

—Si no da tiempo, simplemente cancélala —respondí, entrando en una tienda de moda de baño que me gustaba bastante.— Y deja de mirar el reloj. Estás en horario de servicio, ¿no?

En cuanto cruzamos la puerta, un vendedor ya me recibió con una sonrisa enorme y nos dirigió a los sillones de terciopelo para que esperáramos mientras él buscaba las piezas de la nueva colección. Mientras tanto, observaba a Maria Clara de reojo, con el móvil en la mano, intentando mantener la fachada de indiferencia que ella juraba que yo me estaba creyendo. Pedí probarme algunos bañadores de tipo *sunga* y pronto comencé el desfile. Nunca he sido fan de la exposición gratuita, pero para quien había sido comparado con un objeto de plástico a pilas esa mañana, aquello era una cuestión de honor.

Salí del probador con un modelo azul marino, de corte impecable, que no dejaba absolutamente nada a la imaginación. La tela tecnológica abrazaba cada contorno de mi cuerpo y me esmeré en caminar con la confianza de quien sabe el impacto que causa. Me paré justo frente a Maria Clara, que estaba con los ojos pegados a la pantalla del móvil, tecleando furiosamente.

—¿Me queda bien? —pregunté, cruzando los brazos y ensanchando levemente el pecho.— ¿El ajuste es adecuado para una fiesta en la piscina en Angra o crees que le falta algo?

Levantó la mirada despacio. Vi el momento exacto en que se quedó paralizada con el pulgar en el aire y sus ojos recorrieron la extensión de mis piernas, subieron por el relieve del bañador y se detuvieron en mi abdomen. El silencio duró tres segundos —tres segundos de pura victoria para mi ego.

—El color es bonito —respondió la hija de madre, con la voz más ronca de lo normal, aunque intentaba mantener el tono de aburrimiento.— Pero tal vez una talla más no dejaría todo tan... comprimido.

—¿Ah, sí? —Di un paso al frente, invadiendo su espacio personal hasta que el olor de mi perfume la alcanzó.— Pensé que te gustaba la presión, MC. Al menos, eso fue lo que pareció cuando te montaste en mí ayer.

—El vendedor está volviendo —siseó ella, desviando la mirada hacia el perchero de ropa, pero noté que las puntas de sus orejas estaban rojas.

—Deja que vuelva. Le pagan para vender, no para cuidar la vida ajena.

Me estaba divirtiendo porque la incomodidad de la chica era mi combustible. Cada vez que intentaba ningunearme con aquella mentira descarada sobre nuestra noche, sentía unas ganas aún mayores de demostrarle que era capaz de hacerle olvidar su propio nombre, no se diga ya un juguete sexual. Me negaba a creer que Maria Clara había sido cien por cien sincera esa mañana. Quiero decir, sentía que ella estaba disfrutando. No era tonto; sabía perfectamente dar placer a una mujer y nunca escatimé esfuerzos para que el sexo fuera bueno para ambos. Algo me decía que aquella percepción de la chica no tenía tanto que ver conmigo, sino con sus propios sentimientos y expectativas. Sabía que se había quedado insegura; vi en sus ojos, cuando se encerró en el cuarto de invitados, que tenía miedo y vergüenza de las consecuencias. Uno

de los mayores y más eficaces métodos de defensa era el ataque; por lo tanto, tenía sentido que se portara de esa manera.

El vendedor reapareció con una sonrisa entrenada, sosteniendo dos opciones de colores diferentes y una botella de agua mineral importada. Ni me digné a volver al probador; me quedé allí, parado frente a ella, ostentando cada centímetro de músculo y la confianza que la hija de madre tanto intentaba tambalear.

—Me llevaré los tres colores —anuncié, sin desviar los ojos de Clara.— Y pon en la cuenta también aquel conjunto de salida de playa en seda que está en el escaparate. Creo que combinará con el tono de piel de mi asistente.

—Leonardo, no necesito... —empezó ella, pero la corté con un gesto de la mano.

—Es un regalo, nada más.

El vendedor se retiró a la caja, radiante con la comisión fácil, y el silencio entre nosotros volvió a ser pesado. Veía los engranajes en la cabeza de Maria Clara girando sin parar. Estaba furiosa, pero también fascinada. El ataque sobre mi rendimiento probablemente había servido como un escudo, una forma de retomar el poder que sintió que perdió cuando se entregó a mí. Me acerqué aún más, bajando el tono de voz para que solo ella escuchara, mientras el sonido ambiente de la tienda —una bossa nova suave— llenaba el espacio.

—Podemos planear un viaje de fin de semana para estrenar nuestras compras —sugerí, viéndola estremecerse cuando rocé mis labios en su oreja.— ¿Qué te parece?

—Creo que estás delirando con el exceso de aire acondicionado de este centro comercial —retrucó con rabia contenida, aunque la reacción de su cuerpo contaba una historia muy diferente.

Clara dio un paso a un lado, intentando recuperar la compostura y el espacio personal que yo insistía en invadir. Se ajustó la correa del bolso en el hombro y me miró con una chispa de desafío a la que me estaba empezando a volver adicto.

—Primero, no soy tu acompañante de lujo para usar tus regalos contigo en viajes de fin de semana. —Clara levantó el dedo índice y la barbilla, toda guapa y enfadada de esa forma.— Segundo, tengo planes y ninguno de ellos incluye quedarse atrapada en una casa de playa con un hombre que cree que el mundo gira en torno a su propio ombligo... o de otras partes de su anatomía.

—¿Planes? ¿Con quién? ¿Con el chico del helado otra vez? —provoqué, sintiendo una punzada de irritación que intenté disfrazar con una sonrisa cínica.— Pensé que el inventario de vainilla se había agotado anoche.

—Su nombre es Rodrigo y es, como mínimo, más honesto que tú, que necesitas fingir un coma etílico para conseguir compañía —la condenada soltó la pulla, pero antes de que pudiera continuar, el vendedor regresó con las bolsas y nos interrumpió unos segundos.

Las tomé con una mano y, con la otra, toqué el brazo de Maria Clara para guiarla hacia la salida, sin dejar de notar que el contacto de mi piel contra la suya parecía cargar el aire de electricidad estática.

—Rodrigo puede ser honesto, amorcito, pero él no te va a dar lo que yo te doy. Y no hablo de bienes materiales. —Me incliné una vez más, hablando bajo, casi pegado a su rostro.— Me refiero al nudo en el estómago que estás sintiendo ahora y que él nunca va a conseguir provocar, ni aunque viviera cien años.

Abrió la boca para replicar, pero las palabras parecieron morir en su garganta. Sus ojos bajaron un segundo a mi boca antes de volver a los míos, y en ese instante, supe que necesitaba batallar para demostrar mis argumentos. Lo que hice a continuación me costó un pellizco en el pezón, pero no perdí la oportunidad de robarle un "piquito" a la chica que quería matarme.

—¡Ay! —exclamé, soltando una risa corta y genuina mientras me llevaba la mano al pecho.— ¡Qué violenta, MC!

—¡Eres un idiota, Montenegro! —gruñó la gatita feroz, limpiándose la boca con el dorso de la mano como si estuviera eliminando un rastro de veneno, pero sus mejillas estaban tan rojas

que podían competir con su vestido de la noche anterior.— ¡Estamos en público! ¡El vendedor sigue en la puerta!

—Está ocupado contando la comisión que acaba de ganar, no está mirando tu boca —me burlé, guiñándole un ojo antes de entrelazar su brazo con el mío.— Aún quiero pasar por algunas tiendas más, necesito que me ayudes a elegir unas piezas nuevas de ropa de cama y baño.

—Realmente has decidido que hoy es el día de las compras.

—Tengo que aprovechar tu compañía, ya que conoces las medidas, sabes los colores que combinan con la decoración y, por encima de todo, tienes un gusto impecable para las texturas —respondí, manteniendo nuestros brazos entrelazados mientras entrábamos en una de mis tiendas favoritas del sector.— Además, después de ayer, decidí que las sábanas necesitan un conteo de hilos más alto. Algo que no agreda tu piel... sensible.

Clara apretó el paso, intentando mantener la postura de asistente que organiza la vida del jefe, pero sus mejillas delataban que había entendido lo que había entre líneas.

Después de dejar algunos miles de reales en el centro comercial, pensé que volvería a mi ático, pero debido a la hora, Maria Clara pidió que la dejara en su casa. Quise replicar e inventar una excusa para mantener a la chica pegada a mí, pero sabía que no podía abusar de la suerte. Estaba muy callada dentro del coche, mirando Instagram y viendo vídeos aleatorios cuando me di cuenta de que estaríamos demasiado tiempo en el atasco de un cruce.

—¿Qué te parece si vamos a cenar? —pregunté de repente.— Puedo tomar el próximo retorno. Así huimos de este tráfico parado y tomamos el contraflujo y...

—Llevo todo el día usando tu ropa, Leo. —Clara suspiró y pasé los ojos por la camiseta que le presté y el pantalón vaquero que solo se mantenía en su cuerpo gracias al cinturón.— Necesito mi casa, mi ducha y mi cama.

—No estoy diciendo que no te vaya a llevar, pero si paramos a cenar, después pillaremos un tráfico más tranquilo.

—Realmente quiero irme ya a casa —declaró ella, apagando la pantalla del móvil y mirando por el cristal de la ventana.

—¿Tan insoportable estoy siendo?

Su rostro giró hacia mí y sus ojos se entornaron un segundo antes de volver a la normalidad.

—Yo no... me acuesto con extraños, Leo.

—¿Y yo soy un extraño desde cuándo?

—Lo que quiero decir es que vemos el sexo de forma diferente —explicó Clara, desviando la mirada.— No puedo tomarme esto a la ligera... Yo... hm... no puedo apegarme. —Puso una sonrisa triste en su rostro.— ¿A quién vas a contratar para que me despida dentro de una semana?

Abrí y cerré la boca, dándome cuenta de que el hechizo se había vuelto contra el hechicero. Acababa de lanzarme a la cara exactamente lo que le habían pagado por hacer diversas veces en los últimos años. Y de acuerdo, no era precisamente un ejemplo de ciudadano cuando el tema involucraba relaciones, pero... joder... ¿por qué me sentía frustrado?

—La cuestión es que me gusta tu compañía —comenté.— No es como si fuera a descubrir una manía tuya insoportable y quisiera librarme de ti.

—¿Estás queriendo decir que quieres acostarte conmigo de nuevo solo porque las cosas son fáciles entre nosotros?

—No. —Sacudí la cabeza, frustrado, dejando que el coche avanzara solo los míseros metros que el tráfico permitía.— Olvídalo.

Miré el parabrisas, viendo las luces de freno de los coches de delante y sintiendo una punzada de irritación que no tenía nada que ver con el tráfico y todo que ver con la barrera que Maria Clara acababa de levantar.

—Podemos cenar el fin de semana —dijo ella de repente, casi en un susurro.— Pero no te hagas expectativas pensando que va a pasar algo más.

—No me las haré. —No pude controlar la sonrisa.— Prometo que me portaré bien.

Giré el rostro y la observé con los ojos fijos en el parabrisas, sin querer dar su brazo a torcer y mirarme. Por eso, la pillé por sorpresa al inclinarme hacia ella y besar la comisura de su boca. Maria Clara solo sacudió la cabeza, pero no se quejó. La dejé en paz cuando la chica volvió a mirar el móvil y conduje con un poco más de entusiasmo por el tráfico caótico de São Paulo.

Capítulo 25 – Cálculo de Riesgo

Maria Clara



El sonido de mi móvil vibrando en la mesita de noche a las cuatro de la mañana jamás podría ser señal de buenas noticias. Casi siempre, la llamada llega para anunciar alguna tragedia o a un exnovio borracho sin nada que hacer —y dudaba mucho que fuera esta última opción.

Tomé el aparato sin siquiera abrir bien los ojos, porque tenía mucho sueño, y no presté atención a lo que ponía en la pantalla; por

lo tanto, me llevé un susto al oír la voz de Leonardo.

—Clara... —Parecía gemir.— Estoy... de camino al hospital.

—¿Qué? —Me senté deprisa en la cama.— ¿Qué ha pasado? ¿Has tenido un accidente?

El sueño que sentía desapareció en el mismo segundo y ya me estaba poniendo de pie, buscando el interruptor del cuarto y encendiendo todas las luces.

—Es un dolor... en la espalda. No puedo... ¡joder! Parece que tengo un cuchillo atravesándome. —La vulnerabilidad en su voz me golpeó como un puñetazo porque Leo no solía ponerse enfermo y no era tan sensible al dolor.

—Voy a cambiarme y buscaré la forma de llegar hasta ti —avisé.— No sueltes el móvil, ¿vale?

Ni siquiera esperé a que terminara de hablar y colgué, lanzando mi teléfono sobre la cama mientras corría a ponerme ropa adecuada para pasar horas en un hospital.

Crucé la ciudad en tiempo récord, ignorando el frío de la madrugada y la confusión de los últimos tres días. Desde que Leo me dejó en casa con aquellas ropas prestadas, habíamos mantenido una distancia profesional casi insoportable.

El vestíbulo de urgencias estaba sumergido en un silencio que solo las madrugadas en un lugar como aquel poseen. Caminé directo hasta la recepción y puse mi identidad sobre el mostrador sin esperar a ser llamada.

—Buenos días —dije, jadeante.— Soy la acompañante de Leonardo Montenegro, que ha ingresado hace poco. ¿Cómo hago para encontrarlo?

Mi jefe pagaba uno de los mejores seguros médicos del país, así que solo frecuentaba hospitales de élite donde al paciente se le trata como a un rey. Aun así, la empleada me miró con una calma que me dio ganas de sacudirla, probablemente pensando que estaba estropeando su madrugada silenciosa. Tras unos segundos que parecieron horas, me indicó el sector al que Leo había sido derivado

y pasé por el guardia de seguridad tras pegarme el adhesivo blanco en el pecho.

Mi jefe había sido ubicado en un box privado de urgencias y, cuando crucé la puerta, me quedé momentáneamente impactada. Estaba tumbado en la cama, vistiendo una de esas batas que hacían que cualquiera pareciera ridículo, pero en él solo resaltaban la palidez de su rostro. Estaba de lado, encogido en posición fetal como jamás imaginé verlo. Su frente estaba cubierta por una fina capa de sudor y sus dedos apretaban las barandillas laterales de la cama con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos.

—¿Leo? —susurré, acercándome despacio.

No abrió los ojos de inmediato. Un gemido bajo y sufrido escapó entre sus dientes cerrados, y vi el momento exacto en que una nueva ola de dolor lo golpeó. Su cuerpo se tensó y los músculos de la espalda se contrajeron bajo la tela fina de la bata.

—¿Clara? —Su voz salió tan ronca y frágil que sentí un nudo en el pecho.

—Aquí estoy —respondí, sujetando la mano que tenía libre y sintiendo su piel gélida.

En el instante en que mis dedos envolvieron los suyos, la tensión en su mandíbula pareció ceder apenas un milímetro. Me apretó la mano de vuelta como si yo fuera lo único que le impedía ahogarse en aquel dolor agudo. Ver a Leonardo así, desprovisto de toda su armadura de poder, de sus bromas de canalla y de esa autoconfianza irritante, me hizo darme cuenta de lo profundamente perdida que estaba por él.

—¿Por qué tardaste tanto? —murmuró, intentando forzar una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Vine lo más rápido que pude, idiota —dije bajo, sintiendo que me ardían los ojos.— ¿Qué tienes?

—No lo sé... —respondió en un susurro mientras cerraba los ojos con fuerza.— Siento como si alguien me estuviera retorciendo las entrañas con un gancho.

Hice una lista mental de todas las posibles enfermedades que causaban dolores del pecho hacia abajo, que era lo que parecía ser el caso de mi jefe, pero no tardó en entrar un médico en el pequeño cuarto con un *tablet* en mano y una mirada atenta hacia Leo.

—Buenos días —me saludó con una sonrisa amable, de esas que los médicos ensayan para calmar a los familiares en pánico.— Soy el doctor Gustavo, urólogo de guardia.

Parecía demasiado joven, pero su postura segura me trajo un alivio inmediato.

—El Sr. Montenegro ha ingresado con un cuadro clásico de cólico nefrítico —continuó, acercándose a la cama.— Le hicimos una tomografía en cuanto llegó, lo que confirmó nuestras sospechas. Tiene una piedra de cinco milímetros localizada en el uréter medio del lado izquierdo.

—Mierda —rezongó Leo, intentando cambiar de posición.

—Cinco milímetros... —repetí, intentando visualizarlo.— ¿Es mucho? ¿Necesitará cirugía?

—Es un tamaño límite —explicó el Dr. Gustavo, girando la pantalla del *tablet* para que pudiera ver una imagen en tonos grises con un pequeño punto brillante rodeado en rojo.— No es tan pequeña como para pasar desapercibida, pero tampoco tan grande como para exigir una intervención quirúrgica inmediata, como una ureteroscopia. El plan ahora es lo que llamamos expulsión asistida.

—¿Y qué significa eso en la práctica? —pregunté, sintiendo la mano de Leonardo apretar la mía con un poco más de fuerza, como si estuviera procesando la noticia conmigo a través del tacto.

—Significa que vamos a darle una ayudita a su cuerpo. El Sr. Montenegro se irá a casa con una combinación de analgésicos potentes, antiinflamatorios y un medicamento específico para relajar la musculatura del conducto y facilitar el descenso de la piedra. Le daremos el alta en unas horas, en cuanto el dolor esté totalmente estabilizado por la medicación intravenosa.

Miré a mi jefe y vi que seguía la conversación con los ojos entrecerrados y la expresión aún tensa.

—Sin embargo —el médico ponderó, endureciendo su expresión—, el reposo debe ser absoluto. Debe beber cerca de tres litros de agua al día y necesita asistencia porque las crisis de dolor pueden volver en oleadas hasta que el cálculo sea expulsado.

—De acuerdo —afirmé, antes incluso de que Leonardo pudiera protestar o intentar negociar su independencia.— Le garantizo que seguirá cada línea de su prescripción.

—No aguanto más este dolor, doctor... —mi jefe gimió y pude ver el pánico en sus ojos.— O sea, todavía duele, pero así como ahora puedo vivir. Pero con el dolor de antes...

—Lo sé —respondió el médico.— El dolor que sintió es el pico del cólico renal. Eso ocurre cuando el uréter se contrae intentando empujar el cálculo.

Leonardo soltó un suspiro pesado y hundió la cabeza un poco más en la almohada.

—Así que puede volver... —murmuró, no como pregunta, sino como constatación.

—Puede —confirmó el médico, sin rodeos.— Y probablemente volverá, en oleadas. A veces más débil, otras más intensa. Por eso tiene que seguir la prescripción rigurosamente.

Mi jefe me lanzó una mirada de pánico.

—Lo mantendremos en observación unas dos o tres horas más —declaró el médico de guardia.— Si el dolor sigue controlado, tendrá el alta para reposar en casa. Si hay fiebre, vómitos o un dolor que no cede ni con la medicación, tendrá que volver, ¿vale?

Leonardo asintió despacio, pareciendo muy asustado y, sobre todo, incómodo al moverse todo el tiempo.

—¿Cuánto tarda en salir esta maldita piedra? —cuestionó.

—Puede ser cuestión de días o puede llevar algunas semanas. Cada cuerpo reacciona de una forma y la buena noticia es que el

tamaño de su cálculo permite la eliminación espontánea. La mala noticia es que el proceso exigirá paciencia.

—La paciencia no es mi fuerte —murmuró él.

—Todo saldrá bien, Sr. Montenegro —retrucó el médico con serenidad.

Le dio dos golpecitos leves a la barandilla de la cama antes de volver a mirar el *tablet* y retroceder. Acto seguido, dijo que podía buscarlo si necesitaba algo y se despidió con un gesto educado. Cuando nos quedamos solos en el box privado, miré a Leonardo y lo vi intentar encontrar una posición, sin parecer tener mucho éxito.

—Me has asustado —avisé, acercándome y ajustándole la almohada.— Ha dolido mucho, ¿verdad? Dicen que ese dolor es horrible.

—El peor que he sentido en toda mi vida. —Leo respiró hondo, cerró los ojos otra vez y dejó caer la cabeza hacia un lado, hacia mí.— Gracias por venir. Siento la hora intempestiva, pero desperté aullando de dolor.

Observé su cuerpo musculoso tumbado en aquella cama de hospital y me extrañó la visión, porque no estaba acostumbrada a ver a Leonardo Montenegro tan vulnerable.

—¿Puedes quedarte conmigo estos días? —pregunto.

—Claro que sí. Me quedaría aunque no fuera mi trabajo.

—Pero en parte no lo es, ¿no? —murmuró él, encogiéndose de hombros.— Tu horario termina a las seis de la tarde.

—No será el fin del mundo, Leo —declaré, sentándome en el sillón tapizado.— Además, también estoy pensando en mí. Si me quedo una semana en tu casa, serán siete días de ahorro en luz, agua y comida. Es casi como alojarse en un hotel de cinco estrellas sin gastar un céntimo.

Leonardo esbozó una sonrisa cansada, pero su expresión pronto se contrajo de nuevo y se llevó la mano al abdomen.

—Mierda... Necesito mear.

Miré a mi alrededor, dándome cuenta de que no había ningún baño allí dentro, así que tendríamos que salir del box y buscarlo en el pasillo. Por tanto, antes de que pidiera ayuda, ya estaba a su lado, ayudándolo a levantarse y observando la bata de hospital.

—Estás encantador con este look —me burlé.

—Mi culo, MC —murmuró Leo.— No dejes que se me vea el culo.

Ahogué una risa y le cerré la ropa lo mejor que pude, evitando que Leonardo desfilara exhibiendo el trasero ante las enfermeras. Lo sujeté firme del brazo, sintiendo el calor de su piel contra la mía. Él apoyaba gran parte de su peso en mí, y cada paso que dábamos por el pasillo silencioso parecía exigir un esfuerzo monumental. El hombre que estaba acostumbrada a ver siempre impecable ahora caminaba demasiado despacio, con el ceño fruncido y la mano libre presionando el lateral de su cuerpo.

—Si alguien me ve así, pierdo mi reputación de indestructible en cinco minutos —rezongó cuando nos detuvimos ante la puerta del baño.

—Tu secreto está a salvo conmigo —respondí mientras le abría la puerta.— Y, ¿honestamente? Al menos eres guapo. Ni siquiera esta bata de algodón que ha visto días mejores ha logrado apagar tu encanto, Boss.

Soltó un sonido que casi pareció una risa, pero que terminó en un suspiro de incomodidad. Incluso pálido y bajo el efecto de los fármacos, ese brillo de sarcasmo que era su marca registrada asomó por un segundo.

—¿Necesitas que entre? —pregunté.

—Por muy tentadora que sea la propuesta de tener tu mano sosteniendo mi polla, todavía puedo hacerlo solo. —El idiota me guiñó un ojo.— Por ahora.

—Gilipollas —murmuré, sintiendo que mis mejillas se calentaban.— Esperaré aquí fuera y fingiré que no has dicho esa tontería.

—Reza para que la piedra salga.

—¿Tan fácil? —Chasqueé la lengua al apoyarme en la pared opuesta del pasillo.— No sé yo, ¿eh?

—¿Me odias? —preguntó antes de cerrar la puerta.

Me quedé mirando a la nada mientras oía los ruidos comunes de un hospital. La vida era realmente una caja de sorpresas. Hace tres días estábamos en pie de guerra en un centro comercial. Ahora, yo estaba haciendo guardia en la puerta de un baño de urgencias en mitad de la madrugada. Y tendría que ser su niñera exclusiva por unos días. Necesitaba entender si el destino me quería y me estaba dando un empujoncito o si esto era algún tipo de broma de mal gusto que debía aceptar.

Capítulo 26 – Cinco Milímetros de Humildad

Leonardo



Si me hubieran dicho, una semana atrás, que estaría cruzando mi propio *hall* apoyado en Maria Clara, intentando no aullar de dolor a cada paso que daba, probablemente me habría reído en la cara del infeliz. Pero allí estaba yo, sintiendo la fragancia de vainilla de su cabello mezclada con el olor a hospital, dependiendo de la chica para llegar hasta el sofá sin desmoronarme totalmente.

Cuando finalmente me dejé caer sobre los cojines del sofá, solté un suspiro que pareció cargar con todo el peso del mundo. Mi zona lumbar latía, un recordatorio constante de que la maldita piedra estaba haciendo un tour no autorizado por mis conductos internos, pero estar en casa, con Clara circulando por el ambiente, hacía que el escenario fuera menos trágico.

—¿Quieres ir a tu habitación? —preguntó la chica, parándose frente a mí con las manos en la cintura, en una postura de quien ahora manda en el lugar.

—Por ahora, no. Me siento menos inválido aquí en medio de la casa —rezongué mientras ella empujaba la mesa de centro para acercarla a mí.— Son las siete y media, MC. Ve a dormir un poco. Descuida, que yo me las apaño solo sin problemas.

Quería que descansara, pero lo que siguió en las horas posteriores fue una Maria Clara extremadamente agitada, lista para resolver todos los contratiempos que aparecieran en su camino. Le prestó atención a Brahma, ese traidor descarado, que apenas notó mi llegada y solo estuvo tras los pasos de ella todo el tiempo. Le puso su ración en el cuenco, lavó el recipiente del agua y desapareció en el área de servicio, probablemente limpiando su zona.

Cuando volvió a la sala minutos después, se estaba recogiendo el cabello en una coleta y quitándose la chaqueta fina que vestía. Le lancé una sonrisa mientras la chica era "acosada" por mi perro, que se frotaba contra sus piernas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Necesito dormir. Intentarlo, al menos. —Empecé a levantarme del sofá y Clara vino deprisa a sostenerme con sus manos en mi cintura.— Te juro que no soy un inválido.

—Lo sé, pero quiero ayudar.

Me soltó con un poco de resistencia, pero cuando vio que caminaba sin dificultad, retrocedió y permitió que pasara. Me costaba aceptar ese tipo de cuidados porque estaba muy

acostumbrado a mi independencia, pero entendía que Maria Clara tenía buenas intenciones.

—Quiero aprovechar que no tengo dolor ahora y darme una ducha —avisé, caminando hacia mi *suite*.— Detesto los hospitales, así que no quiero acostarme con el cuerpo sucio.

—Sabia decisión —respondió ella, acompañándome como una sombra protectora.— Pero nada de echar la llave, Leo. Si te pones mal ahí dentro y está cerrado...

—Prometo dejar la entrada libre para que te unas a mí cuando quieras —provoqué, guiñándole un ojo y viéndola poner los ojos en blanco.

Entrar en mi baño me trajo una sensación de paz, principalmente cuando me quité la ropa con olor a hospital. Encendí la ducha, dejando que el agua se calentara hasta que el vapor empezara a empañar los cristales del box, y me puse bajo el chorro fuerte. Por unos segundos, me quedé con los ojos cerrados y sentí los chorros golpear mis músculos tensos, ayudándome a relajarme un poco.

Salí del baño minutos después, sintiéndome mínimamente humano, a pesar de esa sensación de que en cualquier momento el dolor podría volver con fuerza. Me enrollé la toalla a la cintura y, al abrir la puerta de la habitación, la escena que encontré me hizo detenerme un segundo.

Maria Clara no estaba solo esperándome. Había asumido el control total de mi santuario. La ropa de cama nueva que compramos en el centro comercial ya estaba estirada sobre la cama con una perfección que rozaba lo obsesivo. El olor a limpieza y la frescura que emanaba de allí eran el opuesto exacto de aquella sala de urgencias estéril.

—Eres rápida, MC. No tardé ni diez minutos ahí dentro —comenté, caminando despacio hasta el borde del colchón.

Se asustó, girándose con una de las almohadas en los brazos. Su mirada recorrió mi pecho aún húmedo, bajó por la línea de la toalla en mi cadera y volvió a mi rostro con una rapidez increíble. Vi

sus mejillas ganar aquel tono rosado que tanto me gustaba provocar, pero esta vez había una preocupación genuina que intentaba enmascarar con su eficiencia habitual.

—El médico dijo que necesitas comodidad y, ya que ayudé a elegir todo esto, me pareció justo estrenarlo ahora para ver si cumple su promesa de calidad —retrucó ella, intentando recuperar el tono profesional, aunque su voz era un poco más baja de lo normal.

—Justo —acordé, sentándome con cuidado. El tacto de la tela en mi piel era una caricia.

El dolor dio una señal de vida, una punzada en el costado, y terminé encogiendo el cuerpo hacia adelante con un suspiro contenido. En el mismo instante, sentí las manos de Clara en mis hombros, estabilizándome y transmitiéndome un calor agradable.

—¿Quieres que te traiga ropa? —preguntó.

—Puedo hacerlo yo, MC.

—Te estoy ordenando que te estés quieto —me retrucó con mala cara.— Voy a traerte un calzoncillo y un pantalón.

Sonreí, satisfecho y sin muchas ganas de discutir con la chica. La observé caminar hacia mi *closet* con una determinación que solo tenía cuando estaba decidida a ganar una batalla. Brahma la siguió con su rabito corto meneándose y trotando con las orejas tiesas, como si fuera el fiel escudero de la nueva general de la casa.

Aún en la misma posición, tomé aire por la nariz despacio, respirando hondo y pensando en la mierda en la que me había metido. Justo ahora tener que pasar por esto no estaba en mis planes. Necesitaba que la piedra fuera expulsada cuanto antes para poder volver a mi rutina.

Cuando Maria Clara regresó trayendo un calzoncillo negro y un pantalón de chándal gris, de esos que solía usar solo para dormir o para los raros momentos de pereza absoluta en domingo, me puse de pie y me quité la toalla.

—¡Leo! —Giró el rostro y me lanzó las prendas encima.— ¿Qué estás haciendo?

—Me viste desnudo hace días.

—¿Y qué? —La chica se puso de espaldas y cruzó los brazos.— Eres un poco idiota, de verdad...

Sonreí mientras me vestía, sintiéndome mucho mejor por aquel momento. Siempre era muy agradable ver esa fachada tan firme agrietarse un poco ante mí.

—Ya puedes darte la vuelta, MC. No voy a traumatizarte más de lo que el cólico nefrítico ya lo está haciendo —avisé, con la voz cargada de una diversión que el dolor no lograba apagar por completo.

Oí su suspiro de indignación antes de que girara sobre sus talones. Clara me miró con los ojos entrecerrados, pero el rubor en sus mejillas desmentía su mueca de enfado. Era fascinante cómo, incluso después de tantos años y de haber cruzado la línea física de forma tan intensa en el sofá, aún guardaba ese pudor casi inocente conmigo. O tal vez era solo su mecanismo de defensa intentando restaurar el orden en el caos.

—Eres un exhibicionista, Leonardo. ¿Es un síntoma clínico o solo narcisismo? —preguntó, acercándose para recoger la toalla que yo había dejado sobre el colchón.

—Es confianza. —Bromeé, sintiendo el cuerpo más ligero.— Deberías saberlo, ya que fuiste tú quien ayudó a construir la imagen de este "producto" a lo largo de los años.

El pantalón de chándal era suave y cómodo, pero lo mejor de todo era la forma en que Clara se movía por mi habitación. No parecía una intrusa; parecía la pieza que faltaba para que aquel ambiente dejara de ser un escaparate de revista y se convirtiera en un lugar habitado. Vi cómo estiraba la sábana blanca una última vez, asegurándose de que no hubiera ni una sola arruga fuera de lugar, y me hizo una señal con la cabeza para que me tumbara.

—Anda, acomódate ya —pidió.— Voy a buscar el agua que vas a tener que beber. Intenta no llorar mientras no estoy.

—Intentaré portarme bien, pero no prometo nada. La medicación me vuelve... impulsivo.

Refunfuñó bajito para que no la oyera bien y me dejó solo, mirando al techo y escuchando el sonido de las patas de Brahma golpeando el suelo mientras la seguía. Era una sensación extraña de plenitud. El dolor seguía allí, como un fantasma rondando mi zona lumbar, pero el saldo de aquella mañana era inesperadamente positivo.

Mientras esperaba, acomodé mis almohadas y me cubrí con el edredón, encendiendo el aire acondicionado del cuarto a veinte grados. Pensé que no sería tan malo si intentaba dormir un poco, y en eso estaba pensando cuando sentí que me sacudían el hombro y abrí los ojos.

—No quería tener que despertarte, pero es hora de la medicina y además no has bebido agua desde que llegamos —dijo Maria Clara.

—Yo... —Parpadeé unas cuantas veces, confundido, luego me senté en la cama y miré alrededor.— ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Unas cuatro horas.

—¡Puta mierda! —Tomé el vaso de su mano y la pastilla que debía tomar.— ¿Y tú? ¿Has llegado a tumbarte un poco?

—Todavía no, ni lo haré. —Se levantó y hurgó en la mesita de noche, atrayendo mi atención.— Aquí tienes el analgésico por si lo necesitas. Tengo que ir a casa para coger ropa y otras cosas, ya que voy a pasar unos días aquí contigo. Marlene ya ha llegado, así que si pasa algo, hay alguien aquí para ayudar mientras no estoy.

—¿De verdad me vas a dejar solo con Marlene? —rezongué, haciendo un poco de drama mientras observaba a Maria Clara revisar el contenido del botiquín.— Es una empleada excelente, pero dudo que me vaya a dar la mano si empiezo a ver estrellas de dolor otra vez.

—Marlene es perfectamente capaz de marcar el número de urgencias si te desmayas. Además, Brahma está de guardia. —La

hija de madre señaló a mi perro, que estaba convenientemente tirado en la alfombra, roncando más fuerte que un motor de tractor. — Él te protegerá de cualquier mal.

Intenté forzar una sonrisa, pero un pinchazo molesto en el costado me hizo retroceder contra el cabecero.

—Coge tus cosas y vuelve pronto —pedí con una honestidad que me sorprendió.— Prefiero tus desplantes al silencio de este ático. Pero antes, ¿puedes darme un besito?

—Creo que no.

—Solo uno —imploré, frunciendo los labios.— En caso de que muera mientras estás fuera, quiero recordar haber recibido un poco de cariño.

Por la mirada que me lanzó, Clara estaba preparada para mandarme a la mierda, pero algo cambió rápidamente en su expresión y realmente reflexionó sobre mi petición. Hasta que se acercó y me dio el "piquito" más fugaz de mi vida.

—¡Intenta no ponerte mal en las próximas horas y bébete la dichosa agua!

—Sí, señora.

Salió sin mirar atrás y yo volví a tumbarme después de unos minutos, sintiéndome extrañamente ansioso por su regreso. Por eso, para ocupar mi mente sin salir de la cama, tomé el mando de la televisión y busqué algo que ver. No una película de policías ni una serie de suspense, nada de eso. Acabé eligiendo una comedia romántica idiota, del tipo que raramente me detenía a consumir.

Capítulo 27 – Efectos Colaterales

Maria Clara



Ya había visto *Avatar* 1 y 2 años atrás e incluso me encantaba esa franquicia de películas, pero confieso que revisitar las historias en aquel momento no estaba funcionando muy bien. Leo me había convencido de pasar prácticamente todo el día con el trasero sentado en el sofá de la sala de TV, que raramente usaba, para hacer un maratón de las películas y prepararnos para la tercera de la secuencia.

Podría haber sido solo un evento más a su lado, algo normal, si no fuera por el hecho de que mi jefe llevaba al menos una hora tumbado con la cabeza en mi regazo. Yo intentaba mantener el enfoque en la pantalla, donde los colores vibrantes de Pandora explotaban en alta definición, pero mi mano parecía tener vida propia. Mis dedos se deslizaban fácilmente por su cabello, perdiéndose en la textura suave mientras Leonardo soltaba suspiros que hacían que mi corazón diera volteretas en el pecho.

El aire acondicionado creaba un clima perfecto bajo la manta que nos cubría, pero el calor que emanaba de su cuerpo contra mis muslos era lo que realmente me desestabilizaba.

—¿El dolor ha parado o solo estás hipnotizado por la tele? —murmuré, intentando sonar casual mientras sentía la línea de su mandíbula bajo las yemas de mis dedos.

—Es casi imperceptible ahora —respondió él, haciendo que su voz vibrara contra mí, grave y ronca de un modo que me hizo apretar los dedos en su cuero cabelludo por instinto.— Y ni siquiera estoy prestando tanta atención a la película, por si quieres saberlo. —Leo giró el rostro y me miró.— Mi punto de vista desde aquí abajo es infinitamente superior.

Leo me miraba con una intensidad depredadora que ni siquiera un cólico nefrítico y tres tipos de medicinas lograban apagar.

—Eres un enfermo atrevido, ¿lo sabías? —me burlé, aunque mi pulgar trazaba el contorno de su labio inferior.

—Soy un hombre que sabe reconocer una oportunidad —retrucó el idiota antes de morder la punta de mi dedo.— El médico dijo que necesitaba reposo y, sinceramente, nunca me he sentido tan cómodo en mi vida.

Sujetó mi muñeca, llevando mi mano a sus labios y besando la palma con una lentitud que me dejó sin aire. El clima de maratón de películas se evaporó en el acto y la tensión eléctrica que veníamos alimentando desde que nos acostamos volvió con fuerza total. Con un esfuerzo que le hizo contraer levemente el rostro, se giró de lado, enterrando el rostro en la curva de mi cintura. Acto seguido, su

mano subió por mi pierna, bajo la manta, tocando la tela de mi pijama hasta detenerse en la base de mi cadera.

—Leo, necesitas reposo... —intenté advertir, pero mi voz salió fallida cuando sentí sus labios presionar la tela fina sobre mi vientre.

—Estoy reposando —murmuró contra mi piel mientras acariciaba mi piel erizada.

No logré reaccionar, y tal vez ni siquiera quería, cuando Leo se sentó sobre mí, con una pierna a cada lado de mi cuerpo, pero sin soltar su peso completamente. Sujetó mi rostro entre sus manos al mismo tiempo que oí a Brahma rezongar por algo y bajar del sofá para dejarnos a solas.

—¿En serio ni enfermo dejas de pensar en sexo? —cuestioné, con el corazón a saltos.

—Solo quiero un beso, MC.

No esperó respuesta; simplemente inclinó el rostro y pegó sus labios a los míos con una lentitud torturante, como si estuviera saboreando mi vacilación antes de derribarla por completo. El beso empezó suave, casi una caricia, pero su lengua pronto pidió paso con una urgencia que yo conocía bien. Cuando cedí, el mundo de fuera —Pandora, la piedra en el riñón, el hospital— simplemente dejó de existir.

Era un intercambio caliente, con sabor a deseo acumulado y a aquella posesividad que Leo intentaba esconder bajo su máscara de jefe. Sus manos abandonaron mi rostro y bajaron a mi nuca, sus dedos se enredaron en mi cabello y tiraron levemente de él, inclinando mi cabeza hacia atrás para que él pudiera explorar cada rincón de mi boca. Solté un gemido bajo contra sus labios y sentí su cuerpo reaccionar instantáneamente. Incluso sin descargar todo su peso sobre mí, la presión de sus caderas contra las mías, separada solo por la tela fina de mi pijama y su chándal, era electrizante.

Se movió sutilmente, un roce lento que me hizo perder el aliento y me mostró la magnitud de su erección. Mis manos, que antes intentaban mantener una distancia segura, subieron por debajo de su camiseta, encontrando la piel caliente y firme de su

espalda. Sentía sus músculos tensos, su respiración errática golpeando mi cuello mientras bajaba los besos a mi clavícula, dejando marcas que seguramente serían difíciles de explicar al día siguiente.

El clima en la sala de TV cambió. El aire parecía más denso, cargado de una electricidad que hacía que mis dedos hormiguearan. Leo volvió a besarme, pero ahora con un hambre que rozaba el desespero. Sus manos bajaron a mis caderas, apretando mi carne con fuerza y atrayéndome hacia arriba, queriendo eliminar cualquier milímetro de espacio que aún nos quedara.

—Vas a acabar volviendo a sentir dolor —murmuré, con mi cuerpo traidor implorando por más, aunque mi razón estuviera gritando en alerta.

—Vale la pena —siseó con la voz completamente ronca antes de morder mi labio inferior con fuerza suficiente para hacerme jadear.

Tomó una de mis manos y la llevó hasta su propio cuerpo, dejándome sentir lo que estaba escondiendo bajo el chándal. El volumen de su miembro era impresionante, rígido y pulsante, denunciando que el cólico nefrítico no era rival para el calentón que estaba sintiendo.

—Mira lo que me estás haciendo, MC —jadeó Leo contra mi cuello, mientras yo apretaba su erección por encima de la tela.— Mi polla está sedienta de ti desde hace horas.

Ya no podía pensar en medicinas ni en reposo. El calor que emanaba de Leonardo parecía incendiar mi propio sexo, que ya estaba húmedo, implorando por una presión que el chándal no lograba suplir. En un movimiento audaz, sujetó mis muslos y tiró de mí hacia arriba, cambiándonos de posición y haciendo que me montara en su regazo. Apoyado contra el respaldo del sofá, Leo echó la cabeza hacia atrás cuando empecé a frotarme contra su erección en un movimiento de vaivén que hacía que la punta de su miembro rozara exactamente donde más lo necesitaba.

—Joder... así me matas —susurró casi poniendo los ojos en blanco.

Sus manos bajaron a mi trasero, apretándolo con una posesividad bruta y presionándome con fuerza contra él. Parecía estar sin calzoncillos, porque lograba sentir cada centímetro contra la tela fina de mi pantalón de pijama. No podía creer que aquello estuviera pasando de nuevo, justo cuando juré que había sido un error haberme dejado llevar por el calor del momento. Pero la verdad era que no me sentía dispuesta a parar y renunciar a vivir de nuevo aquellas sensaciones proporcionadas por Leo. Lo correcto sería rechazarlo y poner una distancia segura, pero no era lo bastante fuerte para ello.

Metió la mano por dentro de mi pijama, encontrando mi coño completamente vulnerable. El tacto de sus dedos largos y calientes contra mi clítoris me hizo perder el suelo y Leo empezó a estimularme con una urgencia que me hizo perder el habla, mientras su otra mano me atraía para un beso lleno de mordiscos.

—Estás empapada para mí —murmuró en mi oído.

—No podemos olvidar el reposo...

—A la mierda las órdenes médicas. —Apoyó su frente en la mía y me miró.— Solo necesito saber si quieres seguir.

Tragué saliva y cerré los ojos por un segundo.

—Solo... esta vez —declaré, con miedo de estar mintiéndome a mí misma.

Leo deslizó la mano hacia el cordón de su chándal, bajando el pantalón lo suficiente para que su miembro saltara hacia fuera, latiente y apuntando hacia mí. El contraste de la piel rosada del glande contra la de mi mano fue el detonante final para que perdiera la cabeza. Fue la primera vez que lo toqué de aquella manera más íntima, llenando mis dedos con su peso y su calor, deslizándolos de arriba abajo mientras mi jefe gemía. Él también empezó a tocarme con más intensidad y yo perreé sin vergüenza, exigiendo más al mismo tiempo que masturbaba su miembro grande y grueso.

El sonido de la TV, con los efectos sonoros de *Avatar*, se convirtió en solo un ruido de fondo ante la sinfonía de gemidos y respiraciones cortas que dominaba la sala. Estaba en trance, fascinada por la textura y la fuerza de lo que tenía entre manos. La polla de Leo estaba caliente, con venas marcadas que pulsaban contra mi palma con cada movimiento que hacía. La primera vez todo pasó muy rápido, fuimos con mucha sed al encuentro y ni tuve tiempo de disfrutar realmente de aquella interacción con Leonardo. Recuerdo solo que empezamos a besarnos y, en un abrir y cerrar de ojos, el acto ya había terminado.

Creo que él también se había tomado en serio mi queja, pues ahora parecía esforzarse por dedicar un tiempo de más calidad al momento. Leo demostraba saber exactamente cómo usar su propio cuerpo para desarmarme, pues cuando sus dedos ágiles encontraron mi clítoris hinchado y la entrada de mi vagina, yo ya estaba gimiendo su nombre a más no poder.

—Joder, Clara... —gruñó el hombre que quería dentro de mí, mientras respiraba contra el lóbulo de mi oreja.— Qué delicia sentir este coñito apretando mis dedos...

Confieso que si pensaba mucho en lo que estaba pasando, aquel era el tipo de frases que me dejarían un poco avergonzada. Sin embargo, lo único que logré hacer fue perrear aún más, buscando desesperadamente el roce que me llevaría al límite. Mi mano no paraba, el movimiento se volvía más rápido y firme conforme sentía su cuerpo tensarse, y la punta de su miembro ya estaba brillando y lubricando aún más el roce.

—Leo... —Mi gemido fue ahogado por el sonido de la tele, pero el placer que recorría mi cuerpo era demasiado real para ser ignorado.

Necesitaba más. Solo el tacto de las manos no estaba siendo suficiente para calmar el incendio que él empezó. En un movimiento ágil, me deslicé fuera del sofá, quedando de rodillas en la alfombra mullida de la sala, justo entre sus muslos fibrosos, que expuse al terminar de bajar su pantalón. Leo soltó un suspiro entrecortado y

echó la cabeza hacia atrás, con los ojos fijos en el techo mientras yo sujetaba la base de su polla, sintiendo el calor y la pulsación de aquella carne rígida. Sin esperar, envolví la punta con mi boca, sintiendo enseguida su sabor marcado en mi lengua.

—¡Puta madre! —rugió y apoyó las manos en el asiento con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.— ¿Qué me estás haciendo?

Lo ignoré, enfocada en disfrutar cada segundo de mi momento. Empecé a chupársela con ganas, usando la lengua para rodear el glande y bajando lo máximo que podía, sintiendo el miembro pesado llenar mi garganta. El sonido de mi succión y los gemidos guturales de Leonardo eran la única banda sonora que importaba ahora. Sentí sus dedos tocar mi cabello en un intento de guiar mi ritmo y dictar la profundidad que él quería, pero no permití que mandara completamente porque quería torturarlo un poco.

Se la chupaba con un hambre que venía de años de deseo reprimido. Bajé lo máximo que pude, sintiendo la punta golpear contra el fondo de mi garganta, y usé la lengua para masajear el frenillo, exactamente donde sabía que la sensibilidad era mayor.

—Eso... así, MC... —murmuró entre dientes mientras yo intensificaba la succión, usando mi mano libre para sus testículos.

El olor a sexo y el calor que emanaba de Leo me embriagaban. Quería volverlo loco, quería que supiera que ninguna otra mujer en el mundo se acercaría a lo que yo le haría sentir, aunque fuera pura ilusión. Subí y bajé con mis labios por toda la extensión de su polla, apretando la base con los dedos para aumentar la presión y sintiéndola latir mientras se hinchaba aún más dentro de mi boca.

—Estoy a punto de correrme, MC —avisó él, acariciando mi cabello.— Si esa es tu intención, entonces yo...

—No lo es —declaré, soltándolo y levantándome del suelo.

Me quité el pijama de golpe y monté en su regazo de nuevo antes de pensarlo mucho y acabar arrepintiéndome. El encaje fue profundo, visceral, y el gemido que escapó de ambos cuando Leonardo me llenó por completo fue la confirmación de que,

después de aquella tarde, no habría vuelta atrás al papel común de asistente.

—Intenta no gritar muy alto porque Marlene debe de estar todavía por aquí —pidió él cuando clavó su miembro muy hondo en una única embestida, al mismo tiempo que tiraba de mi cabello para exponer mi cuello.— ¡Ah, joder!

Leo echó la cabeza hacia atrás mientras yo soltaba un gemido agudo, sintiendo cada pared interna de mi sexo ser estirada por su miembro. Estaba abierta, expuesta y siendo poseída por el hombre que deseé en secreto durante casi una década. Por eso, empecé a cabalgar con fuerza, ignorando el sofá, ignorando la tele, enfocada solo en el sonido sucio del roce de nuestros cuerpos y de la lubricación que escurría de mi interior.

—Más... —murmuró él, clavando sus manos grandes en mi trasero y dictando el ritmo, tirando de mí hacia abajo con violencia cada vez que yo subía.— Estás tan estrecha, Clara... Parece que fuiste hecha a medida para mi polla.

Me incliné hacia adelante, pegando mis pechos a su tórax y sintiendo el sudor unirnos. El ritmo se volvió más intenso, ruidoso y... casi animal. Leo empezó a embestir de abajo arriba con una urgencia desesperada, olvidando completamente la piedra o cualquier dolor que no fuera el placer insoportable de estar completamente conectados.

—¡Mírame! —ordenó con la voz completamente destruida por el deseo.

Abrí los ojos y encontré los suyos brillando, fijos en mi rostro, al mismo tiempo que apartaba una de sus manos de mi trasero y la llevaba hasta mi clítoris, aplastándolo con el pulgar mientras continuaba follándome con fuerza. El estímulo doble fue mi fin. Mi sexo sufrió un espasmo violento alrededor de su miembro duro, succionándolo con fuerza, y sentí el primer orgasmo alcanzarme como una explosión.

—Eso... córrete para mí, MC —el hijo de madre atractivo gruñó con el rostro enterrado en mi cuello.— Qué delicia...

Aquellas palabras, proferidas con una ronquera que rozaba lo animalesco, fueron el combustible para que las ondas de placer me alcanzaran con más fuerza aún. Estaba entregada, con la cabeza echada hacia atrás y los pulmones luchando por oxígeno, sintiendo mi cuerpo entero temblar mientras las paredes de mi vagina aplastaban la polla de Leo en espasmos involuntarios. Pero él no parecía satisfecho con verme llegar allí solo una vez. En lugar de desacelerar para acompañar mi clímax, intensificó las embestidas, chocando sus caderas contra las mías de forma rítmica y más rápida. La mano que antes solo presionaba mi clítoris, ahora trabajaba con una agilidad cruel, haciendo movimientos circulares y rápidos que no me dejaban bajar de las nubes.

—Leo... espera... yo no... —intenté protestar, pero lo que salió fue un gemido agudo.

—Sigue perreando bien rico —ordenó mientras mantenía los dedos clavados en mi cadera.— Quiero verte cansada de tanto correrte.

Estaba al borde de un colapso sensorial. Con cada embestida, el miembro de Leo parecía encontrar un punto nuevo, más profundo y más sensible, obligándome a contraer cada músculo del cuerpo alrededor de él.

—Vamos a cambiar —avisó al darme la orden y, con un movimiento coordinado y sorprendentemente ágil para quien estaba con un cólico nefrítico, me ayudó a girar. En segundos, estaba de espaldas a Leonardo, con las rodillas apoyadas en el sofá y las manos planas contra el respaldo mullido. Me sentí completamente expuesta, con el trasero respingado hacia él y el aire frío del cuarto golpeando mi piel húmeda.

Leo no perdió el tiempo. Se posicionó detrás de mí y, con una mano plana en mi zona lumbar, me penetró de una sola vez.

—¡Joder! —grité, sin poder evitar ser discreta para no asustar a la empleada.

En aquella posición, su miembro grueso entraba en un ángulo diferente, golpeando mi punto G con cada embestida más fuerte.

Leo no escatimó esfuerzos y el sonido de la carne golpeando contra la carne llenaba la sala de TV además del ruido de la película, mezclándose con mis gemidos descontrolados.

—¿Te gusta así, MC? —preguntó, inclinándose para morder mi hombro mientras su mano libre bajaba por entre mis piernas, encontrando mi clítoris de nuevo, ahora mucho más accesible por detrás.— ¿Sientes cómo me aprietas cuando te follo bien hondo?

No lograba responder. Solo sacudía la cabeza, sintiendo mi cuerpo ser lanzado hacia adelante y hacia atrás por el impacto de sus embestidas. El pulgar de Leo trabajaba frenéticamente, aplastando mi clítoris que ya estaba echando fuego, mientras su polla grande masajeaba mis paredes internas de un modo que me hacía ver estrellas.

—Leo... voy a... otra vez... —avisé con la voz entrecortada, sintiendo la presión por mi sistema nervioso.

—Puedes correrte y apretarme bien con ese coño —gruñó él, acelerando el ritmo y dejando las embestidas más cortas.

Mi visión se oscureció y la mezcla del dolor delicioso de la penetración por detrás con el estímulo implacable por delante me lanzó a mi segundo orgasmo del día. Grité sin reservas, sintiendo las paredes de mi sexo sufrir espasmos violentos mientras atrapaban su miembro hinchado y duro dentro de ella. Leonardo no pudo resistir el momento y acabó gimiendo como un animal enjaulado, enterrándose una última vez con toda su fuerza dentro de mí y llenándome con un chorro caliente de su simiente.

Cuando se retiró, sentí que todo escurría por mis muslos, pero no tenía energía para que me importara. Me desplomé boca abajo en el sofá espacioso, jadeante, sintiendo mi corazón martillear contra mis costillas. Cerré los ojos por un segundo y Leo se inclinó sobre mí, cubriendo mi espalda con el calor de su pecho y depositando un beso en mi nuca.

—Qué cuerpo más rico tienes, MC —murmuró con la respiración tan acelerada como la mía.— No sabía que eras tan deliciosa...

—Tal vez nunca habías mirado del modo correcto, Boss.

—Puede ser... —Chasqueó la lengua antes de levantarse y yo aproveché para sentarme.— Espero que tu evaluación sea mejor que la de la primera vez.

—Fue mucho mejor, así que te daré cinco estrellas —bromeé, sintiendo las mejillas arder mientras sus ojos se enfocaban en mi sexo.

—¿Quieres ducharte conmigo?

—Todavía no me siento en ese nivel de intimidad. —Me levanté y recogí mi ropa del suelo bajo la atenta mirada de Leo.— Usaré el cuarto de invitados y luego aprovecharé para preparar algo de comer.

Me vestí muy rápido y estaba a punto de pasar por su lado cuando su mano sujetó mi brazo y me atrajo. Mi cuerpo chocó contra el de Leo y su boca tocó mi cabello por un segundo.

—Duerme conmigo esta noche —pidió.— En mi habitación.

—Aún son las cuatro de la tarde, ¿lo sabías? —Intenté evadir el tema.

—Sí, pero te aviso con antelación precisamente para darte tiempo de digerir la petición y prepararte mentalmente para ello.

Me quedé un poco atónita cuando me guiñó un ojo antes de soltarme y abrir la puerta. Salí de la sala de TV sintiéndome una criminal con miedo de encontrar a Marlene por el camino, pero por suerte no me crucé con la mujer y logré esconderme en el cuarto de invitados a salvo.

Capítulo 28 – El Peso del Afecto

Leonardo



El brillo azulado de la pantalla del portátil era lo único que iluminaba la habitación, además del LED de luz cálida que estaba sobre mi cama. Intentaba concentrarme en un informe de análisis de riesgo de una nueva inversión, pero las palabras parecían flotar ante mis ojos.

Minutos antes, la piedra de cinco milímetros había decidido recordarme quién mandaba en mi cuerpo. Fue un pinchazo agudo,

un aviso de que la adrenalina de la tarde en el sofá había pasado, dejando la cuenta por pagar. Tuve que escuchar el sermón de Maria Clara, que me echó en cara haber abusado de mis fuerzas cuando ella misma me advirtió sobre la necesidad de reposo.

Ahora, solo en el silencio de la *suite*, no podía dejar de pensar en la forma en que ella cuidaba de mí. Por primera vez en años, la idea de tener a alguien cerca no me asfixiaba. Siempre fui el tipo de hombre que valoraba el espacio vacío en el lado izquierdo de la cama, el tipo que apreciaba la facilidad de una despedida rápida tras el sexo. Pero con Clara... la lógica era otra.

Me gustaba su olor impregnado en mi piel, la forma en que me enfrentaba y, joder, me gustaba incluso el modo en que sonreía cuando creía que no la estaba mirando. Estaba interesado en mi asistente y, para este caso específico, no había análisis de riesgo que me protegiera.

Oí dos golpes suaves en la puerta y mi corazón dio un vuelco que no tenía nada que ver con la medicación que estaba tomando.

—Adelante —respondí, cerrando la tapa del portátil y dejándolo en la mesita de noche.

Maria Clara apareció por la rendija de la puerta, vistiendo un pijama de seda azul marino diferente al que usaba por la tarde; llevaba el cabello suelto y sostenía un vaso de agua como si fuera un escudo. Sus ojos recorrieron la habitación, vacilantes, deteniéndose en mí.

—He venido a ver si necesitas algo más antes de... de irme a la otra habitación.

Su inseguridad era casi palpable. Todavía pensaba que la invitación de esta tarde había sido solo efecto del calor del momento o de las hormonas.

—El cuarto de invitados queda descartado, MC —dije, estirando el brazo y apartando el edredón para mostrar el espacio vacío a mi lado.— He hecho una petición oficial y no suelo aceptar rechazos.

Soltó una risita nerviosa, pero no se movió de inmediato.

—Leo, ¿estás seguro? Estás enfermo, necesitas espacio, y... bueno, no sé si es buena idea que mezclemos tanto las cosas.

—Clara —llamé, suavizando la voz.— Ven aquí.

Finalmente caminó hasta la cama y se sentó en el borde, dejando que yo tomara su mano y la atrajera hacia mí.

—Primero, creo que ya hemos mezclado todo lo que se podía mezclar —declaré y vi cómo arqueaba una ceja.— Y no hablo en doble sentido... aunque también valga para el caso. Pero en este momento, no tengo segundas intenciones. Solo quiero compañía para estar aquí... Además, la piedra de cinco milímetros garantizará que sea un caballero —bromeé, haciéndola sonreír de verdad.

Maria Clara me estudió por unos segundos, buscando cualquier señal de que estuviera bromeando. Cuando percibió la seriedad en mi mirada, relajó los hombros y, con una lentitud que puso a prueba mi paciencia, se deslizó bajo las mantas.

El contacto de nuestros cuerpos me trajo una paz inmediata. Se acomodó de lado, frente a mí, y yo me giré para encontrarla.

—Eres muy insistente, Montenegro —susurró la chica al apoyar la mano en mi pecho y trazar dibujos con la punta del índice por encima de mi camiseta.

—Soy un hombre de negocios, Maria Clara. Sé cuándo encuentro algo demasiado valioso como para dejarlo escapar —respondí, llevando mi mano a su rostro y apartando un mechón de cabello.— Lo que pasó hace días y lo que está pasando ahora... Bueno, me ha gustado mucho.

Asintió despacio y mantuvo los ojos fijos en los míos.

—Gustar no está en duda, Leo. —Clara apretó los labios.— Es evidente que a mí también me gustó. O sea, mucho. Pero sé muy bien cómo tratas a las mujeres después de que te cansas de ellas.

—Justo, me merezco esa fama, pero dame un voto de confianza y deja de lado mi historial, ¿vale? Porque no sabes cómo te trataré a ti —retruqué, acercando mi rostro al suyo hasta que nuestras frentes se tocaron.— Nunca le he suplicado a nadie que

durmiera conmigo sin el objetivo final de follar. Eso tiene que valer algo, ¿no?

Maria Clara sonrió con dulzura tras poner los ojos en blanco.

—No has suplicado. Me has intimado, más bien.

—Detalles técnicos.

La atraje más cerca, acomodando su cabeza en mi pecho. Nos quedamos mirándonos mientras conversábamos en susurros sobre cosas banales —el sazón de la sopa de Marlene, lo traidor que era Brahma por quererla más a ella, e incluso sobre los planes para cuando expulsara la maldita piedrecita. Era un intercambio ligero solo para pasar el tiempo, pero que me ayudaba a descubrir otro lado de mi asistente.

—Siempre pensé que estabas hecha de una armadura impenetrable, MC —confesé, dejando que mi mano subiera por su brazo, sintiendo la piel suave bajo la seda del pijama.— Pero verte cuidar de mí ha sido... interesante y diferente.

Clara soltó una risa baja y el sonido vibró contra mi pecho. Se acomodó un poco más, apoyando el rostro en la curva de mi cuello mientras yo cerraba los ojos y disfrutaba del momento.

—Hablas como si fuera sorprendente que cuide de ti —murmuró.— Pero ni siquiera me lo pensaría dos veces antes de hacerlo de nuevo. Y no tiene nada que ver con ser o no mi patrón.

—No sé... Podrías simplemente... haber llamado a mi madre y librarte de este problema.

—No te odio tanto como para hacer eso —retrucó Clara con una sonrisa juguetona.— Además, dejaros a los dos solos bajo el mismo techo es pedir a gritos encontrar la casa incendiada.

Solté una carcajada, consciente de que eso realmente podría pasar. Mi madre y yo no teníamos la mejor relación del mundo porque nuestras personalidades eran muy diferentes y pasábamos más tiempo discutiendo que disfrutando de la presencia del otro. Con el tiempo, la convivencia se volvía más difícil porque ella envejecía y su temperamento empeoraba. Por tanto, prefería darle

todo el apoyo financiero que necesitaba, pero manteniéndome a distancia.

—Entonces... hm... ¿y el chico del helado? —pregunté y Clara tardó medio segundo en poner los ojos en blanco.

—¿Qué pasa con Rodrigo?

—¿Seguís hablando?

—Intercambiamos un mensaje después de aquella noche. —Apretó los labios, pensativa.— Nada más. Creo que se dio cuenta de que mi jefe no me permite tener vida social y se dio por vencido conmigo.

—Ese jefe tuyo, tal vez, solo se preocupa mucho por ti.

—O decidió volverse celoso después de viejo —rebatió ella.

—¿Sabes qué es curioso? —pregunté, girándome y montándome sobre su cuerpo por sorpresa.— Se te llena la boca hablando de mí, pero ahora que lo pienso... nunca te he visto con novio. Confiesa que tú también solo usas a los tíos.

Abrió mucho los ojos, pillada por sorpresa por el movimiento repentino, pero no retrocedió. Al contrario, sostuvo mi mirada, aunque el rubor que subía por su cuello delataba que la pregunta había dado en un punto sensible.

—Yo no uso a las personas, Leonardo. Simplemente priorizo mi paz —respondió, intentando mantener la voz firme, aunque la proximidad de nuestros cuerpos lo hacía todo más difícil.— A diferencia de ti, no siento la necesidad de tener un trofeo diferente cada semana para validar mi ego.

—¿Entonces eres del tipo que espera al príncipe azul? —provoqué, bajando el rostro hasta que nuestras narices se rozaron.— ¿Por eso Rodrigo tuvo una oportunidad? Quiero ver una foto suya para saber si es guapo.

—Rodrigo es una buena persona, pero no quiero hablar de él —Clara suspiró y pude sentir su aliento a pasta de dientes contra mi piel.— Puede parecer muy extraño para alguien con la mente perturbada como tú, pero cuando tengo sexo con alguien, no estoy

pensando en otro. Eres tú quien ocupa mi mente ahora y ni siquiera sé si eso es algo bueno.

Pasé el pulgar por el contorno de los labios suaves que me obsesionaban desde Dubái. Su confesión me golpeó de un modo extraño, pero dejó un calor agradable en mi pecho y me hizo robarle un "piquito" a esa boca atrevida.

—¿Eso significa que has pasado los últimos días pensando en mí?

—Lamentablemente. —Maria Clara cerró los ojos y soltó un suspiro, pero no dejó de acariciar mi espalda con su mano pequeña.

—Pero estuviste huyendo de mí...

—Necesitaba pensar en lo que estaba pasando con mi vida —respondió ella.— Mi trabajo está en juego si mañana despiertas decidiendo que ya no me quieres cerca.

—¿Y si fueras tú la que quisiera darme una patada? ¿Y si el tipo que crees complicado decidiera que ya no quiere jugar? —pregunté, notando cómo se entrecerraban sus ojos.— ¿Si decidiera que la única persona a la que quiere descifrar es a la mujer que está tumbada en su cama ahora?

Clara tragó saliva y se quedó en silencio por unos segundos, hasta que se mordió el labio inferior y suspiró. Su mirada se desvió de mi rostro hacia la puerta de la habitación, luego volvió a mirarme y parecía aprensiva cuando suspiró por segunda vez.

—Me gustas, Leo.

—Tú también me gustas, MC.

—No —murmuró, girando la cabeza hacia un lado y rompiendo el contacto visual.— Me gustas de verdad... De una manera que creo que no comprendes, porque parece que nunca has sentido nada así por ninguna mujer.

Oír aquellas palabras salir de la boca de Maria Clara, con un peso que parecía una sentencia de muerte, hizo que el tiempo se detuviera para mí. La habitación súbitamente se quedó pequeña para la gravedad de esa frase y sentí como si mi cerebro se volviera

gelatina mientras digería la última frase. Había entendido perfectamente el significado de la declaración, solo me confundía un detalle: ¿ese sentimiento suyo se había desarrollado después de que nos acostáramos por primera vez o era algo más... antiguo?

—¿Crees que nunca me he enamorado? —cuestioné y creo que sentí mi rostro calentarse de vergüenza por primera vez en la vida.

—Creo que eres demasiado selectivo y que tampoco estás buscando enamorarte; por tanto, disfrutas la vida de soltero al máximo. —Clara hizo una pausa, humedeciendo sus labios hermosos.— Yo no soy así. A mí me gusta involucrarme con la persona. Eso de conocerse y acostarse el mismo día no va conmigo. Así que... es un poco aterrador estar aquí, sabiendo que para ti esto puede ser solo tu polvo de la semana.

Sentí la urgencia de negarlo, de decirle que estaba equivocada, pero su honestidad me obligó a mirar hacia adentro. Nunca había dejado que nadie se acercara tanto como para conocer mis miedos o mis debilidades. No me gustaba involucrarme, tener que dar explicaciones a nadie, sentirme atado. No recordaba haberme enamorado antes, tal vez solo en la escuela primaria cuando me volvía loco por una niña de mi clase.

—Tal vez tengas razón sobre mí —admití, acercando mi rostro al suyo hasta que nuestras frentes se encontraron.— Pero tal vez nunca haya sentido nada así porque nadie ha tenido el valor de desarmarme como lo has hecho tú.

—¿Entonces me tocó el premio gordo?

—No lo sé —respondí con sinceridad.— Pero, ¿puedes darme tiempo para descubrirlo?

Clara soltó el labio que mordía y aproveché el momento para sellar aquella confesión con un beso. Incliné el rostro, eliminando el milímetro de distancia que quedaba hasta que mis labios presionaron los suyos con una fuerza controlada pero firme. El primer contacto fue cálido y húmedo; sentí la textura suave aún levemente marcada por la presión de sus dientes de hacía segundos.

Mi mano subió por el lateral de su cuello, el pulgar presionando la línea de su mandíbula para inclinar su cabeza, mientras mis dedos se enredaban en los mechones de su nuca, atrayéndola más cerca. Cuando la chica entreabrió la boca con un suspiro, mi lengua invadió el espacio sin vacilación con un toque húmedo que recorrió hasta su paladar antes de enredarse con la suya. Nuestro beso se volvió hambriento y nuestras lenguas libraron una batalla rítmica, deslizándose una sobre otra con una fricción que hacía que mis sentidos latieran. Con cada succión más fuerte que le daba a su labio inferior, el sonido resonaba en el silencio de la habitación y podía sentir la vibración de sus gemidos bajos.

—Creo que te estás animando demasiado —murmuró Maria Clara al sujetar mi rostro y apartarlo.— Reposo, Leo. ¿Te acuerdas?

—Sí. —Una sonrisa perezosa se formó en mis labios.— Vale... Atenderé a la orden médica...

Besé su frente antes de dejarme caer a su lado y mirar al techo, sintiendo mi corazón extremadamente acelerado. Realmente me estaba gustando demasiado este intercambio con la chica y eso era... aterrador. Respiré hondo y despacio, estirando el brazo hasta encontrar el interruptor más cercano al cabecero y apagar la luz indirecta. Acto seguido, tomé el mando de la televisión y la apagué, dejando que la habitación cayera en la oscuridad. A pesar de no poder ver nada, la sensación de la mano de Clara sobre mi pecho, de su cabello rozando mi brazo y su pierna apoyada en la mía me trajeron una paz indescriptible.

—Buenas noches, MC —murmuré bajito, notando su respiración más tranquila que la mía.— Si despiertas con ganas, estaré aquí para ayudarte.

—Cállate, Leo.

Solté una risita al mismo tiempo que el colchón a mis pies se hundía, indicando que Brahma acababa de subir a la cama. Cerré los ojos y mantuve la sonrisa en el rostro mientras dejaba que mi cerebro se desconectara poco a poco mientras respiraba el aroma dulce del cabello de la chica a mi lado.

Capítulo 29 – El fin de la era de la sopa y del Tramadol

Maria Clara



El sonido que reverberó por las paredes de la *suite* principal no fue el gemido contenido de dolor que venía monitoreando en las últimas cuarenta y ocho horas. Fue un grito de victoria, un bramido gutural que hizo que Brahma levantara las orejas y que yo soltara el vaso de agua en la encimera de la cocina con tanta prisa que la mitad del líquido se desbordó.

Corrí por el pasillo, con el corazón martilleando contra las costillas, y me detuve ante la puerta entreabierta del baño. Encontré a Leonardo de pie, con los hombros relajados y la frente apoyada en el espejo, respirando como si acabara de correr un maratón olímpico.

—¿Está todo bien?

—He meado... la piedra... —respondió él, sin aliento y con la frente sudada.— Necesito...

Entré en el baño y me acerqué al inodoro, viendo un puntito minúsculo y oscuro donde también había unas gotitas de sangre.

—¡Guantes! —avisé, saliendo deprisa de allí para ir al área de servicio.

El médico había recomendado que, si era posible, recogiéramos la piedra en caso de que lográramos verla cuando fuera expulsada, para que pudiera enviarse a analizar. Cogí un tarrito de cristal que estaba vacío en la despensa y un par de guantes desechables antes de volver al baño y encontrar a Leo todavía en el mismo lugar, observando su obra de arte boquiabierto.

—Yo lo hago —dijo, poniéndose el guante en una sola mano e inclinándose para recoger la piedra con una cara de asco digna de foto.

En el pequeño recipiente de recogida, el villano de cinco milímetros reposaba inofensivo, un granito oscuro que había sido capaz de poner a aquel hombre casi de rodillas.

—¡Ha salido, Clara! ¡La desgraciada finalmente se ha rendido! —Leonardo se giró hacia mí y el brillo en sus ojos parecía una mezcla de alivio y una vitalidad casi salvaje.

—Déjame ver eso —murmuré, acercándome con las piernas aún medio temblorosas por el susto.— Tan pequeña. Creo que eres un flojo por armar tanto escándalo.

Abrió mucho los ojos e hizo ademán de replicar, cuando solté una risa y me puse de puntillas para darle un "piquito" en los labios.

—Estoy bromeando, idiota.

Solo después de retroceder pensé en lo que acababa de hacer. ¿Qué libertad era esa de besar a Leonardo de forma tan despreocupada? Me quedé impactada conmigo misma, aunque él no parecía pensar lo mismo que yo, pues aprovechó para rodear mi cintura con el brazo libre y levantarme un poco en el aire.

—¡Tenemos que celebrar!

—Hm, claro. Pero primero, el médico tiene que...

—Tiene que nada —me interrumpió.— El médico dijo que necesitaba expulsar la piedra y, ahora que lo he hecho, estoy al cien por cien. ¿Qué te parece si viajamos?

—¿Cómo?

—¡A Gramado!

Parpadeé, un poco atónita por el cambio tan repentino de tema. Aquel hombre iba a acelerar la aparición de mis canas.

—Leo, acabamos de volver de Dubái.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra —dijo él, saliendo del baño con el tarrito en la mano y dejándolo sobre la cómoda de la habitación.— Un viaje fue de trabajo, el otro será de placer. —Antes de que pudiera contradecirlo, el hombre se giró hacia mí y levantó el índice—: Recuerdo que contaste una vez tus ganas de ver el *Natal Luz* de Gramado.

Bueno, fue un poco sorprendente que recordara esa conversación, porque yo misma no recordaba el día exacto en que había tocado el tema. Aun así, no justificaba su acto impulsivo.

—Ya lo he planeado todo, MC —continuó—: Pensé en llevarnos a Brahma, porque hace mucho tiempo que no viaja. Así que podemos ir en coche, disfrutar de la carretera, pernoctar en alguna ciudad pequeña y bonita del Sur...

—¿En... coche? —Se me abrieron los ojos como platos.— ¡Son más de mil kilómetros, Leonardo!

—Exactamente por eso vamos en el SUV. —Guiñó un ojo y sonrió orgulloso como si hubiera descubierto la pólvora.— La Sierra

Gaúcha tiene hoteles increíbles, creo que te va a encantar la experiencia.

Me quedé en silencio un momento, observando al hombre que conocía como un adicto al trabajo, que cronometraba cada minuto de beneficio, planeando un *road trip* romántico de mil kilómetros solo porque recordó un comentario aleatorio que hice sobre Gramado. Miré al pobre Brahma, que estaba tumbado encima de uno de mis zapatos, y luego al dueño loco del perro, que me esperaba con una expectativa casi ansiosa.

—No estoy segura de que el viaje sea agradable para Brahma y...

—¡Claro que lo será! —Se giró hacia su "hijo" de cuatro patas y se agachó—: Quieres viajar con papá y con la MC, ¿a que sí? ¿Verdad, Brahmita?

El American Bully dio un salto y empezó a ladrar, corriendo hacia Leonardo y saltando feliz, aunque no tuviera ni idea de lo que aquello significaba. Era verdad que estaba acostumbrado a viajar con su dueño, pero nunca en un trayecto tan largo.

—Acepto ir con vosotros, pero con una condición —avisé, y los dos me miraron—: Que consultes a un médico para estar seguros de que todo está bien. Mi idea de conocer Gramado no incluye visitar el servicio de urgencias de la ciudad.

Leonardo soltó una carcajada vibrante, un sonido que parecía expulsar de una vez el fantasma del dolor de aquella habitación. Se levantó con una agilidad que no veía hace días y se paró frente a mí, sujetando mi rostro con una posesividad que ya se estaba convirtiendo en mi ruina.

—Voy a llamar a mi urólogo ahora mismo y apuesto mi próximo bono a que me va a dar el alta con honores, siempre que siga bebiendo agua y... —hizo una pausa y sus ojos brillaron de un modo peligroso— ...manteniendo mis niveles de estrés bajos. Y tú eres excelente desestresándome, MC.

Le di un golpe leve en el brazo, intentando ocultar la sonrisa.

—Deja de ser atrevido y pide la cita ya.

Mientras Leo se alejaba para coger el móvil, empecé a asimilar la situación y me di cuenta de que realmente iba a hacer un viaje confinada en un coche con mi jefe —que ahora era mucho más que eso— y un perro de veintitantos kilos.

•

—¿Entonces me estás diciendo que vas a hacer un viaje romántico con tu jefe, alias el hombre que te ha follado tan bien?

Tuve que apartar el móvil del oído porque Laura estaba histérica.

—Creo que sí...

—¿Por qué estas cosas solo pasan cuando yo no estoy presente?

—Bueno, tal vez porque llevas fuera del país una eternidad y no tienes intención de volver.

—Sí que la tengo —respondió mi amiga—: Quiero decir... Si el "boy" me pidiera matrimonio, no me importaría nada volver.

—Lo que imaginaba —respondí y oí su carcajada—: Pero hablando en serio, ¿tienes idea de cuándo vienes a Brasil?

—Lamentablemente, compré el billete para el final de la próxima semana. Él tiene que viajar a Estados Unidos por trabajo y se quedará por allá casi un mes... Y como no tengo visado, no puedo ir con él. —Laura soltó un suspiro largo—: Pero me prometió que me visitará a principios del próximo año.

Acabé sonriendo porque lograba percibir la felicidad en la voz de mi amiga. Estaba viviendo una aventura como ninguna otra y yo deseaba que todo saliera bien como planeaba.

—Vale, pero hablemos de Leonardo —murmuró—: ¿El sexo es bueno de verdad?

—Ujum. Mucho.

—¿Buen rabo?

—No voy a darte esos detalles. —Me reí porque sabía que Laura estaba poniendo los ojos en blanco—: Amiga, tengo un poco de miedo de darme un golpe y decepcionarme... No sé si estoy tomando la decisión correcta, ¿entiendes?

—¡Tienes que vivir, Clara!

—Lo sé, pero hablamos de Leo. No es alguien con quien pueda estar y, si las cosas terminan mal, baste con no verlo más.

—Si se pone muy feo, basta con buscar otro trabajo —dijo Laura de forma muy objetiva.

—Me gusta lo que hago.

—Ya, amiga, lo sé, pero tampoco puedes pasarte la vida entera con ese dilema. —Miré la maleta abierta sobre la cama y me senté en el borde del colchón—: Creo que esto que está pasando es bueno para darte una respuesta definitiva, ¿sabes? Si no fuera por esta situación, ¿hasta cuándo seguirías enamorada en secreto?

Tragué saliva, consciente de que Laura tenía razón. No dejaba de vivir mi vida por mis sentimientos hacia Leo, pero tampoco lograba entregarme totalmente a otras personas. No sentía ganas de tener novio, de conocer mejor a otro hombre, de iniciar algo con alguien que no fuera el tipo al que endiosaba.

—Clarinha, presta atención. —Laura pareció más seria que nunca—: Si Leo está dispuesto a conducir mil kilómetros solo para llevarte a comer chocolate y ver las luces de Gramado, es porque la relación estrictamente profesional ya no existe. No puedes volver atrás en el tiempo, así que... disfruta el momento.

—Solo tengo miedo de...

—¡Chica, cállate! —Chasqueó la lengua—: Yo hice un viaje de mochilera sola por Asia y terminé en la casa de un extraño en Europa, solo para pasarme los días follando como nunca porque la vida es demasiado corta. ¿Y tú tienes miedo de viajar al sur del país? Ve a ser feliz a Gramado, saca fotos de Brahma en la niebla y, por

favor, cuéntame si el rendimiento del semental mejora con el frío de la sierra.

—¡Eres ridícula! —Me reí, sintiendo que los nervios disminuían un poco—: Necesito una dosis de toda tu valentía.

—Acabo de enviártela por transmisión de pensamiento, así que recíbela y tómatela toda, ¿vale? Lo peor que puede pasar es que te quedes sin trabajo. Pero mira, ¡yo también lo estoy!

—Vaya, gracias por el incentivo —me mofé.

Nos divertimos un poco más hablando de las locuras que estaba viviendo y terminamos colgando tras unos minutos. Dejé el móvil sobre la cama y miré mi armario una vez más, intentando decidir cuál sería el próximo *look* que metería en la maleta.

Capítulo 30 – Un CEO, una asistente y un perro en el retrovisor

Leonardo



Mi vida adulta, después de que empecé a ganar dinero de forma significativa, siempre se midió por millas aéreas, salas VIP y el silencio presurizado de la cabina de primera clase. Pero, mientras terminaba de acomodar la segunda maleta de Maria Clara en el maletero de mi SUV, me di cuenta de que cambiaría cualquier jet

ejecutivo por el olor a cuero de mi coche y por la visión de la chica con el cabello suelto revisando la bolsa de viaje de Brahma.

—¿Todo listo? —pregunté, abriendo la puerta del pasajero para que entrara.

—Lista para el mayor error o para la mejor aventura de mi vida —respondió Clara con una sonrisa torcida que casi me hace olvidar cómo ser civilizado.

—Prometo que será inolvidable. —Le guiñé un ojo antes de robarle un "piquito", algo a lo que me había vuelto un poco adicto en los últimos días.

Había expulsado la dichosa piedra hacía cinco días y mi médico me dio el alta para hacer el viaje, lo que dejó a Maria Clara satisfecha para aceptar la invitación. Me había llamado loco un par de veces y confieso que actué por impulso cuando decidí ir a Gramado, pero para ser muy sincero, estaba ansiosísimo por ello.

Ya había hecho algunos viajes en coche a Río de Janeiro y al interior de São Paulo, así que no sería un problema conducir tantas horas. Aquella era una forma excelente de pasar más tiempo al lado de la chica sin que distracciones externas nos interrumpieran. Mi objetivo era realmente conocer a Maria Clara fuera de nuestra ajetreada rutina de trabajo y compromisos sociales, e intentar entender qué sentía ella por mí.

Me acomodé en el asiento del conductor y arranqué el motor tras verificar una vez más que mi heredero de cuatro patas estaba debidamente sujeto con su cinturón de seguridad en el asiento trasero. Cuando le guiñé un ojo, Brahma soltó un suspiro, apoyó su cabezota en la manta y se quedó mirándome con una expresión que indicaba que estaba listo para seguir el viaje.

—Te quiero, grandullón —murmuré, maniobrando para salir de mi plaza en el garaje subterráneo.

Sentí la mirada de Maria Clara sobre mí y giré el rostro, guiñándole un ojo y acariciando su cabello.

—No te pongas celosa —comenté—. Aún es pronto para decirte esas palabras a ti, pero puedes pedirle consejos a Brahma.

—Todavía puedo abrir la puerta y arrepentirme del viaje —amenazó ella, entrecerrando los ojos.

Mientras esperaba que el portón del condominio se abriera totalmente para pasar con el coche, me incliné hacia ella y le lamí detrás de la oreja, pillándola por sorpresa y haciendo que todo su cuerpo se estremeciera.

—Me gustas mucho, MC —murmuré—. Y amo el modo tan tierno en que tu sexo ordeña mi miembro cuando estoy bien enterrado en ti.

Su mano pequeña empujó mi cabeza y solté una risa victoriosa al ver que se esforzaba por no sonreír.

—¡Vámonos de viaje, gatita!

—Más vale que tomemos la carretera antes de que cambie de opinión —retrucó Clara mientras trasteaba con el móvil.— Ahora, regla número uno: el conductor conduce, la pasajera elige la música. Y te aviso: mi gusto musical es un poco más animado que el tuyo.

—Está bien —dije sin que me importara realmente porque estaba demasiado feliz con todo.— Demuéstrame de qué eres capaz, MC.

La chica se ocupó los siguientes diez minutos intentando conectar su móvil al sistema multimedia del coche, y cuando lo logró, empezó a sonar una lista de reproducción con la mayoría de las canciones desconocidas para mí.

Las primeras horas en la carretera fueron muy agradables. Sin la presión del trabajo o el fantasma de los dolores del cólico, el ambiente era ligero y feliz. Conducía con una mano en el volante y la otra, invariablemente, buscando los dedos de Clara sobre la consola central. Había logrado entrelazar nuestros dedos y la sensación de tener su piel contra la mía era más adictiva que cualquier cierre de contrato.

La banda sonora elegida era una mezcla de reggae con pop, un poco de indie rock; en fin, algo muy ecléctico, pero que me hacía sonreír al verla canturrear bajito y equivocarse con la letra varias veces.

—Me estás distrayendo, MC —reclamé, aunque no estaba ni un poco molesto.— ¿Cómo voy a mantener el enfoque en la carretera si estás dando ese espectáculo privado a mi lado?

—¿El gran Leonardo Montenegro, el maestro del enfoque, está siendo desestabilizado por un poco de música? —Se inclinó hacia mí y su aroma a vainilla me capturó.— Pensé que eras inmune a las distracciones.

Sacudí la cabeza y miré por el espejo retrovisor, dándome cuenta de que Brahma se había sentado y tenía el hocico pegado a la ventanilla del coche. Sabía lo que quería, por lo que bajé unos diez centímetros el cristal para que entrara el viento y mi perro cerró los ojos, pareciendo disfrutar del momento mientras sus mejillas ondeaban.

—Mira su cara. —Señalé, riendo ante la escena.— El muy fresco está viviendo su mejor vida mientras yo soy el conductor oficial de vosotros dos.

—Se lo merece, pobrecito. Se pasa todo el día sin hacer nada en ese ático inmenso mientras tú vas tras las faldas —defendió Clara al perro, acariciando el dorso de mi mano con el pulgar.— Y admite que te encanta ser nuestro chófer.

—Me encanta la vista —confesé, deslizando mi mirada por sus piernas, que estaban parcialmente cubiertas por un vestido ligero que subía de forma peligrosa cada vez que se acomodaba en el asiento.

Poco más de tres horas después de dejar la capital, hicimos una parada en una cafetería de carretera y me sentí increíble al respirar un aire más puro. Clara llevó a Brahma a estirar las patas y a mear en un césped lateral, y yo entré en el local para comprar algo de comida, ya que el lugar no permitía la entrada con animales.

Mientras esperaba mi pedido, me quedé observándolos a través del cristal. Verla reír mientras mi perro intentaba perseguir una mariposa me dio un golpe de realidad que casi me deja sin aliento. Estaba realmente involucrado. Ya no se trataba de poseer a la asistente prohibida, sino de la sensación maravillosa que me invadía al saber que estaba dentro del mismo radio de alcance que ella.

Volví al coche equilibrando dos bolsas que exhalaban un olor irresistible a pan con chorizo artesanal. Clara ya estaba acomodada, abrochándose el cinturón de seguridad mientras Brahma, agotado de su caza frustrada de mariposas, soltaba un bostezo sonoro en el asiento de atrás.

—El almuerzo está servido, copiloto —anuncié, entregándole las bolsas.— No sé si está rico, pero tiene una pinta de cojones. Y según las reseñas que vi en Google, es el mejor chorizo del estado.

—Con el hambre que tengo, aceptaría hasta el pienso de Brahma —bromeó Clara, atacando el sándwich con unas ganas que me hicieron sonreír.

Arranqué el motor, pero no salí de inmediato. Apoyé los brazos en el volante, observándola un segundo antes de seguir el viaje. El sol del mediodía golpeaba el parabrisas, iluminando los detalles del rostro de la chica que solía ignorar en el ajetreo de mi día a día.

—Rafael me llamó mientras estaba ahí dentro —comenté, empezando a conducir.

Maria Clara dejó de masticar un instante y su mirada se volvió súbitamente alerta. El modo asistente intentaba emerger, incluso allí, en medio de la carretera.

—¿Y qué le dijiste?

—La verdad —respondí, ganando velocidad en la pista.— Bueno, la parte de la verdad que él puede procesar sin tener un colapso. Le dije que la piedra fue solo una señal de que necesitaba un *reset* y que estaba en una misión de reconocimiento personal.

—¿En serio? —Arqueó una ceja y su expresión dejó claro que soy pésimo inventando excusas.— ¿Se creyó eso?

—Rafael me conoce. —Me encogí de hombros, cediendo el paso a un apresurado que se pegó a mi parte trasera y empezó a hacerme ráfagas de luces, a pesar de que yo iba a la velocidad máxima permitida en ese tramo.— Sabe que cuando decido desaparecer, es mejor no hacer preguntas. Pero quiso saber de ti y le dije que me estabas acompañando. Creo que su silencio al otro lado de la línea duró unos diez segundos.

—¿Crees que sospecha algo?

—Supongo que sí —respondí.— Y no hay problema. No es como si fuera un secreto.

Maria Clara desvió la mirada hacia la ventana, pero vi cómo la comisura de su boca subía en una sonrisa contenida. La oficialización, aunque fuera implícita ante mi socio, traía un peso nuevo a lo que estábamos viviendo.

—Cambiando de tema... —continué, queriendo disipar cualquier tensión profesional.— He cambiado el plan de Curitiba.

—¿Cómo que lo has cambiado? ¿No habías reservado el hotel?

—Lo reservé, pero Curitiba sigue siendo una metrópoli, y yo quiero silencio —expliqué, notando el surco en su frente.— Quería algo que encajara con la idea del viaje, que tiene que ser ligero y romántico. Por lo tanto, pernoctaremos en Blumenau.

—Estás loco de verdad. —Suspiró.— Pero está bien, no creo que el lugar haga diferencia.

—He reservado un chalé aislado, muy bucólico, con vista directa a las montañas. —Vi el brillo en los ojos de Clara.— Nada de *lobbies* de hotel, aparcacoches o ascensores. Solo un césped inmenso para que Brahma corra, una chimenea y... nosotros.

La chica se inclinó y depositó un beso prolongado en mi mejilla, mientras su mano se posaba delicadamente en mi nuca y me hacía una caricia con las puntas de las uñas. Podría acostumbrarme a ese tacto delicioso.

—Creo que te estás convirtiendo en un maestro de las sorpresas, Boss —murmuró ella.— Pero te aviso: si el chalé tiene bañera con vistas bonitas, no me sacarás de allí en mucho tiempo.

—Ese es exactamente mi plan —respondí, pisando un poco más a fondo el acelerador mientras los carteles de Santa Catarina empezaban a asomar en el horizonte.

Capítulo 31 – Upgrade para el Paraíso

Maria Clara



Si el paraíso existiera y tuviera un código postal, sin duda sería aquel chalé. Leonardo no había exagerado; el lugar era una joya arquitectónica incrustada en la cima de una colina, donde el único sonido que se oía era el viento balanceando las copas de los árboles y el ladrido ocasional de Brahma, que ya se había autodeclarado el rey de aquellas montañas.

Me quedé sin aliento en cuanto entramos y contemplé la vista. La habitación era amplia, con un olor delicioso a madera seca y vainilla, pero lo que robaba el protagonismo era la pared del frente. No había mampostería ni cortinas pesadas, solo una pared inmensa de vidrio que iba del suelo al techo, revelando la silueta de la sierra bañada por un azul profundo que el anochecer se empeñaba en pintar.

—La ducha es maravillosa, ¿verdad? —La voz de Leo sonó cerca de mi oído, mientras depositaba dos copas de un vino tinto con cuerpo sobre la mesa de madera rústica.

—¡Sí! —respondí, observando su cabello mojado por el baño.— Y estaba a una temperatura deliciosa.

—Y tú hueles muy bien —dijo él, besando mi cuello.

Nos habíamos duchado —por separado— nada más llegar porque el viaje fue cansado y, sobre todo Leo, estaba agotado y necesitaba relajarse.

—No sé si quiero mirar la vista o si quiero vivir aquí para siempre —confesé, aceptando la bebida y brindando con él.— ¿Cómo encontraste este lugar?

—Tengo mis contactos. —Leo guiñó un ojo y bajó la mirada por mi cuerpo con una intensidad que me dejaba con las piernas flojas. — Pero, para ser sincero, tengo malas intenciones para esta noche.

El vino era aterciopelado, pero el calor que empezó a subir por mi pecho no venía del alcohol. Leo dejó la copa de lado y caminó hacia mí; sus manos grandes encontraron mi cintura y me atrajeron más cerca, situándonos justo frente al vidrio con la vista perfecta. El contraste era absurdo. Diciembre en el sur de Brasil no tenía el frío cortante del invierno, pero allí, en la cima de la colina y con el aire acondicionado del chalé ajustado a una temperatura suave, la atmósfera era perfecta para lo que yo ya sabía que pasaría. El cielo de verano en Santa Catarina tenía un tono de azul oscuro eléctrico y el calor de la noche parecía querer invadir el vidrio, pero era la temperatura de las manos de Leo lo que realmente me incendiaba.

Empezó a desabotonar mi vestido con una lentitud que ponía a prueba cada nervio de mi cuerpo. Con cada botón que se soltaba, mi jefe depositaba un beso húmedo y prolongado en la piel que iba quedando expuesta. Cuando la tela finalmente resbaló por mis caderas y se amontonó en el suelo, me sentí desnuda no solo de ropa, sino de todas las defensas que construí en años de convivencia profesional.

—¿No deberíamos pensar primero en qué vamos a cenar? —cuestioné mientras aún lograba razonar.

—Tenemos toda la noche para eso, MC...

—Lo sé, pero... —Me mordí la lengua cuando Leonardo succionó uno de mis pechos sin previo aviso.

Solté un jadeo alto y hundí mis manos en su cabello, atrayéndolo más cerca mientras mi espalda se arqueaba instintivamente hacia aquel contacto. No era gentil, pero sabía perfectamente lo que hacía y lo que me provocaba, pues su lengua trabajaba con una presión que disparaba descargas eléctricas directo a mi sexo.

—Lo único que pretendo devorar ahora es a ti —murmuró Leo contra mi piel.

No hacía ni una hora que estábamos en aquel chalé, pero el hijo de madre parecía haber memorizado ya el lugar, pues no tuvo dificultad en guiarme hasta la cama con una urgencia que no dejaba espacio para discusiones sobre menús u horarios. Me desplomé sobre la ropa de cama suave y perfumada, mientras Leonardo se quitaba la ropa con una lentitud torturante. Sus ojos estaban fijos en los míos conforme sus dedos se deslizaban por la cremallera del pantalón, hasta quedar completamente desnudo y exhibir su erección ante mí. Habría abierto mis piernas y me habría ofrecido de buen grado fácilmente, si no fuera por la mirada atenta de Brahma, sentado a los pies de la cama y con la lengua fuera mientras observaba todo.

—Ah... Leo... —murmuré, sintiéndome juzgada por el perro.— No se puede hacer esto con él mirando así.

—¿Qué...? —El hombre desnudo sobre mí miró hacia atrás y bufó.— ¡Joder, Brahma! No tenías que interrumpir...

Se levantó y llamó al perro hasta la otra estancia donde estaba la pequeña sala de estar, cerrando la puerta que separaba la habitación y volviendo a subir a la cama.

—Más tarde le daré una ración extra de comida por buen comportamiento —declaró, besando mis rodillas y acariciando mis muslos.— ¿Por dónde íbamos?

Sin la audiencia canina, el clima en el chalé cambió instantáneamente. Leonardo no perdió el tiempo con preliminares educados. Se subió entre mis piernas, posicionándose de forma que sintiera toda su urgencia contra mi intimidad, que ya suplicaba por su tacto. Sufrí unos escalofríos intensos conforme sus labios se deslizaban por mi ingle hasta encontrar lo que buscaban. Con una destreza que me hizo perder el aliento, Leo usó la lengua para explorar cada rincón de mi sexo, provocando un placer tan agudo que mis manos se enterraron en las sábanas, buscando un punto de apoyo.

Ignoró mis protestas y se concentró en lo que estaba haciendo, abriéndome con los dedos para que nada quedara oculto a su vista. La punta de su lengua, cálida y habilidosa, empezó a trazar círculos lentos alrededor de mi clítoris, presionándolo con la medida exacta de fuerza hasta que empecé a perder el control de mi propia respiración. Leo no tenía prisa. Alternaba entre lambetazos largos y profundos, que subían por toda mi hendidura, y succiones cortas e intensas justo en el centro, donde soy más sensible. El chasquido húmedo de su boca contra mi piel resonaba en el silencio de la habitación, y podía sentir el calor de su respiración enviando ondas de choque a mi bajo vientre. Era un placer agonizante, una tortura dulce que me hacía arquear la espalda y soltar gemidos que ni siquiera reconocía como míos.

—Leo... por favor... —supliqué, sintiendo el orgasmo acercarse como una ola gigante.

En respuesta, hundió el rostro entre mis piernas, usando la lengua para simular una penetración rápida mientras sus dedos trabajaban en sincronía, masajeando mi sexo empapado. Estaba completamente a su merced cuando alcancé el clímax en una explosión violenta y mis músculos se contrajeron alrededor de su rostro. Solté un grito de libertad porque no necesitaba contenerme en aquel lugar, sintiendo el mundo girar mientras Leonardo bebía cada gota de mi orgasmo, sujetando mis muslos con firmeza hasta que el último temblor terminó.

Se levantó despacio, limpiándose la comisura de la boca con el pulgar, con una mirada de satisfacción puramente primitiva. Sin decir una palabra, se posicionó sobre mí y rozó su miembro duro contra mi muslo.

—Ahora —gruñó con la voz más grave que nunca— es mi turno de enterrarme en ti hasta que olvides tu propio nombre.

No tuve tiempo de responder. Leonardo sujetó mis muñecas con una sola mano, atrapándolas sobre mi cabeza contra el cabecero de madera, mientras la otra buscaba mi cintura mientras me besaba con lujuria. Cuando empujó sus caderas, su miembro entró de una vez en mí y mi grito rasgó el silencio de la habitación.

—¡Puta madre! —jadeó el hijo de madre contra mi cuello.— Estás deliciosa...

—¿Hm... gracias? —respondí, riendo y cerrando los ojos un segundo para disfrutar del momento.

Leo empezó a moverse con una fuerza bruta, embestidas largas que hacían que la cama crujiera y mi cuerpo se deslizara contra la sábana. Sentía cada centímetro de su miembro llenándome y la presión de su hueso púbico contra mi clítoris en cada sacudida, creando una fricción insoportable. Mis ojos se perdieron por un instante en la pared de vidrio, donde las montañas parecían observar nuestra entrega bajo el cielo estrellado, pero mi mente estaba totalmente enfocada en la sensación de su miembro latiendo dentro de mí.

Apreté mis piernas alrededor de su cintura, tirando de él para que fuera aún más hondo. Leo soltó mis muñecas solo para apoyar las manos en el colchón al lado de mi cabeza mientras aceleraba un poco más. El sonido de nuestra piel chocando era hipnotizante; se oía un chasquido constante que acompañaba mis gemidos y hacía que aquel hombre me mirara aún más prendado. Estaba jadeante con los ojos fijos en los míos, devorando mi reacción mientras aumentaba la intensidad y cada golpe me llevaba de vuelta al límite que acababa de cruzar.

—Te quiero, MC... —murmuró de una manera casi desesperada.— ¿Entiendes lo que significa eso?

No podía responder porque no estaba segura de si estábamos pensando lo mismo; por tanto, solo arqueé mi cuerpo hacia él y me entregué a su ritmo. Lo atraje más cerca, clavando mis uñas en su espalda mientras sentía las paredes de mi sexo contraerse desesperadas alrededor de su miembro. Leo no quería solo mi cuerpo; había una urgencia en su mirada que parecía ir más allá de la piel. Podía estar muy equivocada e ilusionada, pero sentía que buscaba una confirmación que yo aún tenía miedo de dar, pero que en algún momento tendría que salir a la luz.

Cuando soltó mis muñecas y bajó las manos a mis caderas, inclinó mi cuerpo por sorpresa para poder penetrarme aún más hondo. La sensación de plenitud fue alucinante y absoluta, casi dolorosa de tan perfecta. Sentía cada latido de aquel miembro dentro de mí, embistiendo en un ritmo que parecía estar sintonizado con los latidos de mi propio corazón. Leonardo gruñó contra la curva de mi cuello, acelerando los golpes con una fuerza que hacía vibrar la cama de madera. La fricción era tan intensa que sentía el calor acumulándose poco a poco como una tormenta lista para estallar sobre nosotros. Entonces, lo rodeé con mis piernas y apreté su cintura para absorber cada segundo de aquella entrega.

Leo deshizo la distancia entre nuestras bocas en un beso que sabía a posesión y necesidad. El sonido de la piel chocando se hizo más rápido, más ruidoso, transformando el silencio bucólico del chalé en un escenario muy íntimo y lleno de deseo. No paró hasta

que sintió que mi cuerpo empezaba a temblar; acto seguido, sujetó mi rostro con ambas manos y me obligó a mirarlo mientras me desmoronaba en un orgasmo que parecía durar una eternidad. Segundos después, Leonardo soltó un gemido ronco y dio unas cuantas embestidas fuertes, como si buscara de forma desesperada alcanzar el fondo de mi útero para dejar su marca permanente allí.

No tardó mucho en alcanzar el clímax y desplomarse sobre mí, pesado y jadeante, escondiendo el rostro en mi cabello mientras nuestros cuerpos seguían conectados y mi sexo latía alrededor de su miembro. Permanecimos inmóviles unos minutos, con el cielo de Santa Catarina iluminando nuestras pieles sudadas a través de la pared de vidrio. El mundo exterior parecía en paz, ayudando un poco a disipar toda la confusión dentro de mi pecho para que entendiera cuánto estaban cambiando las cosas.

Conforme mis dedos acariciaban la espalda de Leo, perdí la noción de cuánto tiempo pasó. Estar tumbada con él en un paraíso como aquel, aunque no hubiera ninguna conversación, era algo que esperé mucho tiempo que sucediera. Cuando mi pierna empezó a quedarse dormida, Leonardo se apartó despacio, en un movimiento casi reacio, como si deshacer nuestra conexión física fuera una pérdida difícil de aceptar.

—Date una ducha rápida conmigo —pidió, levantándose y extendiéndome la mano.

La Maria Clara de antes habría rechazado por vergüenza, pero la de ahora aceptó inmediatamente, porque ya no había ninguna barrera ni pudor entre nosotros. Por eso, fuimos al baño en un silencio cómplice y entramos juntos en el amplio box, compartiendo la ducha sin dejar de mirarnos por más de unos segundos.

—Me gusta que el sexo contigo sea descomplicado, MC —dijo Leo, manchando la punta de mi nariz con jabón.— Y me gusta más aún saber que no te andas con remilgos conmigo, ni te esfuerzas por ser diferente de lo que realmente eres.

—Supongo que eso es un cumplido, ¿verdad? —pregunté, viéndolo sonreír antes de morderse el labio.

—Sí. —Leo me atrajo por la cintura y me dio un "piquito" al mismo tiempo que palpaba mi trasero.— Quédate aquí, voy a por nuestros albornoces.

Salió después de que cerráramos la ducha y volvió muy rápido para vestirme. Me sentía una princesa envuelta en aquel algodón carísimo y muy suave, pero mejoró aún más cuando abrimos la puerta de vidrio que daba a la terraza privada y el aire de la sierra nos recibió con el aroma de la naturaleza. Leonardo trajo la botella de vino y las copas hasta los sillones donde nos sentamos, mientras Brahma, que ya había sido liberado de su exilio en la sala, se tumbó a mis pies pareciendo muy feliz por haber sido incluido de nuevo en el plan.

—Creo que nos ha perdonado por la exclusión —comenté, riendo mientras el perro soltaba un suspiro de satisfacción.

—Él sabe quién manda aquí —respondió Leo, sirviendo el vino y entregándome la copa.

Contemplé la inmensidad oscura de las montañas y el cielo cuajado de estrellas que parecían estar al alcance de mi mano. Leo estiró el brazo y tocó mi nuca, obligándome a cerrar los ojos un instante al recibir aquella caricia tan agradable.

—Entonces... —murmuró con la voz baja, casi perdiéndose con el sonido del viento.— ¿Te crees que nunca me he alojado en lugares así? Son... demasiado románticos, ¿no crees?

—Lo son —respondí sin mirar a Leo.— Es mucho romanticismo para alguien que no quiere apegarse.

—No quería —puntualizó, chasqueando la lengua.— En fin... Es un lugar realmente bonito y demasiado bueno como para tener compañía.

Tomé un sorbo de vino, sintiendo el sabor frutado explotar en mi lengua, y miré la silueta de los árboles contra el horizonte. En aquel momento, con Brahma roncando bajito y el hombre más complicado que conocía siendo muy honesto a mi lado, la confusión en mi pecho dio paso a una claridad abrumadora.

—Te estás volviendo peligrosamente sentimental, Boss —provoqué, pero apreté su mano contra la mía.— De cualquier forma, gracias por invitarme. Sabes cómo agradar cuando quieres.

—No estoy intentando agradarte, Clara. Estoy intentando recuperar el tiempo perdido —admitió Leo al inclinarse sobre el brazo de mi sillón.— Pasé demasiado tiempo tratándote como una extensión de mi trabajo, y la verdad es que siempre has sido la mejor parte de mi día. Creo que solo necesitaba una piedra en el riñón y mil kilómetros de carretera para admitirlo.

Incliné mi rostro para recibir un beso con sabor a vino y promesas silenciosas. Allí, bajo el cielo estrellado, la jerarquía entre nosotros parecía haber quedado enterrada en algún lugar de la carretera. Ya no había órdenes, solo la intimidade compartida y la expectativa de lo que el día siguiente nos reservaría en Gramado.

—Lo que has dicho es precioso, pero creo que es mejor que comamos algo pronto porque necesitas descansar —murmuré contra sus labios.— Tenemos un largo camino mañana y no me siento segura para conducir en carretera, así que la responsabilidad es toda tuya.

—Dormir ahora parece un desperdicio —provocó Leo, pero acabó sonriendo.— Pero tengo que llevarte a Gramado a salvo, ¿no? Así que vamos a cenar para no dormirnos muy tarde.

Nos quedamos allí unos minutos más, en silencio, simplemente sintiendo la respiración del otro y el ronquido de Brahma, mientras el horizonte me recordaba que, por primera vez en años, no tenía ninguna prisa por que llegara el día siguiente.

Capítulo 32 – Entre Flores y Renos

Leonardo



Gramado en diciembre no es solo una ciudad turística, sino un estado de ánimo. El aire es más dulce, las personas parecen flotar de tanta felicidad y, por primera vez en muchos años, ni siquiera estaba preocupado por el cierre de la bolsa. Mi única métrica de éxito aquel día era el tamaño de la sonrisa de Maria Clara.

Y, por supuesto, mi dignidad, que estaba siendo seriamente puesta a prueba por lo que Brahma llevaba en la cabeza.

—Está ridículo, ¿lo sabías? —rezongué, aunque estaba conteniendo la risa mientras caminábamos en dirección a la *Rua Torta*.

—¡Está increíble! —retrucó ella, deteniéndose para ajustar la diadema navideña de cuernos de reno que le había comprado al perro en una tiendita del centro.— Brahma sabe que es la verdadera estrella de Gramado. Deja de ser un cascarrabias, Leonardo.

Mi imponente American Bully de veinticuatro kilos parecía perfectamente en paz usando el adorno de peluche con cascabeles que tintineaban a cada paso. Caminaba con el pecho erguido, la lengua fuera y las mejillas balanceándose, recibiendo miradas adorables de los turistas y siendo detenido cada cinco minutos por niños que juraban haber encontrado al reno perdido de Papá Noel.

Si alguien me hubiera dicho, una semana atrás, que estaría desfilando por una ciudad turística con un perro disfrazado, probablemente mandaría a internar a esa persona. Pero allí, con la mano de Clara entrelazada con la mía, me sentía el hombre más afortunado del momento. Era una sensación de ligereza que no sabía que existía.

Llegamos a la *Rua Torta* y el escenario era digno de una postal. Las curvas sinuosas del asfalto, enmarcadas por flores coloridas y farolas de luces coloniales, creaban el fondo perfecto para lo que estábamos viviendo. Los turistas caminaban admirando los árboles ornamentales que puntuaban el trayecto y los edificios que rodeaban el área. Por dondequiera que miráramos, había un detalle: el brillo de las decoraciones de Navidad que empezaban a encenderse conforme caía la noche, el sonido distante de una música temática y el aroma inconfundible a naturaleza y chocolate que parecía ser el mismísimo oxígeno de Gramado.

Le pedimos a una pareja que pasaba cerca de nosotros que nos hiciera una foto y atraje a Maria Clara por la cintura, pegando su cuerpo al mío. El frío suave de la sierra hizo que la chica se acurrucara aún más en mi abrazo y yo aproveché cada segundo de ello. Estaba tierna y guapa en la medida justa, vistiendo una falda

cortita que dejaba las piernas a la vista, con botas de caña alta y un abrigo grueso que terminaba a mitad de los muslos. Sin querer, los colores de nuestra ropa combinaban un poco y parecíamos realmente una pareja que planeó cada segundo del viaje, hasta qué meter en las maletas.

Caminamos sin prisa, deteniéndonos en cada escaparate de recuerdos y chocolates, y yo no podía dejar de observar a Maria Clara maravillarse con las decoraciones de Navidad. Sus ojos brillaban más que las luces esparcidas por los árboles, farolas y edificios, y parecía tan desarmada y espontánea que me daban ganas de protegerla de todo.

—¿Sabes qué falta? —pregunté, deteniéndome frente a una floristería encantadora que exhibía arreglos que parecían obras de arte.

—¿El qué? —Clara se giró, con las mejillas sonrosadas por el viento frío.

—Espera aquí y cuida de mi reno —respondí y le guiñé un ojo al entregarle la correa de Brahma.

Entré en la tienda perfumada y miré alrededor, un poco perdido pero dispuesto a no escatimar. Pedí que prepararan un ramo generoso de rosas rojas y, cuando salí, la expresión en el rostro de la chica fue de choque absoluto.

—¿Flores? ¿En serio? —preguntó con las mejillas rojas mientras miraba mis manos.— Nunca te he visto ir personalmente a comprar flores para nadie...

—Siempre hay una primera vez. —Sonreí, mirando al suelo antes de hincarme de una sola pierna y ver cómo los ojos de Maria Clara se abrían de par en par. —Puede parecer tonto, y sé que no soy el tipo más romántico del mundo, pero... ¿quieres aceptar estas rosas y ser mi novia?

Abrió y cerró la boca. Acto seguido, apretó la correa de Brahma entre los dedos y soltó un suspiro largo por la nariz.

—Leo...

—Es una pregunta sencilla. ¿Sí o no?

—¡Sí! —Su grito salió en un suspiro de alivio y emoción, rompiendo el silencio de la calle.— Claro que sí, loco, pero levántate antes de que piensen que me estás pidiendo matrimonio.

—Una cosa a la vez —bromeé mientras me levantaba y le entregaba el ramo.

Antes de que Clara lo acomodara en sus brazos, la atraje por la cintura y la besé allí mismo, en medio de la *Rua Torta*, bajo la iluminación de las farolas coloniales y todas las luces navideñas a nuestro alrededor. Oímos algunos aplausos contenidos de los peatones que presenciaban la escena, y Brahma, sintiendo la euforia, soltou un ladrido animado que hizo que los cascabeles de su diadema de reno tintinearan.

—Ahora es oficial —murmuré contra sus labios, sintiendo el perfume de las flores y el calor de su piel.— Y te aviso desde ya que no acepto la dimisión de este cargo.

—Creo que puedo lidiar con eso, Sr. Montenegro —río ella, con los ojos brillando de una forma que me desarmaba por completo.

Como estábamos recibiendo mucha atención, entrelacé nuestros dedos y continuamos nuestro camino por la calle, alejándonos de la multitud para volver a estar a solas.

—Entonces... Sabes que esto de una relación seria es nuevo para mí —confesé, observando a Clara acariciar los pétalos de las rosas mientras caminaba.— Sé gestionar crisis y fusionar empresas, pero tendré que aprender a comportarme como un novio. Pero estoy dispuesto a ello, si tienes paciencia con el becario.

Clara dejó de caminar abruptamente y me miró, con el ceño levemente fruncido bajo la luz de las farolas de Gramado.

—¿Estás seguro de que no estás actuando por impulso, Leo? ¿Por el calor de este ambiente navideño y del viaje?

—Bueno, sí, estoy actuando por impulso —respondí con una honestidad que la sorprendió.— Pero yo soy exactamente así. Mi primera gran inversión fue por impulso y me dio mi primer millón.

Actuar rápido y tomar decisiones que parecen precipitadas no significa que no sepa lo que estoy haciendo. Siento cuando un negocio es bueno, y siento que actualmente tú eres la mejor parte de todo.

—¿De verdad quieres esto, Leo? —preguntó ella, oliendo las flores.

—Quiero intentarlo. —Me encogí de hombros.— Solo sabremos si va a funcionar si lo intentamos.

—¿Pero y el trabajo? ¿Cómo vamos a lidiar con el hecho de que mi novio es el hombre que firma mi nómina y me da órdenes todo el día?

—¿Cuál es el problema? —Brahma intentó tirar de la correa cuando vio a un gato callejero cruzar justo frente a nosotros, pero lo sujeté antes de que arrastrara a Clara.— ¡Eh, amiguete, que estoy ocupado aquí! —le reñí, y él se sentó educadamente a esperar; entonces me giré hacia la chica.— A ver... No veo problema en que sigamos trabajando juntos. Hay marido y mujer que gestionan imperios, ¿por qué una pareja de novios no puede?

—Eres valiente, debo admitirlo. —Ella guiñó un ojo.— O muy optimista.

—Soy eficiente —corregí, robándole otro "piquito".— Ahora, basta de hablar de trabajo. Tenemos una reserva para comer una de las *fondues* más codiciadas de la ciudad y, si no llegamos a tiempo, vamos a perder nuestra mesa y voy a tener que usar mi influencia de una forma nada elegante.

Realmente había movido montañas para conseguir aquel restaurante. No era solo por el queso o el chocolate, sino porque era uno de los pocos lugares de élite que era *pet-friendly* y no quería dejar a Brahma encerrado en el hotel mientras nosotros celebrábamos.

Él fue desfilando delante como si supiera el poder que tenía sobre nosotros y logramos cenar en el bellísimo refugio de piedra y madera, a la luz de las velas, donde el vino tinto con cuerpo fluía tan libremente como nuestras risas. Por primera vez en años, no estaba

mirando el reloj ni revisando el correo. Estaba simplemente admirando a la mujer frente a mí y dándome cuenta de que, si el amor fuera una acción en la bolsa, acababa de hacer la puja más grande de mi vida.

Capítulo 33 – El peso de los sueños realizados

Maria Clara



Si alguien me hubiera dicho, hace una semana, que estaría sentada en el borde de una bañera victoriana en un hotel lujoso de Gramado, sosteniendo una copa de vino mientras mi jefe —ahora mi novio— intentaba convencer a un American Bully de que no podía entrar en el agua, probablemente me habría reído en su cara.

Pero aquí estaba, y la sensación era la de haber dejado finalmente de contener el aliento después de años.

—¡Brahma, no! Vas a mojar toda la habitación y la cuenta del hotel vendrá a nombre de papá —reclamó Leonardo, mientras intentaba apartar gentilmente el hocico del perro lejos de la espuma perfumada.

Brahma, por supuesto, parecía ignorar solemnemente las órdenes de su dueño y estaba fascinado por las burbujas de jabón, agitando la cola con tanta fuerza que resultaba gracioso ver ese pequeño muñón balanceándose.

—Vete a tumbar a la habitación, Brahmita —murmuré, riendo y sintiendo el calor del vino subir por mis mejillas.— Sé que quieres participar en la celebración, pero no puedes.

Leo se levantó, saliendo desnudo de la bañera y mojando todo el suelo para sacar al perro del baño. Tras cerrar la puerta y volver hacia mí, se detuvo entre mis piernas y apoyó las manos en el borde de la bañera.

—Estás muy callada desde que salimos del restaurante —observó, rozando la punta de su nariz con la mía.— ¿Te has arrepentido de aceptar mi propuesta?

—Es muy difícil concentrarse en una conversación seria mientras estás desnudo frente a mí —confesé, sintiendo mi rostro arder y viéndolo arquear una ceja.— No me he arrepentido ni por un segundo. —Llevé mi mano a su nuca, jugando con los mechones cortos de su cabello.— Es solo que... todavía se siente extraño.

Lo que no lograba decir era que había pasado tanto tiempo guardando lo que sentía en una cajita, etiquetada como "imposible" o "peligroso para la carrera", que ahora que la caja se había abierto, aún estaba intentando procesar su contenido.

—Sé que la mayoría de las veces me consideras un idiota y...

—No eres nada de eso —corregí antes de que terminara la frase, sintiendo una dulzura extraña en el pecho.— Eres el hombre al que siempre he admirado por su inteligencia y por todo lo que ha conquistado, aunque seas un poquito arrogante de vez en cuando. Y ahora he descubierto que ese hombre también sabe comprar rosas y arrodillarse en público solo para verme sonreír.

—No sabía que las flores causarían tanto impacto —dijo Leo, mordiéndose el labio inferior antes de besar la coronilla de mi cabeza y entrar en la bañera.— Quítate pronto esa lencería y ven aquí. Prometo portarme bien... si quieres.

Me quité las piezas de encaje negro con los dedos temblorosos, sintiendo la mirada pesada de Leonardo siguiendo cada uno de mis movimientos hasta que estuve tan desnuda como él. Cuando me sumergí en el agua caliente, el contraste del calor de la bañera con el aire fresco de la habitación me hizo soltar un largo suspiro.

Mi ahora novio no esperó mucho y tiró de mí hasta sentarme entre sus piernas, acomodando mi espalda contra su pecho firme.

—¿Mejor ahora? —preguntó con los labios rozando el lóbulo de mi oreja, mientras sus manos empezaban a masajear mis hombros tensos.

—Mucho mejor —respondí, cerrando los ojos y permitiéndome, por primera vez, disfrutar simplemente del papel de novia.

Leo giró mi rostro delicadamente y me besó sin prisa, dejando el sabor del vino en mi boca y algunos escalofríos repartidos por mi cuerpo. Sus manos se deslizaron por mis brazos, encontrando las mías y entrelazando nuestros dedos bajo la espuma. Entonces, nos quedamos simplemente intercambiando caricias perezosas y besos cortos, mientras el sonido del agua agitándose contra los bordes de la bañera llenaba el silencio.

—¿Sabes qué es lo más loco? —Su voz salió amortiguada contra mi cuello.— Pasé años viéndote entrar y salir de mi casa y nunca me permití imaginar que eras tan deliciosa.

—¿Por qué motivo? —pregunté, muy curiosa.— ¿Algún motivo específico?

—Bueno... Primero, porque cuando te contraté, tenías novio —respondió él y yo asentí.— Y después, no sé, simplemente me metí en la cabeza que no podía mezclar lo personal con lo profesional y decidí que no te miraría de esa manera.

—¿Entonces ni siquiera me encontrabas atractiva?

—Claro que sí. —Sentí sus dedos tocando mis pezones y suspiré.— Pero estaba muy decidido a dejarte en paz y, con el tiempo, me fui acostumbrando a tratarte como a una hermana.

—¿Qué cambió, Leo? —pregunté, girándome un poco para poder observarlo.

—El tipo del helado.

Solté una risa incrédula, pero no parecía estar bromeando con la respuesta.

—No puedes estar hablando en serio.

—Claro que sí. —Mi novio se encogió de hombros.— Me irritó.

—¿Entonces tu instinto territorialista fue lo que nos trajo hasta aquí? —pregunté, girándome de frente de una vez y rodeando su cuello con mis brazos.

—Fue el catalizador, pero lo que me atrapó de verdad fue lo que descubrí después de bajar la guardia. —Leo deslizó su mano por mi espalda, atrayéndome más cerca hasta que ya no hubo espacio para la espuma entre nosotros.— Descubrí que eres la única persona que logra hacerme olvidar el móvil, el mercado financiero y toda la presión que cargo.

Me besó de una manera más cariñosa y lenta, un beso cargado de un sentimiento diferente que tendría que aprender a identificar porque todo era muy nuevo para mí. Sus manos exploraban mi cuerpo con una libertad que me hacía perder el aliento, subiendo por mis muslos y apretando mi cintura con fuerza. Podía sentir mis pezones endurecidos rozando su pecho, al mismo tiempo que su miembro crecía debajo de mí y tanteaba mi sexo.

—¿Te crees que nunca lo he hecho en el agua? —comenté, viéndolo mirarme con una tremenda cara de pícaro.

—Hay una primera vez para todo en la vida.

Solté un gritito cuando una de sus manos envolvió mi pecho derecho, mientras la otra encontró mi clítoris y empezó a frotarlo sin ningún pudor. Incliné la cabeza hacia atrás, entregándome

totalmente a su dominio, sintiendo el agua caliente potenciar cada sensación, transformando el baño en un santuario de puro placer.

Leonardo no tardó en guiarme, ajustando nuestros cuerpos con una precisión que me hizo perder el aliento hasta que se enterró en mí con una embestida profunda, haciendo que la bañera se desbordara y mojara el suelo. Entre gemidos que ecoaban por las paredes y el calor sofocante del vapor, nos poseímos con una urgencia que parecía querer compensar cada segundo de los años en los que fuimos solo profesionales, sellando nuestro nuevo contrato sin fecha de expiración.

Capítulo 34 – La Cima del Mundo

Leonardo



El reflejo en el espejo del vestidor no mentía sobre el cambio que lograba percibir en mí mismo. El hombre que me devolvía la mirada parecía haber pasado por una reforma estructural que ningún arquitecto de renombre sería capaz de ejecutar. La tensión constante que habitaba en el surco de mi frente parecía haber sido suavizada por una serenidad inédita. Ya no parecía un depredador

en alerta máxima las veinticuatro horas del día, sino un hombre que tenía un lugar al cual volver.

Incluso las líneas de expresión cerca de mis ojos, que antes parecían marcas de estrés, ahora eran fruto del resultado de las risas que Maria Clara andaba arrancándome. São Paulo brillaba allá afuera con sus luces estallando en la noche del 31 de diciembre, y me quedé pensando en cómo mi rutina se había puesto patas arriba en las últimas semanas. Me encantó cada segundo, por supuesto: tener a alguien para compartir el desayuno, oír el ruido de ella arreglándose en el baño e incluso las discusiones tontas sobre quién pasearía a Brahma. Clara seguía haciendo la mayoría de las cosas que ya hacía, pero ahora había algo muy diferente en el aire, como si compartiéramos una complicidad que antes no existía y nuestra relación fuera mucho más ligera.

—Tu perro hambriento estaba intentando robar las minitostas de caviar de la bandeja que el camarero dejó sobre la mesa de centro —avisó ella al entrar en mi vestidor y abrazarme por la espalda.— Y lleva una pajarita dorada, lo que hace que el crimen sea mucho más difícil de castigar.

Me giré y el golpe invisible que recibí en el pecho fue inmediato, porque Maria Clara estaba deslumbrante con un vestido blanco de seda abrazando sus curvas de un modo que me hizo olvidar cómo se respiraba. Su cabello parcialmente recogido dejaba el cuello libre, y la luz de la estancia se reflejaba en sus ojos con una intensidad que me dejaba totalmente embobado.

—Si lo arrestan por hurto de caviar, yo pago la fianza —murmuré, besando su clavícula expuesta y tan perfumada.— Estás cobardemente guapa, ¿lo sabías? Pero también estás increíble usando mis camisetas viejas de algodón.

Me había vuelto adicto a ver a esa chica preciosa desfilando con mi ropa por la casa. Parecía tan correcto, tan familiar y tan íntimo que, si de mí dependiera, Maria Clara solo usaría eso todo el día.

—Prefiero mil veces andar con tus camisetas rotas que tener que estar fingiendo que soy presumida y elegante. —Río con las manos apoyadas en mi pecho.

—Pero tú eres todo eso también —declaré, enterrando mi rostro en la curva de su cuello y aspirando el perfume que ahora era mi aroma favorito en el mundo.— ¿Sabías que casi cancelo esta fiesta solo para quedarme a solas contigo?

—Mentiroso —provocó Clara, pero me dio un "piquito".

Entrelazamos nuestros dedos y salimos a la terraza, donde la fiesta estaba comenzando. El sonido ambiente contaba con el murmullo de voces animadas y una lista de reproducción muy ecléctica montada por mi novia. Rafael estaba sirviendo whisky a algunos amigos nuestros y riendo de alguna broma idiota, porque él le encontraba gracia a cualquier cosa. Incluso mi amigo y socio en muchas inversiones había sido el primero en saber sobre el noviazgo. Me atrevo a decir que lo celebró y se puso casi tan feliz como yo, y dijo que debería haber apostado para sacar algo de pasta, pues estaba seguro de que terminaríamos siendo pareja.

—Mírate nada más. —Vi su sonrisa burlona cuando se acercó.— Estás todo arregladito y elegante, pero esa cara de querer huir de tu propia fiesta para quedarte encerrado en el cuarto con Clara no engaña a nadie.

—Me encanta celebrar el Año Nuevo, pero creo que esta vez tienes razón.

—¡Es obvio! —Puso los ojos en blanco.— Por cierto, ya era obvio para todo el mundo, menos para ti, que eres un cabezota —retrucó Rafael, dándome una palmadita en el hombro.— Maria Clara siempre fue la única persona que lograba ponerte en tu sitio sin recibir tus desplantes.

Solté una risa de puro deleite, consciente de que no había forma de discrepar con mi amigo. Solo esa chica para hacerme las cosas que me hacía y no ser despedida jamás.

—Otra vez tienes cara de idiota enamorado —murmuró Rafael, chasqueando la lengua.— Solo no dejes que Clara te despida del

cargo de novio, porque encontrar una asistente como ella fue suerte, pero mantener a la mujer será talento.

—No la perderé —declaré, brindando con él.— Jamás.

Conforme la cuenta regresiva para la medianoche se acercaba, la ciudad parecía contener el aliento. Miraba los edificios de alrededor y me sentía, por primera vez, dueño de algo que no podía comprarse ni venderse. Tenía un imperio, sí, pero tenía también la complicidad de una mujer que me conocía en mis peores y mejores momentos. Ella me sonreía abiertamente, brillando de felicidad, y yo no podía quitar mis ojos de su rostro. Lo único que me distrajo fue la llegada de Brahma, a quien acabé cargando con un brazo, mientras el otro rodeaba la cintura de mi novia conforme el clímax se acercaba.

Cuando los primeros fuegos artificiales empezaron a estallar en el cielo de São Paulo, tiñendo el horizonte de decenas de colores, no fue a las luces a donde miré. Clara sonreía, maravillada con el espectáculo, cuando se puso de puntillas y me besó; después le dio un beso en la cabeza a Brahma.

—¡Feliz Año Nuevo, amor! —gritó.— ¡Feliz Año Nuevo para ti también, Leo!

Solté una carcajada antes de dejar a mi perro de nuevo en el suelo y cargar a la chica en brazos un segundo. La hice girar y la besé con una intensidad que decía todo lo que las palabras no alcanzaban a expresar.

—Feliz Año Nuevo, MC —susurré contra sus labios.— Te amo.

Sabía que la gente quería saludarnos, pero permanecí aferrado a Maria Clara, con mis ojos fijos en los suyos para dejar claro que no quería ser interrumpido. Su cabeza cayó hacia atrás cuando soltó una risita y, al volver a mirarme, puso los ojos en blanco y sonrió.

—¡Finalmente! —respondió, acariciando mi nuca con sus uñas. — Pensé que nunca iba a escuchar eso. Te amo desde hace mucho, mucho tiempo, pero no quería ser la primera en decirlo.

—Qué hija de madre...

—Leo... —Clara presionó sus labios un segundo.— Te amo, pedazo de pesado, arrogante, bobo, idiota y sarcástico.

—¡Guau! ¡Me siento increíble ahora!

Besé su mejilla antes de besar su boca y la solté de una vez porque necesitábamos saludar a nuestros amigos. La fiesta continuó en un borrón de abrazos, brindis y risas. Aquella fue la primera vez que logramos reunir a nuestras madres en el mismo lugar y presentarlas como nuestras suegras, así que la noche tenía un significado aún mayor.

Me tomé un tiempo también para disfrutar de la compañía de algunos amigos que no veía hacía tiempo, pero mis ojos siempre volvían a ella. Era como si existiera un hilo invisible tirando de mí, asegurándose de que no la perdiera de vista ni por un segundo entre las demás personas. Conforme avanzaba la madrugada, el ruido de la fiesta fue dando paso a un cansancio agradable. Los invitados empezaron a despedirse y la música bajó gradualmente a un volumen que apenas competía con el ruido de la calle. Cuando la puerta se cerró por última vez, nos quedamos solo nosotros dos escuchando las patitas de Brahma paseando por el porcelanato, ahora debidamente libre de su pajarita dorada.

—Al fin, solos —murmuré, quitándome las zapatillas antes de sentarme en el sofá.

Clara ya estaba allí desparramada, con los pies descalzos recogidos bajo el vestido de seda y los ojos fijos en la vista de la ciudad que empezaba a calmarse. Parecía exhausta, pero tenía un brillo de satisfacción en el rostro que me hacía querer detener el tiempo. Atraje sus pies delicados a mi regazo e inicié un masaje para que pudiera relajarse un poco.

—¿Nos duchamos y a dormir?

—Leo, estoy muy feliz. De verdad —dijo ella, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el respaldo del sofá.— Ha sido el mejor fin de año de mi vida. El año pasado viajaste, así que pasé el Año Nuevo sola con un bote de helado y Netflix.

—Dan ganas de volver atrás en el tiempo y corregir eso —comenté.

—Ah, no importa. —Sonrió como una tontita.— También fue el primer Año Nuevo que pasé besando en la boca.

—¿Y alguna vez en la vida pasaste el primer día del año follando? —Clara puso los ojos en blanco y soltó una risa.— No digo ahora, pero...

—Sé perfectamente lo que quieres. —Se mordió el labio mientras yo llevaba su empeine a mis labios y lo besaba.

Nos quedamos allí mucho tiempo, intercambiando caricias y conversando sobre cosas tontas, sin metas, sin planes elaborados, simplemente disfrutando del inicio de aquel nuevo ciclo. La observé luchar contra el sueño hasta que sus ojos finalmente pesaron del todo. La cargué en brazos, con cuidado para no despertarla, y la llevé a mi habitación. Brahma nos siguió como la sombra fiel que siempre fue y se acomodó en la alfombra al lado de la cama.

El año nuevo había empezado hacía pocas horas y yo tenía la certeza absoluta de que no necesitaba ninguna resolución nueva como las que todo el mundo siempre hacía al cambiar de año, porque en aquel momento, tenía todo lo que necesitaba justo allí conmigo.

Epílogo – Aumentando la Familia

Maria Clara



2 AÑOS Y SEIS MESES DESPUÉS

—¡Cuidado, Leo! Está muy inquieto, tengo miedo de que se te caiga de los brazos. —Mi voz salió un poco más aguda de lo normal mientras intentaba no entrar en pánico por la seguridad de nuestro nuevo heredero.

—Jamás dejaría que se cayera —respondió mi prometido con la paciencia que solo desarrolló después de un tiempo viviendo conmigo.

Intentamos entrar en el ático en silencio para evitar que Brahma armara mucho escándalo, pero no funcionó. Vino trotando y corriendo hacia nosotros como un verdadero dinosaurio enano y tuve que ponerme delante por puro instinto. No podíamos permitir que saltara sobre el pequeño y lo lastimara; tampoco estábamos seguros de cómo sería su adaptación a la nueva dinámica, pero estábamos dispuestos a intentar todo para que nuestra familia conviviera en armonía.

—¡Calma, Brahma! —murmuró Leonardo, esquivando al perro y caminando hacia el sofá.— Espera un poco, grandullón. Hay alguien aquí que tienes que conocer.

—¿Crees que se llevarán bien? —pregunté, sintiendo que se me empañaban los ojos.— Necesitamos que sean amigos.

—Claro que sí, MC. —Me sonrió.— Mira la cara de bobo que tiene Brahma. Es inofensivo y tendrá que aprender a compartir el reinado.

Asentí, aunque un poco aprensiva por los cambios que estábamos a punto de vivir. La verdad es que la gente nos presionaba. Teníamos la boda programada para dentro de dos meses y, en la última cena entre amigos, Rafael y su novia no paraban de preguntar cuándo llegaría el heredero Montenegro. Mi suegra también vivía haciendo planes para recibir a un nieto e incluso Laura me daba la lata diciendo que quería un ahijado.

En esos momentos de interrogatorio, Leonardo solía sonreír y decir que nuestro enfoque era otro. Ambos ya habíamos hablado de ello exhaustivamente: los hijos no estaban en los planes para los próximos años —y tal vez no lo estuvieran nunca—. Nuestra libertad, nuestros viajes improvisados y la paz de nuestra rutina eran demasiado valiosos. Podía sonar egoísta pensar así, pero ninguno de los dos sentía la llamada de la maternidad o la paternidad.

Sabíamos que nuestra opinión sobre el tema podía cambiar algún día, pero mientras no sucediera, decidimos dedicarnos al trabajo, a construir una vida que nos diera placer compartir y a conocer el mundo siempre que sobrara tiempo en la agenda. Por eso, tras ser muy sinceros el uno con el otro y aclarar que queríamos las mismas cosas, terminé dejando de tomar el anticonceptivo que usaba desde los veinte años y me puse un DIU para sentirme más segura.

Mi prometido dejó el paquetito con cuidado sobre el sofá de lino, manteniendo un brazo alrededor para asegurar que nada se saliera de control. Brahma tenía las orejas tiesas, el cuerpo tenso y la cola moviéndose tan rápido que parecía que se iba a romper, soltando esos ruiditos nasales de quien se moría de curiosidad.

—¿Preparada? —preguntó Leo, mirándome con un brillo divertido en los ojos.

—Preparada y con el corazón en la boca —confesé, acercándome y sentándome cerca de ellos.

Con una lentitud teatral, apartó la manta azul marino y, por un segundo, todo lo que vimos fue un montón de grasa y pelo moviéndose. Entonces, una cabecita se levantó, revelando un par de ojos color miel aún medio dormidos y un hocico arrugado que soltó un bostezo capaz de desencajar la mandíbula. Era un cachorro de perro mestizo cuya madre fue rescatada por una conocida de Laura; Leo y yo nos interesamos en adoptarlo. Era tan gordito y rechoncho que resultaba la cosita más linda que había visto, y por el tamaño de la madre, no parecía que fuera a crecer más que Brahma.

El American Bully dio un salto hacia atrás, sorprendido por el intruso minúsculo de cincuenta días de vida, y acto seguido avanzó con cautela para darle el primer olfateo oficial. El pequeño, lejos de intimidarse, dio un manotazo torpe al aire e intentó morder la oreja de su nuevo hermano, quien ladró antes de saltar al sofá y darme un buen lametón en la cara.

—¿Te ha gustado, Brahmita? —pregunté, limpiándome con la manga de la camiseta y riendo.— ¡Este es Bacon, tu futuro mejor

amigo!

—Bienvenido al manicomio, hijo —murmuró Leo, dejando que el cachorro le mordiera el dedo.— Aprovecho para pedirte disculpas por los pedos que Brahma te va a soltar en la cara.

Aproveché para sacar una foto de la escena que ocurría ante mí y se la envié a mi madre y a mi suegra, con el siguiente mensaje: "Ha nacido el nieto de ambas, venid a conocerlo cuando tengáis tiempo". Sabía que aquello sería motivo para que me desheredaran, pero no me importaba ese tipo de presión. Estaba feliz, Leonardo estaba feliz, Brahma aparentaba estar muy feliz y, ahora, sabíamos que Bacon también sería feliz. Tendría la vida que su madre nunca conoció y sería tan mimado como cualquier perro de raza y con pedigrí.

—Vale, vamos a ponerlo en el suelo —dijo mi prometido, soltando la bolita de pelo en la alfombra y esperando a ver qué hacía.

Brahma saltó del sofá y se tumbó cerca del cachorro, oliéndolo con un cuidado que calentaba el corazón solo de verlo. Lo lamió con su lengua, que era más grande que la cabeza del cachorro, pero este no se asustó; solo dio un ladridito agudo y fue a explorar el ambiente, hasta que levantó la pata y meó en la pata de la mesa de centro.

—Vaya... —murmuré, horrorizada de que aquello hubiera pasado tan rápido.

—¡Joder, Bacon! —rezongó Leo y se levantó para correr hacia la cocina.— No le enseñes cosas malas a Brahma. —Señaló al mayor —: Grandullón, no aprendas eso. ¡Finge que ni lo has visto!

—Piensa que si fuera un bebé, el chorro de pis podría haberte dado en la cara —comenté para suavizar la situación, mientras sonreía al ver al cachorro correr tras Leo.

Mi prometido volvió segundos después, cargando un rollo de papel de cocina y un frasco de desinfectante, pero se detuvo al ver que Bacon saltaba sobre su zapatilla y empezaba a enredarse en el cordón.

—Ah, qué más da. Eres una monada de cojones —dijo Leo, sonriéndole al pequeño y yendo a limpiar la suciedad.— Papá te enseñará el lugar correcto después, ¿vale? No he querido gritarte.

Bacon era muy inquieto y no me sorprendía porque era algo natural para su edad; por tanto, Brahma se asustó un poco con la energía del cachorro y se subió al sofá para tumbarse a mi lado. Apoyó la cabeza en mi regazo antes de ponerse panza arriba y pedir caricias.

—Tranquilo, chico. Sigues siendo el mayor y te seguiremos queriendo —comenté, apretándole la mejilla.— Te quiero, Brahmita.

—No he oído esa frase todavía hoy...

—Te quiero también, Boss.

Leonardo sonrió, satisfecho, y continuó su tarea de limpiar la pata de madera meada. El apodo seguía firme y fuerte porque me encantaba llamarlo así, pero había dejado de ser su asistente-niñera y pasado a trabajar en funciones mucho más importantes en su empresa, aprendiendo a gestionar contratos, tratar directamente con socios y ayudar a aumentar aún más el imperio Montenegro, que algún día también me pertenecería a mí y a nuestros hijos... de cuatro patas.

~ FIN ~

Agradecimiento

Escribir es un acto solitario, pero publicar es un encuentro de almas. Hoy, mi agradecimiento más que especial es para cada uno de ustedes que abrieron las puertas de la Hacienda Santa Aurora y permitieron que Henrique y Manoela formaran parte de sus vidas. Ustedes son los responsables directos de mantener viva mi creatividad y de permitir el nacimiento de tantas historias que aún tengo guardadas por contar. Sin su apoyo y su cariño en cada página leída, nada de esto sería posible. ¡Gracias por acompañar mi trabajo con tanta dedicación!

Agradezco diariamente a Dios por haberme guiado por este camino y por darme la oportunidad de trabajar en lo que más amo: transformar sentimientos en palabras. Este libro es un pedazo de mí que ahora les pertenece a ustedes.

Con todo mi cariño, ¡un beso de Kel!

Feedback del Lector

Espero que te haya gustado lo suficiente el libro como para llegar hasta aquí. Entonces, si te gustó, ¿qué tal dejar tu opinión para que otros lectores puedan interesarse por la historia? Es rápido, solo tienes que dejar una reseña en Amazon con pocas palabras (o muchas, depende de tu inspiración) y me pondré extremadamente feliz cuando la lea. Mucha gente no lo sabe, pero la valoración es muy importante para clasificar el libro en una buena posición e incluso para conquistar nuevos lectores.

Si no disfrutaste la historia, ¡está bien, no hay problema! Estaré atenta para que en otro momento encuentres algún trabajo mío que te conquiste y cambie esa mala impresión, ¿de acuerdo?

Ahora, voy a pedirte una ayuda. Si encontraste algún error de revisión durante la lectura, puedes reportarlo a Amazon para que me lo señalen y yo lo corrija. O puedes buscarme en las redes sociales y hablar directamente conmigo, no muerdo y soy muy tranquila con eso.

¡Gracias!

Mis perfiles en Instagram: @kelcosta.oficial y @autorakelcosta (nuevo)

Mi Twitter: @kelcosta_k

Una Pequeña Charla

¿Quién es Kel Costa? Todavía estoy tratando de descubrirlo hoy. Increíble, ¿verdad? Pero la vida es así, una constante evolución, cambios y más cambios, cicatrices que van formando nuestra historia y sueños que se van renovando.

Empecé a escribir en 2008, cuando me convertí en una fan obsesionada de *Crepúsculo* y empecé a frecuentar muchas comunidades en Orkut (sí, mira la edad apareciendo). No tardé en decidir aventurarme en el universo de los *fanfics* y me animé a crear los míos, hasta que me vi ganando cierta relevancia en aquella red social y me motivé a escribir mis propias historias.

De ahí surgió *Fortaleza Negra*, el primer libro que publiqué con una editorial tradicional. Inicialmente, iba a ser una trilogía y solo existía en formato físico, pero en el medio del camino descubrí el mundo de los libros digitales y me enamoré. Pasé algún tiempo trabajando exclusivamente con literatura fantástica, hasta que decidí arriesgarme un poco en el mundo de los romances. Fue un camino sin retorno y hoy no me veo dejando de escribir el género, a pesar de querer conciliarlo con los demás.

Vivo en Brasil, nací en 1983, cumplo años el 24 de agosto y soy una virginiana más o menos. ¿Sabes? Ese tipo de persona que encaja a medias en su signo. Por ejemplo, soy muy perfeccionista, neurótica con cosas desalineadas, colores o patrones que no combinan, excesivamente puntual y extremadamente analítica, algo quisquillosa con la higiene y demasiado racional para las relaciones. Sin embargo, serías capaz de perderte en mi habitación de lo desordenada que está, mi ropa siempre está arrugada y soy una de las mayores procrastinadoras que conozco.

Pero soy buena gente, juro que lo soy. Si me encuentras personalmente, no pienses que soy antipática, solo soy tímida al principio. Soy alguien que, si la reconocen en la calle, primero mirará hacia atrás solo para verificar si es conmigo con quien están

hablando, luego se pondrá roja, y enseguida, charlará un montón con la persona. En las redes sociales, tiendo a soltarme mucho más, así que no te extrañes si accedes a mi Instagram y crees que estoy loca, que nadie más o menos normal pasaría la mitad de los ridículos que yo paso. Soy bastante aleatoria y puedo hablar sobre perros y gatos, sobre música antigua, mi pasión por los coches, soltar mi afinación vocal en tu oído o, qué sé yo, publicar una foto de alguna comida bien grasosa. Y todo esto puede pasar en un solo día. O puedo simplemente desaparecer por una semana porque me dio la gana o porque tenía la energía baja. Todos tenemos nuestros momentos buenos y malos.

Ah, solo para constar, algo muy importante: probablemente me verás hablando mucho sobre doramas, BTS y cultura coreana. Disculpa, es demasiado difícil controlarme. Aquí hay un corazón de *army* latiendo fuerte.

Tengo tatuajes, vivo en Río de Janeiro, no soy muy fan de la playa, estoy segura de que soy un unicornio y nunca paso mucho tiempo con el mismo corte o color de pelo.

Creo que pudiste conocerme un poquito, pero si quieres saber más, estoy siempre disponible en Instagram. ¡Solo tienes que hacer clic y empezar a seguirme!

¡Un beso!

Más Títulos Disponibles en Español

- MALDITO MATRIMONIO
- SS PLEASURY – UM ROMANCE DE TRÍO
- SOMBRA (traducido por Kindle Translate)